AETERNUM

FUNDACIÓN



KIAN NOREN

AETERNUM
FUNDACIÓN

KIAN NOREN

Aeternum: Fundación
© Kian Noren, 2025
© Eduardo Maqueda, por la portada
ISBN-13: 978-84-09-69677-2
Todos los derechos reservados.

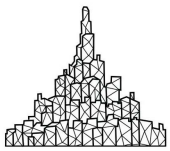
—¿Estás preparado para morir?
—Por supuesto, nací para ello.

No digas que no te avisé

Esta es una historia complementaria a la saga de *Aeternum*. Este libro contiene spoilers sustanciales de toda la serie, incluido el último de ellos, *Aeternum VI: La Liberadora del Tiempo*.

Te recomiendo encarecidamente que solo te leas este libro si ya has terminado la saga completa.

Si aún no te has sumergido en el mundo de *Aeternum*, puedes hacerlo escaneando el código QR o yendo a: kiannoren.com/aeternum-saga/



Prólogo

06/06/2514, 19:00

—Señor Olerson, ¿piensa que su vida corre peligro? —soltó el doctor como si estuviese leyendo la lista de la compra.

—¿Disculpe? —respondí circunspecto.

—Sí, ¿piensa que en la actualidad alguien quiere acabar con su vida u otro tipo de peligro mortal le acecha? —reiteró sin inmutarse.

—¿Para qué necesita saber esa información? —dije extrañado de que un servicio que me había costado miles de Unidades de Tiempo hiciese preguntas tan suspicaces.

—Disculpe por la posible confusión que le haya podido causar. Verá, para hacer una copia completa de su conciencia, de usted, es necesario que se encuentre en un estado emocional estable, cualquier agitación en sus pensamientos podría resultar en un error en la creación de su conciencia secundaria.

Asentí más tranquilo.

—En ese caso, sí, no solo pienso que mi vida esté en peligro, sé que lo está. —El doctor me miró inquieto, posiblemente era la primera vez que alguien respondía con tal severidad a esa pregunta rutinaria—. Soy Harlan Olerson, el presidente de Aeon Technologies en los últimos cuatro siglos, el fundador de Volitur, uno de los aeternums más influyentes de la actualidad y el hijo de Kay Olerson y Ava Harlan, los inventores del sistema temporal y el AVA.

»Doctor, mi vida lleva en peligro desde el instante en el que di mi primera bocanada de aire, y seguirá así hasta que dé la última. Con lo cual, no creo que esto vaya a influir en la creación de mi conciencia externa, le puedo asegurar que no hay agitación alguna en mi cerebro.

El doctor tragó saliva, más empequeñecido. En ningún momento pretendía amedrentarlo o exponer mi ego, pero en muchas ocasiones era inevitable, estaba acostumbrado a causar ese efecto en la gente. Cada vez menos personas eran capaces de hablar conmigo como un igual. Lo encontraba, cuando menos, molesto.

—¿Ha consumido en las últimas dos semanas algún tipo de droga o sustancia que pueda alterar su cuerpo de cualquier forma? —dijo por fin cuando se recompuso.

—No.

—¿Ha ingerido alcohol en las últimas dos semanas?

—No.

Cansado por la monotonía de las preguntas desvié la mirada al gran ventanal de mi izquierda. La imagen cautivadora de mi planeta de origen se mostraba imponente. A pesar de mi edad no había hecho muchos viajes interestelares. La visión completa de la Tierra era una de las pocas cosas que me sorprendía cada vez que la observaba. En un inicio me disgustó que las instalaciones estuviesen en la Luna en vez de en el planeta génesis. Era una decisión lógica, la

base lunar tenía más tráfico que la Tierra, pero el viaje me parecía aparatoso. Sin embargo, en cuanto obtuve esa imagen en la retícula de mis ojos, toda pereza se disipó.

—¿Ha leído los términos de este servicio y está de acuerdo con el proceso al que se va a someter? —dijo el doctor.

—Sí.

—¿Es consciente de que el proceso tiene un porcentaje de éxito del noventa y un por ciento?

—Sí, lo soy.

—Y que en caso de fallo, en el servicio está incluido un segundo intento en una fecha posterior.

—Soy consciente de ello.

El hombre revisó su pantalla y asintió satisfecho, parecía que el interrogatorio había acabado.

—En ese caso, todo está listo. Si le parece, señor Olerson, le contaré en qué consistirá el proceso para que sea consciente de qué esperar. —El doctor se levantó de su escritorio, dio la vuelta y se apoyó en él, como si fuese un profesor de historia dispuesto a relatarme la Guerra de Supremacía y las consecuencias que tuvo para la humanidad—. Será sedado por completo y mantenido en un estado de seminconsciencia. El objetivo del proceso es crear una copia absoluta de toda su actividad neuronal, simular la localización, información guardada y relación de todas sus neuronas. Es decir, concebir una réplica exacta virtual de su cerebro… de su conciencia. Dado que usted ha vivido… —hizo una pausa mientras consultaba su DCP —, 423 años, 6 meses y 27 días —añadió apocado por el tamaño del número—, el proceso tendrá una duración aproximada de… 6 días y 9 horas. Vaya, que sepa que ese es el nuevo récord.

Le dediqué una pequeña mueca de asentimiento ante su respuesta, a pesar de que ya me había cansado del proceso introductorio y solo quería comenzar.

—Es importante asegurarnos de que nunca sale del estado de seminconsciencia, debemos evitar la fragmentación de la información. Durante estos días se le administrará alimentación por vía intravenosa y habrá un sistema de recolecta de secreciones de desechos.

Yo seguí asintiendo. Desde que entré por la puerta del despacho no había escuchado nada con lo que no estuviese familiarizado. Había estudiado la documentación del proceso que Christopher Hunter inventó siete décadas atrás. Sin embargo, nunca se podía saber con absoluta certeza que uno cuenta con comprensión total de la materia, y dada la importancia de lo que estaba a punto de hacer, prefería escuchar la explicación del doctor como si fuese un neófito.

—Por último, es muy probable que durante la copia de la conciencia reviva gran número de sus recuerdos. La sensación que experimentará, según otros pacientes que ya han hecho el proceso, es la de estar en un sueño vívido. Un sueño vívido que da la casualidad de que es un recuerdo propio. No se preocupe, que no revivirá todos sus recuerdos, solo los de mayor importancia.

El doctor se levantó satisfecho por su pequeño discurso y regresó al escritorio. Después de consultar por última vez la pantalla, agarró una bata blanca del colgador de la esquina y devolvió su atención a mí.

—A no ser que tenga alguna pregunta, podemos comenzar.

—Sí, tengo una duda. ¿Cuál será el tratamiento de la información que obtengan de mi cerebro? ¿Qué harán con mi conciencia?

—Oh, una duda muy entendible, disculpe que no haya tratado yo el tema con anterioridad. La información que vamos a manejar es de máxima privacidad, como es entendible, así que me gustaría reiterar el hecho de que bajo ningún concepto tendremos en nuestro poder información

neuronal suya, es decir, ningún recuerdo. Todos los datos que obtengamos de su cerebro pasarán por el Sistema Autónomo Intérprete, que, como su nombre indica, interpretará la información y la copiará a continuación en la unidad de almacenamiento que acabará siendo su conciencia al completo.

—Gracias por la aclaración.

El doctor asintió satisfecho y se encaminó a la puerta. Me dieron un camisón que favorecía poco a mi cuerpo de sesenta años de edad biológica y revisaron que ninguna de mis modificaciones corporales supusieran un impedimento para el procedimiento. También me retiraron mi AVA y DCP, me tumbaron en una plancha de metal frío donde me conectaron distintos tubos y sueros, hicieron varias rondas de comprobaciones y finalmente los trabajadores abandonaron la sala.

—Paciente 296 —sonó una voz gutural mientras la plataforma en la que yacía tumbado se introducía en un cilindro lleno de luces y sensores—. Nombre completo: Harlan Olerson. Edad: 423.6 años. Duración aproximada del proceso: 153 horas.

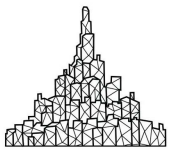
La plataforma se detuvo y quedé aislado en el interior de la máquina, una sensación un poco claustrofóbica.

—Señor Olerson, está todo dispuesto. Si tiene algún problema o razón para detener el comienzo del proceso, esta es su última oportunidad, emita algún sonido.

La única respuesta que hubo a esa petición fue un absoluto silencio. Tras unos treinta segundos, la voz regresó por última vez.

—En ese caso, da comienzo el proceso de creación de la conciencia externa de Harlan Olerson. Iniciando sedación en cinco, cuatro, tres, dos, uno…

Parte 1:
Germinación



1. Obligación

09/11/2094, 16:00

Intentaba seguir el paso decidido de mi madre, pero mis piernas eran incapaces de lograrlo. Estaba muy confundido, no sabía dónde nos encontrábamos, qué era ese lugar ni qué estábamos haciendo ahí. Lo que al principio mi madre me vendió como una aventura, se estaba convirtiendo en algo aburrido y que ya carecía de interés para mí. Solo me apetecía volver a casa y seguir con el asedio que uno de los bandos de mis juguetes había comenzado.

—Es aquí —dijo por fin mi madre, haciendo que soltase un resoplido de alivio.

—¿Qué estamos haciendo aquí, mamá?

—Venimos a ver a una antigua amiga. Tengo que hablar con ella de algo importante.

—Ah… vale —solté con una sonrisa risueña. Nunca había conocido a ninguna amiga de mi madre, eso iba a ser interesante.

—Me alegro de que te entusiasme la idea. Ahora recuerda lo que ya te he dicho, necesito que al principio te quedes callado en una esquina sin hacer ruido, ¿vale? Mi amiga no sabe que vienes conmigo.

—¡Vale! —respondí con la misma ilusión de antes.

Mi madre me devolvió la sonrisa, se puso de pie y abrió la gran puerta metálica que nos bloqueaba el paso. Intenté leer el cartel, pero solo reconocía cuatro de las letras.

En cuanto entramos un frío aterrador estremeció mi cuerpo y provocó que agarrase con todas mis fuerzas la mano que me guiaba al interior. El ambiente estaba rodeado de un olor metálico y químico que me recordaba a la visita de una consulta médica. Un nuevo escalofrío me recorrió.

Mi madre me acercó a una silla aislada que descansaba en una de las esquinas en penumbra. Después tomó aire y se posicionó delante del centro de una de las paredes. Al agudizar la vista entendí que se trataba de un cristal que escondía una silueta humana rodeada de una especie de vapor de agua. Mi madre puso la mano en un lateral del vidrio y tras unos segundos una luz verde parpadeó varias veces.

—Iniciar terminación temporal de la criogenización —dijo en un tono llano y tranquilo, aunque pude percibir cierta preocupación en su voz.

Los siguientes minutos fueron una secuencia de molestos ruidos y mecanismos moviéndose, hasta que una luz detrás del cristal iluminó la figura desnuda de la persona que se encontraba allí. Era una mujer adulta, de edad similar a la de mi madre. Tenía el rostro inactivo pero tenso, como si estuviese viviendo alguna pesadilla odiosa. Poco a poco se fue despertando de dicho sueño, tomando control de su propio cuerpo. Finalmente abrió los ojos y parpadeó un par de veces para adaptarse a la nueva luz. Tenía una expresión de confusión.

—Hola, Ava. Llevo esperando este momento desde el día en el que te encerraron aquí —dijo mi madre.

—Zoe Trembley —soltó la mujer con un odio tan profundo que se esparció hasta mí. Nunca nadie había llamado a mi madre con tanta repulsión.

—Veo que te has despertado con mala cara.

—¿Qué año es?

—2094. Solo han pasado un par de años, no te preocupes, el desastre que Kay y tú causasteis sigue más o menos igual.

Cuando mi madre pronunció el nombre de Kay el rostro de la mujer, esa tal Ava, se iluminó por completo, como si ese sonido fuese un faro de esperanza.

—Kay, ¿qué le ha pasado a Kay? ¿Está bien? ¿Qué le hizo Ethan? —añadió cambiando su tono en la última pregunta.

Mi madre soltó una risa fría que escondía de todo menos dicha.

—Tu preocupación debería ser por Ethan, en todo caso. Kay le asesinó después de que te atacara. —Una amplia sonrisa llena de malicia se dibujó en el rostro de Ava, como si esas fuesen las mejores noticias que podía escuchar—. No cantes victoria tan pronto. Kay no va a venir a salvarte, nadie lo hará. Tu marido piensa que estás muerta, el mundo lo piensa. Ahora mismo puedo contar con los dedos de esta mano quienes saben de tu existencia, y va a ser así durante mucho tiempo.

—Oh… Kay… —se lamentó Ava para sí misma—. Lo siento mucho… debes de estar sufriendo tanto…

—Nadie lo sabe —la interrumpió mi madre.

—¿De qué hablas?

—Sí, nadie sabe qué es de él. Después de asesinar a Ethan desapareció, se esfumó. No ha habido ni un solo rastro de su paradero desde entonces. Es como si se hubiese desintegrado.

El rostro de Ava se endureció, volviendo la rabia que mostraba al inicio de esa conversación.

—Y ahora, ¿qué pensáis hacer conmigo?

—Esa decisión ya no depende de mí. Pero, si preguntas por mi opinión, seguramente te quedarás así, en criogenización, durante muchos años; durante décadas, quizás siglos; hasta que alguien encuentre un uso para ti, si acaso eso sucede algún día.

La expresión de Ava permaneció intacta, como si ya supiese de antemano qué respuesta iba a obtener. Pero de repente una gran pena la abstrajo, como si fuese incapaz de reprimir un pensamiento que trataba de ocultar.

—Y… Ha… —empezó con miedo—. Y… Harlan… ¿está… está con Kay?

Me sobresalté al escuchar mi nombre. ¿Estaba hablando de mí? ¿Qué tenía que ver yo en todo eso? Un fuerte sonido que emitió mi madre me devolvió a mi conversación. Era una risa amarga, que mostraba un atisbo de empatía hacia la mujer encerrada.

—No, Ava, no. Kay le abandonó sin el menor remordimiento, como si, tras tu muerte, él ya no fuese su responsabilidad.

—Entonces…

Antes de que pudiese continuar con las palabras que notablemente le costaba emitir, mi madre se giró hacia mí y con un gesto rápido me indicó que me acercara. Yo, dubitativo, seguí sus indicaciones. Pegué un pequeño salto de la silla en la que colgaban mis piernas y con pasos cortos me acerqué a la escena que había contemplado los últimos minutos. Mi madre me cogió en brazos y pude observar más de cerca el rostro de esa mujer tan misteriosa. Se había quedado petrificada, incapaz de flexionar ni un solo músculo. Me miraba sin poder creer que la información que recibía por sus ojos fuera cierta, como si mi presencia en ese lugar representara

un hecho imposible. Yo no sabía qué hacer y me acurruqué sobre el cuello de mi madre, intimidado.

—Harlan —dijo separándome levemente de ella—. Te quiero presentar a una amiga. Ella es Ava Harlan. —Abrí los ojos de par en par—. Sí, lo sé, qué curioso que su apellido sea como tu nombre, ¿no?

Yo asentí, perplejo. Señalé a la mujer, quien seguía sin moverse ni un ápice.

—¿Por qué… por qué está ahí? ¿Ha hecho algo malo? —pregunté con curiosidad.

—Así es, Harlan, ha hecho algo malo, muy malo. ¿Sabes qué es?

—No.

—Lo peor que se puede hacer.

—¿En serio? ¿Y qué es eso?

—Ha mentido. A todo el mundo, a todos los humanos que existen ahora mismo y los que existirán en un futuro, nos ha engañado a todos.

—¿En serio? —pregunté atónito, sin llegar a entender del todo su significado.

—Y, ¿sabes qué es lo peor de todo?

—¿El qué?

Estaba inmerso en esa historia, lo quería saber todo sobre esa mujer, cuál era la gran mentira que nos había contado a todos y por qué era tan malo.

—Que, aunque ella vaya a estar aquí por siempre, sus mentiras se van a extender durante el tiempo. ¿Quieres saber cuál es la peor de esas mentiras?

—Sí, dime cuál es.

—La peor mentira, y la que también todos creen, Harlan, es que ella es tu madre.

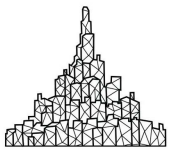
Abrí la boca de par en par. ¿Cómo que ella era mi madre? Eso no tenía ningún sentido, ¿por qué la gente creía eso?

Antes de que demandara más explicaciones, la mujer encerrada en el cristal, quien tenía como apellido mi nombre, empezó a llorar. No fue una lágrima o dos, lloró sin consuelo, sollozó con dolor e ira, pero sobre todo con una tristeza tan profunda que nunca pensé que fuese posible. Observándola en ese momento, esa mujer no parecía tan maligna como me quería hacer creer.

Entonces unos dedos me agarraron del mentón y me obligaron a mirar a mi madre a los ojos. Nunca había visto su cara tan seria. Habló con un tono gélido, sin margen para la duda.

—Harlan, es importante que recuerdes estas palabras que te voy a decir. En la vida, lo peor que uno puede hacer es mentir. La mentira corrompe lo más profundo de nuestro ser, rompe la confianza que tenemos entre unos y otros y solo puede llevar al final de la humanidad.

»Recuerda que siempre, hagas lo que hagas, tu obligación será buscar la verdad, encontrarla y resguardarla como algo irrenunciable. Y puedes empezar con esta primera verdad que te voy a decir. Tu padre es Kay Olerson y tu madre soy yo, Zoe Trembley, y eso es algo que siempre será así, digan lo que digan, o escuches lo que escuches. ¿Entendido?



2. Curiosidad

20/08/2100, 17:30

Cada escalón que subía provocaba que soltase un pequeño quejido de dolor. No era la primera vez que me peleaba en la escuela, pero sí la primera en la que lo había hecho por un motivo real. Esa vez me había peleado con odio, y el resultado se podía ver en el incremento de moratones en mi cuerpo.

Pero lo que más me preocupaba en esos momentos era la reacción que mi madre tendría. Ya estaba cansada de curarme heridas todos los meses y echar a lavar camisetas con marcas de sangre. En la última ocasión me advirtió que debía parar o me tendría que atener a las consecuencias. Eran esas consecuencias las que temía, a pesar de ignorar cuáles eran.

La puerta de nuestro apartamento en Vancouver se abrió al reconocer mi rostro y entré haciendo el menor ruido posible. No fue suficiente para el oído tan evolucionado de mi madre.

—Buenas tardes, Harlan. ¿Qué tal el día en la escuela?

—Bien… normal, como cualquier otro —respondí dirigiéndome a mi habitación.

Entonces, a pesar de que había escuchado su voz desde la cocina, la figura imponente de Zoe Trembley apareció delante de mí, deteniéndome el paso.

—¿Es que no vas a darme un…?

Su rostro se heló antes de que pudiese terminar la pregunta. En unos poco milisegundos pude ver cómo tomaba aire y cambiaba el tono de su voz.

—¡Harlan Olerson, dime ahora mismo qué has hecho esta vez!

Traté de escabullirme de su interrogatorio sin éxito y, sucumbiendo a un gran nerviosismo, solté lo primero que mi cabeza fue capaz de inventar.

—Hoy en el recreo estaba jugando con Liam… me he escurrido en un charco… y me… me he hecho mucho daño en las piernas y en la cara.

Acababa de decir una mentira. Yo no sabía mentir. Esa era la primera vez en mi vida que había mentido a mi madre y, por el ritmo en su respiración y el aura que desprendía, era posiblemente la última vez que lo haría.

Sin embargo, no sentí una mano fría golpear mi cara, un golpe fuerte en mi cabeza, ni un grito que hiciese estremecer hasta la última célula de mi cuerpo. Mi madre nunca me había hecho eso, ella no era así, pero mis compañeros de clase contaban que sus madres actuaban de esa forma en situaciones similares.

Por eso su respuesta me descolocó todavía más.

—A ver, hijo, ven aquí.

Usó la voz cálida y embriagadora que tanto me gustaba, la misma en la que me refugiaba las noches de tormenta cuando era pequeño, o la misma con la que me hablaba los días en los que notaba que estaba triste y me acercaba a ella para abrazarla.

Aún atemorizado, pero sobre todo confundido, me acerqué al sofá en el que se había sentado. Casi me choqué con la mesa del comedor a causa de que mi campo de visión se reducía a un radio de veinte centímetros alrededor de la punta de mis pies. Avergonzado, no podía despegar el mentón de mi pecho, parecía que me lo hubiesen cosido.

—Harlan, dime la verdad, ¿qué ha ocurrido?

Ahí estaba de nuevo, esa voz tranquila y pausada que me animaba a abrirme por completo. Por fin fui capaz de levantar la cabeza en un movimiento lento, con miedo de que en cualquier momento la versión enfadada de mi madre regresase. Pero no fue así, sus ojos amigables seguían observándome con paciencia.

Incapaz de aguantarme, y en un lloriqueo más infantil de lo que me habría gustado, confesé:

—¡No ha sido mi culpa! Te lo juro —dije entre sollozos—, esta vez no.

Mi madre posó su mano en mi espalda y me atrajo hacia su pecho.

—Lo sé, hijo. No te preocupes. Solo quiero que me digas qué ha pasado, nada más.

Tragué saliva y, reprimiendo más lágrimas que luchaban por salir, continué:

—Ha sido Alex. Yo estaba jugando con Liam en el patio cuando Alex ha venido y me ha pegado un empujón de repente. Entre gritos me ha dicho que era mi culpa, que todo esto era culpa mía y de mi padre.

—¿Qué es culpa tuya y de tu padre?

Ya más tranquilo, sabiendo que no había peligro por contar la verdad, controlé mis lágrimas.

—La Guerra de Supremacía. Alex ha dicho que la Guerra de Supremacía es culpa nuestra, que es culpa de papá, que China nos va a invadir y todos vamos a morir.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de mi madre a la vez que me agarraba con mayor fuerza entre sus brazos.

—¿Y tú piensas que eso es cierto?

—No, claro que no —solté impulsivamente—Bueno… supongo que no. Papá no haría algo así… ¿verdad? Por favor, dime que es mentira, dime que todo esto no es culpa de papá.

—No hace falta que yo te lo diga, Harlan, lo puedes deducir tú mismo. A ver, dime, ¿qué sabes de la Guerra de Supremacía?

—La Guerra de Supremacía es el mayor conflicto armado en la historia de la humanidad. Empezó hace cinco años. Está compuesta por dos bandos: los Estados Unidos y sus aliados; y China junto a sus aliados. El motivo…

—No, Harlan. No te he pedido que me digas lo que te han hecho memorizar en la escuela. Soltar datos así porque sí no sirve de nada, de esta manera no hay ninguna diferencia entre un libro y tú. La ventaja que tenemos los humanos es que podemos entender y razonar. Así que, dime, ¿qué es lo que entiendes tú de la Guerra de Supremacía?

Esta vez dudé antes de responder. Como de costumbre, mi madre tenía razón. Había recitado el temario del que me examiné la semana anterior. Pero eran palabras seguidas, una detrás de otra, nunca me paraba a pensar qué significaban de verdad.

—Mmm… entiendo que es una pelea muy grande —comencé a ver cómo se unían distintos puntos en mi cabeza—. Son como Alex y yo, solo que a un nivel mucho mayor… Es decir, por un lado está Estados Unidos y sus amigos, que somos nosotros, Canadá, los países de Europa, Japón, Corea del Sur y otros cuantos más. Somos muchos amigos. Por otro lado está China con sus amigos. Estos los conozco menos, pero creo que son Rusia, África, otros países de Asia…

—Muy bien. Y dime, ¿por qué se están peleando? —dijo mi madre ayudando a darle forma a lo que tenía en la cabeza.

—Pues esto no lo tengo tan claro —respondí con los ojos cerrados, exprimiendo mi mente para encontrar la respuesta a esa duda—. ¿Por qué se están peleando? —añadí reflexionando en voz alta—. A ver, cuando Alex y yo nos peleamos es porque uno de los dos ha hecho algo que al otro no le gusta. Le ha pegado un balonazo «sin querer»…, ha hablado mal de él a otros compañeros…, o le ha quitado su comida cuando estaba en clase de gimnasia. Mamá, ¿eso es lo que ha causado esta pelea?

Su sonrisa aumentó de tamaño, aceptando mi petición de ayuda.

—Más o menos. Lo único es que cuando uno crece, también lo hacen sus problemas y las razones por las que alguien le puede molestar. Estados Unidos y China llevan ya muchos años enfadados. Ha pasado tanto tiempo que ya son cientos de cosas las que se han acumulado hasta este nivel de odio.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, en muchas ocasiones Estados Unidos ha defendido a algún país con el que China estaba enemistado.

—Ah, ya entiendo, como cuando yo me pongo de parte de alguien que también odia a Alex.

—Exacto. También la ideología y forma de pensar de Estados Unidos y China son diferentes.

—¿Como que a mí me guste la historia y Alex odie las matemáticas?

—Bueno, más o menos —respondió soltando una risa—. El caso es que Estados Unidos y China se odian desde hace muchos años y por una infinidad de motivos. Pero todo se puede reducir en una frase muy sencilla, la misma en la que se resume la gran mayoría de conflictos: El uno quiere tener poder y control sobre el otro.

—Vale, ya lo entiendo —dije emocionado—. Entonces, esta pelea, es solo para ver quién es más fuerte, ¿no?

—Exacto —respondió mi madre satisfecha de que ya lo entendiese y no solo tuviese palabras memorizadas en mi cabeza—. Pero entonces, ¿qué tiene que ver papá con todo esto? Él no es la razón por la que se odian Estados Unidos y China, ¿no?

—Vamos a ver. ¿Qué es lo que hizo papá?

—Eso, el AVA —dije señalando al aparato que tenía mi madre en su sien.

—Correcto, el *Amplificador de la Vida Ad eternum* —añadió explicando sus siglas. Nunca le gustaba que la gente lo llamase AVA—. Es el invento que nos permite detener nuestro envejecimiento si tenemos suficiente dinero.

—Pero, ¿qué tiene que ver lo que hizo papá con la Guerra de Supremacía, con la pelea entre Estados Unidos y China?

—Esta es la parte importante. Hoy, por ejemplo, ¿qué es lo que ha causado vuestra pelea?

—El empujón que me ha dado —respondí refunfuñando.

—Exacto, pero ese no es el motivo por el que os habéis peleado, ¿cierto?

—No… supongo que no.

—Es por el odio que ya os teníais de antes. Es decir, el empujón ha sido la mecha, la chispa que ha provocado la pelea, pero los motivos ya venían de antes.

Me quedé callado, repitiendo esas palabras en mi mente varias veces, como un eco que reverberaba en mi cabeza.

—Mmm… creo que ya lo entiendo todo. Estados Unidos y China se odiaban por todos los motivos que ya me has dicho. Sin embargo, lo que ha provocado que empezaran a pegarse fue lo que hizo papá, la creación del AVA y del sistema temporal. ¿No? ¿Es eso?

—Así es, Harlan —dijo orgullosa—. A China no le gusta el sistema temporal ni las Unidades de Tiempo, y Estados Unidos hace unos años lo convirtió en su economía. Es decir, que si querías hacer tratos con ellos, tenías que usar los controladores temporales. Esta fue la chispa de la Guerra de Supremacía que nos ha asolado durante los últimos cinco años.

—Pero… entonces Alex sí que tenía razón…

Me recorría una sensación agridulce. Por un lado estaba satisfecho por ser capaz de entender el porqué de la locura que ocurría en el mundo. Pero por otro lado, sí que era cierto que mi padre tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo. Si no existiera el AVA ni el sistema temporal, la Guerra de Supremacía no estaría sucediendo.

—No, Harlan, no del todo. El empujón que te ha dado Alex no es la única posible chispa, él también te podría haber puesto la zancadilla, o soltado un grito, o incluso reírse de ti. En la realidad es lo mismo. Puede que lo que causó todo esto fuese la creación de Kay, pero si tu padre no lo hubiese hecho, tarde o temprano surgiría otro motivo que habría causado la situación en la que nos encontramos. Desgraciadamente, hay ciertas peleas que son inevitables.

Miré a mi madre con una sonrisa radiante y le di un abrazo con todas mis fuerzas.

—Muchas gracias, mamá, por explicármelo todo y no enfadarte.

—Supongo que esta pelea también era de ese tipo, de las que eran inevitables. Sin embargo, siempre hay que tratar de que no ocurran, ¿me has oído?

—Sí —dije con un asentimiento de cabeza exagerado.

—Y por último, ¿qué otra cosa has aprendido de todo esto?

Permanecí dubitativo unos segundos, hasta que en mi cabeza apareció una vocecita que tenía interiorizada en lo más profundo de mi interior.

—Que en la vida lo peor que uno puede hacer es mentir. La mentira corrompe lo más profundo de nuestro ser, rompe la confianza que tenemos entre unos y otros y solo puede llevar al final de la humanidad.

—Exacto. Cuando me has mentido, me he enfadado mucho. Sin embargo, en cuanto me has contado la verdad, hemos visto por qué ha ocurrido la pelea y cómo evitarlo en el futuro. Así que, ¿me prometes que esta es la última vez que me vas a mentir?

—Sí, mamá, te lo prometo —dije dándole otro abrazo.

Ella me respondió con una amplia sonrisa. De repente, entre todas las preguntas y respuestas que habíamos tratado, surgió una incógnita, la misma que llevaba persiguiéndome durante años pero que siempre ignoraba porque sabía que ponía triste a mi madre. En cambio, ahí habíamos hablado de él y no parecía haberle molestado.

—Tengo otra pregunta, mamá.

—Dime, Harlan.

—¿Dónde está papá?

—Me gustaría poder darte esa respuesta, pero no lo sé, no sé dónde está Kay Olerson, nadie lo sabe.

Esa respuesta no me gustaba, tenía la misma información que antes, era como si me hubiese dicho que ya lo entendería cuando fuese mayor, a pesar de que yo lo quería entender en ese momento. Pero tenía miedo de indagar más, en su voz percibía la misma tristeza que en multitud de ocasiones la llevaba a llorar por la noche, cuando se pensaba que yo estaba durmiendo en mi cuarto y no la podía escuchar.

Sin embargo, mi curiosidad me suplicó que indagara más.

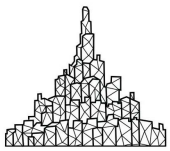
—Y, ¿por qué todas las fotos de papá son de él solo o conmigo? ¿Donde están las fotos de

vosotros dos juntos?

El rostro de mi madre se oscureció en un instante. La tristeza dejó paso a una aversión repentina cuyo origen desconocía. Su respuesta no mostró esa antipatía, fue una frase corta y fría que dio por zanjada la conversación.

—Suficientes preguntas por hoy. Ve a tu cuarto a hacer los deberes.

Yo asentí y fui directo a mi habitación, atemorizado de seguir indagando. Pero la mecha ya estaba prendida, mi único objetivo a partir de entonces era encontrar la respuesta a esa pregunta, era encontrar la verdad.



3. Verdad

21/08/2100, 13:30

Llevaba varios minutos observando la imagen que tenía delante de mí. Las tres figuras que retrataba la fotografía me observaban como si tuviesen vida, como si quisieran saber qué pretendía hacer a partir de ese momento. Lo único que yo concedía como respuesta era un jugueteo continuo con el colgante de metal que siempre llevaba en mi cuello. Lo había soltado de su cadena y lo movía entre los dedos de la mano, demostrando que reflexionaba.

La última hora la había pasado delante de esa pantalla buscando información sobre Kay Olerson. Mi padre. La respuesta de mi madre el día anterior me dejó muy confuso. Ella nunca era así… tan… tan… categórica. Esa era la palabra, ella nunca era tan categórica. Zanjó el tema como si fuese impensable hablar de Kay. Hasta entonces no había indagado en el tema porque sabía que se ponía triste, pero nunca pensé que, de hacerlo, fuese a obtener esa contestación.

A pesar de mi ansia de obtener respuestas, me había esperado a estar en la escuela para usar la red de ahí, ya que mi madre controlaba la de casa y habría visto mis búsquedas.

Lo que había obtenido era, en un resumen, más preguntas que respuestas, más problemas que soluciones. No entendía nada. Era como si la realidad que me mostraba la pantalla fuese completamente distinta a la que yo conocía, como si se tratase de dos vidas diferentes.

Primero había buscado el nombre de mi padre. La información inicial era la que ya sabía, o bien porque mi madre me la había contado de pasada, o porque la había estudiado en la escuela. Kay Olerson fue el hijo de Henrik Nyman, el inventor de la inmortalidad. Sin embargo, no dejó que su padre le hiciera sombra. Con treinta años fundó Aeon Technologies, la empresa más importante de la actualidad. Y, junto a su socia, Ava Harlan, inventó el AVA y el sistema temporal. La última mención que existía era del 25 de noviembre de 2092, cuando Ava Harlan fue asesinada por Ethan Jones, el fundador de la AVF, una antigua asociación terrorista que pretendía impedir que el sistema temporal se legalizase. Entonces, movido por el odio, Kay mató a Ethan y desapareció de la faz de la Tierra, abandonándome a mí y a mi madre en el proceso.

Esa historia era la que conocía, y sin embargo ya dudaba de su verosimilitud. Me surgían dos dudas principales. La obvia: ¿a dónde se había ido mi padre?; y la menos obvia: ¿quién era Ava Harlan?

Para empezar, mi nombre era igual que su apellido, su nombre equivalía a las iniciales de *Amplificador de la Vida Ad eternum* y su rostro formaba parte de un recuerdo lejano al que era incapaz de acceder, como si mi subconsciente lo estuviese bloqueando adrede. Pero lo extraño no acababa ahí, su relación con mi padre tampoco quedaba clara. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era la coinventora del AVA y, por ende, la socia de Kay dentro de la empresa. Había quienes decían que era su pareja, o incluso su mujer, afirmando que tuvieron una boda muy

íntima en Japón y que, a pesar de que no existían documentos que lo certificasen, el vínculo estaba ahí.

La parte profesional era obvia, estaba aceptado que los dos crearon el sistema temporal. Pero de ahí a que estuviesen juntos y casados había un paso muy grande. Porque, en esa realidad, ¿dónde encajaba mi madre? Esa había sido mi segunda búsqueda. «Zoe Trembley». Y había obtenido… nada, absolutamente nada. No había ninguna entrada relacionada con ese término de búsqueda, con ese nombre. Estaba claro que era un nombre extraño, sobre todo el apellido, pero que no apareciesen resultados era todavía más raro. Nunca me había ocurrido, era como si alguien se hubiese encargado de que el nombre de Zoe Trembley desapareciese de los resultados de la red.

Al haber llegado a ese callejón sin salida, investigué sobre la mujer incógnita, a Ava Harlan. Al buscar información de ella obtuve muchos resultados. La mayoría eran los mismos que los de Kay, aunque muchos otros hablaban de su anterior trabajo en Thalis, la empresa en la que trabajó con anterioridad y que, curiosamente, tenía el mismo nombre que la fracción de una Unidad de Tiempo.

Tuve que leer muchos artículos y noticias repetitivas de Ava. Algunas indicaban que tenía una relación más que profesional con Kay, otras solo trataban sus logros en la vida, que no eran pocos. No había sido hasta cinco minutos atrás cuando había encontrado algo impactante, la imagen que llevaba observando ya durante demasiado tiempo, esperando a que me hablara y me diese todas las respuestas que buscaba, que me diese la verdad.

El titular del artículo decía «El niño con el mejor futuro de la Tierra». En él se narraba la existencia de un hijo entre dos grandes influencias de la actualidad, Kay Olerson y Ava Harlan. Un niño de diez meses, cuando se redactó la noticia, con un nombre muy curioso. Compartiría el apellido con su padre y tomaría el apellido de su madre como nombre. Ese niño era Harlan Olerson. Esa era la primera vez que escuchaba —y se me ocurría—, esa posibilidad, que yo en realidad fuese hijo de Ava Harlan, de esa mujer que tantas preguntas me evocaba.

En la imagen de la portada se observaba la figura de mi padre igual que en el resto de imágenes que había visto de él. Un hombre joven cuyo rostro atraía toda la atención, en especial una sonrisa cautivadora, con una expresión perenne, no importaba si había diez años de diferencia entre las fotografías. Por otro lado, a Ava Harlan se la veía radiante, con una mirada que podía despejar hasta la tarde más lluviosa y oscura. Miraba al objetivo con gran ímpetu, como si quisiera llegar más lejos de este. Y era entre ellos dos donde descansaba un bebé de menos de un año de edad. Para mí todos los bebés eran iguales, pero era incapaz de no sentir cierta familiaridad con sus facciones, quizás esos ojos eran los mismos que veía cada vez que me reflejaba en un espejo. Sin embargo, lo que más me confundía de la imagen era el objeto que colgaba del cuello de los tres protagonistas: una figura geométrica de metal. Tenías que agudizar la vista para discernir que eran seis hexágonos divididos en triángulos, que a su vez formaban un hexágono más grande al juntarse entre sí. Lo más curioso era que el bebé sujetaba ese colgante de la misma forma en la que yo lo agarraba en ese mismo instante.

Despegué la vista de la imagen por primera vez desde que me había encontrado con ella y la bajé a mi amuleto de la suerte, ese objeto que me había acompañado toda mi vida, sin el cual era incapaz de funcionar. Y, a pesar de ello, nunca me había preguntado su origen. Era como tu segundo brazo o tu pierna derecha, nunca te preguntabas de dónde habían salido, sencillamente presuponías que siempre habían estado ahí.

Cerré los ojos e intenté organizar los pensamientos de mi cabeza. Sentía que mi pelo iba a

derretirse del calor que estaba desprendiendo.

Las pocas veces que mi madre me habló de la relación que ella tenía con mi padre lo había resumido en que era algo complicado. Empezaba a entender a qué se refería. La situación era de todo menos sencilla. Había tantas opciones.

Podía ser cierto que Kay y Ava estuviesen juntos, incluso casados. Pero, ¿acaso eso impedía que mi madre siguiese siendo… mi madre? En muchas películas en las que protagonistas con vidas enrevesadas no hacían más que sufrir sucedían cosas así: infidelidades, parejas con varios hombres, con varias mujeres… ¿Tenían mis padres algo así?

O podía ser que Kay y Ava solo fuesen socios profesionales, como muchas fuentes aseguraban. En ese caso no habría duda de que Zoe era mi madre. Pero entonces, ¿qué pintaba esa imagen en todo aquello? Ahí era donde veía el problema, que esa era la primera y única pieza de información que no eran solo palabras. Y era cierto que es muy fácil falsificar una imagen, pero, ¿con qué objetivo lo haría alguien?

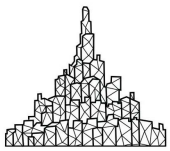
Y este último caso me llevaba a la suposición que había intentado no plantear durante el breve tiempo que llevaba investigando. La verdad que quizás no quisiera saber. Y si… y si mi madre no era mi madre. Y si Zoe Trembley no era nada más que otra mujer, y Ava Harlan era quien de verdad me había dado a luz.

Impotente ante tal desorden mental, guardé la imagen tan cautivadora y eliminé la información que había encontrado. Ya llegaba más de cuarenta minutos tarde a mi clase de matemáticas. Y, a pesar de estar en la escuela, nadie había venido a por mí. Estaba claro que no iban a buscar en la biblioteca a quienes se saltaban clases. Pero, sintiéndolo mucho, ese día no iba a ver a la profesora Martínez, lo que tenía entre manos era más importante.

Salí al pasillo precavido y con los mismos movimientos que hacían los espías de las películas, quizás con menos gracia, conseguí alcanzar las ajetreadas calles de Vancouver. Era extraño estar ahí, en libertad, a esa hora del medio día. Se sentía… erróneo.

Cogí la avenida que me llevaba directo a mi casa, a solo ocho minutos de la escuela, y seguí dándole vueltas a mis últimos descubrimientos. Por mucho que lo intentaba, era incapaz de llevar mi mente a otro lugar. Lo único que consiguió volverme a la realidad fue un sonido agudo e intenso que vino seguido de un temblor que nunca antes había sentido. La tierra entera se sacudió, aterrada por la causa de ese estruendo.

Agitado, miré a mi alrededor para ver cómo todos los transeúntes y vehículos se habían detenido, congelados en el tiempo. Entonces me fijé en que cada uno de ellos miraba en la misma dirección. Al dirigir mi vista a ese punto, al cielo, vi un humo negro salir de uno de los rascacielos más grandes de la ciudad. Antes de que cualquiera de nosotros pudiésemos reaccionar, el sonido se repitió, pero esta vez a ninguno nos pilló desprevenidos. Era una bomba. Estábamos siendo bombardeados. La pelea entre Estados Unidos y China acababa de llegar a nuestra ciudad. La Guerra de Supremacía se había extendido a Vancouver.



4. Refugio

21/08/2100, 15:00

Un pitido constante y agudo me devolvió a la realidad. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Y, más importante, ¿por qué me dolía tanto la cabeza?

Me llevé la mano a la frente y un líquido viscoso se adhirió a mi mano. Abrí los ojos y pude identificar una mezcla entre sangre, sudor y polvo. Fue entonces cuando levanté la cabeza y en vez de un cielo vi una panorámica que se parecía más al infierno. Una gran capa gris cubría todo lo que se llegaba a ver, pero no eran nubes, sino humo de explosiones y edificios destruidos. Todo estaba sumergido en una atmósfera abatida y apesadumbrada.

Despegué la espalda del suelo y sucumbí a un fuerte mareo. Era como si las bombas que escuchaba en la lejanía estuviesen estallando dentro de mi cabeza. Escupí la sangre que tenía en la boca y moví la mandíbula de un lado a otro para quitarme la extraña sensación de mis oídos. De repente, el sonido que escuchaba en la lejanía me abordó de una: gritos de personas corriendo, llantos de niños confusos, coches acelerando y arramblando con lo que se encontraban, y lo que debía de ser el sonido de la guerra, disparos, explosiones y el sobrevolar de los aviones que las producían.

Me puse en pie con menos esfuerzo de lo que me esperaba. No estaba seguro de qué había ocurrido, mi último recuerdo era ver cómo una lluvia de bombas caía sobre la ciudad que me había visto crecer. Supuse que me derrumbé en el suelo ante esa locura y había permanecido inconsciente hasta entonces.

¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había pasado así?

Consulté el dispositivo de información de mi muñeca que proyectó una pantalla sobre mi antebrazo. Eran las 15:03. Había estado una hora tirado en el suelo. ¿Cómo nadie me había puesto a resguardo? Estaba en mitad de la acera. Los transeúntes habrían pensado que estaba muerto, o quizás temían tanto por su vida que ni siquiera tenían tiempo de preocuparse por la de otros.

Consulté mis notificaciones. Tenía ocho llamadas de mi madre y decenas de mensajes preguntándome dónde estaba y si me encontraba a salvo. Probé a llamarla, pero el dispositivo no tenía conexión a la red, alguna de las bombas debía de haber destruido las antenas que alimentaban esa parte de la ciudad.

—¡¿Qué piensas que estás haciendo, chaval?! —me gritó un hombre que aminoró su carrera al pasar a mi lado. Le miré confuso, sin entender qué pretendía que respondiese—. ¿Es que no has visto las bombas? No es seguro estar aquí afuera —añadió parándose en seco y señalando al cielo—. Escóndete en algún lugar.

Antes de que pudiese decir nada, y viendo que me costaba reaccionar, siguió su camino y desapareció de mi vista en unos pocos segundos. Miré a mi alrededor, la gente parecía seguir la

misma acción de respuesta. Pero por la forma en la que corrían, no tenían muy claro a dónde estaban yendo, sencillamente acompañaban al resto de personas con rostro de confusión y terror.

«Eso no servía de nada», pensé activándose mi instinto de supervivencia. Agucé la vista e identifiqué la calle en la que estaba al leer el cartel que luchaba por permanecer pegado a un poste de metal. Lo primero que se me ocurrió fue ir a casa, pero al ver el estado de los edificios lo descarté. Vivíamos en la planta veintinueve de treinta y cinco, no había nada que me asegurase que no fuesen a bombardear también mi hogar, si acaso no lo habían hecho ya. Además, mi madre seguramente no se habría quedado de brazos cruzados esperando a que llegase, habría salido a buscarme. Pero si todavía no me había localizado, sería improbable que lo hiciese. Lo primordial era encontrar un lugar seguro.

Reflexioné sobre los sitios que conocía por esa zona. Los locales que visitaba y en los que me podía resguardar, sobre todo los que tenían sótanos. Junto a esa palabra me vino la imagen del subterráneo de un negocio en el que pasaba numerosas tardes de domingo con Liam, el Arcadia, un sitio de entretenimiento holográfico, en cuyo sótano tenía unas salas de videojuegos de principios de siglo. Habíamos pasado horas y horas divirtiéndonos con videojuegos que los de nuestra clase no sabían ni que existían. Decidido, deduje el camino más corto y eché a correr. En menos de cinco minutos podía llegar.

Durante el camino tuve que ejercitar mi fuerza de voluntad como nunca antes lo había hecho. La desesperación, miseria y dolor que me encontré fue embriagadora, llegando a embotar mi capacidad de sentir tristeza por ellos. Lo que me quedó claro fue que quienes estaban provocando ese caos solo atacaban desde el aire, no había soldados por la calle. Por lo menos no todavía.

Sintiendo que los pulmones se me iban a salir por la garganta, llegué a la puerta del Arcadia. La fachada estaba intacta, ajena a la destrucción a la que sucumbía mi ciudad. Miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba solo, y entré en la tienda. Giré el cartel de cerrado y eché el cerrojo de la puerta. No tenía ni idea de cuántas horas iba a tener que estar ahí, quizás días. Después revisé lo que se veía desde los cristales de la calle y lo recoloqué para causar la apariencia de que ese día no se había abierto la tienda, a pesar de que estaba claro que el propietario había huido al comienzo del bombardeo.

Por último, cogí la mochila de la escuela que seguía a mi espalda y la llené de la comida que vi. Prefería salir del sótano lo menos posible. Echando un último vistazo, descendí a la planta inferior sin encender ninguna luz, me sabía de memoria la distribución del local.

Al sumergirme en la oscuridad mis ojos eran incapaces de ver debido al contraste, fue entonces cuando surgió el pensamiento de que podría no estar solo. Quizás yo no era el primero que tenía esa idea. Aunque de no estar solo no tenía por qué ser un problema, yo solo quería sobrevivir, nada más. Pero, ¿y si la otra persona pensaba que era de los malos? Era cierto que seguía siendo un niño, a pesar de mi gran altura, pero en la oscuridad se me podía confundir.

Como si mis propios pensamientos lo hubiesen invocado, por el rabillo del ojo percibí cómo un objeto inidentificable se acercó hacia mí a toda velocidad. Fui capaz de echarme hacia atrás, evitando su impacto, pero caí de culo en el proceso. Tirado en el suelo, gateé hacia atrás, aterrado por la figura que me atacaba desde las sombras. Choqué contra una pared y, sin saber qué hacer, esperé el segundo golpe, pero lo que obtuve fue una luz cegadora.

—Pero si eres solo un crío —pronunció con alivio una voz adulta.

Viendo que parecía haberse resuelto el conflicto, volví a respirar. Mi cuerpo no se comportó con inteligencia, había dejado de tomar aire en el momento más importante, sentía que el corazón iba a romper mis costillas y salir por el pecho.

—¿Eras tú el que hacía ruido arriba? —dijo el hombre apagando la luz.

Yo asentí, aún recomponiéndome del susto.

—Sí… he sido yo. También he cerrado la puerta y he colocado todo para que parezca que el local estaba cerrado.

—Conque un niño listo, ¿eh? Bueno, supongo que mejor que uno tonto.

No añadió nada más, como si la aclaración fuese suficiente para explicar su comentario.

Me puse en pie y me alejé de la luz que se filtraba desde la escalera. Mis ojos por fin se habían acostumbrado al ambiente lúgubre de esa sala amplia, que servía de zona de espera cuando todas las habitaciones de videojuegos estaban llenas. Del centro salían las escaleras a la planta superior y en el lado opuesto surgía el pasillo que te dirigía a las seis habitaciones de videojuegos, la mitad en cada lado.

El hombre pareció deducir qué pensaba, ya que antes de que dijese nada se me adelantó:

—Viendo que solo seremos tú y yo y que no tenemos ni idea de cuánto tiempo estaremos aquí, vamos a dejar las cosas claras. Este lado de aquí es el mío. Y ese el tuyo. Por el ruido que has hecho, supongo que tú también has cogido comida. Mientras no se nos gaste a alguno de los dos, está prohibido subir, así que raciona correctamente lo que tengas. Y por último, el baño y esta sala es zona común.

—Me parece bien —respondí con el tono de voz habitual que ya había recuperado.

El hombre asintió y dio la conversación por zanjada. Yo cogí mi mochila y fui a la última de las habitaciones, la que sabía que era la más grande. Cerré la puerta, maldije que no hubiese un cerrojo también ahí y me tumbé en el sofá del lateral. A pesar de ser media tarde, estaba agotado, no tenía nada de energía. No necesitaba mirar mucho en mi pasado para llegar a la conclusión de que ese había sido el peor día de mi existencia. La pelea de Estados Unidos y China había llegado a mi ciudad, y yo lo único que podía hacer era esconderme y no perder la esperanza de que toda la gente que conocía estuviese bien, incluso quería que no le pasase nada a Alex, el matón de mi clase.

Solté una pequeña risa al recordar mi confusión al investigar sobre mis padres. A pesar de que aún quería descubrir la verdad, esta parecía tan lejana e insignificante que ya ni siquiera tenía importancia. Al final, me quedé dormido mientras pensaba en la foto intrigante que había encontrado.

Cuando desperté horas después me llevó unos segundos recordar mi localización y lo ocurrido. Un suave temblor me refrescó la memoria. Suponía que se habían repetido multitud de bombardeos durante la noche, pero no había escuchado ninguno. Miré mi muñeca y comprobé que eran las seis de la mañana, había dormido catorce horas del tirón. Era curioso cómo reaccionaba mi cuerpo al estrés del día anterior. El sonido quejicoso de mi barriga hizo que cayese en la cuenta de que llevaba sin alimentarme desde la comida en la escuela, pero al ponerme de pie fue obvio que la prioridad era vaciar la vejiga. Al salir al pasillo vi que el inquilino con el que compartía escondite estaba en la zona común. Cogí una bolsa de nachos y guacamole, en lo que consistiría mi dieta los próximos días, y salí a acompañar al desconocido.

El hombre, sentado en el sofá de la esquina, hizo un suave gesto con su cabeza al verme. Me acomodé enfrente de él y engullí mi desayuno. Me sentía culpable de romper el silencio de esa manera, pero era imposible comerse unos nachos sin hacer ruido.

—Me llamo Wallace —dijo de repente la figura que costaba distinguir en la penumbra.

—Yo Harlan —respondí cuando tragué el trozo de comida que tenía en la boca.

—A juzgar por los temblores continuos, parece que esto no va a terminar en el futuro cercano,

así que es posible que estemos aquí unos cuantos días, quizás semanas. Pienso que lo mejor es saber un poco de la persona con la que compartiremos este tiempo.

—Estoy de acuerdo.

—Mi nombre es Wallace Glover, soy abogado, estoy casado y tengo una hija.

Yo le miré asintiendo, un poco cohibido al darme cuenta de que estaba hablando con un señor adulto. Aparte de mis profesores y de mi madre, la media de edad de la gente con la que me relacionaba era la misma que la mía, nueve años.

No parecía que fuese a decir nada más, así que me lo tomé como una indicación para que hablase yo. Me sentía un poco estúpido presentándome a ese hombre, no tenía mucho que decir, por lo menos nada diferente a cualquier otro niño de mi edad.

—Pues yo tengo nueve años y voy a la escuela… ya está. Ah, bueno, mi nombre completo es Harlan Olerson.

—¿Olerson? ¿Como Kay Olerson? —respondió un poco sorprendido.

—Justo como Kay Olerson. Él es mi padre.

Wallace se quedó inmóvil, procesando lo que acababa de decir. Entonces, de la nada, estalló en una carcajada atronadora, como si ya no importase el hecho de que estuviésemos escondidos en un sótano en mitad de una guerra.

—Hijo de Kay Olerson, esa sí que es buena —consiguió soltar entre risotadas—. Eres bastante gracioso muchacho. Mira tú por donde, que hoy no esperaba que fuese a reírme.

—No sé qué tiene tanta gracia. Es cierto, Kay es mi padre.

Wallace se detuvo un instante a contemplar mi cara de seriedad, pero no tardó en retomar su reacción anterior.

—Claro, y yo soy hijo del presidente de los Estados Unidos.

Le dediqué una mueca de desdén que no pareció afectarle. No era la primera vez que obtenía esa reacción, pero sí era la ocasión que más me estaba molestando.

El hombre, al ver que no cambiaba la expresión, dejó de reírse por fin.

—Muchacho, tienes que saber cuándo dejar de vivir la broma. Al final acabas jodiendo el chiste.

—¡Que te he dicho que no es un chiste!

—Entonces, dime —habló con su tono serio del comienzo—, ¿qué está haciendo aquí el hijo de quien es una de las personas más influyentes en la historia de la humanidad? En medio de un campo de batalla, un niño enclenque y larguirucho como tú… ¿hijo de Kay Olerson? Por favor, no tiene ni pies ni cabeza.

La expresión de mi rostro tornó a una de duda. Sabía quién era mi padre, ese don nadie no me iba a provocar que pensara lo contrario. Pero no le faltaba la razón al decir que, al menos, no lo aparentaba, no parecía ser el hijo de la figura influyente que era mi padre. No merecía llamarme su hijo.

El resto del día no volvimos a dirigirnos la palabra.

Yo estaba enfadado con él y prefería escuchar a mi cabeza antes que a su voz de cuervo. Y supuse que él tampoco tendría mucho de qué hablar con un niño de nueve años.

Al día siguiente, el segundo encerrado en ese sótano, comprobé la conexión de mi dispositivo de comunicación una vez más. Seguía incomunicado. Fue entonces cuando surgió una idea en mi cabeza. Entré en otra de las habitaciones y encendí la gran pantalla. En todo ese tiempo no había activado ninguno de los dispositivos porque todos requerían una clave que solo el dueño conocía, así podía controlar su tiempo de uso. Sin embargo, la primera sala era solo entretenimiento.

Tenía miles de películas y series de principios del siglo XXI y, con suerte, también conexión directa para ver las noticias.

Durante las cuarenta horas que llevaba encerrado ahí lo que más me había afectado era la incertidumbre, el no saber nada de la superficie a excepción de los continuos temblores. El no saber si mi madre seguía con vida. Me aseguré de que todos los cables estuviesen conectados y fui a buscar el mando en el cajón del lateral.

—¿Sabes cómo funciona eso? —sonó la voz de Wallace con interés—. Es tecnología retro, yo he intentado conectar la de mi zona y he sido incapaz.

—Sí, he venido muchas veces a este sitio —respondí con sequedad.

Ya no estaba enfadado por su comentario del día anterior, pero tampoco tenía ninguna razón para ser cercano con él.

Wallace no respondió, solo observó cómo usaba el mando para moverme por la pantalla encendida. Al llegar al icono que buscaba, presioné el botón de aceptar y la pantalla nos mostró las imágenes de una ciudad en llamas.

—¡Lo has conseguido, muchacho! —dijo Wallace sorprendido de que un tipo enclenque y larguirucho fuese capaz de conectar ese dispositivo.

No dije nada, no hizo falta. Los dos nos quedamos enganchados a la retransmisión todo el día, solo abandonamos la habitación para ir al baño y coger más comida.

Era una actualización en directo de la situación en Vancouver. Detallaban cualquier nueva información que tuviesen y, cuando se quedaban sin datos inéditos, hacían un repaso del conflicto hasta ese momento.

Así fue como supimos que hasta entonces el número de desaparecidos ascendía a cincuenta mil personas. Era inútil hablar de muertos todavía, era imposible hacer una estimación aproximada dado el descontrol que seguía imperando en la ciudad. Las primeras horas del conflicto fueron las más duras. Estados Unidos y sus aliados sabían que China pretendía invadir por fin el continente americano, pero no esperaban que empezasen por una ciudad canadiense, ya que nosotros éramos jugadores secundarios de los estadounidenses, no éramos una amenaza real para ellos. Lo que en realidad representábamos, según uno de los tertulianos, era un puente de entrada, un acceso rápido al continente desde el que asentar una base de operaciones.

Tras los primeros ataques, los soldados canadienses llegaron, deteniendo parte de los bombardeos. Fue al caer la primera noche cuando los refuerzos importantes de Estados Unidos hicieron su aparición y los chinos dejaron de atacar nuestra ciudad para centrarse en sus enemigos de verdad. Desde entonces el conflicto se desarrollaba de manera caótica. Ya se habían desplegado una gran cantidad de unidades terrestres y desalojado gran parte de la ciudad. Mientras que los chinos habían conseguido asegurar el norte de Vancouver, donde se reagruparon y lanzaron la ofensiva más definida que estaba teniendo lugar en esos momentos, debido a que su plan inicial de atacar por sorpresa no había sido suficiente para hacer una invasión completa.

Esa noche fue la primera en la que no pude dormir. Habría preferido mantenerme en la ignorancia. Ahora sabía que la situación se iba a alargar de verdad y que, si salía a la calle, no podía estar seguro de si sería un estadounidense o un chino la primera persona con la que me cruzase.

El saber la realidad también provocó que comprobase incluso con mayor asiduidad la conexión de mi dispositivo. Ya no era para saber noticias del exterior, sino para constatar que mi madre estaba bien y no formaba parte de la estadística de los cincuenta mil desaparecidos, de la

que yo sí que era un integrante. Pero la conexión nunca volvió.

Al día siguiente, el tercero en confinamiento, me obligué a no entrar en esa habitación en toda la mañana. Supuse que de haber algún avance importante Wallace me lo diría, o al menos exclamaría de la emoción o del terror. Pero por la tarde, después de comer, fui incapaz de aguantar mi aburrimiento y cedí.

A juzgar por el estado de demacración del hombre con quien compartía escondite, solo había salido de esa habitación para lo imprescindible. Hasta había dormido ahí, en mi lado del pasillo. Cuando entré levantó la cabeza alertado, como si ya se hubiese olvidado de mi existencia. Me senté y observé las imágenes y voces que daban significado a lo que mis ojos veían. Los chinos comenzaban a moverse, pero no se tenía mucha más información.

Me habría gustado ver otra cosa, pero todas las películas y series, al igual que las consolas, estaban bloqueadas, y para cambiar de retransmisión y enfadar a Wallace, preferí no hacer nada.

—Lo estoy haciendo por ellas —escuché de repente después de que mostraran el puerto de Vancouver.

—¿El qué? —dije al darme cuenta de que había sido la voz de Wallace.

—Esto, el quedarme aquí encerrado, escondido como un cobarde con un niño de nueve años.

De no ser porque se había llamado cobarde a sí mismo, me habría sentido ofendido por su comentario, pero la tristeza de su voz tampoco me incitaba a presionarle en la herida.

—No puedo morir, ¿sabes? Mi hija va a cumplir tres años en dos semanas, no puedo dejarla sin un padre.

—¿Viven aquí? —pregunté sin saber muy bien qué decir. No estaba acostumbrado a tener esas conversaciones de temas serios.

—No, afortunadamente no. Mi mujer y yo somos de Toronto, vivimos allí. Yo estaba aquí en un viaje de negocios cuando ocurrió todo esto —añadió señalando las imágenes repetitivas de la pantalla—. A cada hora dudo si debería arriesgarme a salir a la calle para intentar escapar de este campo de batalla en el que se ha convertido la ciudad. Pero, por remota que sea la posibilidad, no me puedo arriesgar, no pienso dejar que un chino me pegue un disparo en la sien cuando tengo que ocuparme de que mi hija crezca feliz y ajena a todo este dolor.

Yo asentía en todo momento, sin ser capaz de compartir ni un mínimo de la tristeza que le corroía. Escuchaba lo que me estaba diciendo, pero de ahí a entenderlo había una gran diferencia. Solo permanecí a su lado mientras me contaba todo sobre su hija. A pesar de no tener ni tres años, tenía infinidad de cosas que relatar sobre ella. Al final me aburrí más que al estar en mi habitación mirando al techo negro.

—Y tú, Harlan, ¿qué quieres hacer cuando crezcas?

De no ser porque pronunció mi nombre, siendo la primera ocasión que lo hacía, no habría identificado la pregunta entre el resto de sus quejidos.

—Encontrar la verdad.

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—Sí, quiero encontrar la verdad de todo. Ahora mismo tengo cientos, miles de preguntas, y cada vez que encuentro una respuesta, me surgen tres incógnitas más.

—¿Como un investigador? ¿Quieres ser un investigador? —dijo sin entender del todo qué quería decir, al igual que me pasaba a mí cuando me hablaba de su familia.

Se podía apreciar que Wallace era como la gran mayoría de adultos, con todo etiquetado en su respectiva cajita. Para él, hacerse preguntas y buscar la verdad era la etiqueta del investigador, así que me había puesto de inmediato ahí. Muchas veces me prometía a mí mismo que no

crecería y pasaría a ser como la mayoría de adultos, no quería perder mi, aparentemente distinta, forma de ver el mundo.

—No me importa qué nombre tenga, yo solo quiero encontrar la verdad de todo —sentencié con un tono suficientemente serio como para que esta vez Wallace no hiciese ningún comentario sobre mis extrañas proclamaciones.

Ese día no hablamos más, ni al próximo, ni tampoco al siguiente. El sexto día de confinamiento conversamos sobre un par de cosas de la situación en el exterior, pero nada de importancia. Al parecer los chinos ganaban cada vez más territorio de la ciudad y ya se conocía su *modus operandi*: matar a todos los hombres adultos y capturar a las mujeres y niños. Al escuchar eso me alegré de que mis continuos deseos de ser mayor no se hubiesen cumplido.

Tras esos comentarios, no hubo más que hablar. Ambos teníamos claro que nuestra pareja de escondite no era la más compatible. Yo no quería escuchar más proezas de cuando su hija escaló hasta la encimera y tiró un vaso de leche, al igual que Wallace no quería oír mis extrañas ideas sobre mi propio futuro.

Pasaron más días y ya dejé de contarlos, de no ser porque las noticias recordaban hasta el minuto en el que nos encontrábamos, ya habría perdido la noción temporal por completo. Mi día era aburrido y monótono. Cuando tenía hambre comía una de las latas de chile con carne que había encontrado en alguna de mis incursiones a la planta superior. Cuando tenía sueño me echaba en el sofá y cerraba los ojos deseando transportarme varias horas en el futuro. Y cuando tenía más aburrimiento que sueño, que era la mayoría de veces, acababa cediendo y entrando en la habitación donde la pantalla permanecía siempre encendida.

En el día siete u ocho le había conectado a Wallace la televisión en la habitación de su lateral, así que al menos ya tenía la libertad de ver otros canales, aunque no había mucha diversidad. Cuando la guerra que se prolongaba desde cinco años atrás por fin resultaba en la incursión de los chinos en el continente americano, la gente no sabía hablar de otra cosa.

Ignoraba qué día era ya, pero esa mañana hubo por primera vez un cambio. Aunque teniendo en cuenta qué acabo siendo, hubiese preferido quedarme con mi aburrida rutina de todos los días. Me levanté a las doce de la mañana, lo normal con el horario que ya había adoptado. Después de desayunar una bolsa de nachos, no me apetecía un plato de chili con carne recién levantado, fui a la Sala de la Pantalla Desvelada, como la había bautizado. Fue entonces cuando escuché un ruido de la planta superior. No era uno de esos molestos temblores que seguían ocurriendo de vez en cuando, o de los disparos o aviones que sonaban en la lejanía. No. Era la planta superior. Para ser exactos, alguien que quería entrar en el local. El sonido del cristal de la fachada haciéndose añicos confirmó mi hipótesis. Miré al lateral de Wallace, aterrado por si había sido tan estúpido de querer salir a la calle. Pero cuando vi su cara atemorizada al salir de su cuarto, supe que la realidad era peor.

Apagué la pantalla y salí a esconderme en mi habitación. Me metí en el cajón de la esquina, que tenía un fondo muy profundo, y puse las cajas falsas de videojuegos para que actuaran como decoración. En todas mis reflexiones en las que simulaba que alguien entraba en Arcadia, siempre había llegado a la conclusión de que ese era el escondite más seguro.

Una vez en posición, intenté calmar mi respiración. Poco a poco mis pulsaciones se regularon, y pude escuchar algo más allá de mi latido. Fue entonces cuando me di cuenta de que el estúpido de Wallace no había apagado su pantalla. Era posible que ni siquiera supiera cómo hacerlo.

Un minuto más tarde me llegó el sonido de varias botas retumbar por el pasillo que había sido

mi casa durante las últimas semanas. Pude escuchar cómo recorrían todas las habitaciones con ímpetu, motivados por saber que iban encontrar a gente debido a que había una pantalla encendida. En ningún momento percibí una voz, así que seguía sin saber qué bando era el que había interrumpido nuestra monotonía.

Finalmente, la luz de una linterna inundó la oscuridad de mi habitación, habían llegado al último sitio donde podían mirar y, a juzgar por la falta de gritos, Wallace sabía esconderse. Yo en esos instantes solo podía pensar en no hacer ningún ruido ni movimiento estúpido, al menos así era como siempre acababan pillando a quienes se escondían en las películas del siglo XXI, alguien del grupo tiraba algo justo cuando el perseguidor se iba a ir.

Sin embargo, eso no era una película, y ni siquiera hizo falta que fuera torpe. La linterna iluminó el cajón en el que me escondía y el hombre detrás de la luz soltó una palabra que fui incapaz de descifrar. Pero sí que entendí cómo una mano fuerte me agarró del hombro, me arrastró por la habitación y el pasillo y me lanzó a la sala común. Ahí, un soldado enfundado en el mismo uniforme negro que el resto, pero con unos pines distintos sobre sus hombros, me observaba desde el contraluz que producía la escalera.

—¿Cuántos años tienes? —dijo con una pronunciación perfecta de mi idioma.

De no ser por sus rasgos y el sonido que mi secuestrador había producido, en ningún momento habría dicho que fuesen chinos.

—Cumplo… cumplo diez años en dos meses —respondí con la voz rota.

—Bien, así me gusta, que respondas diciendo la verdad. Ahora dime, ¿estás aquí solo o hay alguien más?

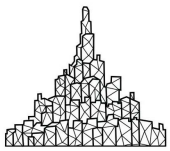
Sabía que esa pregunta iba a llegar, en eso las películas no mentían. No sé qué razonamiento seguí, si acaso llegué a pensar. Lo que tengo claro es que la respuesta salió de lo más profundo de mí, como algo instintivo.

—Sí, un hombre adulto de unos cuarenta años.

El interrogador me dedicó una sonrisa complaciente y despegando su mirada de mí, dio varias órdenes a los hombres que nos rodeaban.

Tardaron más de diez minutos en encontrar a Wallace Glove. El abogado había hecho un agujero en la parte inferior de uno de los sofás y se escondía en su interior. Al parecer, en nuestro tiempo de cautiverio sí que había hecho algo más que ver las malditas noticias. Le acercaron a rastras con incluso menos delicadeza que a mí. El hombre me dedicó una sonrisa de confusión, sobre todo porque no estaba seguro de si era mi culpa que él estuviese ahí. Tampoco tuvo tiempo de comprobarlo. Antes de que pudiese preguntarme nada, el hombre del contraluz sacó su arma de la cintura, la encañonó contra Wallace y apretó el gatillo. Este cayó al suelo produciendo un golpe seco que reverberó por todo el sótano. Su cabeza justo terminó en el lateral en el que la luz de la planta superior se filtraba, lo que me permitió apreciar cómo un charco de sangre emanaba de su sien.

No sentí pena. Tampoco culpabilidad, arrepentimiento, ni miedo. Ni siquiera pensé en su mujer o en su hija de casi tres años. En lo único que me fijé fue en los extraños patrones que hizo la sangre con la moqueta del suelo. Era posible que fueran imaginaciones mías a causa de la conmoción del momento, pero juraría que parecían pequeños hexágonos.



5. Egoísmo

01/09/2100, 12:30

Sentía la temperatura de mi cuerpo ascender, como si se acabase de prender un fuego dentro de mí. Los músculos los tenía en tensión y las manos cerradas en un puño hermético. Cada vez que el hombre uniformado me daba un empujón para que subiera por las escaleras, estaba tentado de girarme, agarrarle del brazo y usar su propia fuerza para tirarle al suelo. Lo que me impedía hacerlo era que la única vez que había intentado hacer algo parecido inspirándome en las películas, el matón de mi clase me agarró de los brazos y me derribó al suelo clavando su rodilla en mi cuello. Y dudaba que ese soldado adulto fuese a quedarse a su nivel.

Sus dedos enguantados volvieron a presionar la piel de mi hombro y me tensé una vez más. ¿De dónde procedía toda esa furia y odio? ¿Eso era el arrepentimiento? ¿Tristeza? Nunca había sentido nada igual, pero estaba claro que venía a raíz de contemplar el asesinato de una persona con la que había convivido durante semanas, siendo yo el principal culpable de su muerte.

La luz natural me bañó la cara por primera vez desde la tarde en la que me metí en esa tienda. Las únicas ocasiones que subía a la planta superior durante el confinamiento era de noche. Miré a mi alrededor con una sensación de extrañeza al abandonar ese local, pero sobre todo con incertidumbre por el lugar que lo iba a sustituir. Si algo me había quedado claro tras ver horas de información sobre la forma en la que los chinos combatían, era que no me esperaba una experiencia agradable.

Pasamos por encima de los añicos que antes formaban el escaparate de Arcadia y salimos a la calle. El aire tenía una densidad mayor a la que recordaba, costaba más que avanzase por tu nariz y tráquea. Parecía estar dentro de una sauna, pero en vez de vapor de agua respirabas humo y polvo. El cielo mantenía el mismo tono de congoja que el día en el que comenzó la invasión, pero la ciudad estaba muy lejos de conservar la similitud. Ya no era el Vancouver que conocía. No importaba dónde posase la mirada, todo estaba agujereado, desintegrado o deshecho. Era increíble que una ciudad que había costado décadas construir, se pudiese destruir en unos pocos días por el mismo ser que la creó.

El soldado que me guiaba me dio un gran empujón y me giré con violencia.

—¡Sé andar, no hace falta que me toques más!

El hombre frunció el ceño, pero su respuesta fue un silencio sepulcral, ni siquiera el resto de integrantes del escuadrón se giraron a ver qué ocurría. Así de preocupados estaban de un niño de nueve años. Entonces se escuchó una fuerte explosión al fondo de la calle y todos los soldados agarraron sus fusiles girándose en esa dirección. Quizás fuese porque había vivido en ese campo de batalla durante tantos días, pero yo el estallido apenas lo escuche, para mí era ya como cualquier otro sonido cotidiano de una ciudad.

—Sube al camión— dijo el hombre al que le había confesado la existencia de Wallace.

Agradeciendo que me trataran como un humano en vez de un animal estúpido que necesita dirección, acaté su orden sin rechistar y subí al vehículo que estaba aparcado delante de la tienda.

En cuanto puse un pie dentro de la caja metálica, una ráfaga de tiros alcanzó nuestra posición. Me derrumbé en el suelo y puse las manos sobre mi cabeza, como si fuesen a servir de algo si alguien me disparaba en la nuca. Frenadas de ruedas, órdenes en chino, más disparos y gritos de dolor, todos formaban una disonancia que reverberaba en las paredes de chapa del camión.

Al que pareció ser el último tiro le acompañaron dos suaves golpes secos. Me giré y vi a un hombre observándome con curiosidad. Me recompuse de inmediato y le devolví la mirada. Tenía el cabello cobrizo desgreñado, con una cinta en la frente que era incapaz de mantenerlo controlado. No dijo nada, pero viendo que no parecía amenazante, a pesar de su prominente musculatura y el arma que le colgaba del hombro, salí del vehículo que me había servido como escudo.

Al descender vi aniquilado al escuadrón chino entero. Los cinco hombres que bajaron al sótano y los otros cuatro que esperaban en el camión yacían en el suelo en posiciones imposibles, parecían los muñecos de un niño psicópata que tortura a sus juguetes. Solo el jefe estaba con vida, el único que suponía que hablaba mi idioma. Estaba sentado en el suelo, apoyado sobre la rueda del camión. Varias gotas de sudor negro a causa del hollín le caían por el rostro mientras apretaba con fuerza la mano sobre su hombro ensangrentado. Parecía concentrado en su respiración, como si tuviese miedo de que se le olvidase cómo hacerlo.

Una mujer de aspecto joven le agarró de las manos y otro individuo le cogió de las piernas. Entre los dos lo cargaron en uno de los coches que habían comenzado esa masacre.

—Interesante, no pareces impresionado por tanta violencia —dijo el hombre con una media sonrisa asomando.

—¿Debería estarlo?

Tenía una mezcla tan potente de emociones que era como si no tuviese ningún sentimiento, parecía tan extraño como liberador.

El hombre que me había salvado soltó una carcajada y se agachó para ponerse a mi altura.

—¿Qué hacías con los chinos?

—Habíamos quedado para ir al río a bañarnos. ¿Tú qué crees?

¿De dónde estaba saliendo toda esa ira? No tenía ni idea, pero me sentía poderoso, con una fuerza que nunca había experimentado. Me gustaba.

—Tienes cojones, chaval, no te lo voy a negar. Pero ahora respóndeme en serio, ¿qué hacías con ellos?

—He estado encerrado en esta tienda desde la tarde en la que se inició la invasión. Los chinos han descubierto hoy el sitio y supongo que iban a llevarme a donde sea que almacenan a sus prisioneros.

—Así que has vivido en el campo de batalla todo este tiempo, eso debe de haber sido cautivador —respondió como si de verdad le interesasen mis respuestas, como si estuviese hablando con un adulto. Nunca me habían tratado así—. ¿Y estabas solo?

—No, había otro hombre, un adulto. Pero los chinos le mataron.

—Vaya, encontraron al pobre hombre y le asesinaron, ¿eh? ¿Lo hicieron delante de ti? —continuó el interrogatorio.

¿A dónde quería ir a parar ese hombre con esas preguntas? ¿Para qué quería saberlo?

—No le encontraron, yo le delaté.

El semblante del hombre se tensó de manera casi imperceptible.

—¿Por qué? —dijo con un tono más frío.

—Porque yo nunca miento. Me preguntaron si había alguien más y dije la verdad. Y sí, le atravesaron el cráneo con una bala delante de mí —contesté alzando la voz, intentando que tuviese más potencia.

—Me caes bien, chaval. A no ser que te quieras volver a tu guarida, te puedes venir con nosotros.

—¿Sois soldados? —pregunté intercambiando los roles.

—¿Soldados? —dijo como si hubiese soltado la suposición más estúpida que se me podría haber ocurrido—. No, desde luego que no. No pienso darle mi vida ni mi tiempo a un país, o más bien a una humanidad, que me falló.

—Y entonces, ¿por qué me has salvado? ¿Por qué hacéis todo esto?

—Mira por donde, que yo soy como tú, siempre digo la verdad. Yo hago esto por la misma razón que el resto de gente, solo que soy el único que lo admite. Lo hago porque me beneficia, hago esto por motivos egoístas.

—¿Quién eres?

Fui incapaz de esconder mi tono de curiosidad en esa pregunta. Todo en esa persona me causaba extrema curiosidad. Tenía la parte inferior de la cara tapada y unas grandes gafas de sol que cubrían sus ojos.

—Puede que en un pasado fuera alguien, pero eso hace tiempo que dejó de importar. Mi nombre es Nicky Damner, llámame Nicky. ¿Y tú, chaval? ¿Quién eres?

Su pregunta, simple en apariencia, me dejó pensativo. A ese interrogante le había dado vueltas desde que me presenté a Wallace. Por mucho que me irritase, tenía razón, yo no era hijo de Kay Olerson, no merecía serlo, aún no.

—Todavía nadie, por ahora me puedes llamar Harlan.

—¿Harlan? Interesante nombre —respondió dándome un suave manotazo en el hombro.

Para mi sorpresa, no me molestó. Todo lo contrario, lo encontré tranquilizador.

—¡Nicky, todo listo! —gritó la chica que había cargado el cuerpo del único superviviente.

—Perfecto, regresamos a base.

Y tan rápido como habían aparecido, se fueron sin dejar rastro, solo que esta vez iba yo con ellos. Miré hacia atrás, observando cómo se empequeñecían a toda velocidad los cuerpos diseminados por el suelo. Sentía que a esa misma velocidad era a la que avanzaba mi vida. ¿De verdad dos semanas atrás tenía la existencia normal y corriente de un niño en la escuela? Todo parecía tan lejano que lo percibía hasta irreal. Sentía como si todo lo que fui hasta la invasión hubiese dejado de existir y ahora solo importaran dos cosas: saber más sobre las extrañas sensaciones que habían nacido en mi interior y encontrar la verdad sobre la fotografía de Kay Olerson, Ava Harlan y ese bebé con el amuleto hexagonal que pendía de mi cuello. Ahora que por fin estaba fuera de mi confinamiento voluntario, podía buscar a mi madre, a Zoe, y preguntarle la verdad. Ella, de entre todas las personas, debía decírmela.

Estuve todo el trayecto dándole vueltas a esa idea. A pesar de que observaba los restos de una ciudad que no se parecía en nada a la que me había visto crecer, en ningún momento exhibí la mínima expresión de asombro. Había visto tantas veces esas imágenes que no las percibía diferentes porque las tuviese enfrente de mí, ya me había vuelto inmune a las atrocidades que los humanos eran capaces de infligirse entre sí.

Cuarenta minutos después llegamos a la base de Nicky, ya que a todas luces parecía ser el jefe de lo que fuese ese grupo. Un hombre de veintipocos años, el único que habló conmigo durante

el trayecto, me indicó dónde había camas libres, me dio ropa nueva y me señaló las duchas. Nunca pensé que el contacto en tu cuerpo del agua pudiese ser tan placentero. El grifo del lavabo del local de videojuegos solo servía para refrescar y lavar las partes más importantes. Conforme los días pasaron fue incapaz de enmascarar el olor que se apoderaba de nosotros, en especial de Wallace.

Ya una persona nueva, salí a la entrada de la base de Nicky, una nave industrial en los exteriores del sur de Vancouver, el territorio de la ciudad que seguía bajo nuestro control. Analicé al grupo de mercenarios. A pesar de lo bien equipados que estaban, no parecían ser mucha gente, no llegarían a la quincena. Los ocho protagonistas de la masacre que me había salvado y siete individuos más que nos dieron la bienvenida con entusiasmo al ver que no había bajas.

—Hombre, ya pareces un humano hecho y derecho —dijo Nicky mirándome de arriba abajo —. Menos mal, porque olías a mierda. —No dije nada, preferí no dignificar su comentario—. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Yo asentí y seguí sus pasos. Salimos al exterior y cruzamos a otro edificio, este de menor tamaño, parecía una sala de mantenimiento de las máquinas que usaran en esa fábrica. En el centro de la pequeña sala descansaba el hombre cuya voz autoritaria me había pedido que traicionara a Wallace, solo que ya había perdido toda su autoridad. Estaba desnudo y atado a una gran tubería metálica. Una correa le impedía abrir la boca y unas esposas con óxido encadenaban sus manos. A pesar de ello, miraba a Nicky con la mirada de alguien que está en control de la situación, ni siquiera se dignó a prestar atención a mi presencia.

Nicky, sin preámbulo alguno, le golpeó con todas sus fuerzas en el abdomen, siguió el ataque con puñetazos en las costillas y terminó con un derechazo en la mejilla. A pesar de que solo había durado un minuto, unas gotas de sudor descendían del pañuelo de su frente. Sin embargo, el asiático no dijo nada a excepción de algún quejido que fue incapaz de reprimir y un escupitajo de color marrón que expulsó al final.

—Ya hemos calentado. Ahora, dime, ¿dónde está vuestra base de Lonsdale?

El prisionero le mantuvo la mirada inmóvil, como si no entendiese las palabras que acababa de escuchar, a pesar de que sabía que hablaba nuestro idioma a la perfección.

—Y yo que pensaba que no iba a tener que ejercitarme mucho.

Al terminar de pronunciar la frase reemprendió la sucesión de golpes, imprimiendo más furia en ellos. Esta vez no cesó hasta que su respiración se entrecortó.

El preso tenía el torso salpicado de parches rojos, amarillos y morados, aunque era la cara la que más impresionaba. Mostraba multitud de heridas abiertas que manchaban su rostro de ríos rojos de sangre. Uno de los ojos no lo podía abrir debido a su ceja y párpado hinchado, y uno de sus salivazos lo acompañó con un par de dientes.

Yo en todo momento permanecí callado en una esquina, observando. Desconocía el motivo de mi presencia en esa tortura, pero tampoco me disgustaba estar ahí. Sentía como parte de mi odio se impregnaba en los puños de Nicky cuando golpeaba al hombre que había asesinado a Wallace, la persona que quería apresarme y privarme de mi libertad, de mi posibilidad de encontrar la verdad.

—Esto se está poniendo intenso —dijo Nicky aún recuperando el aliento—. No se si ya lo has deducido, pero yo no estoy con los estadounidenses. A mí esta guerra me da igual quién la gane. Bueno, no es del todo cierto, prefiero el modo de hacer de occidente, pero no estoy tan afectado como para verme involucrado en la disputa. A mí lo único que me interesa es aprovecharme de la

situación. —Nicky sonreía mientras hablaba, como si después del destrozo que le había hecho al hombre quisiera negociar por la vía diplomática—.

»Sé que estáis perdiendo poder en el norte, que faltan un par de días para que los americanos lo retomen. Así que ahora es el momento perfecto para hacer lo que mejor sé hacer, infiltrarme en una de vuestras bases desprotegidas, robar el armamento y tecnología que tengáis y vendérselo al que se supone que es mi bando. A fin de cuentas, no todo en la guerra es destrucción y muerte, también puede haber germinación y florecimiento de aquellos que saben ver oportunidades en las catástrofes, y yo ya soy un maestro en ello. —Pausó unos momentos para tomar aire y añadió—. Te lo preguntaré una segunda vez, ¿dónde está vuestra base de Lonsdale?

El torturado levantó el mentón con esfuerzo y clavó sus ojos oscuros en las gafas de sol que Nicky seguía llevando. No estaba seguro de si era capaz de ver a través de ellas, pero parecía que estuviese observando hasta su alma.

—No lo sé —dijo seguido de un escupitajo sangriento al suelo.

Nicky soltó un pequeño bufido y se acercó a una mesa. Encima de esta descansaba un maletín que abrió y del que extrajo un par de objetos que no identifiqué.

—Supongo que tendré que usar métodos más sofisticados.

Volvió al asiático con un cuchillo que sacó de su bota. Puso la punta en el pecho del hombre, encima del corazón, y dibujó un círculo casi perfecto con ella. Como si estuviese pelando la parte podrida de una fruta, desprendió ese trozo de piel, dejando a la vista un pequeño parche de carne. El prisionero fue incapaz de aguantar un alarido de dolor que retumbó en la amplitud de la nave industrial. En todo ese proceso era la primera vez que gritaba.

—Supongo que sabrás qué es esto. A fin de cuentas, os lo he robado a vosotros.

Nicky tenía una máquina cúbica en la mano. De esta salía un tubo que terminaba en un círculo plano con decenas de pequeños pinchos. El tamaño era igual que el del agujero que había hecho en el cuerpo del prisionero. Sin miramientos, clavó la terminación con los aguijones en la herida y el cautivo repitió su clamor de tortura.

—Aunque tú sepas lo que hace, lo explicaré de todas formas. Tenemos una audiencia que quiero que sepa qué ocurre —dijo dedicándome un suave asentimiento de cabeza—. Esto es un estimulador eléctrico. Las terminaciones metálicas que he introducido en tu pecho quedan en contacto con tu sangre, un líquido, y cuando activo la máquina produce descargas eléctricas que se propagan por todo el interior de tu cuerpo. Nunca lo he experimentado, pero viendo los resultados en la gente, debe de ser uno de los peores dolores que el ser humano puede tolerar.

Nicky no había despegado su mirada de mí en todo momento, buscando una mueca de asco o terror en mi rostro. Yo permanecí inexpresivo. No llegué a mostrar esas emociones que Nicky estaba buscando, ya que no las sentía. Lo único que pasaba por mi cabeza era sorpresa, absoluto estupor de que una pelea entre dos países pudiese llegar a tales extremos. Era comparable a que por una pelea entre el matón de mi clase y yo acabase combatiendo la mitad de Vancouver contra la otra porque cada uno se alineaba en un lado de la contienda.

—Te lo preguntaré antes de activar la máquina —dijo Nicky volviendo a la tarea que tenía entre manos—. ¿Dónde está vuestra base en el barrio de Lonsdale?

El chino no se dignó ni a mirarle. Cabizbajo, y en un susurro, respondió:

—No lo sé.

Nicky pareció molesto por primera vez en ese proceso, decepcionado de que sus métodos no funcionaran. Agarró la ruleta de la máquina y la giró hasta el número cinco. Nunca pensé que el

rostro de una persona pudiese expresar tanto sufrimiento. Parecía que hubiese decenas de personas pateándolo debido a la multitud de sacudidas que recibía. La cara se le puso morada, el único ojo que podía ver estaba rojo y parecía haber crecido de tamaño, como si fuese a explotar de un momento a otro. Su cuerpo entero estaba agarrotado, desde sus manos hasta los dedos de los pies.

La persona que me salvó la vida detuvo la tortura y pronunció la misma pregunta, obteniendo la respuesta que ya había escuchado con anterioridad. Ese proceso se produjo multitud de veces, cada vez a mayor intensidad. Yo era incapaz de explicarme cómo el cuerpo de ese hombre podía soportar tanto dolor, no me quería ni imaginar qué tipo de entrenamiento debía de haber pasado para endurecerse de tal manera. Debía de haber sentido miedo, pavor, pero solo experimenté curiosidad. Curiosidad por saber cómo íbamos a ser capaces de derrotarles. ¿Acaso nuestro bando estaba tan entrenado? ¿Acaso cualquiera de los soldados que defendían Vancouver sería capaz de sufrir tanto con tal de proteger la localización de un simple edificio? No sabía por qué Nicky tenía ese odio contra Estados Unidos y sus aliados, pero yo no lo compartía. No me habían hecho nada malo, más bien todo lo contrario. Me habían dado la vida feliz que tenía hasta dos semanas atrás. Y, a pesar de que no tenía ni idea de cómo era vivir como en China, lo poco que había visto hasta entonces era indeseable.

Un lamento que estremeció mi cuerpo me devolvió a la tortura a la que asistía. La ruleta de la máquina marcaba el número diez. A pesar de estar a máxima potencia, cuando Nicky la apagó el prisionero mostraba la misma expresión que en el resto de ocasiones.

—Bien, esta es la última vez que te lo preguntaré —le agarró de la cabellera para levantar su cabeza lacia—. ¿Dónde está la base de Lonsdale?

El chino tragó saliva con un gran sobreesfuerzo y en apenas un hilo de voz repitió las únicas tres palabras que había dicho en esa sala:

—No… lo… sé.

Nicky soltó un resoplido de impotencia y extrajo el dispositivo que tenía conectado al pecho. Dejó la máquina en la mesa, con los aguijones goteando sangre sobre el suelo. Volvió a coger el cuchillo de su bota y, agarrando su nuca de nuevo, le habló con un tono que parecía admiración:

—Está claro que tu país puede estar orgulloso de tu servicio.

La expresión del hombre se suavizó por primera vez. Nicky, en un movimiento limpio y certero, hizo un corte recto en la garganta del prisionero que dibujó una salpicadura de sangre de varios metros, llegando hasta la punta de mis pies. Finalmente le soltó la cabeza y dejó que su cuerpo sin vida descansase por fin.

Nicky limpió el cuchillo y la máquina que había usado mientras yo observaba el charco de sangre que se formaba a los pies del cuerpo del hombre. El líquido discurría por toda su piel hasta precipitarse al suelo. Sentí un alivio por él, por fin había dejado de sufrir. Pero también experimenté cierta inquietud por mí. ¿Era normal que me sintiese así después de haber presenciado ese acto? No debía de serlo. ¿Por qué no padecía nada más que ese arrepentimiento? ¿Qué me ocurría? ¿Por qué era incapaz de experimentar miedo?

Nicky cogió el maletín y se acercó a mí, esperando a que le hiciese la pregunta que tenía en mi cabeza.

—¿Por qué le has matado?

Se agachó hasta ponerse a mi altura y me habló con un tono insensible:

—Porque hay veces que es imposible conseguir que alguien deje de decir mentiras, y en esas ocasiones, la única opción es encargarse de que nunca más puedan hablar. Solo así te puedes

asegurar de que no mentirán de nuevo.

Yo asentí, entendiendo el razonamiento que había expresado de forma tan curiosa.

—Ah… estás aquí… —dijo una mujer en la puerta con la cara roja y la respiración entrecortada.

Era la misma mujer que había ayudado a cargar el cuerpo del hombre que acababa de morir, pero se había quitado toda la equipación y ropa que antes cubría su rostro y extremidades.

—Dime, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Nicky con cierta preocupación.

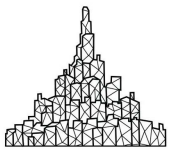
La mujer debía de tener menos de veinte años, probablemente fuese la integrante más joven. Tenía el pelo recogido en una trenza que caía hasta debajo de su pecho. Su mentón se perfilaba de tal manera que parecía ser capaz de cortar. Sus ojos de color grisáceo tenían una profundidad que conmovía y sus labios dibujaban una silueta sinuosa al moverse. Era sin duda la mujer más hermosa que había visto en mi vida, y también la primera en la que me fijaba.

Como si hubiese sentido la pesadez de mi mirada, me dedicó un vistazo rápido, intentando deducir qué pintaba yo en todo aquello. Antes de llegar a una conclusión, pareció perder el interés y devolvió la mirada a su jefe.

—Nuestro contacto dentro del ejército americano nos acaba de dar una información muy valiosa. Hace dos horas han conseguido localizar la base de Lonsdale, tenemos las coordenadas. Ellos piensan hacer un ataque mañana por la mañana. Debemos ir ya si no queremos perder la oportunidad.

El rostro de Nicky se iluminó de una forma casi intimidatoria.

—Perfecto, salimos ya —se giró hacia mí y añadió en un tono que no admitía réplicas—. Tú vienes con nosotros, Harlan.



6. Amuleto

01/09/2100, 22:15

El vaivén constante de la furgoneta me agitaba sin ningún miramiento. El resto de pasajeros no se inmutaba por el efecto. Todos tenían un tamaño mayor a mi larguirucha apariencia, todos menos la chica que tenía enfrente. Por mucho que se apreciasen unos brazos musculados, tenía una fisonomía similar a la mía. Los dos nos encontrábamos en el final, con vistas al cielo negro que nos daba cobijo.

«¿Qué íbamos a hacer?», me pregunté mirando el asfalto que dejábamos atrás. Y, más importante, ¿qué hacía yo en todo eso? Era un niño de nueve años. Por mucho que aparentase ser un poco mayor, yo no pintaba nada ahí. Eso era una guerra, en ningún momento había pedido participar en ella. Entonces, ¿por qué me había dejado arrastrar? Observé mis manos, como si ahí fuese a encontrar la respuesta. Sorprendentemente, lo hice.

Wallace Glover. Él había muerto por mi culpa, no había duda de ello. Si me hubiese callado, o incluso mentido, los chinos me habrían llevado con ellos y él habría sobrevivido. Sin embargo, algo en mi interior me obligó a decirles la verdad a quienes eran mis enemigos, a entregarles a un ser humano con familia cuya vida arrebataron. ¿Era acaso ese mismo instinto el que me estaba llevando ahí? Cerré los puños con fuerza.

—¿Nervioso, niño?

Levanté la cabeza de inmediato, molesto. Cuando me encontré con los ojos grises de la chica que tenía delante de mí, me sentí empequeñecer, no fui capaz de aguantar la expresión de fastidio.

—No, no es eso. ¿Por qué debería estarlo?

Dos hombres que estaban sentados a mi lado se rieron sin mucho disimulo. Quien me había hablado se acercó a mí con el rostro sombrío.

—Pues porque estamos yendo a la guerra, niño.

Sin saber por qué, una media sonrisa se dibujó en mis labios.

—¿Dónde te crees que he estado las últimas dos semanas?

Todos los del camión se rieron ante la chica. No entendía por qué, solo le había dicho la verdad.

—Me caes bien, chaval. ¿Cómo te llamas? —preguntó ignorando los comentarios de sus compañeros.

—Harlan, ¿y tú? —respondí con la voz ahogada.

La tenía tan cerca de mí que tenía miedo de que escuchara el latido de mi corazón a punto de desbocarse.

—Kat.

Me relajé al escuchar su nombre, como si alguien que se llamase así no pudiese ser una mala

persona.

—¿Qué hacéis aquí? Si no sois soldados y no vais con ningún bando, ¿por qué hacéis esto? —pregunté cuando el resto de los hombres quitaron su atención de nosotros.

—Lo mismo que todos, nos intentamos ganar la vida. Hemos venido adrede desde Toronto.

—¿Desde Toronto? ¿Habéis venido a la guerra aposta? ¿Por qué?

—Harlan, siempre que hay muerte y destrucción, también hay nuevas oportunidades. En este mundo todo está equilibrado, si alguien pierde algo, es porque otro gana. Nosotros estamos aquí para pertenecer al segundo grupo.

—¿Y qué es lo que hacéis?

—Lo que sea. Robar armamento de un bando y vendérselo a otro, ser mercenarios para quien nos pague, obtener y vender información… En definitiva, lo que haga falta con tal de conseguir más tiempo.

—Pero, ¿por qué lo haces? —pregunté sin entender del todo su motivación.

—¿Cómo que por qué? Ya te lo he dicho.

—Ya, pero puedes ganar tiempo de cualquier otra forma, ¿por qué así? Vuestras acciones suponen la muerte de otros, pero habláis de la guerra completamente a la ligera, como si fuese un juego.

—Las cosas nunca son tan sencillas como te las pintan en el colegio. Esto que hacemos es divertido y da tiempo, dada la situación, me conformo con ello. Hay gente que no puede tener ninguna de las dos.

Me quedé pensativo. ¿Era eso cierto? O sencillamente se trataba de alguien que se había conformado con el camino fácil que tenía delante. Ya había escuchado esa frase muchas veces, incluso Wallace la había pronunciado en un par de ocasiones en nuestras semanas de confinamiento: «La realidad nunca es tan sencilla como nos gustaría». Si eso era cierto, a mí no me gustaba la realidad.

—¿Por qué no te unes a nosotros? —soltó Kat de improviso.

—¿De qué hablas? Pero si soy un niño.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué has venido?

—Eh… —dije sin saber cómo continuar.

Buscaba en mi cabeza una respuesta a esa pregunta, la misma que yo ya me había hecho, pero solo se agolpaban pensamientos sin consistencia. Era incapaz de darles forma. Hasta que por fin se consolidaron en el rostro de una persona.

—Mi madre, quiero encontrar a mi madre.

Kat pareció decepcionada por esa respuesta, como si el tener un motivo suficientemente válido para mi presencia ahí hubiese fastidiado su argumento.

—Te lo voy a decir sin rodeos. Si todavía no has podido contactar con ella, lo más seguro es que esté muerta.

Tenía razón, no había podido contactar con ella. Todos los días que pasé en el sótano de la tienda de videojuegos intenté mandarle un mensaje o llamarla, pero nunca tuve señal. Cuando por fin salí a la superficie esa mañana y me subí al camión que ahora me estaba llevando de vuelta a la ciudad, recuperé la conexión. Sus comunicaciones entraron a la vez, ciento veinticuatro mensajes. Al inicio me hablaba preocupada por mi bienestar, dónde me encontraba o qué tenía que hacer para ponerme a refugio. Los siguientes fueron un plan que ideó para encontrarnos en el medio del caos durante el día dos y tres. A partir del cuarto día, eran mensajes que enviaba solo para hablar conmigo, para calmarse a sí misma. El décimo día recibí el último

de ellos, me avisaba que había soldados cerca y no sabía qué iba a ocurrir. Tras leer los mensajes había intentado comunicarme con ella de cualquier forma, sin éxito. Era irónico cómo se habían cambiado las tornas entre los dos.

Sin embargo, por mucho que Kat creyese lo contrario, eso no significaba que estuviese muerta. Quizás solo la capturaron, a fin de cuentas los chinos no solían matar a mujeres y niños. O ni siquiera eso, quizás solo estaba escondida en algún lugar, sin conexión. Lo que estaba claro era que no iba a hacer nada quedándome quieto en la base de Nicky o escapando de esa guerra. Tenía que ir a buscarla a la ciudad. Si yo moría, todo eso dejaría de importar, y si me capturaban, con suerte me llevarían al mismo sitio donde tenían a mi madre.

—Te equivocas, ella no está muerta —respondí con un tono de voz tan serio que hasta yo mismo me sorprendí.

Kat mostró una sonrisa melancólica y asintió.

—Si eres feliz creyendo eso…

Después cerró los ojos y apoyó la cabeza en la tela de la pared del camión.

En el resto del viaje no se pronunció ni una sola palabra en el interior del vehículo, pero el sonido ambiental no dejó de aumentar. Conforme nos acercábamos al epicentro del asedio se intensificaban los disparos, explosiones y gritos. Una mezcla de ruidos inconexos provenientes de multitud de lugares. Era increíble que tras dos semanas de ataque, y ya entrada la noche, diese la apariencia de que la batalla apenas había comenzado. El mensaje repetitivo que escuchaba en las noticias durante horas cogía cada vez más fuerza. China era incansable, no iba a parar hasta arrasar con todo. Los americanos combatían para ganar la guerra, pero China luchaba para existir. Cada vez veía más improbable un futuro en el que nuestro oponente dejase de estar dibujado en un mapa.

Nos detuvimos con el mayor silencio posible. Los soldados abandonaron el camión y permanecieron inmóviles. Parecía que estuviesen escuchando órdenes, pero no vi a nadie que las estuviese dando, nadie hablaba. Kat vio mi expresión de perplejidad, se acercó y sin el mínimo cuidado me metió el dedo en la oreja. De repente una voz sonó en el interior de mi cabeza. La chica puso los ojos en blanco molesta por mi ineptitud y se quedó a mi lado como una niñera.

—… el segundo grupo irá por el lado sur del edificio —dijo la voz de Nicky a través del dispositivo de comunicación que me dieron antes de salir y al parecer se me olvidó encender—. Su objetivo será servir de distracción para el primer pelotón. Los pocos enemigos que hay protegiendo el edificio deberán fijar su atención en dicho grupo.

Mi mente dejó de prestar atención a las palabras de Nicky. Miré a mi alrededor. Faltaba la mitad de las personas que habíamos salido de la base, entre ellas el hombre que pensaba que mi presencia ahí era una buena idea. Seguía sin tener ni idea de qué hacía ahí. Pero, a pesar de haber vuelto al escenario que había sido mi pesadilla durante las últimas trescientas horas, continuaba sin sentir miedo, solo confusión. ¿Por qué no notaba un nudo en el estómago? ¿O escalofríos en la espalda? ¿Acaso mis emociones se habían muerto junto a Wallace? ¿Era eso posible?

Un codazo me devolvió a la realidad. Kat tenía la mirada fija en mí, como si esperase una respuesta a una pregunta que no había oído.

—¿Es que no estás escuchando? —A pesar de hablar en un susurro, fue capaz de imprimir molestia en sus palabras. Yo me encogí de hombros sin saber qué decir—. Da igual… Tú sígueme, quiero que seas mi sombra. ¿Me has oído? Como me dé la vuelta y estés a más de un metro de mí, te juro que pego un grito y salgo corriendo para que los chinos te aniquilen. ¿Entendido?

Yo asentí, admirando cómo su expresión de fastidio aumentó al no haberme amedrentado ante su autoridad.

La veintena de personas se movieron, Kat y yo con ellos. Estábamos en el puerto norte de la bahía. Nos dirigimos a la base del puente que conectaba ambos extremos de la gran ensenada de agua. Las dos primeras personas del grupo cortaron la reja que bloqueaba el acceso a una abertura en la pared. De dos en dos nos introdujimos en el túnel. El eco de nuestras pisadas sobre un riachuelo de agua se iba amplificando como si quisiera alertar de nuestra presencia conforme nos acercábamos a nuestro objetivo.

Caminamos durante más de veinte minutos por una maraña de pasillos estrechos. Cuando por fin nos detuvimos, los que iban en cabeza sacaron la misma herramienta que habían usado para entrar al túnel y repitieron el proceso. Al sobrepasar esa segunda reja nos encontramos en el gran polideportivo de una escuela con centenares de literas hacinadas.

—Estamos dentro, Nicky —sonó una voz en mi cabeza.

En esta ocasión pude ver al líder del grupo acercarse su muñeca a la boca para hablar.

El pequeño murmullo de quien había hablado, junto al inevitable ruido que habíamos hecho para entrar, provocó un rumor que se extendió por la instalación. Lo que al principio parecían bultos sin vida sobre los colchones, se empezaron a incorporar. Los más valientes incluso se atrevieron a bajar de las camas y ponerse de pie. Sin darme cuenta de lo rápido que había sucedido, me sentí observado por centenares de ojos, posiblemente miles.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Kat con un tono agudo.

—Prisioneros… son prisioneros —respondió sin un rastro de la antipatía que me había profesado con anterioridad.

Tanto ella, como el resto del grupo, estaban perplejos. Estaba claro que fuese como fueran los trabajos anteriores que habían hecho, nunca se habían encontrado con una escena así.

—¿Vamos a salvarlos?

—¿Qué? No, claro que no —contestó saliendo del ensimismamiento.

—¿Cómo que no? —dije aumentando sin querer el tono de voz.

—Porque no es nuestro objetivo, no hemos venido a eso. Además, son demasiados —añadió como si quisiera justificarse a sí misma.

—¿Estás hablando en serio? ¿Los vais a dejar aquí sin más?

—Los americanos van a venir a esta base mañana por la mañana, es su trabajo salvar a esta gente, no el nuestro.

El líder del grupo hizo gestos con la mano y varios de los soldados se movieron.

—¿Y si los chinos mueven a los prisioneros a otro sitio? ¿Y si antes de irse los matan a todos para no dejar información suelta?

Kat, que ya se movía siguiendo las indicaciones, me dedicó una mirada de soslayo capaz de atravesarme el alma.

—No es nuestra responsabilidad —sentenció tratando de zanjar la conversación.

Yo no me di por vencido. Ya sabía para qué había ido allí, para asegurarme de que esos prisioneros podían escapar.

—¿Y si mi madre está aquí? En ese caso sí que es mi responsabilidad salvarla —dije agarrándola del brazo y obligándola a que se detuviese.

Respiró con profundidad y me respondió con unos ojos más conciliadores de lo que esperaba.

—Harlan, entiendo cómo te sientes, pero tienes nueve años, tú no vas a poder salvar a tu madre.

Sentí ese ataque como un golpe directo a mi pecho. Pero no me dejé achantar por su ímpetu.

—Y si no lo hago yo, ¿quién lo hará? —Su rostro se volvió blanco, incapaz de encontrar una respuesta a la pregunta que le acababa de lanzar. Aproveché ese momento de duda para asestar el golpe final—. Además, no estoy solo, con tu ayuda estoy seguro de que puedo salvarla.

La coraza que mostraba hasta entonces se resquebrajó y dio paso a la pena que intentaba ocultar en su interior.

—Ni siquiera sabes si tu madre se encuentra aquí. Y aunque lo estuviese, ¿cómo serías capaz de encontrarla entre las miles de personas que hay?

Mientras hablábamos nos movíamos pegados a una de las altas paredes de la instalación. El rumor que habíamos despertado entre los prisioneros no dejaba de aumentar. Cada vez más curiosos se acercaban a nosotros con menos miramientos, llegando casi a unirse a nuestro grupo.

Iba a responder a Kat cuando un relámpago de luz iluminó la sala, seguidamente el sonido de una ráfaga de disparos llegó a mis oídos. Una serie de gritos, empujones y más disparos se sucedieron, hasta que sin saber cómo acabé tirado en el suelo detrás de una de las literas con Kat cubriéndome con su cuerpo.

El líder del grupo gritó algo que no entendí, su voz se camuflaba con los disparos que seguíamos recibiendo. Por fin vi a un grupo de personas armadas en una de las esquinas y lo entendí todo. Nuestra incursión ya no era secreta, los chinos nos atacaban. Para ocultarnos nos protegimos con los únicos objetos, las literas. El jefe del grupo debió de pensar que si la vida de los prisioneros corría peligro el enemigo cesaría el ataque, pero eso no sucedió. Los disparos continuaron, impactando en decenas de mujeres y niños que nos rodeaban, los mismos curiosos que se habían acercado a nosotros. El continuo estrépito de los fusiles siendo accionados camuflaba los gritos y gemidos de dolor de quienes morían a mi alrededor. Niños de mi misma edad y mujeres que perfectamente podrían ser mi madre. Caían uno tras otro como si se tratase de insectos insignificantes.

Sin saber por qué, me levanté de un salto y corrí entre la maraña de camas y personas que huían para salvar su vida.

—¡Zoe, soy yo, Harlan, ¿estás aquí?! —grité con todo lo que dio mi pulmón mientras empujaba entre la marabunta de gente.

Repetí una vez tras otra el mismo grito corriendo lo máximo que el resto de cuerpos me permitían. De repente una mano me agarró de la axila y me elevó en el aire. Al girarme, Kat me subía desde la escalera de una de las literas. Al llegar al tercer nivel me encontré en un mar inmenso de colchones y sábanas. Si todas esas camas estaban ocupadas, en ese lugar había varios miles de personas que ahora estaban muriendo.

Kat, ignorando mi vacilación, tiró de mí y saltó de una cama a otra mientras gritaba:

—¡Zoe, ¿estás aquí?!

Recargado de energía la imité. Saltamos de litera en litera dejándonos nuestros pulmones en cada bramido. Ajenos a ello, detrás de nosotros seguían los disparos, llantos y alaridos ahogados. Por mucho que gritásemos y que buscase a mi alrededor con la mirada, solo veía más sábanas blancas y cabezas que corrían por su vida. Hasta que una voz tomó forma. El primer sonido que tenía significado aparte de los gritos de Kat. Tenía una melodía familiar y en ella había expresado un mundo de esperanza. El mensaje era corto y directo: mi nombre.

Esperanzado grité todavía más fuerte, incapaz de creer que pudiese incrementar el volumen.

—¡¿Mamá? ¿Eres tú?!

Me paré en seco, no quería que el sonido de los muelles y el vaivén metálico de las literas

ocultase esa voz esperanzadora que había escuchado.

—¡¿Harlan?! —sonó de nuevo.

El rostro se me iluminó de una felicidad que ya creía perdida en la oscuridad que me rodeaba. Kat también me devolvió una sonrisa pletórica.

—¡¿Dónde estás?! —preguntó mi madre.

Kat señaló a la derecha. Corrimos hacia el aparente origen del sonido.

—¡Arriba!

Repetimos la operación cuatro veces más hasta que finalmente una cabeza se asomó entre la infinidad de literas.

No creía la visión que mis ojos recibían, no podía ser cierto, debía de estar alucinando, quizá muerto. Pero ese rostro que ya creía olvidado me observaba con la misma expresión de incredulidad que yo. Antes de darme cuenta, estaba fundido en un abrazo tan fuerte que por poco nos caemos al abismo que se abría a nuestros pies, donde la gente seguía corriendo a la desesperada, ajenas al reencuentro maternofilial que tenía lugar encima de ellos.

Cuando nos separamos mi madre me agarró de la cara y me observó con detenimiento, todavía con la duda de que ese encuentro fuese real.

—Tenemos que irnos ya, los disparos se están acercando —dijo Kat poniendo su mano sobre mi hombro.

Tenía razón, a pesar de que nos habíamos alejado lo máximo que podíamos de la esquina por la que los disparos surgieron, el relámpago de los tiros anunciaba su proximidad.

—¿Vamos al túnel por el que hemos venido? —pregunté deseando encontrarme en un lugar seguro para abrazar a mi madre con la tranquilidad que quería.

—No podemos. Ya sabrán que hemos entrado por ahí y tendrán a soldados protegiendo la zona de salida. Ahora mismo su único objetivo es acabar con cada uno de los asaltantes y cualquier otra persona que quiera huir.

—Entonces, ¿cómo escapamos? —preguntó mi madre.

—Solo hay otro acceso, la parte delantera, es por donde ha entrado el primer grupo de ataque. Pero no sé si llegaremos ahí con vida.

—¿Por dónde se va?

—Por ahí —dijo señalando la esquina opuesta por la que venían los atacantes.

Al verlo me di cuenta de lo imposible que iba a ser salir de ese lugar. Sobre una puerta de dos metros de ancho se agolpaban cientos de personas como hormigas intentando escapar de un hormiguero.

—Pero los soldados han entrado por el lado opuesto ¿No se podrá salir de aquí por esa puerta y luego llegar a la salida del edificio por otro lado?

Dubitativa se fijó en su antebrazo, donde la pulsera de comunicación que tenía en la muñeca proyectaba un mapa de la construcción en la que estábamos.

—Sí, se puede, da un poco más de vuelta pero está conectado. El problema es que vamos a estar completamente descubiertos. Si los chinos nos ven no tendremos nada que nos proteja, seremos un blanco limpio.

—Yo creo que no hay otra opción —respondió mi madre dirigiéndose hacia el lugar del que habíamos escapado.

Kat y yo la seguimos. Con cada salto que dábamos el estruendo de los disparos aumentaba. Era un sonido continuo y rítmico, entrenado. Se podía distinguir cómo se movían en tres fases. Unos disparaban, otros recargaban sus armas y los últimos avanzaban. Sin prisa pero con

constancia, iteraban ese proceso de manera continuada. De vez en cuando se escuchaba una ráfaga de disparos que rompía la armonía, alguno de los mercenarios intentando pararles los pies sin éxito.

Cuando el sonido se hizo demasiado ensordecedor, Kat nos indicó que nos detuviéramos. Estaban a unos pocos metros de nosotros. Nos tumbamos sobre las camas y permanecimos inmóviles. A pesar del fragor de la batalla que tenía lugar unos metros debajo de nosotros, era capaz de escuchar el latir del corazón de Kat a mi lado, parecía que de un momento a otro fuese a desgarrar sus costillas por la potencia con la que bombeaba.

Observé el ritmo de mis latidos. Elevado, sí, pero para nada acorde con la situación. Cerré los ojos y la misma duda apareció en mi mente: ¿Por qué no tenía miedo? ¿Acaso me había vuelto indiferente a él? Mi vida estaba a un movimiento erróneo o un suspiro demasiado fuerte de que acabase. Solo hacía falta que uno de los soldados encañonase el fusil unos grados hacia arriba y mi vida terminaría junto a la de mi madre y Kat. ¿No era ese suficiente motivo para estar cagado de miedo? No era como si nunca hubiese tenido esa sensación. La había vivido, estaba familiarizado con esa emoción tan humana. Y a pesar de ello, en el instante más aterrador que experimentaba en mi corta vida, no sentía nada.

Kat me agarró de la mano con una fuerza excesiva. Yo reprimí un pequeño gemido de dolor y le respondí el gesto, aguantándome la molestia. Era cierto que era un niño, pero ella tampoco debía de ser mucho mayor. A pesar de su fachada de dureza e insensibilidad, nadie podía sentirse cómodo en esa situación.

El ruido constante de los disparos llegó a su punto álgido debajo de nosotros, y después siguió hacia delante como si nada. Aguantamos ahí, congelados por completo, durante un minuto más. La marcha de la muerte alcanzó la mitad de la sala, ya a una decena de metros de distancia de nosotros.

Con el mayor cuidado posible, nos pusimos de pie y proseguimos la marcha hacia la salida. Cuando llegamos al extremo de la maraña de camas solo nos separaba de la salvación una carrera de diez metros. Kat nos dio un par de indicaciones de cómo teníamos que actuar y, sin dejar tiempo a que pensáramos, tiró de nuestras manos y saltamos al suelo. Seguidamente eché a correr con la energía que quedaba en mi cuerpo. Como si se hubiese tratado de un hechizo, me encontré en un pasillo oscuro.

Oscuro y tranquilo.

Oscuro, tranquilo y seguro.

El estruendo que no había dejado de escuchar durante los últimos diez minutos se convirtió en un rumor lejano. Seguía presente, pero distante.

Kat no nos dio ni un segundo para pensar, con paso ligero descendió por el pasillo e hizo varios quiebros en un par de esquinas. Antes de hacer cada giro, se adelantaba con cuidado. Al asegurarse de que no había nadie, seguíamos avanzando. Cada vez veía el aire exterior como una realidad más palpable. Íbamos a salir de ese infierno con mi madre de la mano. Iba a poder escapar de esa maldita guerra de una vez por todas.

Hasta que un hombre armado apareció delante de nosotros, queriendo contradecir mis deseos. Llevaba el mismo uniforme que los soldados que estaban causando cientos de muertes en el gran polideportivo. Kat llevó la mano al arma que tenía adherida en el lateral de su muslo, pero no iba a llegar a tiempo. El soldado se relamió como el cazador que ve a su presa indefensa a tiro. Alzó el fusil hasta encañonarnos y tensó los músculos de su mano.

El sonido se produjo.

Pero la bala no llegó.

En el mismo instante en el que apretó el gatillo, como si de agua a presión se tratase, una infinidad de personas aparecieron del pasillo que nos separaba del soldado e interceptaron el disparo. Varias personas salieron lanzadas hacia nosotros a causa de los impactos, y multitud de salpicaduras de sangre bañaron las paredes.

En los ojos de mi madre vi el horror al contemplar cómo una mujer y una niña de mi edad se desangraban delante de nosotros a causa de las balas que tenían nuestros nombres. Ahogó un grito de dolor que se quedó en un gemido enmudecido, incapaz de expresar el terror que debía de estar experimentando en esos momentos.

Agarré su mano y tiré de ella. Su rostro de horror me miró. Yo tenía la expresión fría, inexpresiva, en blanco. Por mucho que me doliese admitirlo, lo único que sentí al ver a esos dos cuerpos caer sin vida delante de mí fue alivio, alivio de que no fuese el cuerpo de mi madre y el mío los que estuvieran en su lugar.

Kat nos hizo retroceder y después de varios giros más llegamos a un gran recibidor acristalado que mostraba la negrura de la noche. Las personas que corrían despavoridas y habían salvado nuestras vidas aparecieron por otra de las puertas y se abalanzaron sobre la salida.

—Corred con ellos y no paréis hasta que estéis en la parte aliada —dijo Kat con sus ojos grises clavados en los míos.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? ¿No vienes con nosotros?

—No puedo, tengo que ayudar a mis compañeros —respondió con la voz rota.

—¡Pero si vuelves ahí vas a morir!

—Harlan, he dicho que no puedo —sentenció—. Tu has salvado a tu madre, pero esa gente de ahí, por mucho que me duela admitirlo, es la única familia que tengo. No puedo dejar que toda mi familia se muera.

—Pero… —balbuceé intentando pensar cualquier excusa para que nos acompañara y no pusiese de nuevo su vida en peligro —. ¿Qué hacemos si nos vuelven a atacar? Sin ti no vamos a sobrevivir… solo… solo tengo nueve años, ¿recuerdas?

Una sonrisa tímida y disimulada apareció en su cara. Se llevó la mano al pecho y sacó un colgante que se quitó del cuello.

—Toma, esto me salvó la vida una vez. Si os vuelven a atacar, te la salvará a ti en esta ocasión.

Y sin darme tiempo a reaccionar, lo dejó en mi mano y salió corriendo por donde habíamos venido.

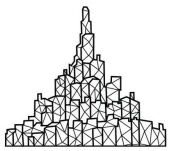
Lo siguiente que sentí fue un tirón más de mi brazo, en esta ocasión de mi madre, que hizo que nos camufláramos entre el resto de cautivos.

Hicimos caso a Kat y en la calle no dejamos de correr, todos nos dirigíamos al mismo sitio, al sur, a la salvación. No pude mirar atrás ni una sola vez, ni siquiera sabía qué me había dado, qué era ese amuleto. Una de mis manos se sujetaba al brazo de mi madre, la otra se cerraba en un fuerte puño que protegía el regalo de Kat.

No pude ver de qué se trataba hasta que finalmente llegamos a las barricadas de nuestro bando, cuando un hombre me echó una manta encima y me dijo unas palabras tranquilizadoras. En la palma de mi mano tenía un mechero metálico rectangular. En el centro una abolladura lo deformaba, producida por una bala que debido al calor se fusionó con el propio encendedor.

Entonces un gran cansancio me invadió y recorrió cada parte de mi cuerpo. Los párpados se volvieron tan pesados que fui incapaz de mantenerlos abiertos. Las piernas me fallaron y caí

rendido al suelo. Lo único en lo que pensé antes de quedarme inconsciente fue en que si Kat me había dado su amuleto de la suerte… ¿qué la iba a proteger a ella ahora?



7. Mentira

02/09/2100, 13:00

Doce horas de un tirón. Esa era la cantidad de tiempo que durmió mi madre conmigo entre sus brazos. A mí me habría gustado decir lo mismo, pero fui incapaz de conciliar el sueño en toda la noche a pesar del cansancio.

Unos minutos después de caer inconsciente al llegar al refugio, me despertaron. El médico dijo que era normal, la cantidad de estímulos que había vivido esa noche no eran habituales en la vida de un niño, sencillamente necesitaba recuperar energía y descansar. Desafortunadamente esa noche no había hecho ninguna de las dos cosas a pesar de estar a salvo en el campamento de refugiados al otro lado de la frontera estadounidense.

Durante el tiempo que había estado lejos de mi madre, cada vez que su imagen aparecía en mi mente solo podía preocuparme por su estado, preguntarme si estaba bien y dónde se encontraba. Pero en el momento en el que todas esas preguntas se respondieron y volvíamos a estar juntos y a salvo, solo una cuestión rondaba mi cabeza. Una duda con tanto peso que mi cerebro era incapaz de apagarse. La pregunta por la que había salido corriendo el día en el que todo ese caos se desató.

Mientras mi madre dormía abrazada a mí toda la noche y gran parte de la mañana, yo no podía dejar de preguntarme si esos brazos que me rodeaban eran en realidad los de mi madre, o si pertenecían a los de una impostora, una persona que me había arrebatado de mi verdadera familia. Tenía grabada a fuego la fotografía en la que aparecía un bebé, mi padre y una mujer cuyo parentesco seguía siendo una incógnita. Esa noche Zoe fue incapaz de separarse de mí, mientras que yo no pude soltar el colgante hexagonal que me suscitaba tantas preguntas.

—Venga, niño, muévete —soltó con descaro un chaval que medía un palmo menos que yo, pero que debía de sacarme varios años.

Le hice caso sin darle importancia y puse mi bandeja debajo del cucharón de la mujer que servía la comida. Cuando descargó la ración, me aparté antes de que el adolescente impaciente me empujase. Esperaba no convertirme en algo tan insoportable como él cuando creciese.

Estaba en el gran comedor del refugio. A mí me rugían las tripas desde primera hora de la mañana, pero me había esperado a que mi madre despertara para ir a comer. Nos salimos de la fila y fuimos a una de las mesas libres en la esquina del comedor. Por el camino, cada conversación que llegaba a mis oídos hablaba de lo mismo: la guerra. Era como si no hubiesen tenido suficiente de ella.

Al parecer, el evento de la noche anterior había sido la primera victoria de los aliados en la defensa de Vancouver, y decir victoria era usar palabras muy generosas. En total llegamos vivos cuatro mil doscientas personas al territorio aliado, pero se calculaba que otras dos mil no fueron capaces de salir de la base china, o bien porque fueron asesinadas, o porque los asiáticos

detuvieron su huida. Y lo mejor de todo era que esa operación ni siquiera fue trabajo de los estadounidenses, consistió en una simple distracción de Nicky para robar armamento que posteriormente los aliados comprarían. Estaba claro que la situación se le había ido de las manos, no se mencionaba a él o a su equipo en las noticias, pero a fin de cuentas no dejaba de ser el responsable de lo ocurrido. Tanto de las vidas salvadas, como de las muertes ocasionadas.

Tampoco sabía nada de Kat. Esa noche, en las pocas ocasiones en las que pude alejar los pensamientos de la identidad real de mi madre, lo hice para preocuparme por ella, matándome la incertidumbre de no saber cómo se encontraba o de si volvería a verla.

Pasamos entre un grupo de hombres ruidosos que en vez de hablar de la noche anterior trataban el tema de la situación en general. Los expertos auguraban un par de días más de resistencia en Vancouver y después caería por completo a manos de China. Mientras que en el país asiático la situación era similar, una ciudad importante del norte, cerca de Corea, cedió ante la posesión estadounidense dos días atrás. Estaba claro que en la guerra los únicos que iban a salir perdiendo seríamos nosotros, los ciudadanos, los que nos encontrábamos en el medio de una contienda que no habíamos pedido.

Cuando nos sentamos devoré la comida. Por mucho que la maldita incógnita no me dejase dormir, no permitiría que también afectase a mi apetito. Además, necesitaba recuperar energías si quería estar preparado para confrontar a la persona que tenía delante de mí, a quien hasta ya dudaba de si llamar «mamá».

Irónicamente, ella me observaba encandilada, pletórica de verme delante de ella con vida. Con la absoluta certeza de que no nos íbamos a separar nunca más, de que a partir del increíble e improbable encuentro de la noche anterior, en nuestro futuro solo nos esperaba un camino de felicidad.

Cuando terminé de comerme la ración doble que me habían servido, que acabó siendo insuficiente, levanté la mirada y la detuve en su cuello. No era capaz de mirarla a los ojos, si lo hacía no podría pronunciar las siguientes palabras.

—Tengo una pregunta que hacerte. Sé que puede sonar extraño, pero necesito que me digas la verdad. ¿Vale?

—Claro, hijo, lo que necesites —respondió un poco sorprendida al principio—. Ya te he dicho siempre que es esencial decir la verdad en todo momento —añadió como si estuviese pronunciando un extracto de un libro que tuviese memorizado.

—Zoe Trembley… —Su cuello se tensó al escuchar esas palabras, confusa por el comienzo de la pregunta y mi tono. A pesar de ello, esperó paciente a que terminara—. ¿Tú… eres mi madre?

Mi voz se rompió a mitad de la frase, incapaz de pronunciarla de un tirón ni de despegar la mirada de su garganta. Me esperaba que me gritase indignada, que me respondiese dolida, o incluso que me diese un tortazo. Sin embargo, se rio en un tono suave y tranquilo, como quien escucha un chiste malo.

—Por supuesto que soy tu madre, Harlan. Menudas tonterías tienes. ¿De dónde has sacado eso?

Tragué saliva y me armé de valor para lanzar la segunda parte de esa pregunta, lo que había causado que me replantease mi existencia completa.

—El día que empezó la batalla de Vancouver, encontré algo que no entiendo. Estaba corriendo de camino a casa para hablarte de ello cuando comenzó la invasión.

—¿De qué estás hablando, Harlan? —preguntó con un tono más frío que antes y cierto matiz de preocupación. Ya no había rastro de su risa tranquilizadora.

—Encontré una fotografía en la que yo estaba con papá, con Kay Olerson, de bebé. Él tenía sobre el cuello este colgante, al igual que yo —dije mostrándole el amuleto hexagonal mientras seguía con la mirada fija en su cuello—. Pero había alguien más en la imagen, otra persona, una mujer. Ella estaba al lado de papá, también me sostenía y de su cuello colgaba el mismo objeto. Esa mujer era Ava Harlan. —Pausé para tomar aire. Cerré los ojos y llené mis pulmones lo máximo que pude. Después, en un solo movimiento, abrí los párpados y alcé el mentón por primera vez para observar a la mujer que tenía delante de mí—. Zoe, es la persona que tiene como apellido mi nombre, quien parece estar en una foto familiar con mi padre y quien comparte el amuleto que pensaba que solo Kay y yo teníamos… es ella… ¿es Ava Harlan mi madre?

Sin dudarlo ni un segundo, la persona que hasta unas semanas atrás había sido mi madre con absoluta certeza, me agarró de las muñecas con tal fuerza que me hizo daño, y con varias lágrimas descendiendo de sus ojos, resolvió al fin mi duda:

—No, hijo. Yo soy tu madre, tu verdadera madre, la única que has tenido y la única que tendrás.

Sin saber cómo, acabé cediendo a las mismas lágrimas que le afectaban a ella. Y antes de que me diese cuenta, nos habíamos fundido en un abrazo en el lateral de la mesa. Los dos éramos incapaces de dejar de llorar, pero por razones distintas.

Ella había pensado por un momento que, tras todo el dolor de esas últimas dos semanas, me iba a perder al día siguiente de nuestro reencuentro.

Yo lloraba porque sabía que la había perdido, porque sabía que Zoe Trembley no era mi madre, porque sabía que me había mentido.

Cuando nos separamos nadie nos miraba, en la guerra no es extraño que dos personas acaben llorando y abrazadas en mitad de la comida. Observé cómo terminaba de alimentarse esa mujer que cada vez se convertía más en un desconocido. Cada poco me dedicaba una expresión llena de cariño con miedo de que volviese a hacerle una pregunta tan cargada de consecuencias. Al finalizar, recogimos los platos y los devolvimos a la zona de limpieza. A pesar de que ella cogió mis cosas no se percató de que faltaba un cubierto.

El resto de la tarde nos quedamos en el campamento. Yo estuve todo el rato tumbado en la cama con el pretexto de que estaba cansado. La excusa era real, pero no quería dormir, o más bien no podía dormir. Lo único que podía hacer era esperar a que ese día acabara, a que la oscuridad se volviese a apropiar de nosotros.

Fueron tan solo unas horas, pero sin duda se convirtieron en las más largas de mi vida. Cada vez que cerraba los ojos y los volvía a abrir deseaba que el reloj marcase las doce de la noche, pero lo único que me encontraba era al segundero unas posiciones más avanzadas. Nada más. Cada vez que ella venía a verme yo me hacía el dormido. Ni siquiera respondí cuando la tarde llegó y me avisó de que servían la cena, a pesar del agujero de mi estómago que quería rellenar.

Cuando finalmente cayó la noche, el dormitorio improvisado que compartíamos con otro centenar de personas se llenó de actividad. Ella vino un rato después, cuando la mayoría del silencio cesó. Me dio un beso en la frente de buenas noches y se tumbó acurrucada a mi lado, esta vez sin rodearme con sus brazos. Poco a poco el rumor de la habitación fue cesando hasta convertirse en un silencio fúnebre que se interrumpía de vez en cuando por alguien que se levantaba al baño.

A pesar del dolor que sentía en mi cuerpo por cada minuto que me quedaba inmóvil, esperé varias horas más. Cuando la noche ya estaba bien entrada, una frase resonaba en mi mente. Una especie de reverberación que retumbaba cual mantra chamánico.

Un recordatorio de lo que tenía que hacer.

Un consejo de cómo lo tenía que hacer.

Un motivo de por qué lo tenía que hacer.

Un empujón para que lo hiciera.

Abrí los ojos y vi el rostro de Nicky delante de mí, como si estuviese en carne y hueso. Sus labios se movían a una velocidad reducida, a cámara lenta, pero su mensaje me llegaba igual, entendía sus palabras porque eran las que se repetían en mi cabeza: «Hay veces que es imposible conseguir que alguien deje de decir mentiras, y en esas ocasiones, la única opción es encargarse de que nunca más pueda hablar. Solo así te puedes asegurar de que no mentirán de nuevo».

Accionado por esas palabras, me incorporé en un movimiento sigiloso y me senté sobre su abdomen. Ella no reaccionó, su pecho seguía subiendo y bajando al compás de su respiración. Seguidamente cogí el cuchillo que había guardado al mediodía en el comedor y lo posicioné a escasos centímetros de su cuello. El mismo cuello que había observado mientras la interrogaba unas horas atrás.

Cerré los ojos, dudando por última vez si de verdad iba a hacer aquello que pretendía. Pero al pensar en el rostro de ella no sentí nada, era como ver por primera vez la foto de una mujer cualquiera. Se había convertido en una absoluta desconocida.

En un solo movimiento tapé su boca con una mano y deslicé el cuchillo sobre la piel de su cuello. Ella abrió los ojos de par en par y se revolvió. Gracias a mi altura y, a pesar de mi peso reducido, fui capaz de contener sus movimientos cada vez más débiles. Cuando sentí que los últimos reductos de su energía desaparecían, acerqué mi rostro manchado en su sangre y le susurré al oído:

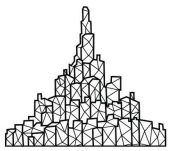
—Siempre, haga lo que haga, mi obligación será buscar la verdad, encontrarla y resguardarla como algo irrenunciable.

Al terminar de pronunciar la última de las palabras ella cesó las convulsiones y se quedó sin vida.

Notaba el latir de mi corazón a través de las yemas de los dedos sobre el metal del cuchillo. Solté el arma y me quedé sobre su cuerpo durante unos minutos, dejando que la sensación se asentara.

Cuando al fin volví en mí, me llevé la mano al bolsillo y saqué el mechero abollado por una bala. Sin darme cuenta lo acababa de manchar de la sangre del cuerpo que yacía debajo de mí. No me importó. Ya sabía qué tenía que hacer a partir de ese momento.

Parte 2:
Maduración



8. Espabilar

14/08/2109, 16:30

Las palpitaciones de mi corazón no dejaban de aumentar. No era miedo, eso era imposible. Era expectación. Mi cuerpo segregaba adrenalina para ponerse en estado de alerta, a fin de cuentas me encontraba a más de trescientos metros de altura y lo único que me separaba del suelo era la confianza que depositaba en los ingenieros que diseñaron ese edificio. Subí los últimos peldaños de la escalera de mano y llegué a la plataforma circular que gobernaba el pico de ese rascacielos. Lo único que había era el agujero del que acababa de salir y una puerta metálica que daba al exterior.

—Estoy empezando a dudar que haya sido una buena idea acompañarte aquí.

—La duda se va a disipar en cuanto cruces esta puerta —respondí ofreciéndole mi mano para que saliera de la escalera.

Kat la aceptó con vacilación y se puso de pie, quedando su cabeza próxima a mi pecho. Aunque la plataforma no era pequeña, dos personas se podían tumbar cómodamente, estábamos muy cerca el uno del otro. Sentía su respiración caliente y acelerada alcanzar mi clavícula. Alzó el mentón y me dedicó una amplia sonrisa, como si mi cercanía fuera capaz de aplacar su indecisión.

—¿Lista?

—Vamos.

Al agarrar la manivela de acceso noté la vibración del viento en el exterior, como si alguien sujetase la puerta para que no saliésemos. Ayudándome del hombro pude abrirla y encontrarme con la vista más inaudita que había admirado en mi vida.

Me habría gustado apoyar a Kat ante su vértigo, pero, a pesar de que no era mi primera vez ahí, me encontraba tan perplejo que permanecí como un bobo con la boca abierta.

El aire golpeaba mi cara con rabia, tratando de hacerme ver que ese sitio tan elevado no estaba pensado para los humanos. Yo le enfrentaba con tesón, demostrándole que se equivocaba. Moví la vista desde el horizonte hasta la panorámica que se abría debajo de mis pies, la ciudad de Toronto como una maqueta a escala de una gran ciudad. En la lejanía miles de humanos continuaban con su vida ajenos a que les observaba un chaval de diecinueve años que era incapaz de sentir el miedo que una persona normal experimentaría en esa situación.

La metrópolis parecía indiferente a la contienda que, catorce años después de su inicio, seguía vigente y más violenta que nunca. En los últimos años las fuerzas contrarias, dirigidas por China, habían arrasado con gran parte del continente Norteamericano. La guerra se hallaba más candente que nunca y, aunque en el país asiático la destrucción había llegado de igual forma, ya eran pocos los analistas del bando aliado que auguraban una victoria.

El cruce de un avión militar me sacó de mi trance e hizo que me fijara en Kat, la razón por la

que estaba ahí. Aunque no pudiese sentir miedo, en esos instantes mi corazón se iba a desbocar a causa de la idea que rondaba mi cabeza. Era irónico que normalmente actuara con osadía y resolución, pero si Kat estaba involucrada me paralizaba tan solo de pensar en ello. Tragué saliva y decidí pasar a la acción por una vez en mi vida. Si hasta ella se estaba enfrentando a su vértigo asomándose a esa terraza encumbrada, yo debía acercarla a mí para que disfrutara la panorámica de cerca.

En un principio se negó a soltar el ancla en el que se había convertido el marco de la puerta, pero tras insistir varias veces conseguí que traspasara toda su tensión a mi cuerpo. Su cuerpo agarrotado rodeó el mío con la fuerza que la adrenalina le otorgaba. La sostuve y esperé a que se relajara. Era interesante percibir cómo sus músculos se iban destensando y la rigidez se perdía conforme pasaban los minutos. Finalmente, se apoyó relajada en mi hombro.

—¿Sabes por qué me gusta subir a sitios tan altos? —pregunté pegando mi boca lo máximo que pude a su oído para que el viento no se llevara el mensaje. Kat negó con la cabeza sobre mi pecho—. Mucha gente piensa que al estar tan elevado sobre el resto te sientes superior, que tú eres mejor que ellos. Pero eso es una estupidez. Alguien que vuele por el cielo nos percibe igual de minúsculos que nosotros vemos a los habitantes de Toronto.

»No. A mí me gusta estar a tanta altura porque me permite ver el mundo con una nueva perspectiva. Ahí abajo hay alguien que ahora mismo ha estrellado su coche y se está preocupando por cómo va a pagarlo, cómo se lo va a explicar a su pareja y qué le dirá a su jefe cuando llegue tarde a la reunión. Aquí lo único que se observa es un pequeño punto que se mueve, nada más. El estar tan alto me permite darme cuenta de que todo lo que tiene que ver con nosotros es minúsculo: problemas, objetivos, día a día… Todo, sea lo que sea, es algo insignificante si eres capaz de verlo con la suficiente distancia. Ese es el motivo por el que me gusta subir a lugares así, para ser capaz de tomar incluso más distancia de la realidad, aunque sea solo por un lapso reducido de tiempo.

Kat se acurrucó en mi pecho y me abrazó con más fuerza.

—Este es el edificio más alto de Toronto, ¿cómo vas a obtener más distancia ahora?

Me reí por su pregunta. Siempre era capaz de soltar una frase simple en apariencia, pero que si pensabas en ella, cargaba un mayor sentido de lo que aparentaba.

—Pues supongo que tendré que construir yo un rascacielos más alto. Un edificio que llegue a tocar el cielo.

—¿Tan alto? El cielo es muy alto, si llega a tocarlo no sé si querré subir hasta ahí.

—Subirás, créeme.

En su mejilla se dibujaba una amplia sonrisa. Seguidamente se recolocó y, molesta, movió mi colgante para que no le estorbase.

—Nunca te he visto sin este collar, y sin embargo nunca he sabido su significado.

—Pues siento romperte el corazón, pero yo tampoco lo sé.

—¿En serio? —preguntó despegándose de mí.

Maldije haber causado que se alejara, por mucho que fuese solo unos centímetros. En su rostro se veía que la curiosidad por esa incógnita la obligaba a mirarme directamente a los ojos.

—Me lo dieron mis padres.

Mi expresión se ensombreció por unos segundos al mencionarlos.

—Nunca me has hablado de ellos. Desde que volviste con nosotros el día que Vancouver finalmente cayó y me dijiste que no preguntara lo ocurrido, no he vuelto a saber nada de tu madre ni me has mencionado a tu padre. Esta es la primera vez.

—Ella… Zoe no era mi madre.

—¿No? —dijo confusa.

—No, es algo complicado, pero ella nunca fue mi madre.

—Entonces, ¿quiénes son? ¿Por qué siempre dices que tu nombre es Harlan? ¿Por qué no tienes apellido?

Por primera vez desvié la mirada de sus ojos y la fijé en el horizonte. El sol se escondía y el cielo adquiría unos tonos anaranjados que te hacían dudar si acaso un pintor no era el artífice de tal paisaje.

—Porque todavía no me merezco mi apellido.

Kat se sorprendió ante mi respuesta y soltó una suave risa que no llegó a mis oídos a causa de un fuerte torrente de viento.

—¿Qué clase de apellido es el que uno no se pueda merecer? —preguntó escéptica ante mi declaración.

Cerré los ojos, pero la figura del sol que había observado fijamente permaneció en mi visión, como si hubiese quemado mis párpados. «¿Iba a decírselo?», pensé dubitativo. No lo había hecho desde el día en que mi vida cambió por completo, y la última persona a quien se lo confesé murió por mi culpa.

Quité esos pensamientos de mi cabeza y tomé una decisión. Si alguien merecía saberlo en mi vida, era ella.

—Me llamo Olerson, Harlan Olerson.

La sonrisa incrédula que tenía a la espera de mi respuesta se esfumó de inmediato. Yo no había dudado ni un segundo y no era el momento para bromear, pero se trataba de una declaración demasiado contundente.

—¿Cómo Kay Olerson? ¿Tienes el mismo apellido que el inventor de la red temporal?

—Sí. Aunque más bien tengo el mismo apellido que mi padre.

—¿Tu padre se apellida Olerson? —continuó sin entenderlo—. A ver, es un apellido muy importante, pero de ahí a…

—Mi padre es Kay Olerson. —Kat se quedó inmóvil, cavilando si la persona que conocía por más de ocho años pretendía tomarle el pelo en un momento tan serio, o si realmente había parte de verdad en mis palabras—. Mi padre es Kay Olerson, fundador de Aeon Technologies y coinventor de la red temporal y el AVA. Mientras que mi madre es Ava Harlan, coinventora de la red temporal y el AVA. Por ese motivo no digo que soy hijo suyo, porque todavía no lo merezco, no he hecho nada de valor en mi vida como para ganarme ese título.

Kat seguía paralizada, como si el viento frío proveniente del norte del continente la hubiese congelado. De repente, con una resolución que me confundió, me dedicó una expresión desafiante.

—Entonces, ¿qué tienes que hacer para merecer el nombre?

Yo le devolví el gesto. Era la mejor respuesta que me podía dar.

—No lo sé, todavía no.

Pareció decepcionada por mi contestación, pero su ánimo no decayó.

—Al menos ya sabes por dónde empezar. Tienes que descubrir qué es lo que tienes que hacer para merecerlo, y luego alcanzar ese objetivo.

Solté una risa que se convirtió en un bufido extraño.

—Lo dices como si fuese fácil.

—No he dicho que sea fácil, pero sí sencillo. Tú ahora céntrate en encontrar qué tienes que

hacer y convierte eso en tu propósito de vida. Ya está, así de simple.

Sin darme tiempo a responder, volvió a colocarse entre mis brazos, con mayor soltura y confianza que en la ocasión anterior.

—Así de simple… —repetí para mí mismo sorprendiéndome porque sus palabras escondían parte de razón.

Cuando dejé de darle vueltas a la idea, un nuevo pensamiento surgió en mi mente.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu propósito de vida? —Kat se quedó pensativa durante un rato. Al no responder, insistí—. Porque, no es por nada, pero con veintisiete años estás perdiendo el tiempo con un chaval de diecinueve en la terraza de un edificio.

Se despegó de mí por segunda vez y dejó su rostro a poca distancia del mío. Parecía molesta, o más bien retada por mi comentario.

—Primero de todo, llamar a donde estamos «la terraza de un edificio» es en cualquier caso un uso incorrecto del lenguaje. Y segundo, quizás no estoy perdiendo el tiempo, quizás solo estoy esperando a que el chaval de diecinueve años se espabile de una vez.

Fruncí el ceño.

—¿Espabilar a qué?

Antes de que pudiese darme cuenta, Kat me había callado con su boca. A pesar de que me pilló completamente desprevenido, no tardé en responderle. Dejé que mis labios continuasen la conversación. Atraje su cuerpo al mío y acaricié su cabello por el que tantas veces había estado celoso porque tenía la oportunidad de estar siempre en contacto con su rostro. Conforme mis pulsaciones aumentaban, más confianza y familiaridad tomaba con su boca. Sin darme cuenta, nuestras lenguas jugueteaban, conociéndose y expresando unos sentimientos que no podrían mostrar con palabras.

Entonces la intensidad se redujo y Kat se separó de mí. Me observó con la cabeza altiva. Tenía una expresión de paz y tranquilidad que nunca antes había visto en ella. Agarró mi mano y me llevó al interior del edificio. Lo hizo con tal soltura que se había olvidado por completo de su vértigo. Cerró la puerta tras de sí y nos quedamos aislados del sonido ensordecedor del viento.

Con una sonrisa llena de segundas intenciones, nuestras bocas se volvieron a encontrar, en esta ocasión con mayor fogosidad. No tardé en sentir que necesitaba más de ella, lo que sus labios me daban no era suficiente. Introduje las manos debajo de su camiseta y, al tocar su piel, Kat se tensó de improviso. Me separé alarmado de que hubiese hecho algo mal.

—Es solo que tienes las manos frías, no te preocupes —dijo en un susurro.

Nuestros labios se unieron de nuevo y con su mano levantó mi brazo animándome a que siguiera explorando su cuerpo. Recorrí su vientre y su espalda. Cada vez que nos besábamos con mayor intensidad la atraía más a mí, como si quisiera que nos uniéramos en uno. Cuando me familiaricé suficiente con su torso, llevé mi mano a su pecho y lo masajeé con dulzura. Kat exhalaba entre nuestros besos con la respiración cada vez más entrecortada. Entonces me percaté del roce continuado y rítmico de su cintura con la mía. Sin poder evitarlo me sonrojé al darme cuenta de que mi erección tocaba su entrepierna a través del pantalón.

Kat se distanció provocando que sacase mi mano de debajo de su ropa. Tenía la respiración acelerada y los ojos le brillaban con intensidad. Se mordió el labio y tomó el control. Me desvistió hasta dejar mi pecho descubierto. Después me indicó que yo hiciera lo mismo con ella. Recorrió mi cuello, clavícula y pectoral con sus dedos y labios, mientras que me mostraba qué hacer con mis manos y su cuerpo. Sin pensar que fuese posible, la intensidad del momento siguió aumentando hasta que me encontré en ropa interior tumbado en el suelo sobre una cama

improvisada hecha con nuestra ropa.

Kat estaba sentada encima de mí, disfrutando de un vaivén suave sobre mi erección. Nuestras miradas se cruzaron y percibí en sus ojos que ella necesitaba más. Yo tragué saliva nervioso, esa situación era nueva para mí. Vio la duda en mi expresión, ya que cesó su movimiento y se acurrucó sobre mí.

—No tenemos que hacer nada más si no quieres.

Sus palabras eran sinceras, pero las pronunciaba con la esperanza de que le respondiese que no quería parar. Llevé mi mano a su mejilla y respondí:

—Quiero más, Kat. Quiero sentir más. Dime qué tengo que hacer.

Su rostro se iluminó todavía más y me dio un fuerte beso con sus labios húmedos.

Se quitó la última prenda que cubría su cuerpo y dejó que disfrutara de la visión que me ofrecía. Seguidamente me terminó de desvestir y fue ella la que se complació de la expectativa de lo que iba a suceder.

Todo sucedió con una dulzura y una calma que borraron de mi mente cualquier duda que pudiese tener. Me tocó con delicadeza y cuidado, mientras me guiaba con sus manos cómo tocarla a ella y hacerle que disfrutara tanto como lo estaba haciendo yo. Nuestros cuerpos se unieron de una forma casi perfecta, como si hubiesen sido diseñados para conectar el uno con el otro. Kat se movió sobre mí con una soltura y destreza que llegué a envidiar. Motivado por su habilidad, mostré más iniciativa a la que ella respondió con gemidos de mayor intensidad. La textura de su voz en mi oído y sus movimientos cada vez más acelerados me hicieron imposible resistir y cedí antes de lo que habría querido. Ella entendió lo ocurrido sin mostrar ninguna queja, sencillamente me besó con dulzura, como si quisiera agradecer lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Al terminar se quedó apoyada en mi pecho, todavía conectados el uno con el otro.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, pero cuando rompí el silencio, lo hice con una pregunta muy estúpida:

—¿Sabes qué? Siempre pensé que tú y Nicky teníais algo.

Antes de que terminase de decir la frase me arrepentí de soltar tal comentario. Una risa suave me tranquilizó al ver que no había echado todo a perder.

—Ni loca. Él sí que lo ha dejado caer unas cuantas veces, pero no es el tipo de persona con la que me gusta estar.

—¿Lo dices porque no es un chaval virgen de diecinueve años? —respondí envalentonado.

Me sorprendí por mi propia respuesta, estaba claro que lo que acabábamos de hacer me había dado una seguridad al hablar con Kat que antes no tenía. Ella me devolvió otra de sus carcajadas suaves que notaba a través de la vibración de su pecho con el mío.

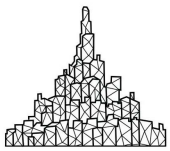
—No te pienses ahora que yo voy por ahí desvirgando al primer chaval que pillo, ¿eh?

Yo le correspondí riéndome y nos quedamos callados un rato más.

—¿Sabes qué? —pregunté cuando un nuevo pensamiento surgió en mi mente.

—Dime —respondió con cierto recelo.

—Ojalá mis padres no solo hubiesen inventado la forma de que alguien pudiese ser inmortal, sino también la posibilidad de vivir en un momento eternamente —clavé mis ojos en los suyos y añadí—. Yo, sin duda, elegiría este.



9. Evitación

14/11/2109, 19:00

Nunca había tenido la sensación de plenitud que sentía en esos momentos. Era como si palpase la perfección sabiendo que no había nada en el mundo que se pudiese añadir o quitar a esa tarde para mejorarla.

Kat y yo accedimos a la base de Nicky cogidos de la mano. El lugar que durante esos años se había convertido en mi casa y siempre veía de un tono gris y triste, ahora se asemejaba al edificio más bello en el que había entrado. Apreté con fuerza su mano y ella me devolvió el gesto, hasta que de repente se zafó de mi agarre en una fracción de segundo. Fui a mirarla para ver qué ocurría y en el transcurso me encontré con los ojos de Nicky Damner observándonos con expresión circunspecta. Kat se separó unos palmos de mí y cuando pasamos delante de nuestro jefe este nos detuvo.

—¿De dónde venís? Os necesito desde hace dos horas.

Su voz era glacial y su rostro la acompañaba con la misma apariencia fúnebre.

—Hemos ido a dar una vuelta. Voy a darme una ducha, cuando termine me cuentas el encargo.

Sin esperar su respuesta, echó a andar y se perdió por el pasillo que llevaba a las habitaciones.

El negocio había ido muy bien esos años, era la consecuencia de que la guerra más mortífera de la historia de la humanidad siguiese en activo. Estábamos en las afueras de Toronto en lo que fue una fábrica de mármol. Las instalaciones tenían cualquier cosa que pudiéramos necesitar: garaje para decenas de vehículos, almacén para el armamento, salas de reuniones y soporte técnico, zonas de entrenamiento y las habitaciones de los integrantes del equipo, casi cincuenta personas.

Nicky incluso había construido un búnker que usaba como despacho propio. Se dirigió ahí y me indicó que le acompañara. Al sentarse en su sillón de cuero me analizó de arriba abajo. Iba a hablar cuando yo me adelanté:

—Sabes perfectamente que no te voy a mentir, no puedo. Así que, si prefieres evitar escuchar algo que no te gustará, no hagas la pregunta.

Nicky me respondió con un silencio, cambiando su expresión a una más reflexiva. Al cabo de más de un minuto, asintió y dibujó lo que me pareció una sonrisa impostada.

—Siéntate, te explico a ti la misión y ya pones a Kat al día de camino al objetivo. No quiero que la resolución de este asunto se demore más de la cuenta.

Agradecí que cambiara de tema y no quisiera seguir indagando. Nicky era un adulto, se suponía que debía de saber cómo comportarse en esas situaciones. Pero en todos los años que llevábamos juntos había visto cómo actuaba con las mujeres, era capaz de perder los papeles cuando su mente se ofuscaba por una de ellas.

—Es una misión sencilla, pero hay que actuar ya. Uno de nuestros vendedores de lotería temporal no nos quiere pagar. Se ha percatado de que si va por libre se ahorra nuestro veinte por ciento de comisión, y en un cálculo rápido ha tomado la decisión incorrecta, darnos la espalda. Tenemos que evitar que este comportamiento se extienda entre el resto de comerciantes, podría provocar una oleada de rechazos. Vuestro trabajo es hacerle ver a Malcolm Hicks, el vendedor en cuestión, por qué nos necesita, que el abandonarnos no es una decisión viable.

Nicky pausó para intentar ver qué estaba pensando. Era una misión sencilla. Kat se encargaría de presionar y yo de ser la voz de la razón y asegurarme de que la situación no se nos iba de las manos. Posiblemente tendríamos que dejar alguna prueba física de lo ocurrido, como un moratón o la fachada de la tienda un poco afectada. Una misión rápida y breve.

Asentí y esperé a que dijera algo más, podía ver que no había terminado. Nicky introdujo la mano en uno de los cajones inferiores de su escritorio y sacó un arma que depositó encima de la mesa. No era una pistola normal. La había visto con anterioridad, pero solo en un par de ocasiones.

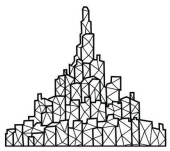
—Esto es un arma de energía, la última invención de los chinos. Me ha costado bastante no vendérsela a los aliados, están dispuestos a pagar una pasta por ellas, pero es un juguete demasiado divertido. Sé que tú siempre vas desarmado porque no te gusta llevar algo mortal encima, pero esto es diferente. No sé si sabes cómo funciona, pero con esto de aquí —dijo señalando una ruleta metálica—, se puede controlar la intensidad del proyectil de energía que se dispara. El nivel uno es una leve contusión que deja al enemigo desorientado; el cinco lo deja inconsciente; el ocho lo más probable es que lo mate; y el diez lo deja como un pájaro electrocutado en una torre de alta tensión. —Añadió una sonrisa sádica que ya había visto cientos de veces—. Está claro que tú del nivel cinco no vas a pasar, pero pienso que eres la persona perfecta para probar el arma. Aquí tienes, llévatela en esta misión y luego me dices qué tal con ella. Pero tampoco dispares mucho, ¿eh? Es un insulto lo cara que es la munición en estos momentos de guerra.

Yo asentí y cogí el arma que deseaba no tener que empuñar. Salí del búnker y esta vez el color grisáceo del ambiente volvió a aparecer ante mis ojos. Ni la magia del momento que había pasado esa tarde con Kat pudo aguantar mucho en ese lugar lúgubre.

Me pregunté, como casi todos los días, por qué seguía ahí.

Sin embargo, por primera vez, tuve una respuesta, una solución a todo aquello.

Tenía que hablar con Kat.



10. Probabilidad

14/11/2109, 20:15

El ambiente entre Kat y yo había cambiado. Ya nos habíamos dado cuenta de que lo vivido en la cúspide del edificio más alto de Toronto era algo puntual, una anomalía en nuestra realidad gris llena de violencia, muerte y desesperación. No hacía falta que habláramos de ello para darnos cuenta de que ambos lo sabíamos.

—No entiendo cómo la idea de la lotería temporal tiene éxito —dije intentando romper la tensión del silencio.

Kat apartó la vista de la ventana y me miró.

—¿En serio? Pues a mí me parece muy obvio, sobre todo dada la situación actual del mundo.

—¿Qué parte exactamente te parece obvia? —pregunté motivado por el aparente debate.

—Si lo piensas, la oferta está muy clara. El comprador es una persona que, debido a la Guerra de Supremacía que lleva ya casi quince años en activo, tiene que revisar cualquier gasto para cubrir su coste de vida cada mes. Debe tener varios trabajos para poder alimentar a su familia; vive con la incertidumbre de que los chinos lleguen cualquier día y arrasen su ciudad como lo han hecho ya con decenas de ellas; y desde luego ni siquiera puede dedicar un pensamiento fugaz a la ilusión de ahorrar 60 Unidades de Tiempo en un año para retrasar su envejecimiento doce meses más. Total, ¿por qué querría alargar esa vida? Estaría postergando su sufrimiento. —La escuché callado, me encantaban los pequeños dobleces que se formaban alrededor de su nariz cuando hablaba de algo con mucha convicción—.

»Ahora imagina que a esta persona le vendes la idea de que puede ganar miles de Unidades de Tiempo, que tiene la posibilidad de escapar de todo ese sufrimiento, que puede darle la vida que quiere a su familia… que puede convertirse en un aeternum. Y para ello, solo tiene que comprar un billete de lotería. Por unos pocos thalis puede sentir entre sus dedos la salvación de su realidad. ¿De verdad no ves por qué la lotería temporal se ha extendido tanto en los últimos años?

Cavilé la respuesta. Después de lo bien que había expuesto su opinión, no quería soltar lo primero que me viniese a la mente. Es más, había creado una rotura en la visión de lo que hasta hacía unos minutos consideraba una estafa. Pero todavía tenía mis dudas.

—Entiendo lo que quieres decir, pero la verdad es otra. La posibilidad de que esa salvación, como tú la llamas, le llegue a la persona que compra un billete… es ínfima. Solo sirve para gastar parte del tiempo que no tienen en un invento que está haciendo más rico a quien ya lo es.

—Exacto, Harlan, justo en eso consiste la lotería temporal —soltó Kat dejándome totalmente descolocado.

—Entonces… ¿por qué lo apoyas?

—¿Perdona? ¿Quién ha dicho que lo apoye? Es un timo cuyo único propósito es prolongar e

intensificar la miseria con la que esta guerra nos ha condenado. Es algo que me gustaría que se erradicase… al igual que la violencia que nosotros mismos protagonizamos.

Conforme hablaba sus palabras perdían fuerza. Ella misma se daba cuenta de la hipocresía de su queja. Nosotros no éramos muy distintos de los propietarios de la lotería temporal, nos aprovechábamos del caos y el dolor que la guerra provocaba para lucrarnos. Habíamos ganado mucho tiempo gracias a la Guerra de Supremacía. Kat no había envejecido ni un año desde que cumplió los veinte, y yo tenía una cantidad decente de tiempo almacenada que me permitiría hacer lo mismo cuando cumpliese dos décadas doce meses más tarde.

—Sé que lo que voy a decir es mucho más fácil pronunciarlo que hacerlo, pero… —comencé pensando en la idea que se había originado en mi mente antes de embarcarnos en esa misión—. ¿Por qué no lo dejamos todo y nos vamos?

—¿Cómo que dejarlo todo? —respondió sorprendida por mi inesperada propuesta.

—Kat, tenemos tiempo más que suficiente para vivir cómodamente unos años los dos. Podemos escapar a algún sitio lejos de esta maldita guerra y disfrutar de una vida en la que no seamos nosotros parte de la causa del problema. Podemos construir una vida juntos lejos de este cielo gris contaminado, de las misiones de Nicky y el constante temblor a causa de las bombardeos en la lejanía… ¿Qué me dices? —dije con la voz entrecortada.

Había desviado la mirada de sus ojos y observaba cómo avanzábamos a través de las calles de Toronto que cada vez tenían menos vida. No quería mirar a Kat y encontrarme con una expresión de repulsión ante la idea de abandonar la vida que había construido en la última década.

No hizo falta que me girara, unos brazos me rodearon con una fuerza sorprendente.

—¡Me parece la mejor idea que podrías haber tenido, Harlan!

Me sujetó de la mejilla y se fundió conmigo en un beso apasionado. Agradecí recordar el sabor de sus labios. Me confirmó que lo ocurrido esa tarde no había sido un sueño, era algo real que se podría repetir, que esa podía ser mi nueva vida.

—No te haces una idea de lo feliz que me hace que me digas esto. En cuanto hagamos la misión, volveremos a la base, le pediremos a Nicky el sueldo de este mes, y nos largaremos lo más lejos que podamos.

Kat respondió a mi emoción con un nuevo beso y un frenazo en seco nos separó de nuevo. Habíamos llegado. Nos dedicamos una última sonrisa y salimos del vehículo de conducción autónoma, el único de este tipo que teníamos en la base.

En la calle saqué el arma que Nicky me había dado y me percaté de que la intensidad de ataque estaba configurada al máximo. Puse los ojos en blanco, molesto por la jugarreta que había intentado hacerme y la bajé al tercer nivel. Esa misión era extremadamente importante, la última de todas, nada podía salir mal.

—¡Eso es un arma de energía! —gritó Kat con los ojos casi fuera de sus cuencas.

—Eh… sí —respondí incapaz de igualar su exaltación.

—¿De dónde la has sacado? —continuó apasionada—. De saber que tenías una me habría acostado contigo mucho antes.

Le dediqué una expresión de fastidio que no llegó a ver porque tenía toda su atención clavada en el arma.

—Me la ha dado Nicky esta tarde, quiere que la pruebe.

—¿Tú? Pero si no tienes ni idea de armas. Anda, déjamela a mí, que seguro que le saco más partido. Eres capaz de tenerla en tu cinturón durante un año y no apretar el gatillo ni una sola vez.

Sin poder evitarlo la pistola se evaporó de mis manos para pasar a las de Kat. Ni siquiera intenté pedirle que me la devolviera, tenía razón, yo no tenía intención de usarla.

—Pero si la tienes puesta en el nivel tres… —exclamó decepcionada—. Con esto solo das un pequeño calambre. La subiré al menos al cinco, que hoy estoy tranquila y no quiero dejar mucha sangre a mis pies.

Solté un bufido complaciente. Aunque nos fuéramos a ir lo más lejos posible de la guerra, esa parte violenta de Kat se vendría con nosotros y tendría que preocuparme de controlarla.

Viendo que ya estábamos listos, eché a andar hacia el local que iluminaba la calle oscura en la que nos encontrábamos. Teniendo en cuenta la hora de la noche que era y la amenaza cada vez más cercana de los chinos en el este de Canadá, era lógico que solo una tienda de lotería temporal estuviese abierta.

Al entrar en el establecimiento nos dio la bienvenida la sonrisa desdentada de un hombre calvo con una barba poco poblada. Parecía dispuesto a vendernos la tienda entera.

—¡Buenas noches! Venís en el momento idóneo, os aviso que hace tan solo diez minutos me ha llegado la última remesa de números que entran en el sorteo de mañana. Si me preguntáis a mí —continuó en un tono más bajo—, estoy seguro de que uno de ellos es el ganador. Así que yo de vosotros me…

—Corta el rollo, Malcolm —interrumpió Kat cansada del discurso de vendedor ambulante.

El hombre se quedó mudo ante la violenta respuesta de sus clientes y el hecho de que conociésemos su identidad.

—Malcolm Hicks, ¿correcto?

El vendedor dudó pero acabó asintiendo.

—Así es… ¿quién pregunta?

—Venimos de parte de Nicky Damner —intercedí yo en un tono neutral.

Ante mi sorpresa, el hombre se engrandeció, mostrando incluso un poco de soberbia. Seguía mirándonos con cierto respeto, sobre todo a Kat, pero había algo en la situación que no me gustaba.

—¿Qué queréis? Creo que ya le dejé a Nicky la situación suficientemente clara. No sé por qué tiene que mandar a dos chavales a amedrentarme, porque está claro que no lo va a conseguir.

—Ay, Malcolm… No te has dado cuenta todavía que los tiempos han cambiado. Puede que aparentemos tener veinte años, pero hoy en día eso no significa nada. Tú, que vendes tiempo entre todas las cosas, deberías saberlo.

Un poco más cohibido por la confianza de Kat, repitió su pregunta.

—Bueno… me da igual vuestra edad. ¿Qué queréis? Yo ya no tengo nada que ver con Nicky.

—Pero Nicky sí tiene algo que ver contigo. Todo esto ha sido posible gracias a él. Esta tienda, los billetes de lotería que vendes y el tiempo que has ganado en los últimos meses se deben a que te estabas resguardando bajo su sombra y poder. ¿Estás seguro de que ahora que has empezado a ver la luz, le quieres dar la espalda a quien te ha ayudado todo este tiempo?

—¡¿Ayudado?! —dijo exaltado—. Nicky es el peor proveedor que hay. Tiene las comisiones más altas, los tiempos de entrega más ajustados y… la presión más violenta —añadió con un tono de voz más suave.

—Sabías perfectamente a qué te atenías cuando firmaste el contrato con nosotros. Así que evítate futuros problemas, danos el tiempo que nos debes y nos iremos por donde hemos venido sin que la situación escale —dije rebajando la tensión de la conversación.

Malcolm aprovechó mi actitud menos violenta para dejarse llevar por su arrogancia.

—No, yo creo que no. Sois vosotros los que tendréis que iros con las manos vacías si no queréis que, como tú mismo has dicho, esto vaya a más.

Kat saltó el mostrador y se abalanzó hacia el vendedor. Le agarró del cuello de la camiseta y dejó el puño muy cerca de su cara, haciendo una clara declaración de intenciones. Para nuestra sorpresa, su respuesta fue una suave risa.

—No pienso pagaros nada. Digamos que ahora estoy en la sombra de alguien mucho más grande.

Como si esa fuera la señal pactada, de una puerta que daba a la trastienda salió un hombre asiático de dos metros de altura. Sus brazos musculados acababan en una arma igual que la que Kat me había quitado de las manos antes de entrar en el local.

Mi compañera soltó a Malcolm de inmediato y retrocedió con el rostro tenso. Me fijé en que estiraba los dedos de su mano. Me preocupé, la había visto hacer eso cientos de veces, significaba que se estaba preparando para agarrar su arma y disparar en un movimiento casi instantáneo. No dudaba de su velocidad y precisión, pero su enemigo ya tenía la pistola en la mano y delante de su cintura, estábamos en una seria desventaja.

—Ten cuidado, Kat —dije en un susurro casi inaudible—. Viendo sus tatuajes, debe de ser uno de los muchos soldados chinos que se han convertido en mercenarios.

Ella asintió a mi deducción. El bando de los aliados no era el único que sufría los estragos de tantos años de guerra.

—Parece que ya se te han bajado los humos, muchacha. Cualquiera puede intimidar a un hombre como yo. Lo sé, me he visto en un espejo, sé las pintas que tengo. Pero está claro que cuando las cosas se vuelven serias y la situación se complica, incluso alguien con tu apariencia es incapaz de mantener su…

Ni siquiera yo, que esperaba un ataque, pude ver el movimiento completo. En un rápido parpadeo los brazos de Kat se extendieron con la pistola de energía al final de ellos, como si fuese una parte más de su cuerpo. Antes de que el mercenario reaccionara, mi compañera ya había apretado el gatillo dos veces.

Todos nos quedamos inmóviles, sorprendidos por el rápido cambio de la situación. Sin embargo, no ocurrió nada. A pesar del doble sonido metálico del gatillo al accionarse, ninguna carga de energía salió del arma, y el soldado seguía en pie como si nada hubiese acontecido, porque en realidad nada había sucedido, la pistola de energía había fallado.

Con una sonrisa maliciosa y en un movimiento mucho más lento que el de Kat, el hombre levantó los brazos y encañonó a la única persona del mundo que me importaba. Yo me abalancé hacia él para evitar el disparo, pero en mitad del aire un destello salió del arma en dirección a Kat. Cuando choqué contra el hombre desvié sus brazos y al apretar el gatillo por segunda vez la trayectoria del disparo cambió para golpear a quien hasta ese instante había sido su jefe.

No me intimidaba ese hombre. Hacía tiempo que dejé de ser un crío enclenque y larguirucho para convertirme en el hombre de metro noventa musculado que era en la actualidad. Corroído por una rabia que nunca antes había experimentado, golpeé el brazo del atacante y derribé su pistola. Antes de que pudiese reaccionar, el mercenario cayó al suelo y se vio envuelto en una lluvia continua de puñetazos que chocaban contra su cara, pecho y abdomen. Lo golpeé sin cesar durante más de un minuto, tratando de sacar hasta la última gota de una ira que se negaba a abandonar mi cuerpo. No paré hasta que mis músculos se agotaron ante tanta tensión.

Sin darme cuenta, estaba tendido en el suelo sobre un cuerpo sin vida con la cara deformada. La sangre manchaba el suelo y goteaba desde mis puños. Volví en mí para darme cuenta de que

había matado a ese hombre con mis propias manos. Antes de reflexionar sobre las consecuencias de mis actos, corrí al otro lado del mostrador y me encontré a Kat tirada sobre el suelo. Su piel, normalmente blanca, tenía un color grisáceo del que se desprendía un humo continuo. Más que una persona parecía el retrato al carbón de la mujer de la que estaba locamente enamorado.

—¡Kat! —grité sintiendo un agujero en mi estómago.

Me arrastré por el suelo hasta agarrar su muñeca en busca de alguna prueba de que siguiese viva. Hice lo mismo con su cuello y pecho. Pero nada, el aspecto artificial que tenía se confirmaba por su falta de pulso. Entonces me fijé en el arma que había provocado ese resultado. El arma de energía del chino tenía la ruleta de la intensidad sobre el número diez, había disparado una carga de energía con la máxima intensidad.

Kat había muerto en el instante exacto en el que el proyectil impactó en ella.

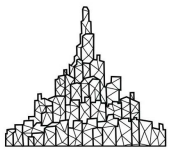
Abracé su cuerpo todavía tenso por la electrocución.

Grité hasta desgarrarme la voz.

Lloré hasta que me faltaron lágrimas.

Y golpeé el suelo hasta que mis nudillos se quedaron en carne viva.

Sentía una aflicción y desesperación indescriptibles. Sabía que cualquier plan que tuviese para mi futuro desapareció en el momento en el que el soldado asiático apretó ese maldito gatillo. Sabía que el dolor que sentía iba a ser solo el principio de una época en la que solo conocería el sufrimiento. Sabía que a partir de ese momento, el día más feliz de mi vida y el más doloroso compartirían fecha.



11. Identidad

14/11/2109, 22:00

Sentía mis pies lastrados, como si decenas de personas me agarrasen de los tobillos. A cada paso que daba debía hacer un esfuerzo tal que los tendones que conectaban mis músculos con los huesos parecían resquebrajarse. Sin embargo, mi corazón latía a una velocidad anormalmente reducida, no iba a la par con el esfuerzo que realizaba. Era como si se estuviese apagando, como si quisiera dejar de funcionar.

Con un último paso entré a la fábrica que había sido mi hogar durante la última década y caí de rodillas con un gran estruendo. Acerqué mis brazos al suelo con el mayor cuidado posible y deposité el cuerpo sin vida de Kate Pavlov sobre el cemento frío. Alarmados por la figura sombría que se dibujaba en el umbral de la base, un par de compañeros armados se acercaron. Al entender qué ocurría se abalanzaron sobre el cadáver con el corazón en un puño. A pesar de que me gritaban exigiendo respuestas, yo era incapaz de pronunciar una sílaba.

Lentamente mis compañeros formaron un corro y sollozaron sobre el hombro del resto. Kat era sin duda la persona más querida del grupo, había estado desde el inicio y todos la habían visto crecer. Conmigo había ocurrido igual, pero yo era más reservado y menos carismático.

Me habría gustado acompañarles en el luto, pero ya era incapaz de expresar una emoción. Parecía que esa capacidad tan inherente del ser humano se hubiese muerto a la vez que el corazón de Kat dejó de latir.

O eso creía.

Hasta que le vi a él, hasta que Nicky Damner apareció en mi campo de visión. Se acercaba a nuestra localización con su habitual aire de superioridad, dispuesto a averiguar cuál era la causa de tal conmoción. No pensé que pudiese sentir alegría en esa situación, pero lo hice, y fue una emoción amarga. Ver la expresión de horror que se dibujó en la cara de Nicky al ver el cuerpo electrocutado de Kat sobre el suelo me dio energía, terminó de reactivar la parte de mí que era capaz de sentir. Pero solo regresaron los sentimientos nocivos. Mi corazón volvió a bombear a grandes velocidades, y con ello mi cuerpo se renovó de una sangre llena de furia, rabia y odio. Ver a Nicky llorar sobre el cuerpo de Kat solo originaba un deseo en mí de que ese fuese el comienzo del infierno que iba a sentir.

Desde el instante en el que la pistola de energía falló en las manos de Kat supuse que no se trataba de un accidente fortuito. Nicky me había dado esa arma con la intención de que la usase esa noche y provocase mi muerte. El verme con quien él deseaba le había producido una reacción tan visceral de celos que tuvo la necesidad de deshacerse de mí de inmediato. Me dio un arma que no iba a disparar y me envió a una misión en la que ese hecho provocaría mi muerte. Pero el muy imbécil en el proceso había matado lo que ante sus ojos pretendía proteger.

Nicky había asesinado a Kat y era el culpable del dolor que sentía.

Nicky se había cargado mi futuro con ella en unas pocas horas.

Nicky debía pagar por todo ello.

Pero antes tenía que asegurarme de que era cierto. Existía la posibilidad de que realmente se tratase de una casualidad, de que el arma hubiese fallado por accidente. Tenía que obtener la verdad.

Al pasar el tiempo el grupo se fue disipando. En un inicio se fueron los últimos integrantes del grupo. Continuaron quienes tenían tareas importantes que les obligaban a volver a trabajar. Los últimos fueron quienes conocían a Kat desde el comienzo. Al final nos quedamos solos Nicky y yo. Uno enfrentado al otro con el cadáver ensombrecido entre nosotros, lo único que nos unía, el dolor por la muerte de esa persona. Cerré los ojos e intenté que la rabia que sentía no se imprimiese en mis palabras.

—Nicky, necesito saberlo…

Este levantó la cabeza confuso. Él también había dejado de llorar un rato atrás. Como yo, se habría quedado sin lágrimas que derramar.

—Necesito que me digas la verdad. —Su rostro se endureció ante la seriedad de mis palabras, pero no me interrumpió. Por su expresión, supuse que ya sabía qué iba a preguntar—. El arma de energía que me diste, ¿tú te encargaste de que fallase? Dime la verdad. ¿Me diste un arma que no funcionaba para que muriese en la misión de esta noche?

Su expresión se tornó en una mueca de dolor al principio que acabó convirtiéndose en un gesto de rechazo.

—¡Cómo puedes decir eso, Harlan! Nunca te haría algo así. ¿Estás loco? —Desvió la mirada de mi cabeza y, como si de verdad le hubiesen dolido mis palabras, añadió—. Sé el dolor que debes estar sintiendo ahora mismo. Por eso no tendré en cuenta tus palabras.

Seguidamente le dedicó una última ojeada a Kat y se levantó.

Zoe Trembley nunca fue mi madre, pero sí que me crio durante los primeros años de mi vida. A pesar de lo que hizo, me enseñó muchas cosas, y entre todas ellas destacaba una lección. Siempre debía buscar, encontrar y resguardar la verdad, era imprescindible que lo hiciera. Durante todos esos años era lo único en lo que me había centrado. Cada vez que interrogábamos a alguien en una misión, cuando jugaba a las cartas con un compañero que hacía trampas o al escuchar los discursos de los políticos que defendían que la guerra estaba controlada… en todas esas ocasiones había aprendido a observar lo que me decían y decidir si eso era cierto, si me estaban contando la verdad.

Gracias a ese entrenamiento supe ese día que, por muy vehemente que fuera la respuesta de Nicky, por mucha intensidad que le otorgara a sus palabras, por mucho que él mismo defendiera la importancia de decir la verdad, esa noche me mintió. A su vez me confirmó que me dio un arma que fallaría a propósito y ratificó el hecho de que él era el principal causante de la muerte de Kat.

Con esa información, recogí el cuerpo de la mujer de la que me enamoré una década atrás, cuando tan solo era un niño de nueve años, y lo llevé al jardín que se escondía tras la nave principal. Ahí, debajo de un árbol que peleaba por darle algo de color al gris predominante de ese mundo, dejé su cadáver. Después cogí una pala y cavé un hoyo lo más profundo que pude. No quería que Kat estuviese cerca de la superficie, quería alejarla lo máximo posible de la realidad de ese mundo, no iba a permitir que viese lo cerca que habíamos estado de escapar de ese suplicio.

Al cabo de unas horas la pala dio un golpe seco contra una roca maciza. Me lo tomé como la

señal de parar. Recogí su cuerpo sin vida y lentamente lo deposité en el fondo del hoyo. Eché encima toda la tierra que había cavado y permanecí de rodillas sobre su tumba. Fue en ese momento cuando me percaté por primera vez del estado de mis manos. La piel moldeaba unos relieves antinaturales, creando formas extrañas e imposibles. Una costra rojinegra rodeaba la mayoría de mis nudillos y descendía hasta mis muñecas. Al flexionar los dedos sentía fuertes pinchazos de dolor. Era interesante lo relativa que podía ser esa sensación. En cualquier otra situación gritaría cada vez que moviera las manos en tal estado. Sin embargo, en esa ocasión era tan intenso el dolor que sentía en mi interior que la reacción a la aflicción de mis dedos era una simple molestia.

Alcé la mirada para ver los primeros colores morados del cielo anunciar un nuevo día. Me levanté y me puse en camino. Tenía que hacerle pagar a Nicky por lo que había hecho. Debía vengar la muerte de Kat y el futuro que nos había arrebatado. Era lo único en lo que había sido capaz de pensar durante mis horas de excavación. En cómo hacerlo.

Nicky era una persona muy precavida y conspiranoica. Tenía medidas de seguridad para todo y planes de emergencia diseñados para hasta las situaciones más inimaginables. Si quería hacerle sufrir, necesitaba pensar más a fondo, debía encontrar qué le podía doler de verdad.

Así fue como recordé nuestra primera interacción, cuando diez años atrás me rescató de los soldados chinos que acababan de sacarme de mi escondite en el asedio de Vancouver. Al presentarse me dijo que en un pasado fue alguien relevante, pero que eso ya no importaba.

Ya había crecido suficiente para saber lo que eso significaba en realidad. Estaba huyendo de su pasado, no quería que lo que fuera que hizo antes le encontrara. Pero yo me iba a encargar de que lo hiciera. Para ello, primero tenía que descubrir quién había debajo de la máscara de Nicky Damner. Cuál era su verdadera identidad.

Una vez que me duché y me quité las costras de sangre ajenas y propias que tenía en mi cuerpo, comenzó el trabajo. Toda mi vida había seguido las órdenes de otro, pero al diseñar el plan sentí una fuerte emoción en mi interior. Se me ocurrían muchas formas de encontrar su nombre real, pero necesitaba una rápida, fiable y que no levantara sospechas, ni de Nicky ni de otros.

Preparé una mochila y fui al búnker que hacía las veces de despacho de Nicky. Debido a que era la primera hora de la mañana la gente dormía, sobre todo tras la conmoción de la noche anterior. Recorrí con la vista la habitación. Cada vez que entraba ahí me extrañaba al ver la mesa que utilizaba como pequeño estudio de laboratorio. Desconocía qué hacía en su anterior vida, pero el hecho de que confeccionara sus propios explosivos y gases tóxicos no me daba mucha confianza. Me acerqué a la silla de piel que presidía su escritorio y no tardé en encontrar lo que buscaba, varios cabellos adheridos en el reposacabezas. Los guardé en una bolsa de plástico y salí a la calle.

Cogí el coche que nos acercó al establecimiento de Malcolm Hicks, todavía tenía restos de sangre en los asientos, e introduje la dirección de la base militar estadounidense del norte de la ciudad. En el camino me enfundé la ropa que había preparado. Me había introducido en el vehículo como un mercenario cualquiera, pero cuando salí era un capitán del ejército de tierra con una misión clara.

Con la seguridad que alguien de mi posición tendría, me dirigí a la puerta de la base militar y enseñé mi tarjeta de identificación falsificada. No era la primera vez que me encontraba en esa situación, pero sí era la primera ocasión en la que estaba solo, sin Kat a mi lado. A pesar de ello, el cadete encargado de la verificación del personal no fue capaz de ver la falta de convicción que

surgió en mi rostro durante unos breves segundos y me dejó entrar.

Mi última visita a esas instalaciones fue meses atrás y la diferencia era palpable en el ambiente. Los enemigos estaban cada vez más próximos al norte de Toronto. Si conquistaban la ciudad de la misma forma que lo hicieron con Vancouver, significaría la pérdida completa de Canadá. Con lo cual, todas las fuerzas que el ejército se podía permitir estaban en esa base dispuestos a pararle los pies a China.

También fue este trajín y elevado movimiento el que me permitió escabullirme hasta los laboratorios sin que nadie me preguntase por la naturaleza de mi presencia. Tenía una respuesta preparada para cualquier pregunta que me pudiesen hacer, pero era más sencillo si ni siquiera tenía que explicarme.

Una vez dentro del edificio me relajé. Seguí los carteles que me llevaron al departamento químico-toxicológico. Entré golpeando la puerta con el puntapié, no quería que mis nudillos sangrasen de nuevo bajo las vendas. Una serie de máquinas tecnológicas y científicas de las que ni siquiera pretendí entender su uso me dieron la bienvenida, y un chaval que debería de estar llegando a los treinta años me observó escondido detrás de una pantalla. En cuanto vio la chapa de mi pecho se puso en pie con un saludo militar forzado. A pesar de que esa persona tendría al menos diez años más que yo, nadie lo diría. Por mi presencia física y la barba que me había dejado crecer los últimos años aparentaba más edad. Mientras que ese hombre me recordaba a la versión más joven de mí: enclenque, larguirucho y débil.

—Buenos días, doctor… —dije intentando leer el nombre de su bata— Wade. Soy el capitán Nelsen.

—A su servicio, capitán Nelsen. Aunque no soy doctor, solo investigador adjunto.

—No importa —respondí cortante.

En realidad no tenía ni idea de cómo un capitán real del ejército hablaba o se comportaba con gente inferior a él en el escalafón, yo solo imitaba la actitud que Kat adoptaba en multitud de ocasiones.

—Tengo el cabello de un sujeto del que necesito conocer su identidad.

—Por supuesto, capitán… —respondió con la voz entrecortada—. ¿Para cuándo lo necesita?

—Ahora mismo —dije acortando la distancia que nos separaba y dándole la bolsa de plástico con las muestras de Nicky.

—¿Ahora mismo? Estoy haciendo un encargo de…

—¿Estás desobedeciendo mis órdenes, señor Wade? No me importa para quién estuvieses haciendo un encargo, esta es ahora tu mayor prioridad.

—En… entendido… capitán.

Asentí satisfecho cuando el científico cogió la bolsa de mis dedos y se movió con torpeza por el laboratorio.

—¿Cuánto tardará?

—Depende de la calidad de la muestra, lo reciente que sea el cabello, si el ADN de la persona en cuestión está en nuestra… —carraspeé para romper su enumeración y este se incorporó asustado—. Menos de veinte minutos, capitán.

Hice un suave ademán de cabeza y me apoyé en una de las mesas. Quizás mi mirada clavada en su cogote no sirviese para que trabajase más rápido, pero no la despegué ni un solo instante. Cada paso que realizaba yo le seguía con mi mirada, curioso por el porqué de cada decisión. Habría sido extraño pedirle que me explicase el motivo de sus acciones, pero me habría gustado saberlo. Me corroía la necesidad de saber la verdad de todo lo que veía.

Tras quince minutos el hombre regresó a la pantalla en la que le había encontrado escondido antes de interrumpir su trabajo y se mordió las uñas con nerviosismo.

—Ya está casi listo, capitán, solo necesito… —dijo hablando en voz alta mientras movía su atención por la pantalla—. Listo. La identidad de la persona a la que pertenece el cabello es…

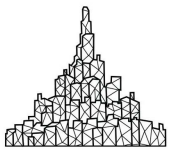
No fue capaz de terminar la frase, parecía que alguien le hubiese puesto una mano enguantada en la boca antes de enunciar la última palabra. Me erguí alarmado por su reacción y el científico salió de su conmoción, todavía pálido.

—Esto… esto… —balbuceó—. Esto es imposible. ¿De dónde has sacado esta muestra? —preguntó olvidándose por completo con quién estaba hablando, o más bien con quién se suponía que hablaba.

—¿Quién es? ¿Cuál es la identidad de la persona? —dije incapaz de contener las ganas de saber qué nombre podía causar tal reacción.

El científico giró la pantalla y en mi campo de visión apareció la imagen de un Nicky bastante diferente, pero seguía siendo él. A pesar de que siempre llevaba la cara tapada, en alguna ocasión había visto sus facciones. Estaba claro que hizo modificaciones en su rostro, o por lo menos llevaba algún tipo de implante que variaba la morfología de su cara. Pero no había duda. Al ver esa imagen no hacía falta saber su nombre, conocía a esa persona, era imposible no hacerlo.

Sin embargo, las dos palabras que coronaban la fotografía me confirmaron su identidad. Wade tenía razón. ¿Era eso cierto? ¿De verdad Nicky era esa persona?



12. Detención

29/11/2109, 14:00

Con cada batida nueva que arremetía contra el saco aumentaba la intensidad que imprimía en mis puños. Hacía caso omiso a mis pulmones y corazón que me rogaban que redujera la velocidad, y seguía golpeándolo con la impotencia de que no me devolviese los ataques. Con un último lanzamiento que dobló el saco de boxeo en el aire, cedí a las petición de mis órganos vitales y dejé descansar al objeto que había recibido mi furia y me observaba con un continuo vaivén.

Me senté en uno de los bancos y hundí el rostro entre mis manos. Ya no aguantaba más, necesitaba que ese dolor parase. Habían pasado dos semanas desde la muerte de Kat y la sensación de vacío no mostraba ningún indicio de que fuese a desaparecer. Tenía la esperanza de que mi sufrimiento se mitigaría cuando dejara de ver al culpable de su muerte a diario y supiera que iba a pasar entre rejas el resto de su vida.

Era posible que me estuviese engañando a mí mismo con esa idea, pero al menos me servía para enfocar mi furia en un objetivo específico. Lo que estaba claro era que tenía que ser cuanto antes, no estaba seguro de cuánto tiempo más iba a aguantar viendo a Nicky Damner todos los días, o más bien a la persona que se encontraba debajo de ese nombre ficticio. Sobre todo debido a que, por casualidades de la vida, tenía más de una razón para odiar a ese hombre. No solo había sido el causante de la muerte de Kat, sino que además tenía parte que ver en mi situación actual… sin padres.

Sacudí la cabeza para dejar de darle vueltas a lo único en lo que había pensado durante los últimos catorce días, no me iba a servir de nada. Solo me quedaba aguantar hasta tener la oportunidad de hacer mi movimiento final.

Como si fuese una respuesta del universo, una notificación apareció en mi dispositivo de comunicación de la muñeca. Nicky solicitaba una reunión de urgencia al personal de la organización. Algo importante estaba por suceder.

Me di una ducha rápida y, ya sin el sudor del entrenamiento y con mis niveles de ira rebajados levemente, me dirigí a la sala de reuniones. Al llegar me senté en una de las esquinas y esperé a que el evento improvisado comenzase.

Desde la muerte de Kat solo hablaba en las misiones que me encomendaban, de mi boca no salía ninguna palabra innecesaria. La gente no sabía si ella y yo estuvimos juntos, pero sí que sabía que teníamos una relación muy fuerte, así que entendían mi estado. Aunque al haber pasado dos semanas y al estar en un negocio donde la muerte es algo habitual, varios ya se estaban cansando de mi actitud y algunos valientes habían pasado a la fase de hacer bromas sobre Kat.

Yo ignoraba cualquier comentario. La única razón por la que seguía ahí era para acabar con Nicky, el resto me era irrelevante. Prefería quedarme al margen, ya que de no hacerlo solo

serviría para complicar la situación.

La persona encargada de ese lugar apareció en el pequeño escenario que presidía la sala. Llevaba su vestimenta habitual, donde una cinta trataba de ordenar su desgreñado cabello cobrizo, unas gafas de sol le asemejaban a un estudiante con resaca y un trapo cubría la parte inferior de su rostro. Ya nadie se preguntaba el porqué de ese atuendo. Al conocer su identidad real, esa indumentaria tomaba un significado mayor para mí.

Tras una primera semana con el ánimo más bajo, Nicky había recuperado su vitalidad habitual. Parecía que ya había superado lo de Kat, al cabrón no le costó mucho.

—¡Buenas tardes a todos, camaradas! —anunció con un grito que reverberó en la sala.

La muchedumbre le respondió con la misma intensidad, coreando con vítores y aplausos. En su mayoría hombres de entre veinte y cuarenta años, la gente que trabajaba para Nicky era de la peor calaña que podía existir.

Antes Kat confería luz a la oscuridad que se acumulaba entre esa gente. Pero una vez extinguida, me preguntaba cómo había sido capaz de aguantar tanto tiempo en un lugar como aquel, yo no pertenecía a ese mundo. Aunque esa era una pregunta retórica, la razón era obvia, y era gracias a que ella ya no estaba por lo que ahora lo podía ver tan claro.

—Ya han pasado quince años desde que la Guerra de Supremacía estalló, y más de diez desde que llegó a nuestra parte del mundo —me extrañó el tono melancólico que tomaban sus palabras —. En todo este tiempo hemos vivido muy buenos momentos; hemos ganado cantidades de tiempo con las que la mayoría de nosotros ni soñábamos; hemos hecho muy buenos amigos, que han acabado convirtiéndose en familia; y desgraciadamente hemos perdido a otros cuantos.

La audiencia respondía con fuertes asentimientos a cada una de las palabras que Nicky pronunciaba, hechizados por su entusiasmo y carisma.

—Sin embargo, los buenos tiempos tienen su fin, y mi presentimiento es que a esta guerra no le queda mucho. Nadie sabe cómo acabará, lo que está claro es que no tendremos que esperar demasiado tiempo para saberlo.

La exaltación de la sala se redujo, como si la idea de un mundo con paz donde no existiese la guerra más mortífera en la historia de la humanidad fuese una noticia terrible. Nicky aprovechó ese instante para levantar los ánimos de nuevo.

—Y esto solo puede significar una única cosa: hay que aprovecharlo al máximo mientras dure —añadió con los ojos encendidos—. Hay que exprimir todo lo que esta fruta nos ha dado durante tantos años, antes de que sea demasiado tarde y se pudra. Justo eso es lo que os traigo hoy, una oportunidad como no ha habido antes.

Los vítores volvieron a inundar la sala. A pesar de ser menos de cincuenta personas, por la fuerza de sus gritos parecían centenares.

—Como ya sabréis, esta noche ha caído la última resistencia de los aliados al sur de Gran Sudbury, a tan solo unas horas de aquí. No nos queda mucho tiempo en el que podamos disfrutar de la comodidad que esta base nos ha dado. Pero, como siempre, cuando una puerta se cierra, es porque otra se abre —añadió con una sonrisa maliciosa que encendió la curiosidad de los presentes—. En los bosques del norte de la bahía Georgiana los aliados tenían la última de sus bases del norte de Canadá. Dicha sede es completamente desconocida para China según la confirmación de varias de nuestras fuentes. Ahora mismo el territorio se ha quedado en posesión de los chinos y los estadounidenses están centrados en una retirada segura, no les merece la pena arriesgarse a salvar los recursos que tienen allí almacenados…

Hizo una pausa para aumentar la expectación. En su mirada se palpaba cómo disfrutaba de la

ceremoniosidad y la atención que le prestábamos. Cuando una vez calculé el tiempo que Nicky debía de tener, concluí que seguía trabajando más por su ego y la adrenalina que por ganar tiempo, la razón principal por la que el resto estábamos ahí.

—… recursos valorados en miles de Unidades de Tiempo, posiblemente decenas de miles. Suficiente para que varias personas se pudiesen convertir en aeternums —finalizó provocando un gran estruendo.

La sala entera estalló de emoción, era gente muy fácil de manipular. Nicky solo tenía que mencionar la palabra «aeternum» para conseguir que accediesen a realizar cualquier misión.

Ante mi sorpresa, yo también sonreía. No por la idea de esa oportunidad de oro que nos vendía o porque quisiera convertirme en aeternum.

No.

El motivo era que sabía que esa noche todo acabaría. Sabía que esa misión era el momento perfecto para aplastar a Nicky Damner de una vez por todas.



La lluvia gélida golpeaba mi cara, enfriando mi rostro en esa noche de cero grados de temperatura. A pesar de ello, la tormenta había sido el único inconveniente con el que nos habíamos encontrado hasta el momento, así que aceptaba esas gotas de agua con gusto.

Ningún escuadrón chino vino alarmado por nuestra presencia, ni estalló ninguna trampa explosiva ocultada por los aliados como regalo de despedida, ni cualquiera de la decena de eventualidades que nos podrían sorprender.

Solo una lluvia fría y constante.

Parecía que por primera vez Nicky iba a tener razón al decir que esa misión sería rápida y sencilla. Llegar, coger el máximo cargamento que pudiésemos y escapar. Ya está.

Y yo agradecía que la situación no se fuese a complicar, era imprescindible para que mi plan funcionase correctamente.

Terminé de acoplar el último de los ganchos en el contenedor y di la señal mientras retrocedía unos pasos. El helicóptero del que colgaban cuatro cadenas gruesas se elevó unos metros con sumo cuidado y la caja metálica que acababa de enganchar se quedó suspendida en el aire. Ese era el tercer contenedor lleno de armamento que extraíamos y el último de ellos. Nicky no mintió al declarar que íbamos a obtener tantos recursos como para que varios de los integrantes se convirtiesen en aeternums.

Eché a correr al último de los helicópteros, el único que volvería sin cargar una caja valorada en miles de Unidades de Tiempo. Aún no me creía que todo fuese a resultar tan fácil. Siguiendo el rastro de las otras máquinas con apariencia de enormes insectos de metal, nos alejamos de la base estadounidense y pusimos rumbo al sur, de vuelta a Toronto.

—Ojalá Kat pudiese estar aquí —dijo Nicky.

Yo apreté los puños con rabia, tratando de aguantar mi rostro inexpresivo.

—Sí, ojalá estuviese aquí.

No era capaz de mentir ni con todo el odio que me corroía ni con la necesidad que tenía de que esa última parte de la operación fuese exitosa. No podía violar algo que era parte de mi

identidad. La obligación de resguardar y proteger la verdad en todo momento.

Sentí la presión de los ojos de Nicky taladrar mi cabeza, como si quisiera ver qué había dentro de ella. Incapaz de aguantar, desvié la vista a los bosques canadienses que se abrían debajo de nosotros.

El trayecto de vuelta duró treinta minutos. En ese lapso de tiempo Nicky no volvió a pronunciar una palabra, al igual que tampoco hubo ningún otro inconveniente. Solo había mantenido su mirada clavada en mí durante todo el viaje. Yo agradecí que las aspas del helicóptero fuesen tan ruidosas, de no ser así escucharía el fuerte latido de mi corazón. No tenía miedo, no podía tenerlo. Pero sí que sentía una gran desconfianza. Por contradictorio que sonase, si todo iba tan bien era porque algo nefasto amenazaba por ocurrir.

El helicóptero redujo la velocidad y descendió hasta posarse en el suelo. Nos quitamos los enganches de seguridad y bajamos a tierra firme. Estábamos en una nave abandonada a las afueras de Toronto. Nunca dejábamos el material extraído en nuestra base, siempre lo almacenábamos en la localización donde posteriormente haríamos la venta al bando aliado.

Decenas de personas se movían con rapidez soltando los agarres de los contenedores y ajustándolos a los camiones que los esconderían en el interior del almacén. Una vez listo, ya habríamos terminado. Como había hecho otros cientos de veces, Nicky se pondría en contacto con los aliados a través de un intermediario, le detallaría el suministro que tenía para vender y el precio total. Los aliados negociarían y se llegaría a un acuerdo. Entonces solo quedaría realizar el intercambio de bienes.

Ese había sido el modelo de negocio de Nicky durante los últimos años, y había funcionado a las mil maravillas. A efectos prácticos íbamos detrás de un camión de diamantes en un camino lleno de baches. En cada uno de los socavones algunas de las preciadas piedras caían. Nuestro único trabajo era recogerlas y vendérselas posteriormente a su dueño original a un precio irrisorio que no pudiese rechazar.

Para contradecir la simpleza de nuestra labor, repentinamente una luz nos inundó desde cada flanco provocando una ceguera momentánea. Las cosas se habían complicado.

—¡Todo el mundo quieto! —sonó una voz amplificada por un altavoz—. Les habla el comandante Manning del ejército de los Estados Unidos de América. Quedan detenidos por el acto de apropiación indebida de armamento militar, espionaje, venta y revelación de secretos de defensa nacional, y el acto de traición a su patria.

Ya con la vista adaptada al contraste lumínico, observé el rostro de terror de los allí presentes. Quienes habían sido mis compañeros durante años mostraban la expresión de quien sabe que su vida como la ha conocido hasta entonces está a punto de terminar.

Con el mayor disimulo que pude, di dos pasos hasta pegar mi espalda a la de Nicky. Estando los dos con los brazos en alto, pronuncié las palabras que había repetido en mi cabeza una y otra vez durante las últimas dos semanas:

—Nicky, sé que el arma que me diste no iba a disparar. Sé que estabas celoso por mí y Kat, y en un ataque impulsivo, me entregaste esa pistola con la intención de que muriese en una misión que sabías que se complicaría. Tú eres la razón por la que Kat murió.

Tragué saliva. Las manos me sudaban a causa del nerviosismo. Decirlo en el baño delante de un espejo era mucho más sencillo, sobre todo cuando ni siquiera podía ver el rostro de Nicky en esos instantes. Quería disfrutar de su expresión de impotencia al ver que todo lo que había construido durante años estaba a punto de desmoronarse.

—A pesar de ello, me mentiste. Me dijiste que no tuviste nada que ver con lo sucedido.

Pausé de nuevo. Los soldados estadounidenses se movían entre nosotros con cautela. Desarmaban y esposaban a los que se encontraban en la parte más exterior del grupo. Nicky y yo estábamos en el centro, aún tenía tiempo.

—El primer día que nos conocimos me dijiste que hay veces en las que es imposible conseguir que alguien deje de mentir, y en esas ocasiones, la única opción es encargarse de que nunca más pueda hablar. Solo así te puedes asegurar de que no mentirá de nuevo. Eso estoy haciendo ahora, Nicky, me estoy encargando de que nunca más puedas decir mentiras.

Sentí que su cuerpo se tensaba detrás de mí.

—¿Esto es cosa tuya, Harlan? —soltó con una rabia que hizo que el vello de mis brazos se erizase.

—Sí, esto es cosa mía. Lo estoy haciendo por Kat y por mis padres. —Su cuerpo se contrajo en un gesto de confusión, esa última parte le pilló completamente desprevenido—. Sé quién eres en realidad, Nicky Damner —dije recalcando cada sílaba de su nombre—. Es un truco inteligente, utilizar cada letra de tu nombre real para formar la identidad bajo la que te has escondido en los últimos años.

El hombre que tenía a mi espalda soltó una risa lenta, como un suspiro roto al darte cuenta de que has perdido. Pero no dijo nada, me permitió terminar el discurso que me había preparado.

—Tú fuiste el causante de la muerte de Kat. Pero también fuiste quien le dio la información necesaria a Ethan Jones para que asesinara a mi madre, a Ava Harlan. Tú también provocaste el asesinato de la mujer de tu hermanastro. Tú eres Derick Nyman.

—¡Eh, vosotros! Cerrad la boca ahora mismo —dijo un militar dirigiéndose a mí.

Yo le ignoré, podía sentir un alivio descomunal en mi cuerpo tras soltar la última frase, pero no me acomodé en él, aún no había terminado.

—Y sí, has oído bien —continué haciendo caso omiso a los continuos gritos del militar—. Soy el hijo de Kay Olerson y Ava Harlan. Mi nombre completo es Harlan Olerson y esto es tu retribución por lo que les has hecho a las únicas tres personas que he querido en mi vida.

—¡He dicho que te calles! —ordenó el soldado a tres metros de distancia con un fusil apuntando al suelo.

Bajé mi mano hacia el abrigo que llevaba y, antes de que pudiese introducirla en la abertura, el hombre encañonó su arma a mi cabeza.

—¡Quieto ahora mismo o disparo! —amenazó con el dedo sobre el gatillo.

—Soy el capitán Nelsen, del ejército de los Estados Unidos de América. Llevo infiltrado en esta asociación los últimos meses. Fui yo quien dio las coordenadas y hora de nuestra llegada aquí. Lo único que quiero coger es mi identificación.

El semblante frío del soldado no cambió, seguía tenso apuntándome con su arma. Detrás de él apareció el comandante que había anunciado nuestra detención. Con la mirada circunspecta se acercó a mí e, interponiéndose en la trayectoria del hombre que me apuntaba, introdujo su mano en mi abrigo y sacó la identificación a la que hacía referencia. Era la misma que usé semanas atrás para colarme en la base de Toronto.

—Baja el arma, teniente —respondió el comandante haciendo un gesto con el brazo.

El soldado, todavía desconfiado, acató la orden. Yo asentí en señal de agradecimiento.

—Este hombre de aquí —dije dándome la vuelta— se hace llamar Nicky Damner, es el líder de esta organización criminal. Sin embargo, su identidad real es la de Derick Nyman. Antiguo presidente de la empresa Livet, quien consiguió sintetizar el suero de la inmortalidad y cuya propuesta de inmortalidad ilimitada fue denegada por parte de la ONU. Es buscado por decenas

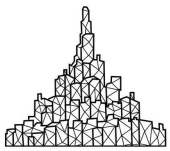
de gobiernos a nivel internacional por multitud de crímenes. Entre ellos, la instigación del asesinato de Ava Harlan, coinventora del sistema temporal actual.

El comandante me obsequió con un abanico de expresiones, desde la sorpresa hasta la satisfacción por haber dado con una presa tan importante. Yo sonreí para equiparar su ilusión, aunque lo único que me importaba era ver el rostro que se le había quedado a Nicky, o más bien a Derick Nyman, tras el desarrollo de los acontecimientos.

El soldado que me había apuntado con su arma se puso entre Derick y yo. Sin ninguna delicadeza, esposó sus muñecas y le dio la vuelta. Al tener su cara delante de mí no me encontré con una expresión compungida, confusa o de ira. Tampoco tenía los ojos inyectados en sangre maquinando cómo se vengaría de mi engaño.

No.

La imagen que me encontré fue la de una mirada iluminada de un fervor casi enfermizo, acompañada de una amplia sonrisa sádica que provocó en mí un escalofrío hasta en la parte más remota de mi cuerpo.



13. Armagedón

01/01/2110, 10:30

El traqueteo constante del metro subterráneo de Toronto me balanceaba en mi asiento. Por muy molesto que fuera, no era capaz de desconcentrarme de lo que leía en la pantalla que mostraba el noticiario del día.

Había pasado más de un mes desde que detuvieron a Derick Nyman y vi esa sonrisa perversa que se grabó a fuego en mi memoria. Desde entonces no había tenido ninguna noticia de qué había ocurrido con él. Su detención no se hizo pública, nadie anunció que el antiguo presidente de Livet hubiese resurgido, que se hubiese detenido a una banda que comerciaba con armamento ilegal, o algún otro tipo de información que me diese una pista de su situación.

En todas esas semanas las noticias se habían enfocado en el gran resurgimiento que protagonizaba el bando aliado. De manera casi milagrosa, habíamos conseguido recuperar gran parte del territorio ocupado por China en América del Norte. En cuestión de un mes las tornas se habían invertido en la guerra. Nadie sabía cómo, o por lo menos así era hasta dos minutos atrás, cuando en todos los canales nacionales emitieron unas noticias de última hora.

Yo era incapaz de despegar los ojos de los subtítulos que transcribían las palabras de la presentadora del telediario.

—Hoy la Casa Blanca ha liberado un informe completo que explica las razones del reciente cambio en la efectividad del ejército estadounidense y sus aliados. En él, recae sobre un solo nombre la mayor parte del reconocimiento que justifica las últimas victorias. Se trata ni más ni menos que de Derick Nyman, antiguo presidente de Livet y quien sintetizó el suero de la inmortalidad que todos nosotros llevamos en nuestros AVA. Según fuentes oficiales del gobierno, el señor Nyman ha estado durante todos estos años recopilando una gran cantidad de información de nuestro enemigo: localización exacta y planos de bases secretas, soldados chinos simpatizantes con nuestro bando, especificaciones de armamento y tecnología… y la lista continúa.

»En la rueda de prensa del presidente de los Estados Unidos que ha acompañado a la publicación de este informe ha confirmado que su ayuda ha sido inestimable para el éxito reciente de las tropas aliadas, y que su cooperación tendrá una gran importancia en el resultado final de esta guerra, que cada vez se ve más próximo. Ha añadido que los cargos que pesaban sobre su nombre, con relación al sistema temporal que propuso a la ONU y su rechazo a favor del actual, han sido eliminados de su expediente.

»Hemos intentado por todos los medios contactar con el señor Nyman, pero nuestros intentos han sido inútiles. La Casa Blanca nos ha informado que debido a su enorme contribución se ha convertido en el objetivo número uno de China, y por ende se han visto obligados a ponerle a salvo en una localización no revelada.

Sin poder evitarlo, solté una risa agridulce.

—Que hijo de puta… —musité para mí mismo.

Ese cabrón lo tenía preparado desde el inicio. Todo ese tiempo sabía que tarde o temprano uno de los dos bandos acabaría deteniéndole, y que para entonces necesitaría un plan de emergencia. Sencillamente les había dado tal cantidad de información útil que los crímenes que cometió durante tanto tiempo se convertían en algo insignificante. El gobierno de Estados Unidos le había declarado un colaborador, pero yo sabía que si Derick hubiese acabado en las manos de China habría actuado de igual forma para el bando contrario.

Por eso me había dedicado esa expresión perversa la noche de su detención, porque era justo lo que quería. Él sabía que no le quedaba mucho a la guerra, solo pretendía exprimir los últimos beneficios que pudiese sacar de la situación. Yo, creyéndome que me estaba vengando y haciendo justicia a Kat, lo único que había conseguido era hacerle un enorme favor a Derick.

Golpeé con fuerza el cristal que tenía enfrente de mí, donde mi reflejo me observaba con furia. Lo peor de todo era que ni siquiera llegué a sentir un atisbo de satisfacción al ver sus muñecas esposadas. Ni siquiera cuando mi cuerpo estaba sumergido en la adrenalina del momento porque mi plan había sido un éxito… ni siquiera entonces me sentí bien.

Verle detenido no revivió a Kat, ella seguía enterrada varios metros debajo del árbol de la base de Nyman; tampoco hizo que mi madre no hubiese muerto cuando tan solo tenía dos años; ni que mi padre, estuviese donde estuviera, volviese a por mí.

En su momento solo me sirvió para entender que si quería combatir cómo me sentía tendría que hacer algo más que vengarme de la persona culpable de lo ocurrido. Que el conflicto y el dolor estaba en mi interior. Y ahora, que me había dado cuenta de que incluso eso le había beneficiado… provocaba que ya ni siquiera supiese qué pensar.

¿Acaso no existía justicia en ese maldito mundo? ¿No se suponía que había algo llamado karma? ¿Por qué una persona tan vil como Derick Nyman, que había robado, matado y traicionado a quien había querido, ahora era considerado un héroe nacional?

Una frenada del metro hizo que mi cabeza chocara contra el cristal de la pared. Hice caso omiso al dolor y me puse en pie. Intentando ignorar los pensamientos que me inundaban la mente, salí a la calle y llené mis pulmones del aire exterior. No sirvió de nada, no había mucha diferencia entre el aire reciclado del interior del metro y el contaminado de la atmósfera de Toronto. Impotente, eché a andar hacia la plaza de la Fundación, el lugar que había visitado todas las semanas desde que me quedé solo en esa ciudad.

La gente caminaba tranquila, con un optimismo que hacía tiempo que no se palpaba. Habían pasado de experimentar el terror de que el enemigo estuviese a las puertas de sus casas en apenas unos días, a tenerlos en el otro extremo del país. Al pasear por Toronto uno tenía la impresión de que la guerra ya hubiese acabado.

La noche anterior, en la celebración de año nuevo, se festejó como nunca antes se había hecho. Y ahora, once horas después de la fiesta, parecía que la alegría seguía luchando por persistir un poco más. La gente andaba con sus familias por la calle, disfrutando del sol de invierno que iluminaba las frías calles de la ciudad. Los niños gritaban, jugaban y corrían entre ellos, y sus padres los observaban deseando que esa estampa se pudiese mantener en el tiempo, anhelando que los últimos quince años de guerra terminasen de una vez por todas.

Haciéndome paso entre el gentío llegué al centro de la plaza. Un hexágono de césped verde rodeado de varios árboles que otorgaban una sensación agradable de cobijo. En el medio, la estatua de Ava Harlan observaba la escena. Era una escultura simple de color negro, la grandeza

se encontraba en la mujer que representaba.

Me senté en el banco que la enfrentaba y disfruté de su presencia, como si ella también me pudiese ver. Era una sensación extraña estar delante de la estatua de tu madre, una mujer que no llegué a conocer teniendo conciencia, una persona de la que solo podía saber lo que había encontrado en artículos y vídeos dispersos por la red. Una persona de la que ni siquiera mi padre me podía hablar.

Apreté la mandíbula con fuerza. Cada vez tenía mayores sentimientos encontrados hacia Kay Olerson. Por una parte seguía sin sentirme digno de ser su hijo, de llevar su apellido. Pero por otra le culpaba por abandonarme en el mundo de mierda en el que me había tocado crecer. ¿Qué clase de padre desampara a su hijo huérfano? ¿Por qué me había dejado solo en ese mundo?

Agradecí que no hubiese una estatua suya al lado. La ciudad de Toronto no había visto oportuno erigir un monumento a favor del hombre que estaba en busca y captura por el asesinato de Ethan Jones.

Cerré los ojos y disfruté del pequeño oasis en el que se convertía ese lugar. El barullo de una ciudad más viva que nunca se colaba desde la lejanía, pero los árboles tapaban gran parte del ruido. Esa sensación de calma solo la podía experimentar el día de la semana en el que visitaba esa estatua de mi madre y la tumba de Kat.

Abrí los ojos y me puse en pie, dispuesto a dirigirme a mi segundo destino. Entonces sentí una vibración en mi muñeca. Antes de que pudiese consultar la notificación en mi dispositivo de comunicación, el estruendo de una alarma aguda rompió la calma que envolvía la ciudad. El contraste de una voz femenina interrumpió el molesto sonido:

—Se les informa a los ciudadanos de Toronto que se prevé un inminente ataque nuclear por parte de China. Por favor, acudan al refugio subterráneo más próximo que tengan y pónganse a salvo. Se les informa… —continuó la voz repitiendo el mensaje.

¿Ataque nuclear? ¿Había dicho ataque nuclear? ¿De verdad eso estaba ocurriendo? Antes de que pudiese terminar de procesar qué ocurría, vi que el cielo se surcaba de cohetes. Me habría gustado sentir miedo antes de morir, pero lo único que experimenté fue un gran alivio. Iba a cerrar los ojos para esperar a que el impacto me ahorrase esa miseria de existencia que había vivido, cuando me di cuenta de que los misiles no venían hacia nosotros, sino que se lanzaban desde nuestra posición, eran nuestras bombas. Estaba claro que Estados Unidos y Canadá no se iban a quedar con los brazos cruzados esperando a que China los aniquilase, ellos también estaban dispuestos a formar parte de la destrucción masiva que iba a tener lugar en ese planeta.

Eso quería decir que tenía tiempo. ¿Cuánto? ¿Cinco minutos? ¿Veinte? ¿Una hora? Daba igual, si salía ya, podía ponerme a salvo, podía llegar al búnker que Derick había usado como despacho. El búnker que había supuesto como algo excesivo e innecesario cuando lo mandó construir, pero que al final iba a resultar valioso.

Miré por última vez la estatua de mi madre, intentando memorizar cada uno de sus rasgos, y abandoné ese pequeño oasis. Al llegar al exterior de la plaza me recibió una imagen muy distinta a la que había encontrado al entrar. Cientos de personas corrían de un lado para otro, vehículos pasaban a toda velocidad llevándose a gente por delante, niños solos lloraban entre la marabunta sin entender nada, y quienes ya habían perdido la esperanza se abrazaban y esperaban a que todo terminara.

No sabía por qué, pero eché a correr. Si me paraba a pensarlo, no tenía ningún motivo para vivir. La única persona que había querido y que me importaba murió a mi lado seis semanas atrás.

No tenía padres.

No tenía familia.

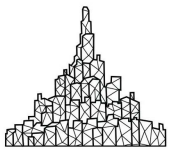
No tenía amigos.

No tenía nada.

Y a pesar de todo ello, no me detuve. Seguí corriendo, esquivando a gente que venía en la dirección contraria o coches que aceleraban descontrolados por el miedo de sus conductores. Ignoré a quienes se desangraban en el suelo a causa de algún accidente. Al igual que a las personas desorientadas y abandonadas entre el caos. Tampoco seguí a las personas que se amontonaban en las bocas del metro que ya estaban abarrotadas, intentando llegar al único lugar que podía dar un mínimo de seguridad. Ignoré todo y no dejé de correr hasta que llegué a las afueras de la ciudad. No sé qué pensé durante el trayecto. Es más, no sé si acaso llegué a pensar algo o sencillamente tuve la mente en blanco con el único objetivo de no morir, con el objetivo de aferrarme a una vida que no quería.

Para cuando mis pulmones me ardían con una intensidad que quemaba y el latido de mi corazón me rogaba que parase, divisé la base en la que había vivido durante la última década de mi vida. Entonces, en la lejanía, también vi varios puntos que se acercaban amenazantes hacia nosotros. Esos sí que eran los misiles chinos. Di un último esprint y alcancé la parte trasera de la fábrica de mármol. Pasé por debajo del árbol que resguardaba la tumba de Kat y, tras arrancar la lápida de madera que había clavado en la tierra, llegué al interior de la base.

Entré en el búnker de Derick y cerré la puerta con ímpetu. Dos segundos después de que me quedase aislado en el interior de esa caja inexpugnable, sentí un temblor. Usar la palabra temblor no definiría ni por asomo lo que presencié ese día. Hablar de un terremoto también se quedaría corto. La sensación que viví sería comparable a la que experimentaría si un dios mitológico sostuviera la Tierra entre sus manos y la agitase con una furia inhumana. Ese día experimenté la sensación de que en menos de un minuto, más de un diez por ciento de tu propia raza, de otros humanos como tú, se evaporase de manera casi instantánea. Ese día experimenté en mis propias carnes hasta qué punto era capaz de llegar el ser humano con tal de ganar una guerra. Aunque estaba claro que ya no importaba quién fuese a ganarla, al fin y al cabo, todos acabábamos de perder.



14. Propósito

09/11/2110, 08:00

El cambio había sido tan progresivo que ni siquiera me parecía extraño que el hombre que me observaba en el espejo fuese yo mismo. Una persona con barba frondosa y poblada que tapaba la mitad de su rostro. Pelo largo desgreñado, prueba de las semanas que llevaba sin lavarse. Una raya roja de sangre sobre mi cuello era el único toque de color en el reflejo. Ese hilo carmesí llegaba hasta una camiseta que diez meses atrás se ajustaba a la perfección a mis músculos, pero que ahora parecía un hábito religioso. Me desprendí de la ropa y devolví la vista al espejo. Nada, seguía sin dolerme la imagen que veía. Podía contar cada una de las costillas de mi caja torácica. Lo que antes eran dos brazos musculados en los que se podía estudiar la anatomía de un hombre se habían convertido en dos palos famélicos que no eran capaces de levantar un objeto más pesado de cinco kilos. Bajé la mirada a mis piernas, dos trozos huesudos de piel que sostenían mi cuerpo con gran esfuerzo. Por último clavé la vista en los ojos que me observaban. Era lo único de mí que seguía igual. Un color grisáceo profundo juzgaba el estado corrompido en el que me hallaba.

Cogí el bolígrafo que descansaba sobre la mesa y me acerqué con dificultad al espejo. En la esquina inferior derecha dibujé la última línea, la número 313. Ese día, el 9 de noviembre del año 2110, por fin iba a salir del búnker que me había cobijado desde el año nuevo más duro en la historia de la humanidad.

Había elegido esa fecha como algo simbólico, no sabía del todo por qué. Podía haber sido antes, pero también después. Mi suposición era que en diez meses la mayor parte de la contaminación nuclear se habría extinguido, y que entonces sería capaz de alcanzar una zona segura sin que la radiación me afectase mortalmente. Pero la razón principal era para darme tiempo suficiente para reflexionar si quería vivir. El día en el que las bombas destruyeron a las dos superpotencias de la Tierra corrí por mi vida de una manera instintiva. Esa mañana sobreviví debido a que mi mente no me permitió hacer lo contrario. La decisión no fue mía.

Ese era el motivo por el que quise esperar tanto a salir del búnker. Sobrepasando incluso la cantidad de comida que tenía para alimentarme o quedándome con el agua justa para hidratarme.

La razón era que había tenido 313 oportunidades para acabar con eso.

313 ocasiones en las que coloqué un cuchillo sobre mi cuello y dudé cuánta presión ejercer.

313 días en los que no me arrebaté la vida, en los que seguí sufriendo por una existencia que desconocía por qué quería conservar.

Cogí una toalla reseca de sangre y la usé para limpiarme el cuello, la prueba de que había dudado si seguir con vida incluso en el último día de mi confinamiento. Seguidamente me volví a meter en la vestimenta que me venía varias tallas más grandes.

Me acerqué al cartel de madera fijado en la puerta del búnker, la lápida de la tumba de Kat. En

él se podían leer, cada vez con mayor dificultad, las siguientes palabras:

Aquí descansa Kate Pavlov, evidencia de que incluso en la profundidad de lo oscuro, la luz encuentra su manera de brillar.

Dejé que esa frase resonase en mi mente, como si hubiese venido de la propia boca de Kat. Después arranqué el trozo de madera con cuidado y agarré el metal frío de la puerta. Necesité poner todo mi peso y empeño en ello para girar la rueda. Por unos segundos dudé si acaso podría salir. Pero finalmente cedió con un clic metálico que activó todo el mecanismo de seguridad.

De repente sentí una bocanada de aire frío invadir el reducido espacio que me había protegido durante tantos meses. Lo respiré y experimenté una sensación extraña. Tenía una impresión gélida que nunca antes había percibido, un aire lleno de muerte y dolor que por primera vez alguien con vida saboreaba.

Usando un bastón que había fabricado con las patas de un silla, salí del búnker después de 313 días.

Caminé con precaución, sin forzar los débiles músculos de mi cuerpo. El techo de la nave industrial estaba medio derruido y el suelo se encontraba salpicado de escombros y chapas de metal. Con cuidado escalé entre las ruinas hasta alcanzar la cima de la pequeña montaña.

Ahí una sensación de tristeza y desesperanza sin igual me invadió. Un dolor que atacaba a mi propio ser, al ADN que determinaba que era parte de la especie humana. Sentí el agujero que toda esa destrucción había cavado en nuestra raza. Sin darme cuenta, estaba llorando. Eran unas lágrimas vacías, al igual que los sentimientos que tenía.

Delante de mí se abría la visión de un Toronto imposible de reconocer. Ni siquiera las imágenes de guerra que vi en Vancouver se asemejaban a la desolación que transmitía esa panorámica. Una capa grisácea ocultaba el resto de rascacielos, edificios y construcciones que antes formaban una gran ciudad llena de vida y alegría. No había ni un solo toque de color, era como si, a causa de alguna desconocida ilusión óptica, la luz hubiese dejado de reflejar tonos diferentes a una gama de grises.

En el silencio abismal que inundaba esa tétrica visión, la vibración de un dispositivo electrónico hizo que me sobresaltara. Miré a mi alrededor, pero no había nadie. Fue al escuchar la segunda vibración cuando entendí que el origen era mi muñeca, mi dispositivo de comunicación. Habían pasado tantos meses desde la última vez que lo usé que ya se me había olvidado que lo seguía teniendo en mi brazo.

Lo activé y leí el siguiente mensaje cuyo remitente era mi propio AVA:

Feliz cumpleaños, Harlan Olerson, hoy cumples 20 años. Gracias a tener instalado el AVA modelo 06 puedes controlar el acortamiento de tus telómeros y retrasar el envejecimiento de tu cuerpo un año más.

Si pagas las 60 Unidades de Tiempo, no pasará nada, tu cuerpo no envejecerá y tus telómeros no se acortarán.

Si decides no pagar, tus telómeros se acortarán y tu edad celular será de 20 años. Es decir, te quedarán 80 años de esperanza de vida.

ADVERTENCIA: Este proceso no es reversible. Una vez acortados tus telómeros no podrán crecer. Perderás un año de vida celular para siempre.

Sin creer que fuese posible, una leve risa salió de mis labios. En ese instante, después de haber pasado diez meses encerrado en un búnker y viendo la desolación que la raza humana había protagonizado, el tiempo tenía una apariencia muy intangible.

No recordaba con exactitud cuánto tiempo tenía en mi AVA. Más de 60 UT, pero tampoco muchas más. Sin pensármelo dos veces, acepté el pago y por primera vez en mi vida detuve el envejecimiento de mi cuerpo, a pesar de que mi apariencia en esos momentos distase mucho de

la de un chaval de veinte años.

Fue entonces cuando sentí una claridad apoderarse de mi mente de una manera casi divina. De repente lo vi todo absolutamente claro. Fue una epifanía casi instantánea. La respuesta a la pregunta que me había hecho en 313 ocasiones: ¿por qué seguir viviendo? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

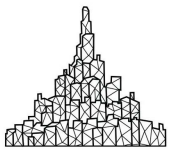
Cerré con fuerza ambos puños, provocando leves cortes con las uñas en mi piel débil. Ya sabía qué tenía que hacer, ya sabía cómo iba a ser merecedor de llamarme Harlan Olerson.

Entonces, pronunciando con mi voz tras meses de silencio, proclamé ante esa ciudad fantasmal:

—Yo, Harlan Olerson, prometo que nunca me va a faltar tiempo para detener el envejecimiento de mi cuerpo. Prometo que me convertiré en un aeternum y viviré los años que hagan falta para cumplir mi propósito de vida.

»Porque yo, personalmente, me encargaré de que nunca más le suceda algo así a la humanidad. No dejaré que la estupidez humana sea capaz de llevar a cabo tal destrucción en su propia especie en ningún futuro donde yo siga existiendo.

Parte 3:
Fundación



15. Proceso

13/06/2121, 20:30

El líquido gélido descendió por mi garganta, calentándola tras unos segundos. Era curioso cómo una sustancia fría te podía templar por el mero hecho de llevar alcohol. Nunca dejaba de sorprenderme la naturaleza, siempre podía encontrar algún hecho que hasta ese momento había pasado desapercibido en mi vida, pero que escondía una enseñanza interesante.

Deposité el vaso de whisky y los hielos tintinearon contra el vidrio grueso mientras el camarero preparaba un elaborado cóctel a una clienta sentada en el extremo contrario de la barra. Al subir la coctelera hacía un giro de muñeca extraño que causaba un sonido bastante característico. Cuando calculó que era suficiente, quitó la tapa y depositó su contenido en un vaso. La mujer aceptó la bebida como si se tratara de agua en el desierto y posó su dedo en la terminal de pago para completar la transacción.

Le di un nuevo sorbo a mi vaso y llevé la atención hacia el otro lado. Una pareja de dos mujeres hablaban acaloradamente sobre un reciente suceso en sus vidas. Gracias a la expresividad de la chica de la izquierda era sencillo leer sus labios y descifrar qué decía. Le contaba a su amiga el encuentro que tuvo la noche anterior con otra mujer. Era la tercera cita a la que iban y la primera vez que se acostaban. Según relataba, y con multitud de detalles, fue una conexión instantánea. Le tocó en los lugares indicados, susurrado las palabras idóneas y acariciado en los momentos necesarios. Terminó por confesarle que, a pesar del poco tiempo que se habían visto, creía estar enamorándose, y eso le causaba una sensación de temor e ilusión a partes iguales.

—¿Está ocupado? —sonó una voz femenina a mi lado.

Me giré para encontrarme con la mujer a la que el barman acababa de servir. Tenía los ojos anormalmente grandes, pero aún así eran sus labios carnosos los que atesoraban la atención en su rostro.

—No —respondí sin mucho entusiasmo.

Mucha gente que iba sola un viernes por la noche a ese lugar lo hacía para conocer a otros. No era mi caso. Yo solo quería vaciar mi mente de los estímulos que me inundaban durante la semana y sumergirme en las conversaciones de otras personas, pero solo como mero espectador, no quería que me involucrasen en sus problemas.

—Me llamo Monique. Te he visto un par de veces por aquí, siempre vienes solo y he pensado que quizás querías un poco de compañía. Qué…

—No te molestes —la corté dándole otro sorbo a mi whisky—. No vengo aquí a socializar. Si me ves solo, es porque quiero estar así —dije con un tono neutral que suavizó mi mensaje.

Yo era un hombre atractivo, con apariencia joven y en uno de los bares más caros de la ciudad de Zúrich. No tenía que hacer mucho para que mujeres bellas como la que acababa de hablarme

vinieran hacia mí. Era una suerte para ellas que no estuviese interesado en intimar con nadie, a poca gente le convenía estar cerca de mí.

La chica se rio con dulzura. Parecía que no se iba a rendir tan fácilmente.

—¿Acaso estás en una relación? —Desde luego que no se daba por vencida, iba al grano. Mantuve la mirada clavada en mi bebida—. Me lo tomaré por un no. En ese caso, hazte un favor y cambia de actitud —dijo con extrema confianza—. ¿Qué tienes… treinta años? Sí, yo creo que andará por ahí. En ese caso, estás en el momento perfecto de la vida para dejarte llevar, despreocuparte y disfrutar. ¿No crees?

—Ya tendré tiempo de hacer eso cuando cumpla unas cuantas décadas más.

—¿Varias décadas más? —preguntó sorprendida entre risas—. ¿Tanto quieres esperar para conocer a otra gente? ¿Pues cuántos años quieres vivir?

Movía el vaso en suaves círculos, disfrutando de la música aguda que provocaban los hielos entre sí. Mojé mis labios una vez más.

—*Ad eternum*.

La mujer tardó un par de segundos en reaccionar, cuando lo hizo estalló en una carcajada que llamó la atención de la pareja que seguía hablando animadamente a mi derecha.

—¿Así que tú también eres uno de esos que sueña con convertirse en un aeternum? Últimamente este lugar esta lleno de ese tipo de gente.

Solté un pequeño bufido, entretenido por su respuesta. Tenía razón, de un tiempo a esta parte era la mayor motivación que tenían las personas de los círculos en los que me movía.

—Ahí te equivocas, yo no soy como nadie que te hayas podido encontrar.

—¿Ah, sí? —preguntó animada porque por fin le siguiera el rollo—. Eso mismo piensan los otros como tú. Si tan único te crees, demuéstramelo.

—Ya te he dicho que no quiero hablar con nadie.

—Venga, no cortes el rollo ahora que por fin se está poniendo interesante la conversación.

Levanté la mirada de mi bebida por primera vez y la clavé en los ojos de la chica. Mi reacción la pilló tan de sopetón que retrocedió un palmo sorprendida.

—Tu nombre es Monique Brunner. Tu padre murió cuando tenías siete años en la guerra de Supremacía, era un soldado perteneciente a los cascos azules. Trabajas como camarera en la cafetería Factory de la calle Zäune y tu sueño es ser bióloga marina. Llevas varios meses en una relación informal con Alwin Weber. A ti te gustaría que lo vuestro pasase a ser más serio, pero él solo te quiere para desfogarse un par de veces a la semana y tener con quien desahogarse de sus problemas. Estás tan apegada a él que estás dispuesta a acostarte con otro hombre solo porque él te ha pedido que obtengas información de mí.

Tenía las pupilas dilatadas y las pulsaciones elevadas. En el transcurso de mi respuesta la había agarrado de la muñeca y de manera instintiva ella se había aferrado a mí. En su rostro se palpaba cómo luchaban por mostrarse las diferentes emociones que sentía. Apretó la mandíbula y trató de recomponerse.

—¿Si sabías todo esto desde el principio por qué no me has mandado a la mierda antes?

—Curiosidad.

—¿Curiosidad? Eso es lo que te causo yo, ¿curiosidad? —respondió ofendida.

—No, me causas pena. Lo que me produce curiosidad es saber cuánto control tiene Alwin sobre ti.

Pronuncié esas palabras con la mirada fija en su rostro, leyendo cada una de las expresiones de

sus músculos. En cuanto apretó sus labios y frunció el ceño, sabía dónde iba a acabar eso.

Por un lado me daba pena, aunque no fuese mi intención, se podía considerar que la estaba manipulando. Pero no dejaba de ser su responsabilidad lo que hiciéramos. Ya fuese porque quería demostrarme a mí o a sí misma que mi afirmación era mentira, acabamos en una habitación del hotel diez minutos después.

El sexo fue divertido. Divertido y vacuo. Lo que resultó en que cuando ambos tuvimos bastante, no quedase nada más que hacer o hablar en esa habitación. Monique se quedó dormida con su brazo apoyado en mi pecho. Yo disfruté de la visión cautivadora de su cuerpo desnudo sobre las sábanas blancas. Era una pena que hubiese caído en las garras de Alwin, parecía una buena chica con un futuro más prometedor que bajo la influencia de ese desgraciado.

Con cuidado de no despertarla me levanté y fui al baño. Me duché para desprenderme del sudor, la saliva y el resto de fluidos que manchaban mi cuerpo y me enfundé en uno de los albornoces del hotel. Salí a la terraza de la habitación descalzo. A pesar de estar en junio, las noches de Zúrich siempre eran frías. Sentí el viento helado de los Alpes golpear mi pecho y me recreé en la panorámica llena de contrastes que tenía delante de mí. Las luces del resto de rascacielos acristalados del sector económico en el que me encontraba tenían el mayor protagonismo. Lo siguiente que veía era la parte más antigua de la ciudad, con sus bajos edificios de techos naranjas rodear el lago de Zúrich. Por último, si alargabas la vista lo suficiente, veías a la Luna iluminar los Alpes suizos en la lejanía, combatiendo con la altura de los rascacielos que tenía en primer plano.

El pensamiento que siempre dejaba relegado en el subconsciente de mi mente tomó protagonismo una vez más. Kat. Kate Pavlov. Mi primer y único amor. La persona que me había hecho sentir en lo más alto de mi vida y en lo más bajo de ella. Habían pasado once años y medio desde que me abandonó y su muerte seguía enquistada en mi corazón como si hubiese pasado el día anterior. Vengarme del causante de su asesinato, de Derick Nyman, no sirvió de mucho. Era posible que el resultado desalentador que tuvo mi venganza tuviese parte de culpa, pero tenía claro que si en esos momentos ese hombre se estuviese pudriendo en la peor de las cárceles en vez de exiliado en algún país exótico como estaba, no cambiaría ni un ápice cómo me sentía. Lo único que me permitía seguir adelante era enfocarme en el propósito al que me había adscrito. En la actualidad, ese objetivo se traducía en llegar a lo más alto de la compañía que mi padre creó varias décadas atrás, Aeon Technologies. Y hasta entonces lo estaba haciendo excepcionalmente. En los ocho años que llevaba en la empresa había llegado a la posición de un alto ejecutivo, estando en contacto muy cercano con el presidente de la organización.

—¿Qué haces ahí? —dijo Monique enrollada en las sábanas bajo el umbral de la puerta.

Me giré hacia ella y entré en la habitación.

—¿Qué quería Alwin de mí? —pregunté de regreso en la cama.

Monique me miró reticente y se tumbó a mi lado.

—Lo que fuese. Cualquier información interesante. Al parecer, eres toda una incógnita para el resto. —Le respondí con una mueca de asentimiento—. Y que sepas que por mucho que me haya acostado contigo a pesar de que supieras mis intenciones, no significa que yo ahora te vaya a dar información sobre Alwin —sentenció firme—. Puede que sea un gilipollas… pero le quiero —añadió de manera casi inaudible, como si le diese miedo que al decirlo en voz alta fuese más cierto que antes.

—No te preocupes, ya sé todo lo que necesito de él.

Monique resopló.

—Sabes que suenas muy pretencioso todo el rato, ¿verdad? —dijo con una mezcla de molestia y excitación.

—Soy consciente, sí.

Ambos nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Por qué os lleváis tan mal? ¿A qué se debe tanto resentimiento?

—Yo no me llevo mal con él, me es indiferente. Pero entiendo tu pregunta —añadí cuando me miró de soslayo—. Son temas de trabajo. Los dos estamos en una posición similar en la empresa, a pesar de que él lleva bastantes años más que yo. Y últimamente hay varios rumores de que no le queda mucho a Reeves Knight, el presidente de la empresa, para jubilarse. No somos los únicos posibles sucesores, pero sí los que más probabilidades tenemos. Con lo cual, es normal que Alwin sienta cierta enemistad hacia mí.

—¿Y tú no?

—¿Yo no qué?

—¿Tú de verdad no tienes nada en contra de él? A fin de cuentas, la situación es la misma para los dos. Es decir, las mismas razones por las que él te puede odiar se podrían aplicar de ti hacia él.

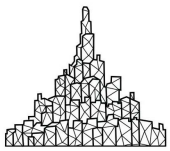
—Supongo que sí, pero no es el caso. A mí me es irrelevante lo que él haga. Tanto si soy yo el sucesor como si no, será por responsabilidad mía. Mientras que realice todo lo que está en mi mano. Yo me centro en el proceso, no en el resultado.

—Eso suena muy estoico y loable desde fuera, pero es imposible que pienses así. Nadie piensa así de verdad.

—Ya te he dicho que yo no soy como el resto —dije observando mi cara en el reflejo del cristal que nos separaba del frío de la noche suiza.

Monique iba a responder cuando me entró un mensaje en mi dispositivo de comunicación. Era del propio presidente de Aeon:

Buenas noches, Harlan. Me gustaría invitarte a cenar en mi casa mañana a las siete de la noche. Hay un tema importante que quiero tratar contigo. Espero que puedas venir.



16. Prueba

14/06/2121, 19:00

Medía el valor de una casa por la altura y vistas que tuviese, lo que convertía el apartamento de mi jefe en la más cara en la que había estado en Zúrich. Se encontraba en la última planta de uno de los rascacielos del barrio financiero. El salón, localizado en una de las esquinas, tenía ventanales que se erigían a lo largo de los seis metros de pared. A pesar de que era de noche y la luz de la habitación impedía disfrutar por completo de la panorámica, era capaz de quitarte el aliento.

Trisha se acercó con sigilo, copa de vino en mano, y disfrutó del paisaje conmigo.

—Algún día querré tener una casa como esta —dijo tras deleitarse con la imagen durante varios segundos.

—Yo algún día construiré una casa como esta —dije pensando en voz alta.

Trisha soltó una carcajada leve y le dio un sorbo a su copa.

—Aunque te conozco desde hace cinco años, siempre eres capaz de sorprenderme en los momentos más inesperados.

Despegué la vista del exterior y le respondí con una sonrisa. Trisha era la única persona de la empresa con la que me llevaba bien. Teníamos una amistad bonita y sincera, algo complicado de conseguir en el entorno competitivo en el que nos movíamos. Ella, junto a Alwin y yo, era la tercera y última candidata lógica para sustituir a Reeves. Llevaba varios años más que yo en la empresa y había escalado poco a poco. Aunque jugaba el inevitable intercambio de favores y lamida de culos de sus superiores, tenía unos valores morales que delimitaban qué líneas no estaba dispuesta a cruzar, lo que para Alwin era una molestia innecesaria.

—¿Sabes a qué se debe esta cena? —le pregunté encaminándome a la gran mesa que presidía el comedor.

—¿Acaso no es obvio? —respondió.

Lo era. Los rumores de su futura jubilación y la invitación a una cena privada en la propia casa de Reeves, lugar que tenía grandes complejos en compartir con el ámbito profesional, era una obvia declaración de intenciones. Yo solo quería comprobar si ella también lo había deducido, e incluso si acaso contaba con más información que yo.

—¿No esperáis al resto para sentaros? —preguntó Alwin acomodándose en la tercera de cuatro sillas que rodeaban la mesa circular.

—Buenas noches, Alwin —respondió Trisha cortésmente.

Con un suave cabeceo le di por saludado.

—¿Sabéis donde está Reeves?

—No —contestó Trisha—. Al llegar el acceso se ha abierto automáticamente y todas las habitaciones de la casa estaban cerradas excepto esta.

Alwin me clavó su mirada para indicarme que le respondiera.

—Ídem. He llegado unos minutos antes que Trisha y no había nadie.

Se encogió de hombros sin darle mucha importancia. Estaba claro que lo único que le importaba era estar en igualdad de condiciones con el resto, o más bien, por encima. Yo había llegado puntual a mi cita, las 18:50 de la tarde. Sabía que Trisha también era muy escrupulosa con el tiempo, así que el hecho de llegar cinco minutos más tarde que yo no era casualidad, al igual que en el caso de Alwin. Reeves lo había preparado así. Estaría en algún lugar de su casa observándonos. Todo aquello era una prueba.

—Monique me ha dicho que se encontró contigo ayer en el Sky One —dijo Alwin con tono inquisitivo.

—Así es —respondí humedeciéndome los labios con el agua con gas que tenía en mi vaso.

Esa noche debía estar muy fino, no podía permitir que una sustancia como el alcohol disminuyese mi capacidad cognitiva desde el principio, pero tampoco quería demostrar que estaba bebiendo agua, sería demasiado sospechoso.

—No la conocías de antes, ¿no?

—No, es la primera vez que hemos hablado. Muy buena persona —añadí para rebajar la sequedad de mis palabras.

—Sí, es muy buena chica.

«Demasiado pura para ti» pensé sin llegar a pronunciarlo, no quería que Alwin se pusiera a la defensiva desde el inicio.

—Buenas noches a todos —sonó una voz proveniente del segundo piso que daba al comedor —. Os agradezco que hayáis hecho un hueco esta noche para compartir vuestro tiempo conmigo.

Reeves Knight llevaba una toga blanca de lino con unos broches en el pecho que la ajustaban a su cuerpo. Complementaba su atuendo con unos pantalones del mismo tejido y unas alpargatas ocre. Discurrió con la mano en la balaustrada que se elevaba sobre nosotros y descendió por las escaleras de caracol hasta llegar a la altura principal. Los tres nos levantamos de la mesa y estrechamos su mano con saludos y agradecimientos varios. Haciendo caso a su gesto, volvimos a sentarnos.

—Muchas gracias por invitarnos a tu casa —dijo Alwin queriendo acabar por encima del resto con los piropos.

—Es un placer para mí poder compartir una cena con personas como vosotros.

Esas últimas palabras me hicieron gracia, ya que asumían que Trisha, Alwin y yo compartíamos varios rasgos que nos unían y convertían en individuos similares, y no podía estar más lejos de la realidad.

Alwin era un hombre de sesenta y ocho años al que la revolución temporal le había llegado demasiado tarde como para mantener una apariencia joven, aunque tratase de demostrar lo contrario. De tantas modificaciones estéticas que llevaba tenía más semejanza con un androide sintético que con un humano de carne y hueso. Formaba parte de Aeon Technologies desde hacía más de dos décadas. Entró por enchufe de alguien influyente en la mesa de directivos y, a pesar de haber comenzado ya en la empresa con un puesto importante, le había costado sudor, lágrimas y mucho tiempo llegar a su posición actual. Por último, era la personificación absoluta de la cita de Maquiavelo «el fin justifica los medios», era alguien sádico y codicioso dispuesto a sacrificar lo que fuera y a quien hiciera falta con tal de llegar a su objetivo: amasar más poder y tiempo.

En segundo lugar estaba Trisha, la mujer modelo que todos los padres querrían tener. Hablaba seis o siete idiomas, graduada en una de las mejores universidades del extinto Estados Unidos y

con experiencia previa en las más importantes consultoras del mundo. Su ascenso meteórico en la empresa no produjo ninguna sorpresa. Quizás su única pega era su capacidad mediocre de liderazgo. Era tan buena y competente que llegaba a intimidar al resto. Al trabajar con ella debías estar dispuesto a comprobar que el problema con el que llevabas peleándote una semana se resolvía en diez minutos cuando Trisha lo enfrentaba.

En último lugar me encontraba yo. Es complicado definirse a uno mismo, sobre todo cuando la imagen que la gente tiene de ti es tan diferente de la realidad. A fin de cuentas a todo el mundo le faltaba un dato muy importante de mi identidad: era el hijo de Kay Olerson, el fundador de la empresa en la que llevaba ocho años. Nadie sabía mis orígenes y pretendía mantenerlo así. A pesar de mi poco tiempo en Aeon, había alcanzado mi posición con méritos propios. Era una persona muy completa. Sabía cómo liderar y motivar a la gente a que hiciera el trabajo necesario, sacar ese máximo potencial propio del que ni siquiera uno es consciente. Tomaba las decisiones justas en el momento indicado, minimizando costes, riesgos y futuros problemas. Había perseguido varias iniciativas que resultaron en ganancias de cientos de miles de Unidades de Tiempo para la empresa. Y todo eso gracias a un simple motivo: la verdad. Era capaz de llegar a la verdad siempre: las motivaciones reales detrás de otro empresario, la reacción que tendría un competidor a una acción determinada o qué quería realmente alguien de mi equipo, aunque ni siquiera esa persona fuese consciente de ello.

Con lo cual, me parecía curioso que Reeves nos metiera a los tres en el mismo tipo de persona, cuando los cuatro allí presentes éramos plenamente conscientes de que no era cierto.

El comienzo de la cena se produjo sin nada remarcable. Probamos la comida cocinada por un nuevo modelo de robot autónomo de una empresa italiana y charlamos de temas variados, dejando los asuntos intrascendentes iniciales para ir pasando a los más complejos conforme los platos se sucedían.

—¿Qué opináis del conflicto actual en los países independientes de África? Son las únicas naciones que se han negado a unirse a la Federación de Estados Terráqueos y cada semana leo noticias que hablan de un nuevo gobierno en alguna parte del continente, mientras que en otro lugar ha sido derrocado uno antiguo.

—Es lo esperado dada su historia —respondió Alwin tomando la iniciativa, como siempre—. Desde hace siglos han sido el patio de recreo de otras civilizaciones más avanzadas. En la época colonial de mitad del milenio pasado fueron los países europeos los que se repartieron ese territorio con divisiones fortuitas que no tenían en cuenta las diferencias y similitudes culturales de las distintas zonas. Y cuando pareció que por fin iban a tener un descanso, fueron los países asiáticos, en especial China, quienes influyeron en gran parte en el futuro del continente durante el siglo XXI. Por mucho que se hiciera a través de inversión y préstamos de recursos y dinero, no dejaban de ser las cabezas pensantes de Pekín las que decidían el porvenir de las naciones africanas.

»¿Qué ha ocurrido cuando tanto China como occidente han quedado reducidos a escombros nucleares o preocupados con problemas de mayor urgencia? Que se han visto por fin en control de sus propias tierras. Ahora están sufriendo las luchas de gobierno y territorio que nuestros antepasados ya vivieron en los siglos XVIII, XIX y XX. Con la distinción de que en la actualidad no se dispone solo de navíos de madera, pólvora y bayonetas, sino que el poder militar y tecnológico es muy superior, y por ende las consecuencias pueden ser más mortíferas e inmediatas para las distintas naciones y sus ciudadanos.

Reeves mantuvo la mirada fija en su interlocutor en todo momento, gesticulando signos de

aprobación. Alwin recitó la respuesta habitual de alguien que ha investigado el tema por encima. Había tratado las conclusiones obvias, pero expuestas de tal forma que parecía más conocedor del tema de lo que realmente estaba.

Nuestro jefe movió su atención a Trisha y esta tomó la oportunidad para responder.

—Estoy de acuerdo con lo que Alwin ha dicho, pero es cierto que se le ha olvidado puntualizar algo importante, y es la diversidad cultural. En la segunda parte del milenio pasado en Europa había diferentes pueblos, con sus culturas, religiones, idiomas y tradiciones determinadas, pero no eran tan numerosas como en el caso de África. Estamos hablando de que en un territorio que puede tener el tamaño de la antigua Francia puede haber cientos o miles de culturas diferentes, que tienen ciertas partes en común, pero que en otras son tan antitéticas como pueden ser la visión de la muerte de un hindú con la de un católico. Esto sumado a la desigualdad de oportunidad que tienen los diferentes pueblos, en función muchas veces de con qué país de occidente tienen amistad o de quién reciben favores, crea la bomba de relojería que hemos visto estallar en los últimos años tras el fin de la Guerra de Supremacía.

—Interesante puntualización, Trisha. Estoy de acuerdo. Como de costumbre, no se trata de un tema que podamos reducir a un par de conceptos sencillos que tratar, cualquier conflicto tiene siempre muchas capas de profundidad, y quedarse en la superficie puede conllevar a errores catastróficos.

Trisha sonrió alentada por la respuesta de Reeves, mientras que Alwin se maldijo por no haber sido él quien recibiera tal elogio.

—¿Y tú, Harlan? ¿Qué opinas del tema?

Los seis ojos de la mesa me observaron con fijación, tratando de prever cómo iba a responder al aprieto en el que Reeves me había puesto, donde las respuestas principales ya se habían ofrecido.

—Como has dicho, Reeves, es un tema complejo con muchas posibles interpretaciones. Es además una cuestión a la que no le he dedicado suficiente tiempo de estudio como para desarrollar una opinión completa y definida. De modo que, si no te importa, prefiero no soltar una respuesta impulsiva y superficial y abstraerme de hablar de un tema del que no conozco lo necesario.

Mi jefe alzó las cejas en señal de sorpresa y asintió con un leve cabeceo. Pude escuchar como Alwin soltaba un bufido por lo bajo, decepcionado con mi respuesta.

El robot doméstico entró en la habitación y nos sirvió el último de los platos principales. Después se sucedieron varios postres y la última de las creaciones del robot de cocina autónoma, un cóctel bien cargado para bajar toda la comida que acabábamos de ingerir.

Cuando disfrutábamos de las vistas de una noche suiza cerrada en un cielo de verano anormalmente nublado, Reeves lanzó una nueva intrincada pregunta.

—Últimamente me he visto con más tiempo que en el pasado, tanto a nivel de uso personal, como al que tengo almacenado en mi AVA. Y, a pesar de que es algo que siempre he hecho, quiero poner más esfuerzo en mis actividades filantrópicas. ¿Tenéis alguna recomendación que me pueda servir en mi decisión de dónde puede producir mayor beneficio para la sociedad este tiempo?

Esta vez fue Trisha quien tomó la iniciativa.

—Yo perdí a familiares en la Guerra de Supremacía, así que todos los meses destino parte de mi sueldo a un par de fundaciones con las que tengo confianza. En su momento me encargué de investigar la legitimidad de la asociación para asegurarme de que el tiempo que donaba era usado

para el fin que prometían, así que me siento cómoda recomendándolas. Pienso que hacen una labor muy necesaria y siempre están abiertos a cualquier tipo de donativo. Estoy segura de que si se trata de sumas de tiempo más elevadas estarán dispuestos a discutir el propósito de tus fondos.

—Yo tengo un enfoque más práctico de la filantropía —respondió Alwin casi atropellando a Trisha con sus palabras—. Con fundaciones como las que tú comentas solo te estás enfocando en el síntoma, nunca en la enfermedad en sí. Por ello yo colaboro con dos tipos de fundaciones: las encargadas de fomentar la educación en países con menos recursos, donde hay una gran cantidad de chavales con unas capacidades muy elevadas que sin la oportunidad pertinente se quedarían en nada; y por otro lado estudios de investigación y desarrollo, tanto en temas de salud como a nivel tecnológico. Pienso que de esta manera se está ayudando a que sucesos de escala mundial como fue la Guerra de Supremacía, o problemas más crónicos en la sociedad como es la falta de educación, dejen de existir.

Traté de aguantarme la risa que me causaban los comentarios hipócritas de Alwin. Hablaba de la guerra como si fuese un mero inconveniente que afectó a unos pocos, cuando produjo una brecha casi insalvable en la psique social tanto de occidente como de oriente. Además de que Alwin seguramente vivió el conflicto desde la comodidad de su piso en alguna ciudad cosmopolita de Europa.

Una vez más, Reeves asintió ante las respuestas de mis dos compañeros y se giró hacia mí a la espera de mi contestación.

—Yo reinvierto todo mi tiempo en mí mismo, no gasto nada en fundaciones ni asociaciones externas, por muy buena causa que eso sea. Pienso que, en mi caso, es lo más beneficioso para la sociedad a largo plazo.

Todos se quedaron callados, impactados por la confianza con la que expresaba algo tan contrario a las creencias comunes. No respondía de esa manera a propósito con la idea de llamar la atención. Sencillamente era lo que tenía en mi mente. Que dichas respuestas destacasen tanto decía más del resto de gente que de mí. O bien no tenían el valor necesario para expresar su opinión real por miedo de confligir con lo socialmente aceptado, o directamente aceptaban la opinión general por conformismo y pereza.

Trisha y Alwin me miraron con una mezcla de sorpresa y divertimento por tener el coraje de responder así. Mientras que el presidente de Aeon me observaba con curiosidad, de la misma forma que yo habría reaccionado en la situación contraria. A fin de cuentas, Reeves me había invitado porque tenía en alta estima mi opinión y forma de pensar. En caso de contradecir alguna de sus creencias con la convicción que había empleado, debería de causarle curiosidad saber el porqué.

—¿Te importaría desarrollarlo un poco más?

—Sin problema —respondí ordenando los pensamientos de mi cabeza para que adoptaran la estructura óptima—. Me considero una persona muy capaz y resolutiva, tengo unas habilidades que aplicadas a la sociedad podrían servir para hacer mucho bien, al igual que el resto de vosotros. Sin embargo, en mi posición actual y con los recursos con los que cuento no tengo el suficiente alcance. Es decir, si ahora quisiera, diciéndolo en términos generales y bastante difusos, mejorar el mundo, lo tendría muy complicado ya que estaría lastrado por mi falta de tiempo. Lo único que me quedaría hacer es realizar donaciones más moderadas para asociaciones que tratan de ayudar, como están haciendo Alwin y Trisha.

»No quiero que me malentendáis, es una decisión muy loable y apta para la gran mayoría de personas, pero pienso que yo no soy una de ellas. En mi caso, ese tiempo ahora mismo está

mejor invertido en mí, en crecer como persona, ganar habilidades, conseguir contactos y ganar más influencia. Para así, más adelante, estar en una posición mucho más capaz donde mis habilidades ayuden a un porcentaje mayor de la humanidad.

»Lo que quiero decir es que actualmente tengo el tiempo para poder ayudar a mi ciudad. Pero si invierto ese tiempo en mí, creceré lo suficiente como para tener el potencial para ayudar a mi nación, planeta o, lo que es mi intención, a la humanidad entera. Pero para llegar a ese nivel en el corto y medio plazo debo centrarme en mí mismo.

Alwin me dedicó una mueca de rechazo que era incapaz de disimular, Trisha me miró con cierto embelesamiento y Reeves adoptó la expresión de quien escucha una idea que debate parte de su marco de pensamiento actual, pero que está dispuesto a analizar más a fondo para comprobar si tiene mayor validez que su razonamiento anterior.

—Me parece una reflexión bastante interesante. Tras la cena que hemos devorado no me veo capaz de dedicarle el análisis necesario, pero que sepas que me lo apuntaré para meditarlo más a fondo en el futuro.

Yo asentí satisfecho y disfruté del rostro de hastío con el que Alwin me obsequiaba. No tenía nada en contra de ese hombre, pero debido a su exagerada prepotencia me regocijaba al obtener una pequeña victoria.

—Bueno, basta ya de tanto disimulo —exclamó Reeves cambiando de actitud—. Soy consciente de que los tres habéis sido cautos durante toda la cena debido a los recientes rumores sobre mi posible jubilación y la identidad de quién recomendaré yo como sucesor. Así que dejémonos de juegos. Os puedo confirmar que es cierto, en el próximo año o año y medio dejaré mi puesto como presidente de Aeon Technologies para que alguien más joven y con ideas más frescas tome mi relevo. Ese alguien me gustaría que fuera uno de vosotros tres.

Alwin, Trisha y yo permanecimos callados, con la duda de que con tan solo respirar aplacásemos las ganas de nuestro jefe de contarnos la información que tanto anhelábamos escuchar.

—Debo remarcar que por mucho que yo recomiende a cierta persona como mi sucesor ante la mesa de inversores no significa que se vaya a hacer realidad. Aunque sería ingenuo o falsa modestia pensar que no tendrá una gran influencia en la decisión final. Dicho esto, os estaréis preguntando a quién he decidido dar mi voto de confianza, ¿no?

Los tres asentimos al unísono como si fuéramos una manada de perros famélicos siguiendo el vuelo de un ave suculenta.

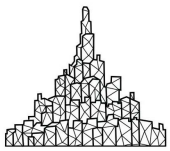
—La respuesta es que no lo tengo claro todavía. Vuestros tres perfiles son bastante diferentes, y durante los últimos años os he podido ver en distintas situaciones, pero echo en falta una base representativa y equitativa de información que usar para fundamentar mi decisión final. Es el motivo por el cual me gustaría poneros a prueba.

Sin poder evitarlo, la comisura de mis labios formó una media sonrisa. Me encantaba ver por dónde se encaminaba su propuesta.

—Va a ser la misma prueba para los tres, con el inconveniente de que al ser en el mundo real y no un experimento preparado, habrá ciertos parámetros que escaparán de mi control. De todas formas, el resultado de esta tarea tendrá un gran peso en la decisión final que tome, la cual actualmente se encuentra equilibrada.

Miré de refilón a Trisha y Alwin, los dos estaban igual de exasperados que yo. Nos moríamos de ganas de que Reeves dijera de una vez por todas qué quería que hiciéramos. Él veía nuestro desasosiego, estaba disfrutando de la expectación que había creado.

—Actualmente Aeon Technologies está interesada en tres adquisiciones de empresas cuya tecnología o recursos nos interesa. A cada uno de vosotros se os adjudicará una de las negociaciones. Vuestro trabajo será aseguraros que se cierra el trato maximizando el beneficio de la empresa al largo plazo. Destacar que tendré en cuenta tanto el resultado final como la ejecución del proceso.



17. Alcance

18/06/2121, 09:00

Un edificio de paneles negros reflectantes se alzaba hasta perderse entre las bajas nubes del cielo. A la altura de la séptima u octava planta un gran cartel te indicaba dónde estabas: en 代父グループ. O, como te indicaba en letras más pequeñas debajo, en Daifu Inc., la empresa a la que yo, un hombre de poco más de treinta años, tenía que convencer de que se uniera a Aeon Technologies.

En la entrada un amplio recibidor daba la bienvenida a una compañía que se dedicaba a desarrollar la tecnología más puntera del planeta en términos de defensa y protección individual. Debajo de una réplica del nombre que aparecía en el exterior se extendían cuatro mostradores con varios recepcionistas. Me acerqué a una muchacha que parecía amigable y la saludé con mi mejor japonés.

—Buenos días, caballero, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió en mi idioma sin apenas acento.

Un poco decepcionado porque no había querido mantener la conversación en japonés me centré en mi trabajo.

—Tenía una cita con el señor Saburo —contesté sin miramientos.

—¿Con el presidente Rai Saburo?

Yo asentí como si fuese algo rutinario verme con presidentes de empresas que tenían economías mayores que muchos países. La muchacha no pareció muy impresionada y no se dejó amilanar por mi convicción. En muchas ocasiones los encargados de la recepción principal se ponían nerviosos al escuchar el nombre de los cargos más importantes de la empresa, ya que molestar al invitado significaba importunarles a ellos. Pero parecía que no me había encontrado con una novata. Tras unos segundos levantó la mirada de la pantalla de cristal en la que solo ella veía información.

—No me aparece ningún aviso de cita con el presidente esta mañana. ¿A qué hora tenía su encuentro?

—Ahora mismo, a las nueve de la mañana. Quizás su asistente personal no lo notificó aquí. Puedo subir y hablar con el señor Aritomo directamente.

Había hecho un trabajo de investigación básico por si me hacía falta, como el nombre del asistente personal de Rai Saburo u otras personas de importancia. Una vez más, la mujer no pareció impresionada.

—Eso aquí no ocurre, caballero. Si no aparece aviso de una cita con el señor Saburo, significa que ese encuentro no está previsto para hoy.

Maldije que hubiese elegido a la persona más capaz de todas esas, estaba claro que no iba a tener forma de pasar por encima de ella.

—¿Y sabe si el señor Saburo tiene algún hueco libre hoy?

Me dedicó una sonrisa amable tan entrenada que sería capaz de mostrarla aunque tuviese delante el cuerpo descuartizado de su hijo recién nacido.

—Me temo que no.

—En ese caso, esperaré aquí a que baje en algún momento, si no le importa.

—Usted mismo —respondió manteniéndome la mirada.

Definitivamente me había tocado un hueso duro de roer. En ese caso solo me quedaba esperar en el vestíbulo hasta que Rai saliese a comer o a algún evento fuera del edificio, o a que sucediera algo que me permitiese escabullirme de la seguridad de la recepción.

Normalmente nada de eso sería necesario. Era el propio Reeves quien tendría que estar ahí, él podría conseguir una comida con Rai Saburo sin ningún problema y retomar las negociaciones desde ahí. Pero justo de eso trataba la prueba, de ver cómo reaccionábamos ante dificultades de este tipo.

Me senté en un sillón incomodísimo, digno de estar en una publicación de interiorismo, y maldije mi suerte. Detestaba quejarme, era improductivo y solo servía para consumir mis preciados recursos mentales, pero en esa ocasión donde el *jet lag* del día anterior seguía acechándome y mi situación era desafortunada, caí en mis impulsos más humanos.

A fin de cuentas, el presidente de Aeon había tenido bastante mala leche. Le encargó a Trisha cerrar la negociación con PicoTech, una empresa de nanotecnología con la que yo llevaba hablando los últimos meses. Me conocía hasta el secreto más oscuro de su presidente. Qué le gustaba, qué detestaba o qué extraña fascinación tenía por las trenzas. A su equipo directivo y a él les había detallado los beneficios que tendría para ellos pasar a estar bajo el dominio de Aeon, la cantidad de recursos a los que tendrían acceso y el peso que se les quitaría de encima en temas de distribución y comercialización de sus productos. Lo último que faltaba era terminar de negociar el precio final de compra y algunas cláusulas del contrato en las que existían pequeños desacuerdos. Era cierto que en esos casos, hasta que el contrato final no estuviese firmado, no era algo seguro. Podían salir muchas cosas mal todavía y quedaba bastante trabajo por hacer, pero sin duda estaban en una fase avanzada de la negociación, y todo gracias a mí.

Sin embargo mi jefe había decidido darme el premio gordo, el bote suculento y jugoso que todos quieren, pero al que nadie se enfrenta porque sabe que si lleva ahí tanto tiempo es debido a que no se puede obtener. Daifu Inc. era una empresa más longeva que Aeon, fundada y dirigida desde el principio por Rai Saburo. Eran los líderes en investigación y venta de recubrimientos corporales. Tenían el enfoque más lujoso y estético, dirigido a ricachones que querían tener un brazo revestido de oro, ponerse pezones de diamante o abdomen de acero. Tenía su gracia, daba publicidad muy llamativa y podías cobrar precios desorbitados por ello. De todas formas el negocio y potencial real de la empresa estaba en los recubrimientos defensivos. Revestimientos de gran resistencia que se instalaban dentro de la piel y proporcionaban un blindaje extremadamente efectivo. Tenían aplicaciones militares, para defensa privada, uso personal… lo que quisieras. Y con las últimas mejoras que habían incorporado en su recubrimiento de grafeno habían enloquecido al mercado mundial, provocando listas de espera de varios años a no ser que estuvieses dispuesto a pagar extra.

Eso sonaba prometedor. Cerrar la adquisición de una empresa como Daifu significaría un reconocimiento sin igual de vuelta en Zúrich, pero si nadie lo había conseguido ya, incluido el propio Reeves, era por una razón. Rai Saburo no era el tipo de persona que se dejaba comprar, independientemente del precio. Esos malditos japoneses tenían dos cosas que dificultaban

extremadamente mi tarea: pasión y compromiso. Rai estaba obsesionado con su trabajo y lo que había creado. Desde que se despertaba por la mañana hasta que cerraba sus ojos por la noche era lo único en lo que pensaba: cómo mejorar el producto que tenían, cómo darle más valor a sus clientes, cómo conseguir más beneficio para reinvertir en investigación, cómo optimizar los procesos internos de la empresa… Era exclusivamente a lo que ese hombre dedicaba sus esfuerzos, y lo hacía con absoluta libertad. , ¿qué motivo iba a tener él para cerrar un trato con nosotros? No importaba la cantidad de tiempo que le ofreciéramos o las facilidades que añadiésemos en la negociación, si se fusionaran las empresas él seguiría a cargo de Daifu, aunque fuese dentro de Aeon, solo que en ese caso su libertad se vería capada por las órdenes de arriba. Y por mucho que le vendiese que no querríamos afectar a su forma de trabajar, que si habían llegado tan alto con sus métodos de trabajo significaba que no necesitaríamos tocar nada… era mentira, siempre había cambios.

Ese era el motivo por el que me permitía quejarme un poco, porque dada la situación era razonable. En mi posición actual tenía muy pocas probabilidades de avanzar siquiera unos pasos con la negociación, ya ni hablásemos de dejar cerrado un contrato. Mientras que Trisha y Alwin tenían unas condiciones mucho más favorables. Esperaba al menos que si yo no ascendía a la presidencia, no fuese a quedar relegado a las órdenes de Alwin.

Permanecí en el vestíbulo durante horas. Recolocándome en el incomodísimo sillón que no estaba pensado para sentarse, dando paseos por el recibidor y analizando a cada una de las personas que pasaban. Empresarios de todas las nacionalidades y empleados japoneses de un rango muy variado de edad y apariencias. Gente que continuamente entraba y salía de ese edificio a rebosar de movimiento. Un ajetreo organizado y silencioso. No importaba que fueran extranjeros o nacidos en ese país famoso por su discreción y eficacia. Las personas se movían con sigilo, hablando en suspiros y minimizando cualquier posible ruido. Cada uno realizaba su trabajo donde y como debía. Los puestos de la recepción estaban ocupados en todo momento, al igual que los encargados de la seguridad de los ascensores y los accesos al edificio. Incluso las paradas al baño estaban estructuradas. Era un sistema perfectamente coordinado, sin fisuras. Si todo en la empresa funcionaba con la misma eficacia, no era de extrañar que hubiesen alcanzado tanta influencia.

A excepción del par de escapadas que di al servicio y cuando me escabullí para comprar la comida, no salí de ese vestíbulo. Al marcar el reloj las ocho de la noche, ya pasadas varias horas desde que la luz natural bañaba los paneles reflectantes de las paredes, me temí lo peor.

Cansado de esperar, me levanté y me dirigí al chico que había sustituido a la mujer que me dio la bienvenida por la mañana. Un chaval con apariencia más inocente que cada cinco minutos clavaba sus pequeños ojos en mí tratando de indicarme telepáticamente que me fuera de ahí.

—¿Sabe si el presidente Saburo está disponible? Tenía un encuentro acordado para hoy pero no me han avisado todavía cuándo ocurrirá.

El hombre, con menos soltura y confianza que la muchacha, me pidió disculpas y consultó la pantalla. Tras treinta segundos devolvió su atención a mí con una expresión de tristeza profunda.

—Lo siento mucho, pero el presidente Saburo ha abandonado el edificio hace algo más de una hora. Quizá pueda verle mañana —añadió siguiendo el manual de conducta que debía de tener memorizado página por página.

Mis sospechas se confirmaban. Debía de haber utilizado una salida subterránea o aérea para abandonar la empresa. Era un riesgo que tenía muy en cuenta, pero dado el hecho de que estaba yo solo y no quería saltarme ninguna ley de privacidad de información en mi primer día en

Japón, me había conformado con la opción de esperar en ese maldito recibidor.

Asentí y me dirigí de vuelta al sillón modernista, provocando un suspiro por parte del recepcionista al ver que seguía obstinado en ver a su jefe absoluto. El edificio de Daifu, como era el caso con la mayoría de multinacionales, permanecía abierto las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año debido a que trabajaban con todos los mercados de la Tierra y siempre había empleados comenzando y terminando su jornada laboral. Si quisiera incluso podía pasar ahí la noche. Pero no era mi intención, lo que pretendía era tomar una estrategia más agresiva.

Me quité mi dispositivo de comunicación de la muñeca y lo apoyé sobre la pequeña mesa de cristal. Proyectó una pantalla holográfica delante de mí que controlé con gestos y comandos de voz. En doce minutos y medio buscando en la red encontré el lugar en el que Rai Saburo cenaba con unos socios coreanos en un restaurante de moda que abrió una semana atrás. El sitio estaba a veinticinco minutos en taxi, la metrópolis japonesa se negaba a incorporar el transporte aéreo que ya dominaba todas las ciudades suizas.

Dándole un alivio al chaval al que le esperaba una larga noche, abandoné la sede principal de Daifu Inc. y me subí en el primer vehículo verde que vi. Tras hacerse realidad la estimación exacta de veinticinco minutos me encontraba en una zona completamente distinta de la ciudad bulliciosa de una noche llena de jóvenes saliendo para cenar, primeras citas, empleados ahogando su extenuación en grandes jarras de cerveza y turistas maravillados por las luces de una ciudad que nunca dejaba indiferentes a sus visitantes primerizos.

Localicé el restaurante que buscaba y lo encontré al fijarme en la fila de decenas de personas que esperaban pacientemente su turno. Viendo al hombre con tamaño de puerta de salón victoriano en la entrada del establecimiento, descarté la opción de comprobar que Rai Saburo seguía dentro, pero en esta ocasión me aseguré de que no había una puerta secundaria. Según pude comprobar por los planos actualizados del 3 de marzo de ese año en el catastro municipal, solo existía la salida a la que no pretendía quitar los ojos de encima.

Tras una espera de treinta y ocho minutos apareció la figura imponente del presidente de Daifu. A pesar de su avanzada edad, mantenía una figura admirable. Andaba entre la muchedumbre sin seguridad privada con la confianza de alguien que tiene instalado uno de los recubrimientos de su propia empresa. Detrás de él le seguían dos mujeres y un hombre con unas facciones más redondeadas. Por su mirada la cena se había alargado por causa del alcohol.

Crucé la calle a toda velocidad y hablé en un japonés ensayado.

—Podría pagarle el recubrimiento a los jugadores de los Titans, a ver si así se recuperan de la temporada.

El presidente de Daifu era un conocido fan de los Chiba Ocean Titans, un comentario así pretendía llamar su atención. Rai Saburo me miró y dibujó una leve sonrisa, influenciado en parte por el alcohol que llevaba en la sangre. Aproveché esa mueca para mantener el pequeño interés que había causado en él.

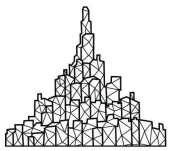
—Soy Harlan, directivo en Aeon Technologies. El señor Knight me ha enviado con una propuesta que pensamos que encontrará muy atractiva. ¿Cuándo tendrá diez minutos para…?

—No hace falta que se moleste en continuar, Harlan —dijo deteniéndose delante de mí mientras los coreanos hablaban entre ellos—. Como ya he comentado en las ocasiones anteriores, no estoy interesado en ninguna propuesta que tenga que ver con la adquisición de Daifu Inc. por parte de Aeon Technologies, y mucho menos cuando ni siquiera Reeves se digna a venir en persona a proponérmelo.

Esa respuesta no me sorprendió ni me achantó. Fui a responderle cuando Rai siguió su camino sin darme opción a rebatirle su objeción. Antes de que pudiese evitarlo, se metió en un coche negro que apareció de la nada y se desvaneció por completo. Estaba claro que alguien de su estatus estaba muy familiarizado con denegar proposiciones ajenas.

Di una bocanada de aire y dejé que el fresco de la noche vaciara mi cabeza. Por muy poco prometedora que pareciese la situación, no tenía pensado darme por vencido tan pronto. Debía llamar su atención de una forma más eficaz, debía encontrar algo que Rai Saburo no pudiese obtener de otra forma para obligarle a darme diez minutos de su tiempo.

La cuestión ahora era, ¿qué no tiene a su alcance un aeternum como él?



18. Rastreo

19/06/2121, 10:00

Invertí la mañana entera en investigar a Rai Saburo. Debía conocerle a fondo para encontrar qué ofrecerle a cambio de los diez minutos de su tiempo que requería. Era muy complicado averiguar qué le puede interesar a alguien como él, quien tiene acceso a absolutamente todo lo que quiere, ya sea por el tiempo de su AVA, la influencia que posee o las personas que conoce.

Lo único que debatía hasta ese momento era revelarle mi identidad. Según había visto, conocía a mi padre y, teniendo en cuenta los círculos en los que se movían, seguramente compartieron más de una cena como en la que ayer le intercepté. Pero de ahí a que fuese un obsequio suficientemente valioso como para que me dedicara su atención había una diferencia. Además, no quería jugar esa carta, sería hacer trampas y le daría demasiada fuerza al apellido de un padre que nunca había tenido.

Eliminada esa opción, solo me quedaba seguir investigando hasta encontrar algo de utilidad. Ya había completado mi primer barrido en profundidad, el que cualquier persona con motivación y capacidad resolutiva podía hacer.

Al parecer Rai Saburo trabajó en los años sesenta del siglo anterior en una empresa militar japonesa. Su foco era la creación de armaduras y protecciones para vehículos y trajes del ejército. Un día, experimentando con el programa que simulaba la viabilidad de un nuevo diseño y su efectividad, creó un prototipo muy inicial del recubrimiento actual. Se obsesionó durante varias semanas, refinándolo hasta tener una primera versión funcional. Cuando lo presentó a sus superiores emocionado por su descubrimiento se llevó una gran decepción. Los jefes del departamento de investigación y desarrollo le dieron una negativa categórica a su propuesta. Tenían claro que no era viable, la duración media de un soldado en el ejército era de once años, nadie que sabe que ese trabajo es solo una fase de su vida está dispuesto a hacerse una modificación permanente de ese calibre en su cuerpo.

Este veto por parte de los directivos de la empresa, en vez de persuadirle de dejar de lado la invención, le motivó todavía más. Si las personas en la cabeza del sector tecnológico militar permanecían obtusos ante el avance que eso significaría, le daba una ventaja competitiva todavía mayor. Para cuando se dieran cuenta de la gran oportunidad que habían dejado pasar ya sería demasiado tarde.

Rai, comprometido en que esa idea se convirtiese en una realidad, dejó la empresa y fundó Daifu Inc., que se traduce como padrino, ya que así veía él a su invención, una armadura que te protegería en todo momento, que estaría ahí para salvarte la vida cuando lo necesitases.

Como toda historia de superación que merezca la pena, el éxito no llegó de inmediato. Los primeros años fueron una sucesión de obstáculos al desarrollar su idea. Primero fue la física y biología las que le impidieron que su invento se hiciera realidad. Había multitud de

complicaciones con la aplicación del recubrimiento. Su primer enfoque fue similar al de un tatuaje, donde se inserta cierta cantidad de tinta entre las capas de la piel y se aloja permanentemente en ese lugar. Pero hay una gran diferencia entre la tinta y materiales más pesados como el acero o la fibra de aramida, lo conocido comúnmente como kevlar. Además de que estos materiales ganan su robustez al formar láminas gruesas, no partículas sueltas.

Tras una década de prueba y error alcanzó una versión funcional testada en humanos. En este momento los problemas surgieron en el lado burocrático. En esta época las modificaciones corporales y el uso de tecnología para aumentar las capacidades humanas no estaba tan bien vista, y las asociaciones sanitarias de Japón y el resto del mundo no se lo pusieron fácil para permitir que se comercializara su nuevo producto.

Finalmente, cuando ya tenía un producto funcional y testado en humanos, la aprobación de los organismos pertinentes y la burocracia necesaria, fue cuando se encontró con el obstáculo final: el mercado. Sus jefes tenían razón, no era un producto que la gente quería. Era muy complicado convencer a alguien de que llevara a cabo el procedimiento médico necesario para instalar un recubrimiento y que pagara por su elevado coste. Pero no se rindió, si no lógicamente no estaría ese día en Tokio investigando cómo convencerle para vender su empresa valorada en millones de Unidades de Tiempo. Tras mucho sufrimiento, quedarse en bancarrota en múltiples ocasiones y una gran cantidad de sacrificios en su vida personal, consiguió sacar a flote su producto y convertir a Daifu en la multinacional que era.

Cuanto más leía sobre Rai Saburo menos ganas tenía de que aceptara la adquisición de su empresa por nuestra parte. No porque fuese un mal negocio para nosotros, más bien todo lo contrario. Daifu era su bebé, su pequeña creación. Había invertido demasiado en ella como para venderla a la primera empresa internacional que necesitase hacerse con su tecnología. En las mejores manos en las que podía estar era en las suyas, y mientras que eso no cambiase no pensaba que Rai estuviese dispuesto a venderla.

Al resto de información era más complejo acceder. Era una persona muy privada en su vida personal, y además de que la empresa no le dejaba mucho tiempo de disfrute particular, se aseguraba de que no saliese a la luz. La mejor fuente que había encontrado era un documental que le grabaron a finales del siglo XXI, seguramente como estrategia publicitaria de la empresa. En él averigüé que en el año 2081 se casó con Noriko Mori, de quien se divorció en el 2111 según el registro civil de Tokio. Con Noriko tuvo un hijo y una hija: Tetsu y Yui Saburo. Del primero no encontré nada de utilidad, pero de Yui sí. Murió en el holocausto nuclear de la Guerra de Supremacía. Se encontraba en Pekín cuando cayeron las bombas norteamericanas. Había apuntado el tema de su hija como posible línea de investigación. En cuanto a la exmujer, también vivía en Tokio, pero era un terreno pantanoso que de momento prefería evitar.

Con esa información tenía mi primer informe de la figura de Rai Saburo. Salteado de cientos de pequeños datos más que iluminaban la imagen cada vez más nítida de un hombre que dos días atrás era solo un nombre familiar que escuchaba en las noticias y las charlas de empresa. El siguiente paso era ahondar más profundo.

Me encontraba en un tren de camino a Togane. Lo que antaño era una pequeña ciudad en la prefectura de Chiba, con los años acabó engullida por la urbe en la que se había convertido el área metropolitana de Tokio, una base continua de edificios, parques y carreteras en la que vivían más de sesenta millones de habitantes. No visitaba esa ciudad por hobby o afán de turismo, sino porque, según el documental, era la localidad en la que Rai nació y creció los primeros diecisiete años de su vida, antes de que cambiase el aire fresco y la tranquilidad de su población natal por

el bullicio y el trajín de la capital japonesa.

Al llegar me dio la bienvenida un cielo azul despejado y un sol que me deslumbraba debido a la falta de contaminación. Aunque en ningún momento desde que salí del centro de Tokio había dejado de estar rodeado por edificios, la contaminación en esa zona era mucho menor y, mezclado con la brisa marina que venía de la cercana costa, resultaba en un aire más apetecible de llevar a tus pulmones.

Una vez que me orienté en el pueblo e hice una breve parada para comer en un puesto local, comencé la ruta para visitar a todas las personas de interés. Los padres de Rai murieron un par de décadas atrás y su familia era casi inexistente. Fue hijo único, al igual que sus dos padres, a raíz de las antiguas leyes contra la superpoblación, así que solo contaba con algún primo lejano que fue en su búsqueda al convertirse en la celebridad japonesa que era en aquel momento. Los que quedaban en Togane que conociesen a Rai eran sus antiguos amigos, un profesor de la escuela que seguía vivo y el jefe del taller mecánico en el que estuvo trabajando un par de años antes de irse a la universidad en la capital.

La primera interacción siempre era la más complicada, nunca sabías cómo de bien se tomaría que un extranjero indagase en la vida privada de alguien de manera tan seria. Para empezar elegí a Takeo, su mejor amigo de la infancia, quien se quedó a vivir en su ciudad natal para continuar con la empresa familiar. Tras los primeros minutos de incomodidad y extrañeza, la conversación fluyó. Estaba claro que Rai había hecho un gran trabajo manteniendo su vida privada muy lejos de los medios, ya que a excepción del documental que arrojó luz sobre sus inicios, nadie había ido a Togane a investigar sobre los comienzos de uno de los empresarios más importantes del país. Y parecía que la propia ciudad respetaba estos deseos. Debido a su influencia no sería de extrañar que en la plaza principal de la ciudad hubiese una estatua dedicada a él o, al menos, el nombre de una calle rebautizada. Pero no había rastro de ninguna referencia así.

Yo agradecía saber japonés. La gente ya no se molestaba en aprender idiomas. Cualquier dispositivo de comunicación contaba con un traductor simultáneo que te permitía comunicarte en tiempo real con cualquier persona, por muy desconocida que fuese su lengua, y con una precisión rozando la perfección. Sin embargo había una gran parte que nunca un traductor de este tipo podría suplir. Un idioma no es solo una serie de sonidos que toman un significado determinado. Un lenguaje es la representación de la cultura y la forma de pensar de un grupo de personas con unas tradiciones en común. Al hablar en japonés incluso mi personalidad cambiaba. Me volvía más complaciente, cortés y apacible, sin darme cuenta cada pocos segundos inclinaba mi cabeza y hombros en señal de asentimiento e incluso mis gestos diferían. Esto también me permitía interpretar gran parte de estímulos que formaban parte de la comunicación, pero que no se mostraban con las palabras. Las pausas de la otra persona, las onomatopeyas, las muecas con el rostro, cómo ponía las manos, qué hacía con la mirada… Toda esa información era demasiado valiosa como para perderla a causa de usar un traductor simultáneo. Por ese motivo estaba muy orgulloso de haber invertido tiempo en aprender los idiomas que conocía, a pesar de los comentarios de la gente de mi alrededor sorprendidos de que perdiese mi tiempo en algo innecesario.

Estaba seguro de que, de no hablar su idioma, Takeo no se habría mostrado cada vez más abierto a compartirme sus viejos tiempos con Rai como lo hizo. Se sumergió en los dulces recuerdos de su infancia y me los relató con el entusiasmo de quien se deleita rememorando su pasado. Acabamos hablando más de una hora y, cuando un cliente con prisa le obligó a desatenderme, me invitó a cenar esa noche para continuar indagando más en el baúl de su pasado

que le había hecho abrir.

Motivado por una primera visita con resultados mucho mejores de lo previsto, seguí mi recorrido. Había tenido mucha suerte, la primera persona podría no haber estado o haberme encontrado una disposición cerrada y antipática. Pero el encuentro con Takeo me dio fuerzas y esperanzas en un proceso de investigación infructuoso hasta el momento, a pesar de que de todas las historias que me había contado de Rai, por muy interesantes que fueran, no eran útiles para mi objetivo.

Las siguientes visitas no tuvieron tanto éxito. Dos de los amigos de la infancia y la primera novia que tuvo estaban todos muertos. Era la desventaja de que Rai Saburo tuviese setenta y un años. Los últimos dos amigos de mi lista me recibieron y tras varias preguntas rápidas y respuestas monosilábicas me invitaron a dejarles en paz.

Luego fue el turno de su profesora de matemáticas de la escuela. Seguía con vida, cumpliría noventa y ocho años en dos meses. A excepción de las historias que demostraban lo buen estudiante que Rai fue, lo brillante que era y la prometedora carrera que entonces ya se vislumbraba en su futuro, no saqué nada de relevancia.

La última visita fue el taller mecánico en el que Rai trabajó de los quince a los diecisiete. Una empresa local que seguía abierta a pesar de los avances tecnológicos en el mundo de la mecánica y la automoción. Quien fue su jefe murió varias décadas atrás. Sin embargo su hijo, que empezó a trabajar un par de años antes de que Rai lo hiciera, estaba en la cabeza del negocio familiar con la ayuda de su hija y nieto. Me recibió con la apatía propia de quien está cansado de su día a día y solo quiere terminar la jornada laboral para ver cualquier entretenimiento holográfico e irse a dormir con la esperanza subyacente de no tener que volver a abrir los ojos nunca más. Corroído además por la envidia de que quien trabajó con él durante dos años ahora fuese un aeternum, no tardó mucho en mandarme a la mierda, justo a tiempo para la cita de mi cena con Takeo.

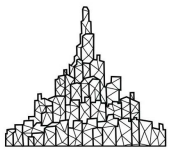
Había sido un día variado, pero improductivo. Tenía más información del pasado y la personalidad de Rai Saburo, datos que me podrían servir a la hora de negociar con él, saber su forma de actuar, qué le molestaba y qué le atraía en un posible socio. No obstante, seguía con las mismas posibilidades de encontrar algo que le diese motivos para escucharme durante al menos diez minutos: ninguna.

La cena con Takeo sirvió para despejarme y soltarme un poco. Los últimos meses habían sido una locura a causa del estrés de la empresa, donde siempre tenías que estar alerta de los competidores, la regulación y el resto de empleados; la presión de dar siempre mi máximo para sustituir a Reeves cuando se jubilase; las pesadillas que me seguían persiguiendo de Kat y la Guerra de Supremacía; y, sobre todo, la falta de alguien con quien descomprimir esas preocupaciones.

Pero esa noche todo pasó a segundo plano. Comimos, reímos, bebimos, gritamos y cantamos. Parecía que Takeo y yo fuésemos amigos desde la infancia. Vi una parte de mí que llevaba décadas sin dejar salir. Una versión distendida y jovial, alguien que está viviendo ese momento y no pensando en un futuro remoto. Acabé durmiendo en el salón de su casa, donde su hija de treinta y pocos años me despertó a media mañana el día siguiente. Una chica encantadora que agradecí no haber visto la noche anterior en mi estado de ebriedad, suponía que no le habría hecho mucha gracia a mi nuevo amigo que intimase demasiado con su descendencia.

Con una resaca que hacía tiempo que no sufría, seguramente debido al sake casero que tomamos, me marché de vuelta a Tokio tras despedirme y prometer que volvería a Togane para repetir la noche anterior.

Tenía una sensación agridulce en la boca. Me había encontrado con un día inesperado en la localidad natal de Rai, pero no estaba ni un paso más cerca de tener una audiencia con él. Por mucho riesgo que conllevase, la única opción que me quedaba era hablar con Noriko, la exmujer del presidente de Daifu. Si Rai se enteraba no era esperable que le fuese a hacer gracia que hubiese llegado a tales extremos con tal de hablar con él. Podría suponer la aniquilación de mis aspiraciones como sucesor de Reeves, e incluso afectar a mi posición actual en Aeon.



19. Motivo

20/06/2121, 13:00

Noriko trabajaba en una empresa del sector financiero. No estaba dispuesto a ir por la vía lenta para encontrar donde vivía o los lugares que frecuentaba. Sin mucho esfuerzo accedí a la red local de la compañía y encontré su horario del día. Tenía un hueco entre las doce y la una del mediodía para comer. La encontré en uno de los restaurantes para los que la empresa donde trabajaba ofrecía descuento. Comía un plato combinado a base de arroz, verduras japonesas, tofu, huevo cocido y carne. Yo seguía digiriendo el abundante desayuno que la hija de Takeo había cocinado, así que compré un entrante pequeño y me senté delante de ella en el espacio libre de la mesa. Ignoró mi presencia como lo habría hecho con cualquier otra persona, tenía la atención fija en la pantalla holográfica que su dispositivo de comunicación proyectaba encima del plato.

Sin preámbulos, agité mi mano en señal de saludo. Noriko, extrañada, levantó la vista de su pantalla.

—¿Noriko?

—Así es, ¿te conozco? —preguntó con una desconfianza esperable.

—No. Me llamo Harlan y estoy a punto de hacer negocios con tu exmarido.

Noriko me miró de arriba abajo, con una mezcla de reticencia y curiosidad.

—Deduzco que no me has encontrado por casualidad —dijo tras un análisis exhaustivo de mi persona.

—Correcto.

Tenía toda su atención. La reacción de mandarme a la mierda al mencionar mi interés en hablar con ella no había sucedido. Empezábamos bien.

—Debe de ser una negociación muy importante la que pretendes hacer si te has tomado las molestias de venir hasta mí.

—Pretendemos adquirir su empresa —respondí con una sonrisa afable que no pareciese demasiado engreída.

Noriko abrió los ojos de par en par y de repente se rio a carcajada limpia, rompiendo la monotonía del sonido de los palillos golpeando los platos y los comensales mascando.

—Entiendo que necesites hablar conmigo —dijo disminuyendo la risa.

—Sí, soy consciente de que me he visto involucrado en una tarea compleja.

—¿De parte de quién vas? —preguntó dejando de lado su comida—. No te ofendas, tu apariencia es joven, aunque hoy en día ya no te puedas fiar de la vista, pero tu forma de hablar también. No debes de tener más de cuarenta o cincuenta años. Así que es probable que vengas en representación de una empresa u organización muy grande si pretendéis adquirir Daifu.

—Aeon Technologies.

Ella asintió, como si fuese la única respuesta posible.

Toda esa información era absolutamente confidencial. Técnicamente no se podía compartir con nadie ajeno a los altos cargos de la empresa la intención comercial que teníamos, ya que eso podía afectar al mercado y al estado de nuestra empresa en gran medida, añadiendo todavía más incertidumbre a la que ya sería una negociación compleja en caso de que Rai aceptara.

—Y dime, ¿qué quieres de mí?

Me sorprendía su apertura a colaborar conmigo, pero desde luego no me quejaba de que fuera así.

—Ayer pasé el día entero en Togane investigando sobre quién se encuentra detrás de la persona de Rai Saburo. Para que te hagas una idea, Takeo acabó emborrachándome anoche.

—Suena a algo que haría él —respondió con una expresión nostálgica en el rostro.

—Lo que quiero es conocer más a alguien que mantiene su vida con un hermetismo sin igual. Quiero saber a fondo quién es la persona con la que vamos a hacer el trato más importante en la historia de nuestra empresa.

No quería darle a entender que Rai había rechazado nuestra propuesta de compra en varias ocasiones, de hacerlo Noriko seguramente se vería más reticente a responder.

—¿Y por qué debería yo ayudarte a romper ese hermetismo? ¿No crees que si Rai mantiene su vida privada como su nombre indica, privada, es por una razón?

—Lo entiendo perfectamente, a mí tampoco me gusta mezclar la vida profesional con la personal, pero en el caso de Daifu, Rai Saburo es parte integral de la empresa, conocer a Rai significa conocer la empresa. La información que me puedas dar influenciará en gran medida la decisión final que tomemos.

—¿Y qué información quieres que te dé? Tu osadía me parece estimulante, pero mi tiempo es limitado. Te advierto que solo te responderé a una pregunta —añadió entretenida por esa conversación inesperada que estaba teniendo lugar.

Su contestación no me pilló desprevenido, había ido preparado. Tenía en orden de prioridad lo que quería saber de ella, y si me tenía que conformar solo con un dato, sabía perfectamente qué era.

—En ese caso, me gustaría saber el motivo de vuestro divorcio.

La expresión de su rostro se encrudeció, recordando seguramente la parte más oscura del tiempo compartido con quien fue su compañero de vida.

—Me esperaba una pregunta más interesante —respondió un poco decepcionada—. ¿Acaso no es obvio? En la vida de Rai solo hay espacio para una cosa: su empresa. Su familia siempre era la segunda prioridad. El tiempo que me dedicaba a mí era el que le sobraba, es decir, escaso o nulo en la mayoría de ocasiones. Un matrimonio no se puede mantener así —añadió con la mirada perdida en los restos de su plato de comida.

Yo me quedé pensativo, sopesando su contestación. Estuve más de un minuto en silencio, decidiendo cómo continuar. Cuando terminé de pensar, chasqueé la lengua y dije:

—Ya que solo me vas a contestar una pregunta, preferiría que no fuese con una mentira.

La línea que formaba los labios de Noriko se curvó ante mi osadía. Más que como un insulto, se tomó mi atrevimiento como una provocación en un tema al que no estaba acostumbrada a ser retada.

—¿Y qué te hace pensar que te he mentido? ¿Acaso sabes tú más de mi matrimonio que yo misma?

—No, obviamente no. Pero sé identificar cuándo escucho la verdad, y ahora mismo no me la estás contando. Cuando Rai y tú os casasteis su empresa tenía varios años, es decir, sabías

perfectamente lo que aceptabas. Tú en ningún momento fuiste su primera prioridad y al crear la empresa quedaste relegada a un segundo plano. Desde que empezaste a salir con él eras consciente de cuál sería tu posición en la vida, y cuando aceptaste casarte con él también asumiste esta realidad. Un matrimonio se rompe porque las cosas no son igual que al comienzo de la relación, ya sea por un cambio brusco o progresivo en los años, quiero saber qué cambio fue ese.

—Puede que ese cambio fuese por mi parte, que yo finalmente me diera cuenta de que era una vida que no quería llevar, y por mucho que su forma de actuar conmigo fuese la misma que cuando empezamos a salir, mi manera de verlo sí que cambiara.

—Tienes razón —asentí reflexivo—. Pero esa no fue la razón de vuestro divorcio, ¿me equivoco?

La sonrisa de Noriko aumentó.

—Me caes bien, Harlan, no estoy acostumbrada a que me hablen así. Tienes razón, ese no fue el motivo de nuestro divorcio. —Me relamí los labios expectante de que me diera un hilo del que tirar, no se me ocurrían muchos otros caminos que proseguir en busca de respuestas—. Como sabrás, Rai y yo tuvimos dos hijos. Tetsu, el pequeño, un chico dulce y amable que ahora tiene su propia familia en Europa; y Yui, nuestra hija mayor, quien era un amasijo de energía, rebeldía y palabras malsonantes.

»No sé si lo sabías, pero yo no soy japonesa, nací en Nanning, en la antigua China. En una visita a mi familia, cuando la Guerra de Supremacía ya llevaba unos años, Yui se enamoró del país, de su gente y, desgraciadamente, de la causa por la que luchaban. No llegó a coger el avión de vuelta a Japón. Se quedó en China y se alistó en el ejército. Creo que no es necesario que desarrolle mucho la historia para que deduzcas a dónde va a parar. El 1 de enero del 2110, hace once años, ella se encontraba en una de las bases militares del norte de Pekín recuperándose de una herida de combate. Su vida es una de las confirmadas en la lista de otras millones de víctimas que fueron asesinadas ese día en un lado u otro del mundo.

Noriko detuvo su historia para mojar su garganta seca. Conforme avanzaba la historia las frases las alargaba cada vez más, como si desease que yo la parara a mitad diciéndole que no hacía falta que continuase. Pero sí que era necesario.

—Como entenderás, esto hizo una agujero en nuestra familia que no puedes llenar de ninguna forma. Por primera vez desde que conocí a Rai, estuvo días sin ir al trabajo. Semanas. Permaneció encerrado en el despacho que tenía encima de nuestra casa.

»Debes saber que Tetsu, nuestro hijo, es una réplica de su padre. Tiene la misma nariz y su rostro se contrae en la misma expresión cuando frunce el ceño. Desgraciadamente, Yui salió a mí. Debido a que he pagado muchos años para bloquear mi envejecimiento, cuando Yui se convirtió en una mujer había muchos que pensaban que éramos hermanas.

»No es de extrañar entonces que para cuando Rai salió de ese estudio fuese incapaz de mirarme a la cara. Con solo ver mi rostro de soslayo se echaba a llorar. Es posible que nosotros siempre fuésemos el segundo lugar en su vida, pero el corazón de Rai es muy grande y tenía amor de sobra para los tres. El poco tiempo que pasaba con sus hijos, lo hacía con la misma dedicación que con su trabajo, disfrutando de cada segundo del que disponía. Amaba a Yui con la obsesión propia de él.

»Tras dos meses sin que las pupilas de Rai se clavasen en mis ojos, le presenté la solicitud de divorcio. Ni siquiera intentó hablarlo o tratar de encontrar la solución. Se detuvo treinta segundos y firmó el contrato sin decir ni una sola palabra. Esa fue la última vez que Rai y yo estuvimos en

la misma habitación. Al día siguiente su abogado se puso en contacto conmigo y se encargó del proceso.

Al dejar de hablar volví a la realidad. Su historia me abstrajo en un efecto túnel donde mi cerebro solo era capaz de atender a las palabras que emitía su boca. El ruido de la cocina a lo lejos, las personas que pasaban delante o el característico sonido de un japonés absorbiendo unos fideos habían desaparecido. La historia me había cautivado por completo.

—Muchas gracias por contarme la verdad, Noriko —respondí sereno.

Maldije mi falta de tacto pero, ¿qué otra cosa podías decir en esa situación? Por mucho que lo intentase, era incapaz de entender por lo que habían pasado. Sí, yo había sufrido mucho a causa de la Guerra de Supremacía, pero ni tenía una hija, ni la había perdido, con el consiguiente derrumbamiento de mi mundo entero, como le ocurrió a Noriko.

—Dicho esto, déjame darte un consejo —dijo apartando la tristeza a la que había sucumbido —. No sé cómo de avanzadas tendréis vuestras negociaciones, pero te puedo asegurar que la adquisición no va a salir adelante. Solo existe un modo en el que Rai Saburo acceda a relegar el control de Daifu, y es porque se vaya a morir y quiera dejar su creación en buenas manos. Hasta que eso no suceda, la empresa va a seguir igual que está ahora.

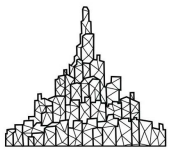
—Gracias por todo, de veras.

Ella asintió con la mente de vuelta en el pasado que le había hecho recordar. Me levanté y la dejé ahí, viviendo unos tiempos mejores e imaginándose un futuro en el que las cosas fueran diferentes, una ocupación un tanto peligrosa.

Salí a la calle y el ajetreo de la ciudad me devolvió a la realidad. Eché a andar y me metí en el primer callejón que vi. Necesitaba aclararme la mente. Había sido una conversación muy fructífera, no cabía duda. Finalmente se empezaba a formar una idea de cómo conseguiría la atención de Rai, el problema era que cada vez estaba más seguro de que sería un esfuerzo inútil. Tras las palabras de Noriko, mis esperanzas de que Rai al menos considerase nuestra propuesta se aproximaban a cero.

De repente una furgoneta negra apareció delante de mí de la nada. Para cuando mi cerebro entendió lo que ocurría, estaba maniatado, con una bolsa opaca en la cabeza y en el maletero del vehículo.

En un abrir y cerrar de ojos, me habían secuestrado.



20. Observación

20/06/2121, 16:30

Un profundo dolor martilleaba mi cabeza. No sabía en qué momento había caído inconsciente, por qué causas ni cuántas horas habían transcurrido. Al abrir los ojos tampoco obtuve ninguna respuesta. Estaba en una habitación oscura y estrecha, típico cuarto de mantenimiento de un gran edificio. Tenía las manos y los tobillos atados a una silla metálica.

En las películas holográficas cuando secuestraban a alguien y volvía a la realidad, a los pocos segundos entraba su secuestrador para explicarle qué quería de él, dónde estaba y el resto de preguntas que el espectador se estaría haciendo. Pero en ese caso nadie me supervisaba, así que pasó lo que para mí fue una eternidad hasta que un grupo de hombres se dignaron a entrar en mi humilde morada. Reconocí a uno de ellos por el tatuaje que tenía en su antebrazo, era quien me colocó la bolsa en la cabeza antes de meterme en la furgoneta.

—Por fin has despertado —dijo el individuo que parecía el líder.

—Habría tardado menos si me hubieses drogado con una menor dosis.

—Te movías demasiado —añadió con una sonrisa con intención intimidatoria que no tuvo efecto.

Primera respuesta obtenida, no recordaba nada después de que me metieran en el vehículo porque me drogaron para llevarme a la localización actual. Era lo más lógico. Permanecí callado y esperé a que el hombre continuara con su rutina, estaba claro que no era la primera persona a la que secuestraban. Me miraba con ojos de interés, seguramente no tenía el comportamiento de cautivos anteriores.

—¿No me vas a preguntar por qué te hemos capturado?

—No tengo prisa en saberlo, tómate tu tiempo —respondí con honestidad, sin la intención de ser el típico gracioso que era incapaz de no hacer bromas en una situación de tensión.

—Te queremos hacer unas preguntas.

—Adelante.

El secuestrador parecía confuso. No entendía el motivo de mi seguridad ni tampoco la actitud de certeza que tenía, como si ya hubiese vivido esa experiencia con anterioridad.

—Somos contratistas independientes encargados de la seguridad de los altos cargos de Daifu Inc., en especial del presidente Saburo. —Eso era una mentira—. Estos últimos dos días has hecho muchas preguntas: has interceptado al presidente Saburo a la salida de un restaurante; has visitado a sus antiguos amigos y conocidos en su localidad de nacimiento; y, por último, has tenido una conversación con su exmujer. Como podrás entender, tenemos muchas preguntas sobre ti y tus intenciones.

—Adelante.

El secuestrador miró de reojo al segundo hombre que guardaba la puerta del pequeño cuarto,

como si tuviese miedo de que en cualquier momento fuera a echar a correr. Ambos parecían disfrutar de mi osadía.

—Primero de todo, ¿quién eres?

—Harlan.

Esperó unos segundos para que desarrollase la respuesta, lo que no llegó a suceder.

—¿Y tu apellido?

—No tengo.

—¿Cómo que no tienes? Todo el mundo tiene un apellido, todo el mundo tiene unos padres.

—En mi caso puedes hacer como si no fuera así.

Levantó las cejas desconfiado y continuó con su interrogatorio de segunda.

—¿Para quién trabajas?

«Esta gente era más aficionada de lo que había supuesto en un inicio», pensé.

—Aeon Technologies.

No pudo evitar dibujar una sonrisa llena de segundas intenciones. El otro hombre le imitó.

—¿Qué intenciones tienes con nuestro jefe?

—Queremos hacer negocios con él y su empresa.

—¿Y a qué se debe tanta investigación?

—Me gusta saber con quién voy a hacer un acuerdo.

El secuestrador, poco convencido, soltó un bufido.

—¿Me estás diciendo que toda la indagación que has hecho es solo para saber con quién vas a hacer negocios? No me vengas con tonterías, nadie se toma tantas molestias.

—Yo sí.

En el rostro del hombre percibí el cansancio ante mis respuestas condescendientes y soberbias. Lo entretenido de la novedad estaba dando paso a una cierta irritación que no tardaría en traducirse en agresividad. No parecían los tipos de hombres que disfrutan de una conversación estimulante a nivel mental.

—¿Por qué quieres saber tanto sobre el presidente Saburo?

—Toda información es bienvenida, nunca se puede saber demasiado sobre un tema. Observando con dedicación, conociendo su pasado y hablando con la gente que le vio crecer se puede llegar a aprender mucho de una persona. Cómo actúa, de qué es capaz y de qué no.

El hombre levantó el labio superior en una mueca de enojo. Su paciencia iba a alcanzar su reducido límite.

—Déjate de gilipolleces. Quiero que me digas qué quieres de nuestro jefe y cuál es tu motivación con todo esto.

—Te puedo hacer una demostración. Te estarás preguntando por qué no tengo miedo en esta situación, atado a una silla en un cuarto oscuro de un país extranjero. La respuesta es muy sencilla: porque te conozco.

El segundo hombre soltó una carcajada ante mi inesperada contestación. Cuando vio que su jefe no le correspondía, se calló.

—No me cuentes historias, Harlan —pronunció mi nombre con un tono de hastío—. Es la primera vez que ves mi rostro, y como no empieces a hablar también será el último que veas.

—Te lo puedo demostrar muy rápido —dije cortando su amenaza de maleante callejero. El secuestrador relajó su rostro y esperó a que comenzara mi demostración, no perdía nada por dejarme hablar—. Sé que luchaste en la Guerra de Supremacía en el bando de los estadounidenses. Ganas menos de 100 UT al año, tienes entre cuarenta y cuarenta y cinco años

biológicos. Sé que tu primer amor te dejó por otro hombre. Por último, tengo claro que no trabajáis en la seguridad privada de Rai Saburo ni de Daifu, más bien lo contrario.

La expresión de incredulidad y sorpresa de los dos hombres aumentó a cada palabra que salía por mi boca. Según había leído en sus rostros, todas mis deducciones eran correctas, incluso mi suposición sobre cómo reaccionaría. Sacó un arma de la cintura y la puso en mi boca, obligándome a abrirla para introducir la punta de la pistola. Saboreé el tacto metálico amargo en mi lengua.

—¡Dime ahora mismo cómo cojones sabes todo eso! —gritó sin un rastro de la seguridad que mostraba hasta entonces. Había perdido el control de la situación.

Esperé paciente a que sacara el arma de mi boca para que pudiera hablar. Supuse que una persona normal, por mucha seguridad en sí mismo que tuviese, en esa situación se habría atemorizado un mínimo, pero yo era incapaz de sentir miedo, por mucho que a veces quisiera.

Los ojos inyectados en sangre del hombre se suavizaron y extrajo el arma para apoyarla sobre mi frente. Me mojé los labios con la lengua para tratar de quitarme el sabor áspero que permanecía en mi boca.

—Solo he tenido que observarte —respondí. Apretó con mayor fuerza la pistola contra mi piel, dejándome una marca molesta—. En tu pierna derecha llevas una modificación corporal diseñada e instalada en una clínica de Aeon. Se trata de un modelo antiguo ya descatalogado, tendrá más de diez años. Esto me indica que no tienes suficiente tiempo para comprarte una versión moderna. Además, la modificación te sustituye la mitad de la rodilla y la parte inferior de la pierna. Perder el miembro de esa forma en un accidente es muy inusual, pero en la Guerra de Supremacía los chinos cortaban una pierna a los pocos soldados americanos y aliados que capturaban y no mataban. El corte lo hacían en la mitad de la rodilla para maximizar el dolor.

»El tatuaje de tu antebrazo es de los antiguos, los de aguja. Era típico en la guerra hacer ese tipo de bautismo cuando eras un joven soldado que obtenía su primera baja. El diseño en específico es el nombre de una mujer. No tienes pinta de querer mucho a tu madre, y menos de ser un padre responsable, así que se tratará de tu primer amor, quien seguramente al volver de la guerra estaba con otro. Para recordar ese dolor y evitar volver a ser traicionado, te lo tapaste de mala manera con el diseño que llevas ahora.

»Por último, respecto a la falsedad sobre ser la seguridad privada de Daifu. Esta era la información más obvia de responder. Cuando hace dos días fui a la sede principal de la empresa, tuve que dejar mi nombre, la compañía a la que represento y mis intenciones. Esta es una información a la que lógicamente la seguridad de Daifu tendría acceso, por mucho que seáis contratación externa. Además, la seguridad privada de Rai Saburo nunca habría raptado a uno de los directivos de Aeon Technologies, eso acabaría con todas sus relaciones profesionales. Si le sumamos la forma en la que habláis, vuestra jerga y gestos, es obvio que formáis parte de los reductos de la yakuza y pretendéis ganar tiempo con el secuestro de aeternums.

Fue una lástima que no pudiese inmortalizar la expresión del hombre que había tratado de intimidarme minutos atrás. Decir que tenía la boca abierta de par en par era quedarse corto, parecía que fuese a hacerle un examen bucal. Cuando volvió del trance, la puerta del cuarto se vino abajo llevándose consigo al segundo hombre. El líder, que hacía rato que había despegado su pistola de mi frente, no tuvo tiempo para reaccionar. Sin darse cuenta estaba en el suelo con dos hombres enfundados en armaduras encima de él.

—¿Señor Harlan? —preguntó un cuarto individuo que entró a la ya colmada habitación.

—Así es.

—Somos el servicio de asistencia primaria de OmniReach, venimos en respuesta a su señal de auxilio emitida hace… —pausó para comprobar el dispositivo de la muñeca—, siete minutos y cuarenta y nueve segundos.

—Muy eficaces. Muchas gracias —respondí mientras me liberaba de mis ataduras.

Era la primera vez que tenía que usar la función que me obligaron a instalarme al convertirme en uno de los altos cargos de Aeon Technologies. OmniReach era una empresa que ofrecía un servicio muy específico: la certeza de que en cualquier parte de la Tierra tendrías a un escuadrón de élite de rescate en tu búsqueda en menos de treinta minutos. Para activarlo solo tuve que romper el diente postizo que llevaba instalado, como si se tratara de una cápsula de cianuro en la antigua época soviética. Lo había hecho en cuanto comprendí quién me había secuestrado y con qué motivo.

—¿Está bien, señor Harlan? ¿Necesita algún tipo de asistencia médica?

—No, todo correcto —dije en pie estirando las piernas para que la sangre volviese a fluir como debía.

—Perfecto, esperamos que nuestro servicio haya sido de su agrado. Le recomendamos que no tarde más de cuarenta y ocho horas en reinstalarse el activador de emergencia. Aquí le dejo la dirección de una de nuestras clínicas en Tokio —respondió enviándome la información a mi dispositivo de comunicación.

Con la misma velocidad con la que entraron, abandonaron el cuarto de mantenimiento llevándose a los dos matones de la yakuza y al resto del equipo que estaría fuera. Terminaba de desentumecer mi cuerpo cuando recibí una llamada.

—Buenos días, Trisha —dije acercándome la muñeca a la boca.

—Harlan, ¿te pillo bien?

—Bueno, acabo de ser rescatado de un secuestro, así que ahora estoy más disponible que hace cinco minutos.

—¿En serio? —exclamó con más fascinación que preocupación—. ¿Y has usado el diente de emergencia que nos instalaron?

—Sí.

—¡No te haces una idea de la envidia que te tengo! Ojalá a mí también me secuestraran y pudiese hacerlo.

Reí entre dientes ante la locura de mi compañera. Estaba claro que la gente que llegaba a nuestro lugar no era el humano medio.

—¿Qué puedo hacer por ti, Trisha? —dije saliendo a la calle por unas escaleras estrechas. No tenía ni idea de en qué parte de la capital japonesa me encontraba.

—A ver cómo te digo esto… —respondió con inseguridad en su voz—. Sé que a fin de cuentas ahora mismo somos oponentes, y que yo estoy con la empresa a la que tú le has dedicado mucho esfuerzo, pero…

—Quieres que te ayude para la reunión con Wesley, ¿no es así?

—Sí —contestó avergonzada—. ¿Tú crees que es desconsiderado?

—Sinceramente, Reeves me ha jodido dándome a Rai Saburo y Daifu, eso todos lo sabemos. No voy a conseguir nada, así que, con tal de evitar que Alwin llegue a la presidencia de la empresa, estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—¡Muchísimas gracias, Harlan, eres el mejor!

—¿Qué necesitas?

—Verás, hace dos días tuve una llamada de contacto con él, para allanar un poco el terreno y

comprobar cómo estaba su disposición. Pues fue fatal. Le veía evasivo en todo momento, cortante con mis preguntas y sin mucho interés. No sé si es porque no le ha hecho gracia que yo siga con la negociación en vez de tú o por algo en mi comportamiento. ¿Tienes alguna recomendación?

—Varias —dije mientras paraba un taxi y le indicaba que me llevara a la sede de Daifu—. No digas en ningún momento «eh», «mmm», «aja», o cualquier otro tipo de interjección de asentimiento o duda, las odia. Cuando vayas a verle en persona, lleva algún perfume o fragancia con olor a mango. Ni se te ocurra llevar un escote abierto, ponte un jersey que te tape hasta el cuello. Y por último, ¿ahora mismo hasta dónde te llega el pelo? Como siempre lo llevas recogido en un moño no lo tengo claro.

Escuché como Trisha se movía al otro lado de la llamada y trataba de averiguar la respuesta.

—Por debajo de los hombros.

—Quizás un poco corto, pero tendrá que valer. Hazte dos trenzas de raíz en el pelo —finalicé como si acabase de decir el argumento más lógico del mundo.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó cuando terminó de apuntar mis recomendaciones. Estaba claro que Trisha estaba familiarizada con mi forma de trabajar y no necesitaba saber cómo obtuve mis averiguaciones. Sabía que si yo se lo había dicho, funcionaría—. Solo por curiosidad, ¿por qué es lo de las trenzas?

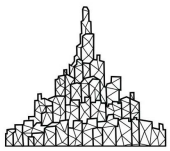
—Su mujer. Cuando se conocieron en la universidad siempre llevaba ese peinado y le encantaba. Ver a una mujer atractiva con ese tocado le recuerda a unos tiempos más simples y felices.

Trisha soltó una risilla de asentimiento.

—Con estos empresarios poderosos siempre ocurre lo mismo, su debilidad es una mujer.

Me dio las gracias una vez más y terminó la llamada.

Yo me quedé pensativo con esa última frase. La idea que iba tomando forma desde mi conversación con Noriko había terminado de materializarse. Por fin sabía cómo iba a conseguir diez minutos del tiempo de Rai Saburo.



21. Recuerdo

20/06/2121, 19:00

En esa ocasión solo tuve que esperar dos horas en el lobby de Daifu Inc. para que Rai Saburo apareciera en el recibidor. Parecía que la fortuna estaba tornándose de mi lado. Al verle me levanté de un salto y fui directo hacia él. En cuanto aparecí en su rango de visión mostró una mueca de fastidio.

—Señor Harlan, no obra en su favor ni en el de Aeon Technologies que sea tan insistente con una propuesta que no tengo ni intención de valorar. Le recomiendo que dedique su tiempo a una ocupación más productiva antes de que su ahínco en hablar conmigo vaya en detrimento de la relación profesional que nos une.

—Tengo un recuerdo de su hija que darle —respondí ante su advertencia tan bien formulada.

Quien era uno de los hombres más importantes de Japón se detuvo en seco con gran estupor ante mi declaración. Analizó mi expresión en busca de más información que le sirviese para decidir qué hacer ante tal acontecimiento imprevisto.

—Suba conmigo a mi despacho —concluyó retomando su camino.

Dos individuos encargados de la seguridad del recibidor retrocedieron a su puesto ante el comportamiento de su jefe, no hizo falta que este diera ninguna indicación extra. Los dos entramos en el ascensor sin pronunciar ni una sola palabra. Rai puso su mano en la pantalla del lateral y las puertas se cerraron con ímpetu. Cuando salimos estábamos en una de las últimas plantas del edificio, en un amplio despacho formado por varias salas.

—Le advierto, señor Harlan, que como esto sea algún tipo de treta para acceder a que le escuche afectará severamente a la relación comercial entre Daifu Inc. y Aeon Technologies. Mientras que usted personalmente será escoltado fuera del edificio y llevado directamente al aeropuerto de Tokio para su consiguiente deportación del país. Así que tiene los siguientes sesenta segundos para evitar ese resultado fatídico.

—Yo fui uno de los pocos supervivientes del holocausto nuclear de Toronto el 1 de enero de 2110 —comencé con el contexto necesario sin mayor preámbulo. Fue suficiente para aumentar todavía más la curiosidad del japonés—. Estuve diez meses encerrado en el búnker que me salvó la vida. Trescientos trece días en total, de los cuales pensé en suicidarme trescientos trece de ellos. Lo que en muchas ocasiones evitó que acabara quitándome la vida fue el recuerdo que tengo de su hija.

Rai me observaba con una mezcla de desconfianza y extremo interés. En ese momento no había nada que pudiese evitar que ese hombre me escuchara.

—Se trata de un audífono militar de comunicación —la expresión de incredulidad en su rostro aumentó—. Lo encontré en mi segundo día en el búnker al hacer inventario. Al ponérmelo en mi oído, debido a que no había nadie más que pudiese actuar como receptor y emisor de mi señal,

solo escuchaba ruido blanco, una especie de interferencias constantes y rítmicas causadas por algún tipo de fenómeno físico. Sorprendentemente, más que molestarme, el ruido me relajaba por las noches. Yo mismo me convencí de que esa calma era la que experimentaban quienes nos abandonaron a causa de las bombas y que éramos nosotros, que teníamos la suerte o la desgracia de quedarnos, quienes teníamos la responsabilidad de hacer de los restos un lugar mejor.

Introduje la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué el objeto que siempre había llevado conmigo en los últimos once años y medio.

—Y esto es justo lo que quería darle. El mismo audífono que me salvó incontables veces. Mi esperanza es que, independientemente de sus creencias religiosas, con él quizás sea capaz de escuchar la paz en la que ahora su hija está sumida y recordar que usted se ha quedado para hacer de este lugar un sitio mejor, para evitar que una catástrofe como aquella vuelva a suceder.

El rostro de una de las personas más frías que había conocido hasta la fecha estaba compungido. Varias lágrimas descendían por su mejilla hasta precipitarse desde su mentón al suelo de madera. Examinaba el objeto que sostenía en mi mano como si se tratase del tesoro más preciado que había admirado en su vida. Su mandíbula trepidó a causa de la emocionalidad del momento.

Tras varios segundos pareció volver en sí mismo y dio unos pasos hasta acortar la distancia que nos separaba. Sentí su presencia muy cerca de mí, un aura de influencia y poder que desprendía con tan solo respirar el mismo aire que tú. Se acercó al audífono y, en vez de cogerlo, cerró mi mano en un puño.

—Esto te pertenece a ti —dijo con una calma en su voz que me sobrecogió.

Se dio la vuelta y se sentó en la silla que descansaba detrás de un gran escritorio. Para cuando volvió a mirarme, su expresión sosegada y calculadora tan característica volvía a estar presente, sin rastro de la sensibilidad que me acababa de mostrar.

—Está bien, Harlan, te has ganado nueve minutos más de mi preciado tiempo.

Descolocado al principio por su cambio de actitud, me recompuse a toda prisa y guardé mi amuleto.

—No debo explicarte por qué la empresa a la que yo represento y Daifu tienen una afinidad absoluta, sin importar cómo se mire —dije siguiendo el tuteo qué él mismo había usado—. Nuestras alianzas comerciales son una prueba de ello. Nosotros creamos las mejores y más variadas modificaciones corporales, desde el propio controlador temporal, el AVA, hasta prótesis médicas, militares o aumentativas de las capacidades humanas. Mientras que en tu empresa desarrolláis los recubrimientos y armaduras más sofisticados y elegantes del mercado, un producto que nadie está cerca de replicar.

»Sin embargo nuestros recursos son mayores. Contamos con una mayor tecnología en temas de investigación y desarrollo, una red logística y penetración de mercado más grande y, en definitiva, una influencia mundial. Con nosotros experimentaríais un aumento en todas las métricas cruciales de la empresa, y lógicamente se podría llegar a un acuerdo en el que ambas partes estemos conformes con el grado de libertad e implicación de Aeon dentro de vuestras responsabilidades.

Rai había escuchado con atención y respeto mi discurso, por mucho que hubiese podido detenerme en la primera frase reiterando su posición ante esa cuestión. Por mi parte, imprimí toda la confianza que pude en mis palabras, pero sabía que no servía de nada. Solo continuaba para ver si era capaz de rascar algo de valor en esa situación.

—Según me han informado, en los últimos días has hecho una investigación en profundidad

sobre mí. No te has conformado con lo que has podido encontrar en la red, sino que has viajado hasta Togane para visitar a la gente de mi pasado. Y, dado tu conocimiento sobre mi hija, entiendo que has llegado a hablar incluso con Noriko. —Yo asentí con una parte de culpabilidad que no fui capaz de esconder—. En ese caso, y considerando las más que altas capacidades intelectuales y deductivas que debes de tener, quiero que me digas tú mismo qué respuesta crees que te voy a dar.

Solté un pequeño resoplido, entretenido ante su propuesta.

—Me dirías que no piensas vender Daifu Inc. bajo ningún concepto, que no se trata de una cuestión de tiempo o de negociación de los términos. Que lo que no quieres es perder la libertad que ahora mismo te da el no tener que rendir cuentas ante nadie. Que tú mismo has creado y hecho crecer esta empresa desde la nada y tu intención es continuar de esa manera. Dedicar tu tiempo a esta compañía es lo que más disfrutas en tu vida, y posiblemente lo único. Mientras sigas vivo, no piensas dejarla escapar de tus manos.

—Impresionante, has pronunciado los pensamientos que tengo dentro de mi mente. Valoro de veras tu tesón y osadía, pero desgraciadamente vas a tener que volver a Zúrich con las manos vacías, no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

—En ese caso, ¿me permites hacerte una pregunta?

—Por supuesto, creo que al menos te mereces ese obsequio.

—¿Cuántos años piensas vivir?

Rai estalló en una carcajada que me pilló desprevenido. Era extraño haber presenciado un rango de emociones tan variado en ese hombre en muy pocos minutos.

—No planeo vivir *ad eternum*, si es lo que me preguntas. Esas ideas occidentales no me convencen del todo. ¿Vivir para siempre? Eso no es humano. No, decididamente no seré un aeternum por mucho que el tiempo que ahora tengo me convierte en uno —dijo como si tratara de ratificar sus pensamientos—. Pero si quieres una respuesta más específica, te la puedo dar. Tengo intención de vivir cinco décadas más. Una vez que cumpla los 144, me iré de este mundo igual que vine, haciendo ruido.

No llegué a entender del todo su última referencia, pero me gustó lo que había escuchado.

—Perfecto, puedo esperar medio siglo sin ningún problema.

Rai pareció sorprendido una vez más por mi respuesta y audacia, aunque en su expresión vi que empezaba a comprender mi forma de ver el mundo.

—¿Crees que seguirás por aquí para cuando llegue ese momento?

Solté una breve risa llena de arrojo. Quizás me estaba tomando demasiadas confianzas.

—No lo dude, medio siglo no me da ni para empezar a hacer todo lo que tengo intención de lograr.

Rai se giró y disfrutó de la noche que había envuelto a la ciudad de Tokio. Tras un par de minutos se volvió hacia mí con la expresión resuelta.

—En ese caso, dentro de cincuenta años podremos retomar esta conversación. Creo que tus manos son unas buenas candidatas en las que poner el futuro de Daifu Inc.

—Que así sea —concluí satisfecho por el final de esa charla.

Dadas mis expectativas al inicio, no podía estar más satisfecho. Iba a levantarme para devolverle a Rai la libertad de su preciado tiempo cuando vi que quería alargar un poco más el diálogo. Yo no iba a ser quien precipitara su final antes de tiempo.

—Ya que estamos sincerándonos de esta manera, me gustaría hacerte una pregunta que espero

que no sea demasiado atrevida. —Asentí carcomido por la curiosidad de su consulta. Rai también quería sacar provecho de esa situación—. He escuchado unos rumores cuya veracidad me gustaría confirmar ya que afectan a Daifu dada nuestra relación comercial. ¿Es cierto que el presidente Knight pretende jubilarse dentro de poco?

La respuesta a esta pregunta era absolutamente confidencial. Nadie a excepción de Alwin, Trisha, alguna persona de su extrema confianza y yo conocíamos su confirmación, por mucho que los rumores se hubiesen extendido. Sin embargo, me veía en la obligación de no eludir la pregunta.

—Así es. Reeves pretende jubilarse en los próximos meses.

—¿Y tú vas a ser su sucesor?

Esa contestación me pilló desprevenido. No porque fuese inesperada, sino porque la había formulado de tal manera que lo daba por hecho.

—Era mi intención. Pero dado que el trato de adquisición de tu empresa ni siquiera se va a llegar a valorar, lo veo improbable.

—Yo confiaría en el juicio de Reeves. A fin de cuentas, fue el propio Kay Olerson quien le puso donde está.

Al escuchar esas dos palabras sentí una gran sacudida en mi cuerpo. Mi reacción no pasó desapercibida para mi interlocutor.

—Tú conociste a Kay Olerson, ¿cierto?

—Así es —respondió con suspicacia—. Teníamos una buena amistad. Asistí a su boda con Ava en el monte Takao —añadió señalando unas montañas que se divisaban tras los rascacielos de la capital nipona.

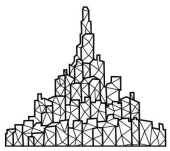
Me quedé pensativo, tratando de imaginar cómo pudo ser esa ceremonia: los invitados que asistieron, la decoración que presidía el lugar, el cielo que iluminaba la boda, la ropa que llevaba mi madre y la expresión de nerviosismo que debió de tener mi padre.

—Harlan es un nombre interesante —dijo Rai sacándome de mis fantasías—. Nunca has llegado a decirme tu apellido, ¿cierto?

—Digamos que todavía no tengo un apellido —respondí afligido.

Esa conversación estaba siendo una montaña rusa de emociones.

—Comprendo —contestó Rai con una expresión que me dio a entender que realmente sabía a qué me refería. Chasqueó la lengua y añadió—. En ese caso, espero que en un futuro puedas llegar a aceptarlo.



22. Sucesor

07/07/2121, 12:00

Seis hombres y cuatro mujeres dispuestos a los flancos de una larga mesa me observaban con interés. A mi lado Trisha y Alwin, y en el otro extremo el presidente de Aeon Technologies miraba al techo con la mirada perdida.

Dos días atrás había regresado a Suiza. Aproveché mi viaje a Japón para extender la visita dos semanas más y disfrutar de la infinidad de maravillas que el país tenía para ofrecerme, con la tranquilidad de haber hecho todo lo que estaba en mi mano y de que ya dependiese de otros decidir el transcurso de mi futuro.

Nos encontrábamos en la reunión con la mesa directiva de la empresa al completo. En esa sala se juntaban las cabezas que dictaminaban el destino de una de las compañías más importantes en la historia de la humanidad, la que implantó el sistema económico y temporal que hacía funcionar nuestra sociedad en las últimas décadas. Alwin y Trisha acababan de terminar las exposiciones sobre sus respectivos encargos. Ambos, un éxito rotundo.

Trisha cerró la negociación general del acuerdo. Aeon adquiriría el cien por ciento de PicoTech por un valor total de compra muy respetable por ambas partes. Estaba claro que el trabajo que yo hice con anterioridad había acelerado el proceso de negociación, ella misma había mencionado la ayuda que le proporcioné, pero una gran parte del resultado era gracias a la labor de Trisha. Según había relatado, tras esa primera reunión presencial, y gracias a las pequeñas indicaciones que le di, Wesley estuvo abierto a cualquier sugerencia y ajuste al acuerdo final. Del momento actual a cuando se firmara la resolución final quedaban muchos meses de trabajo entre los abogados y los equipos de auditoría, la adquisición de una empresa del tamaño de PicoTech no se hacía de la noche a la mañana, pero Trisha había hecho un gran trabajo en asegurar la transacción.

Por otro lado, Alwin terminó con un acuerdo muy beneficioso para nuestra parte. Se encargó de negociar hasta la cláusula más nimia con tal de exprimir, a falta de una palabra más adecuada, el trato con la empresa de la que él se encargaba. Incluso en el acuerdo ya salía reflejada una futura expansión de los términos del contrato en función del cumplimiento de unas métricas determinadas. Fue concienzudo y eficaz en todo el proceso de la negociación, acabando con un resultado digno de estudio en las mejores escuelas de negocios.

Yo era el último que quedaba por mostrar mis resultados, desgraciadamente no tan prometedores como los del resto. Reeves devolvió su atención a la mesa y la fijó en mí. Lo tomé como la señal para levantarme y exponer mis exiguos logros.

—Buenos días, mesa directiva de Aeon Technologies y presidente Reeves —Las once cabezas asintieron en señal de aprobación y esperaron a que continuara—. Me gustaría darles tan buenas noticias como lo han hecho mis compañeros, pero no es el caso. Rai Saburo no ha accedido a que

Aeon Technologies adquiera el control y propiedad de Daifu Inc. Es más, ni siquiera ha aceptado sentarse a una posible negociación. Su presidente tiene claro que mientras él siga vivo su compañía estará solo bajo su control. Y esto, al contrario de lo que se pueda pensar, son buenas noticias. Significa que para cuando el presidente Saburo vaya a morir cederá a la negociación. Según sus propias palabras, calcula que dentro de medio siglo.

La mesa entera se sumió en murmullo, Alwin a mi derecha se reía por lo bajo y Trisha me miraba con cierta pena, mientras que Reeves se mantuvo ecuánime, esperando a que continuara, como si nada de lo que hubiese dicho hasta entonces fuese una sorpresa para él.

—Es posible que esto lo veáis como una derrota, y en ese caso estaríais equivocados. Los tiempos han cambiado, es más, Aeon es quien está marcando ese cambio. Y no se trata de solo un eslogan de marketing, es la pura realidad. Está muy bien maximizar el beneficio de una adquisición discutiendo hasta la cláusula más irrelevante —dije señalando a Alwin—, pero no se trata de eso. ¿De qué sirve exprimir a una empresa de esa manera? ¿Para qué? ¿Para que nos dé ganancias en los primeros años y tras una década desaparezca o deje de ser rentable?

»Afirmamos continuamente que hemos entrado en una sociedad donde la inmortalidad es un hecho, donde hablar de medio plazo son términos de décadas, y el largo plazo son siglos o incluso la infinidad. Sin embargo, no actuamos como tal. Que una de las empresas más importantes de la actualidad haya accedido a formar parte de nuestro grupo dentro de medio siglo son excelentes noticias, ya que tengo la certeza de que Aeon Technologies seguirá en su posición de autoridad actual dentro de esos cincuenta años.

»Tenemos que aceptar que el juego ha cambiado. Ya no se puede ganar o perder, sencillamente se está dentro del juego o fuera. Y tengo claro dónde estoy yo y dónde se encuentra esta empresa. El objetivo ya no es ganar, el objetivo ahora es seguir jugando *ad eternum*.

La sala se sumió en un completo silencio. Todos tenían sus ojos clavados en mí con una expresión que era incapaz de interpretar. No sabía si los directivos se lo habían tomado como un ataque directo a su forma de trabajar o si reflexionaban de forma tan profunda que no sabían qué decir. Reeves entornó los ojos y en una mueca que duró un segundo me dedicó una media sonrisa. Como si esa fuese la señal, la mesa recobró la vida y comenzaron a dialogar ajenos a nuestra presencia.

Me senté y esperamos pacientes, con la atención en las personas que discutían lo que acababan de escuchar, pero sobre todo en quien presidía la mesa, el hombre que tendría una gran influencia en nuestro futuro.

Pasaron cinco minutos hasta que repentinamente Reeves se puso de pie, provocando un nuevo silencio.

—Muchas gracias a los tres por el trabajo realizado, tanto en la negociación de vuestros respectivos acuerdos como en su exposición. Mi objetivo en este proceso no era que Aeon obtuviera los recursos y la cuota de mercado de un par de empresas más, sino algo de una importancia mayor, decidir quién me gustaría que estuviera al frente de la empresa durante las siguientes décadas o incluso siglos. La adquisición de una empresa no es un procedimiento que ocurra en las pocas semanas que habéis tenido de margen. Los contratos se rompen y los acuerdos desaparecen, hasta que no esté el tiempo en la cuenta del vendedor y los recursos bajo el control del comprador, no hay nada seguro.

»Mi interés era ver cómo actuabais las tres personas que yo veo más capaces de tomar mi puesto cuando me jubile el año que viene. Quería observar vuestra forma de pensar y actuar bajo

presión, cuál es vuestra verdadera naturaleza y si se alinean vuestros incentivos con los de la empresa. Y debo decir que la prueba ha sido todo un éxito, ahora mismo tengo claro quién quiero que me sustituya. Sé que la decisión final dependerá de esta mesa —dijo señalando a las diez personas que seguían los movimientos de sus manos a cada segundo—, pero espero que tengan en gran consideración mi recomendación.

»Aunque los tres habéis hecho un gran trabajo y tenéis las aptitudes necesarias para el cargo de presidente de la empresa, hay uno de vosotros que ha destacado sobre los otros dos. Es alguien capaz de priorizar la visión a largo término de la empresa en detrimento del posible beneficio actual. Tiene muy claro cuáles son sus valores, no está dispuesto a ceder ante ellos y están alineados con los de Aeon Technologies. Incluso ayuda a su competencia dentro de la empresa si beneficia a la organización.

»Este es el tipo de persona que creo que debería estar al cargo de esta empresa, alguien de quien estoy seguro que hará un trabajo mejor que el mío y llevará a la compañía a obtener grandes logros durante muchos siglos. Por todos estos motivos, cuando el año que viene me retire me gustaría que sea Harlan quien tome mi lugar como presidente de Aeon Technologies.

Los siguientes minutos fueron convulsos. Cuando Reeves terminó de hablar la mesa de directivos secundaron sus palabras con aplausos y pequeños vítores llevados por la energía del presidente. Trisha me felicitó con una alegría sincera y Alwin me dedicó varias miradas de recelo y unas palabras de enhorabuena vacías. Después uno a uno los directivos de la mesa me estrecharon la mano y apoyaron la recomendación de Reeves, añadiendo alusiones a que haríamos grandes cosas juntos.

Antes de que me diese cuenta, me había quedado a solas en la sala de reuniones con Reeves Knight. Por mucha confianza que tuviese en mí mismo, estaba convencido de que la recomendación del presidente sería hacia Trisha, Alwin o quizás inconclusa, pero no para mí.

—¿Cómo te encuentras, Harlan Olerson? —dijo Reeves.

Tomé aire para descomprimir la cabeza que me iba a mil revoluciones por minuto.

—Bien, supongo —dije todavía en shock—. Si te soy sincero, no me esperaba que… —Mi voz se cortó de repente, como si a mi cerebro le hubiese costado un rato interpretar lo que acababa de escuchar—. ¿Cómo me has llamado?

—Por tu nombre completo, ¿no es así?

—¿Có… cómo lo sabes? ¿Desde cuándo… lo sabes?

—Desde el primer día que te vi.

Fui a insistir en cómo lo descubrió cuando señaló mi pecho. Debajo de mi camisa se entreveía la forma del colgante que siempre llevaba encima. Seis hexágonos juntos formando un hexágono mayor, el único recuerdo que tenía de mis padres.

—Desde que el AVA se creó, Kay y Ava siempre llevaron uno de esos colgantes. Un símbolo de metal idéntico a la marca que queda cuando separas el controlador temporal del implante de la cabeza. Además, las veces que vi a su hijo, que te vi a ti, jugabas con otro amuleto igual. Los dos fueron muy discretos sobre tu existencia, yo era el único dentro de la empresa que sabía sobre su descendiente. Cuando vi ese símbolo colgar de tu cuello, supe inmediatamente que eras el hijo de Kay Olerson y Ava Harlan.

Atendí a sus palabras mientras sostenía entre mis dedos ese mismo amuleto. El collar que colgaba del cuello de los tres protagonistas de la única foto familiar que teníamos.

—¿Sabes para qué sirve? —pregunté levantando la mirada con cierta preocupación.

Reeves negó con la cabeza.

—No, pero si Kay vuelve a aparecer alguna vez, se lo podrás preguntar a él.

—¿Realmente crees que sigue vivo? —dije con cierta reticencia en mis palabras.

—Entiendo cómo te debes de sentir. Si estuviese muerto al menos justificaría el hecho de que no haya vuelto, mientras que si siguiese con vida al menos tendrías la esperanza de que volviese. Si me lo preguntas a mí, sí, creo que Kay sigue con vida y que, tarde o temprano, regresará a terminar lo que empezó —añadió con un tono oscuro que me descolocó.

Detecté que había cosas que me ocultaba, información que se guardaba para sí mismo. No estaba seguro de si quizás había contactado con mi padre tras su desaparición, o si conocía los motivos detrás de ella. Fuese como fuera, estaba claro que no iba a decirme más.

—¿Ha influido mi identidad algo en tu decisión final? —pregunté con cierta preocupación cuando esa idea surgió en mi mente.

—Para nada. Es más, si tu apellido fuese público y la gente supiera quiénes son tus padres, muy a mi pesar habrías quedado descartado como opción para sucederme. No me gustaría que la imagen pública fuese que quien está a cargo de Aeon Technologies es alguien que ha llegado solo por sus antepasados, y no por méritos y capacidades propias.

—Entiendo.

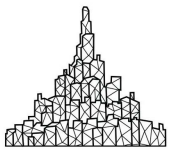
—Puede que este sea uno de los motivos principales por el que no decías quién eras, pero no es la principal. ¿Por qué escondes tu apellido, Harlan?

Desvié mi mirada de sus ojos, incapaz de mantener la presión que ejercía sobre mí. Era como si estuviese desnudo delante de la persona que tenía en la más alta estima. Debía contarle mi mayor inseguridad a la única persona cuya opinión me importaba. Solté el aire que tenía almacenado en mis pulmones y con ello me deshice de la coraza que siempre me protegía del resto, la que usaba para ocultar mi debilidad.

—Porque hasta ahora no me he visto digno de usar un nombre tan importante como lo es Olerson. Porque, a pesar de que racionalmente sé que no le debo nada a un padre que me abandonó, inconscientemente me mata la duda de pensar que quizás él me vea indigno de usar su apellido, que ese quizás fue el motivo por el que me abandonó y por el cual nunca ha regresado. Porque, aunque fisiológicamente soy incapaz de sentir miedo, la sensación que recorre mi cuerpo al pensar qué opinará Kay Olerson es lo más similar posible.

Reeves se rio entre dientes, no sabía si porque era justo lo que él pensaba, o si quizás mis inseguridades le parecían graciosas. Pero cuando clavó su atención en mí mostró la expresión que un padre orgulloso debe de tener al observar a un hijo que le ha dado todo. Con ese gesto de plenitud añadió:

—¿Y no crees que eso ya ha cambiado? ¿No piensas que ya mereces llamarte Harlan Olerson?



23. Merecimiento

11/10/2122, 11:00

Reeves hablaba con una mezcla de tristeza, orgullo y sosiego. Estaba a punto de abandonar oficialmente el puesto en esa mesa que había presidido durante las últimas tres décadas, desde que mi padre, su antecesor, desapareciese sin dejar rastro.

En los quince meses que habían transcurrido desde que se me eligió como sucesor ocurrieron muchos cambios, todos internos, progresivos y disimulados. Poco a poco la empresa se encaminaba al nuevo futuro que ya era una realidad, a un presente en el que yo tomaría el control de Aeon. No había sido hasta dos días atrás cuando se emitió un comunicado oficial anunciando la jubilación de Reeves Knight por el relevo de Harlan, un individuo que a pesar de su corta edad tenía unas vivencias, capacidades y aptitudes que guiarían a la compañía más importante de la Tierra en su siguiente etapa, o al menos así lo describía la nota de prensa difundida.

Otros cambios que tuvieron lugar fueron la dimisión de Alwin un par de meses atrás ante la inminente visión de que tendría que recibir órdenes de mí, o el aumento de la cooperación entre Daifu y Aeon.

En mi vida personal, como era de esperar, no había ocurrido nada, ya que no tenía una. Desde que abría los ojos por la mañana hasta que los cerraba en la noche tenía el cien por cien de mis energías enfocadas en Aeon y en cumplir el propósito que me había autoimpuesto. Y ahora que me convertiría en el presidente de la empresa que mi padre creó, no cambiaría nada. Como le dije a Monique en ese día fortuito en el que nos conocimos, ya tendría tiempo de vivir mi vida tras unas décadas. A fin de cuentas, ya era un aeternum.

—Guardaré una vida de recuerdos de esta empresa —continuó Reeves con su discurso de despedida ante la veintena de personas que estábamos en la sala de reuniones principal—. Tanto en mis primeros años como la mano derecha de Kay Olerson, como en las últimas décadas a cargo de la dirección de Aeon Technologies, para mí ha sido un orgullo formar parte de una compañía que ha protagonizado un cambio tan vital en el transcurso de la humanidad, y de la que estoy seguro que seguirá con la misma proyección en los siguientes siglos.

»Aunque esta etapa la tendré que ver desde fuera, ya que no estoy preparado para los nuevos tiempos que se aproximan. Siempre son unos los encargados de producir los cambios, y otros de tomar el relevo cuando estos han sucedido, y pienso que no puedo dejar en mejores manos esta tarea. Creo que, como todos los aquí presentes, estoy deseando ver lo que el futuro le depara a esta empresa y a la humanidad entera a manos de mi sucesor, alguien que se encargará de la fundación de la nueva humanidad. Harlan.

La audiencia aplaudió enérgicamente y vitoreó mi nombre. Más que la reunión de directivos de una empresa multinacional parecían los hinchas de un club deportivo. Sonreí ante la energía con la que me recibieron y me puse de pie. Recorrí con la mirada a cada uno de los presentes

hasta que la bienvenida cesó y me dejaron hablar.

—Agradezco tus palabras tan inspiradoras, Reeves. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para llegar a la altura de tus expectativas. Antes de continuar, me gustaría presentarme oficialmente a todos, ya que, a pesar de que llevo doce años en esta empresa y me acabo de convertir en su presidente, nunca lo he hecho.

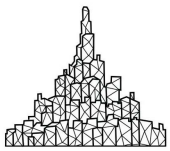
»Mi nombre es Harlan Olerson y soy el hijo de Kay Olerson y Ava Harlan, los coinventores del AVA y el sistema temporal actual.

Todos los presentes se miraron entre sí sin entender de qué estaba hablando. Reeves fue el único que me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Pienso que esta es la oportunidad perfecta para dejar claras cuáles son mis intenciones —continué, ignorando la confusión causada—. Mi pretensión como el presidente de Aeon Technologies va mucho más allá de velar por el beneficio económico de esta compañía. Hace casi doce años, el 9 de noviembre del 2110, salí de diez meses de confinamiento en el búnker que me salvó la vida. Ese día pude ver la destrucción que habíamos desencadenado contra nosotros mismos. El genocidio masivo que la estupidez de nuestra propia especie provocó. Ese día me prometí que me encargaría personalmente de que nunca más le sucediera algo así a la humanidad, no permitiría que se volviera a llevar a cabo tal destrucción en ningún futuro donde yo existiese. El encontrarme hoy aquí es mi continuación en el empeño de este propósito.

»Un primer paso en este nuevo camino es una idea a la que llevo dándole vueltas los últimos años. Es algo nunca antes hecho, la creación de un lugar que facilite alcanzar este propósito. La creación de un nuevo país. La creación de Volitur.

Parte 4:
Reproducción



24. Independencia

11/04/2154, 18:00

Donde antes solo había tierra y polvo rojizo ahora contemplaba una ciudad como muchas de la Tierra, una mezcla entre rascacielos metálicos acristalados, verdor de árboles plantados estratégicamente y ríos que dibujaban la silueta de la periferia. Si mostrabas esa panorámica a cualquier persona un par de décadas atrás y le decías que era Marte, se habría reído de ti. Y no era de extrañar, el planeta rojo se había convertido en una copia de la Tierra.

No fue un proceso rápido, duró más de nueve años, pero sí más sencillo de lo que se podría esperar. Solo se necesitaban conocimientos básicos de física para entenderlo. El primer paso de la terraformación fue bombardear los polos con las pocas bombas de hidrógeno que quedaban de la Guerra de Supremacía. Las grandes superficies heladas se convirtieron en agua y dióxido de carbono, formando una atmósfera hasta entonces inexistente.

El segundo paso fue obtener oxígeno de manera artificial mediante la electrólisis, es decir, separando el hidrógeno del oxígeno en las moléculas de agua. Después se aumentó el tamaño de la atmósfera y la temperatura del planeta, para asemejarlas a las terrestres, mediante una variedad de procesos químicos simples en las rocas de la superficie.

Ese fue el proceso principal que transformó en menos de una década una tierra yerma y sin vida en una versión de bolsillo de la Tierra. Aunque la terraformación no había terminado. Debido a la falta de un campo magnético encargado de mantener la atmósfera alrededor del planeta como en nuestro caso, todos esos cambios no servirían de nada en un par de siglos, el tiempo necesario para que la nueva atmósfera desapareciera. Esa era la razón de la construcción que se veía a las afueras de Tharsis, la capital de Marte en la que me encontraba. Lo que parecía un muro era en realidad un cable superconductor que circunvalaría el planeta. Una vez que existiesen nueve como ese, el trabajo estaría completado. Ya llevaban dos.

Esa asombrosa experiencia se incrementaba por el hecho de que esa fuese mi primera ocasión fuera de la Tierra. Por mucho que antes de la terraformación ya hubiese una colonia en el planeta, o que la Luna tuviese varios cientos de miles de habitantes, nunca hice un viaje extraplanetario. Me interesaba, pero no tanto, siempre encontraba algo que requería mi cuidada atención. Finalmente había surgido un motivo que ascendía mi presencia en ese planeta al inicio de mi lista de prioridades. Sumado al hecho de que justo nos encontrábamos en la fecha en la que la Tierra y Marte se encontraban más cerca entre ellas, solo cincuenta y cinco millones de kilómetros, había resultado en ese viaje.

El taxi tomó una curva, inclinándose levemente para contrarrestar la fuerza centrífuga. Al final de la nueva avenida que enfilábamos surgió el edificio que se mostraba siempre que se hablaba de Marte, el palacio presidencial. Por contradictorias que pudiesen sonar ambas palabras, el nombre de palacio no era debido a que alojara a la realeza de Marte, un término inexistente, sino

porque llamar de cualquier otro modo a esa construcción era un insulto. Una gran pirámide truncada cuya cúspide se sustituía por una enorme esfera que parecía levitar.

Los primeros arquitectos marcianos se asombraron por las ventajas de construir en ese planeta, donde la gravedad es casi un tercio de la terráquea y la actividad geotérmica es mucho menor. Se podían edificar atrevimientos que en el planeta génesis no se podrían ni considerar. Tharsis se había convertido en un museo de dichas creaciones. Los mejores arquitectos del mundo se mudaban a esa nueva sociedad con la intención de construir hasta sus sueños más húmedos.

En el interior del descomunal palacio presidencial se encontraba el culpable de mi viaje, el señor Noel Kums. Era el principal responsable de que esas calles estuviesen ahí, se pudiese caminar por ellas sin la necesidad de tener un traje espacial que adaptara la presión del aire, o que por la noche solo hiciese falta abrigarse con una chaqueta. Siendo el fundador y presidente de la empresa encargada de la primera colonización de Marte, su terraformación y su posterior segunda colonización, ese hombre era el mayor precursor de que el ser humano se hubiese convertido en una especie multiplanetaria. Desgraciadamente, no se alcanza tal nivel de influencia sin dejar un rastro de enemigos por el camino. Ese era el motivo por el que Noel me había contactado, porque necesitaba mi ayuda para seguir vivo.

El vehículo ascendió hasta alcanzar la altura en la que la pirámide se truncaba. La sombra de la gran esfera cubrió la luz del sol y el taxi se detuvo al posarse en el acceso lateral del palacio presidencial. Un secretario esperaba mi llegada. Después de darme una breve bienvenida, me escoltó al interior.

Quien diseñó esa construcción se esmeró notablemente más en el exterior que en su interior, por lo menos los pasillos por los que el administrativo me llevó carecían del encanto que te podrías esperar de un lugar como aquel. También era cierto que mi entrada no era la más habitual. Estaba claro que Noel Kums quería esconder mi presencia en Marte lo máximo posible.

Tras un paseo largo que demostraba el tamaño monumental del edificio, el guía se detuvo delante de una puerta y me indicó que entrara. Dentro me esperaba el, a efectos prácticos, máximo dirigente de la colonia de Marte.

—Señor Olerson, es un honor que finalmente haya venido a Marte —dijo estrechándome la mano.

—Señor Kums, es un placer haber encontrado por fin un motivo lo suficientemente importante que justificase mi presencia aquí. Y por favor, llámeme Harlan.

—Tú también me puedes llamar Noel. Dado el propósito de tu visita, no veo necesario andarnos con formalismos.

Noel se acomodó en el sillón. Por la mirada que me dedicó, supe que iba a ir directo al grano.

—Entiendo que ya estarás al día de la situación marciana, aunque te haré un breve resumen. La Tierra, o más bien la Federación de Estados Terráqueos, nos tiene apresados con sus garras sin la más mínima intención de dejarnos ir. En Marte han encontrado infinidad de nuevos recursos, creación de una nueva economía y el vaciado de parte de la población terráquea. El problema es que la FET no quiere participar o ayudar con ello, quiere tener el control absoluto. Ahora mismo no somos más que una colonia de la Tierra, como lo puede ser la Luna o el resto de estaciones mineras que hay por las cercanías. No tenemos la autonomía propia de un país, ya que no estamos en la Tierra.

»Esto nos pone en una situación peliaguda. Nuestros intereses no son los de la FET, pero si no tenemos la independencia necesaria, no podremos velar por ellos, y serán los gobernantes de la

FET quienes decidan el futuro de un planeta que no habitan y que solo quieren para exprimir sus riquezas y lastrar su crecimiento en el transcurso.

»Yo no soy el único que lo ve así, se trata de una mayoría casi absoluta entre los más de cinco millones de personas que habitan este planeta. Este es el motivo por el que dentro de unos días anunciaré la propuesta de independencia de Marte como una nueva categoría de sistema de territorio gubernativo, un planeta con los mismos derechos y responsabilidades que una nación de la Tierra, pero fuera de la jurisdicción terráquea.

—¿Cuándo tienes pensado hacer este anuncio? —respondí inalterado, ya que, como había dicho, estaba al día de la situación política de Marte, aunque me sorprendió que fuese a evolucionar tan rápido.

—Aún no está claro, en parte dependerá de lo que me cuentes hoy y cómo se desenvuelvan los eventos. Pero cuanto antes mejor.

—Entiendo. Continúa con la exposición, por favor.

—Bien —asintió acariciando su barba—. Por mucho que la gran mayoría de habitantes marcianos estén de acuerdo con la independencia, hay un porcentaje de ellos que no quiere verme en el poder de la presidencia de esta nueva nación. Yo, que soy el principal causante de que este mundo exista, que he sacrificado las últimas seis décadas de mi vida para sacar adelante esta roca que antes no era más que polvo y arena. Ahora, cuando es una mina de oro para quien quiera explotarla, es cuando me quieren quitar de en medio. Mi equipo de máxima confianza se ha encargado de recabar información e infiltrarse en este grupo de insurgentes. Es un hecho que quieren acabar con mi vida antes de que me convierta en el primer presidente de Marte.

—En principio, ya nos hemos encargado de ese problema, ¿no es así? —Noel asintió llevándose la mano al pecho, donde ya no quedaría rastro de la operación de diez horas a la que se sometió unos días atrás—. Has sido el primer cliente de la nueva sede de Aeon Technologies en Marte, y además lo has hecho con uno de los procedimientos más complejos. La modificación corporal que llevas es de las más costosas y difíciles de instalar por involucrar a diferentes órganos y sistemas del cuerpo humano. Si estos insurgentes tratan de asesinarte, lo encubrirán como un accidente, de forma que no se pueda relacionar el crimen con ellos. En ese caso, el procedimiento más efectivo sería el uso de algún agente químico que acabase contigo desde dentro sin dejar rastro.

—Un veneno.

—Exacto. Y esta modificación corporal se encarga de evitar que eso pueda suceder. Conectada a tus pulmones, corazón y estómago, filtra cualquier sustancia que entra en tu sistema, ya sea por medio del aire, una sustancia ingerida por la garganta o de un elemento insertado por vía intravenosa. Sin importar el nivel de toxicidad del agente, ahora mismo es imposible que mueras por envenenamiento, la modificación corporal se encargaría de aislar el agente antes de que afectase al sistema entero y te alertaría del intento de asesinato.

—Eso espero, ya que esta modificación me ha costado bastante más que las bombas de hidrógeno que tuvimos que comprar para derretir los casquetes del planeta.

—Míralo así, si mueres, no importan todas las Unidades de Tiempo que tengas almacenadas en tu AVA.

Noel me dedicó una mueca de conformidad.

—En cuanto al día para anunciar la futura independencia de Marte, te recomiendo que lo hagas lo antes posible. Si tienes a la FET y este grupo insurgente en tu contra, dudo que tengan la paciencia para dejarte hacer el primer movimiento.

—Estoy de acuerdo —contestó poniéndose en pie—. Agradezco mucho tu ayuda, Harlan, es un alivio contar en momentos así con la opinión de alguien tan experimentado como tú.

—Yo solo hago lo que es mejor para la humanidad.

La sonrisa de Noel se torció al escuchar mi respuesta, añadiendo un ademán de duda en su expresión. Me giré para abandonar el despacho en el que nos habíamos reunido, cuando el presunto futuro presidente de Marte añadió:

—Si no te importa la pregunta, ¿por qué haces todo esto?

Volví a encarar a Noel.

—Estoy de acuerdo en tu posición contra la FET. Pienso que es una organización que necesita que alguien la coloque en su lugar. Sin existir nadie que los controle, han tenido completa libertad de obrar como han querido con la minería espacial y las nuevas colonias que han surgido, justificando sus actos por el bien de la humanidad, pero dejando que sus directivos se quedasen con grandes cantidades de tiempo como pago por su escaso trabajo.

»Un país, o en este caso un planeta, solo puede crecer y evolucionar si las personas que están a su cargo tienen como único objetivo el bien de sus ciudadanos y territorio, por encima incluso de su propio beneficio. Es por eso por lo que veo imprescindible la independencia de Marte.

Noel asintió a cada frase, reforzando mi mensaje. Sin embargo, veía aún un atisbo de desconfianza en su expresión. Solté un pequeño suspiro y añadí.

—Además, un planeta como Marte es ahora mismo un mundo de posibilidades, nunca mejor dicho, un mundo que necesitará los servicios y productos de Aeon Technologies para sacarle el máximo provecho, y confío en que su presidente lo tendrá en cuenta para el futuro.

El último vestigio de duda en el rostro de Noel se convirtió en una sonrisa de complacencia.

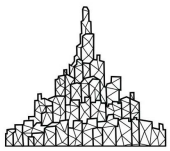
Salí del despacho satisfecho. En ocasiones como esa me sorprendía lo lejos que había llegado mi habilidad de ocultar la verdad sin mentir. Cada una de mis palabras eran ciertas, pero ocultaban parte de la realidad.

Indiqué al secretario que había permanecido en la puerta todo el rato que me llevase a la calle, quería volver andando a mi hotel. Pretendía disfrutar de ese planeta mientras tuviese que quedarme en él.

Cuando respiré el aire del exterior tuve una sensación extremadamente terrenal, como si se tratase de una más de las millones de respiraciones que había hecho. A excepción del diseño vanguardista de los edificios del centro de Tharsis, no había motivo para pensar que uno no se encontraba en la Tierra.

Caminé por una de las calles, dispuesto a perderme en esa metrópolis espacial. Al girar la primera esquina una figura humana apareció de la nada y se chocó contra mí. En una reacción automática, rodeé su cuerpo y nos caímos al suelo, yo amortiguando su caída. Fue así como me vi abrazado a una mujer con la mirada más ardiente que había visto nunca. Después de unos instantes que experimenté como minutos al estar sumergido en esos electrizantes ojos, el rostro de la mujer se tornó en preocupación y, en una voz cargada de temor, me suplicó:

—Por favor, necesito que me ayudes. Es cuestión de vida o muerte.



25. Estafa

11/04/2154, 19:15

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado a la vez que alerta por si estaba siendo víctima de una estafa.

—Necesito que me ayudes, un hombre me está persiguiendo.

Su mano señaló a una persona que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Solo sígueme el juego —me cortó cuando el susodicho nos alcanzó.

—¡Devuélvemelo! ¿Tú sabes el tiempo que cuesta esa joya? Tiene casi un siglo de antigüedad.

La desconocida me agarraba como si fuera su pareja y usaba mi cuerpo como escudo protector del señor de dos metros de estatura.

—Este es el hombre, cariño. Ha empezado a gritar y correr detrás de mí de improviso y sin motivo alguno.

Utilizaba una voz dulce, casi juvenil.

—A ver, señor, ¿qué ha pasado? —dije sin esforzarme mucho por meterme en el papel.

—Pues que tu novia me ha robado, y no me voy a ir hasta que recupere mi puto…

—Tranquilícese, no hay motivos para…

—¡No me digas que me tranquilice, chaval! Tienes la pinta del típico niño de papá que se gasta todo el tiempo de su paga en llevar a su novia a sitios caros, así que cómprale las joyas tú si tus padres son tan descerebrados de darte tal cantidad de tiempo, pero a mí no me toquéis los cojones.

—Le repito, señor, que no es necesario utilizar…

En esta ocasión la interrupción no la hizo con una frase, sino con un puñetazo directo hacia mi mentón. Por la forma en la que cargó el ataque, no era su primera vez golpeando a un desconocido, y estaba claro que su compostura y fuerza física también ayudaba en su intención de deshacerse de mí. Sin embargo, su golpe directo y certero en la barbilla no consiguió desplazar el ángulo de mi cabeza ni unos pocos grados. Al contrario de lo esperado, se escuchó el crujido de varios huesos de su mano romperse.

Sin yo tocarle, el hombre se tiró al suelo profiriendo un grito de dolor que llamó la atención de los peatones. Se llevó la mano al pecho y continuó sollozando del suplicio que debía de sentir. Si se hubiese tranquilizado como le indiqué, habría podido decirle que mi cuerpo estaba protegido por la versión más actualizada del recubrimiento de grafeno de Daifu, la empresa de Rai Saburo, quien seguía sin ganas de morirse. Ese recubrimiento podía aguantar cualquier tipo de bala estándar, más aún el puñetazo de un humano sin modificar como parecía ser ese maromo.

A mi lado la desconocida salió del refugio que mi cuerpo le ofrecía, mirando con asombro al

anterior amenazante individuo lloriquear en el suelo. Antes de que pudiera decir nada, un policía apareció con el paso acelerado.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó observando la extraña escena.

—Ese hombre me ha perseguido y ha intentado atacar a mi novio —comenzó la desconocida, todavía metida en su papel.

El policía parecía confuso. Estaba claro que la imagen que veía y el breve resumen que acababa de escuchar no coincidían.

—Ese hombre ha venido enfurecido increpando a mi pareja. Le he dicho que se tranquilizase, pero ha sido inútil, me ha atacado antes de que pudiese decirle que cuento con recubrimiento de grafeno en el cuerpo.

Los ojos del policía se abrieron en una mueca de sorpresa para transformarse en comprensión.

—Entiendo —añadió observando con desdén al hombre que seguía gimoteando con la respiración entrecortada—. ¿Quiere poner una denuncia por el asalto?

—No será necesario —dije adelantándome a mi supuesta pareja, que seguramente tendría otros planes—. Aunque si no le importa, agradecería si pudiese llevárselo al hospital. Creo que tiene varios huesos de la mano rotos.

El agente me dedicó un cabeceo de asentimiento y se llevó la muñeca a la boca para contactar con una unidad de ayuda médica.

Yo me di la vuelta, agarrando a la mujer desconocida del hombro, y nos alejamos andando tranquilamente por la calle, sin decir ni una sola palabra. Tras un par de minutos, tomé una de las callejuelas que se abrían en un lateral y detuve el paso.

—Muchísimas gracias por tu ayuda, de veras —comenzó sin separarse del todo de mi cuerpo —, no sé qué habría hecho sin ti, ese energúmeno ha corrido hacia mí de repente y sin motivo alguno. No tengo ni idea de…

—Dime la verdad —pronuncié en un tono sosegado.

—¿Cómo?

—¿Qué le has robado?

—¿De qué estás hablando? Te estoy diciendo la verdad. Tú has visto la mirada de ese hombre. No tengo ni idea cuál era su problema, yo no le he robado nada. Ha venido hacia mí de repente y era la primera vez que le veía.

La analicé de arriba abajo con mirada analítica, sin la menor lascivia en mi expresión.

—La ropa que llevaba el hombre está en el extremo caro de la balanza. Tenía instalado el último modelo del AVA en el mercado, que salió hace tres meses y cuenta con mejoras que solo le pueden interesar a quienes tienen grandes cantidades de tiempo. A un centenar de metros en la trayectoria de donde veníais está Pretoria, el hotel más caro de la ciudad. Después de golpearme he visto que en su muñeca derecha tiene una marca blanca en contraste con el moreno de su piel. Me ha extrañado que haya podido llevar ese tipo de objeto, ya que no son más que reliquias del pasado que hoy en día se ven solo como joyas, pero sumado a que con total seguridad se trata de un aeternum y su furia, pienso que le has robado un reloj.

La desconocida atendió a mi explicación con la expresión circunspecta. Pero en cuanto pronuncié la última palabra, el hechizo se rompió. Hasta entonces había algo que no me cuadraba de ella, finalmente había descubierto el qué. Llevaba ropa holgada que escondía la figura despampanante que debía de tener en realidad. El peinado que adornaba su cabeza no era de mal gusto, pero desde luego no favorecía sus rasgos faciales. Y hasta ese momento me dedicaba una mirada inocente, impropia de alguien con un aspecto físico y habilidades tan impresionantes.

Al ver que ya no era necesario, se quitó esa máscara de fragilidad y de mujer con necesidad de ser salvada y la sustituyó por una seguridad casi amenazante y una cierta malicia en los ojos que llegó a excitarme.

—Por un momento creí que podría engañarte, tienes cara de no haber roto un plato en tu vida.

Me reí divertido por su comentario. Al igual que el hombretón de antes, la gente seguía sin hacerse a la idea de que los tiempos en los que uno podía asumir la edad y forma de ser de una persona por su aspecto físico eran cosa del pasado.

La mujer metió la mano en su bolsillo y sacó un reloj de aspecto pesado. Unos colores plateados y dorados recorrían la correa, hasta llegar a una caja empedrada con minerales preciosos de distintos tipos.

—¿Se lo vas a decir al policía de antes?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —pregunté fingiendo sorpresa—. No tengo ni idea de quién es ese hombre, y tú desde luego me caes mejor. Yo solo quería saber la verdad.

Su rostro se iluminó con una gran sonrisa insinuante. Por más que observaba con detenimiento los pequeños movimientos de su expresión, era incapaz de sacar toda la información sobre sus intenciones y pensamientos, algo que me ocurría en muy pocas ocasiones.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué? ¿El reloj?

—Sí, y ¿por qué se ha dado cuenta? No parece que esta sea tu primera vez.

—No lo es, no, pero el factor del azar siempre está involucrado. En este caso no estaba de mi lado. Quitarle el reloj ha sido muy fácil, solo he tenido que acercarme a él. Pero en el momento en el que salía del vestíbulo del hotel han anunciado que el siguiente transbordador a Cimmeria salía en cuarenta minutos. El hombre ha consultado su reloj y, al no estar en su muñeca, ha supuesto que la culpable era la chica que se le había acercado segundos atrás. Es el problema de robar objetos con cierta utilidad, con otro tipo de joyas no habría tenido ese problema.

Yo asentía, tomando nota sobre un oficio del que sabía poco y que, como cualquier otro, me causaba mucha curiosidad.

—Tan sencillo no será el quitarle un objeto que alguien tiene pegado sobre la piel y al que le tiene mucha estima, ¿no crees? —inquirí queriendo saber más, nunca me gustaba quedarme con la información superficial.

—Oh, te equivocas, es muy fácil.

La desconocida no dijo nada más, estaba claro que quería que demostrase más interés.

—Pues explícame cómo.

—Cada persona tiene una distancia de intimidad, por decirlo de algún modo, una especie de burbuja que en cuanto un desconocido la rompe, nos ponemos alerta. Una vez se consiente su traspaso, tienes total libertad para acercarte a la persona sin levantar alarmas. La parte complicada está en penetrar esa barrera de seguridad. En mi caso, la genética me ha beneficiado dándome esta cara.

A pesar de la arrogancia que demostraban sus palabras, lo dijo con una confianza que recargó la frase de sensualidad.

—Hazme una demostración. Quítame mi pulsera de comunicación —dije alzando el brazo izquierdo para mostrársela.

Su expresión se ensanchó, aceptando el reto. Sin ningún miramiento, acortó el metro de distancia que nos separaba y se pegó a mi cuerpo, poniéndose de puntillas, como si fuese a decirme algo al oído.

—El secreto está en llevar la atención a otra parte del cuerpo, desviarla de tu objetivo principal.

Mientras hablaba recorría mi cuerpo con las manos, como si se tratase de un ciego queriendo crear una imagen mental de mi compostura.

—¿Lo ves?

Al escuchar esa frase me quedé absorto, había prestado atención a mi muñeca todo el rato, era imposible que me hubiese quitado la pulsera de comunicación. Fui a comprobar el brazo cuando me mostró un objeto que al principio no identifiqué. Al segundo sonreí.

—¿Qué es esto?

—Es un audífono —respondí escuetamente.

—No podía robarte la pulsera porque tenías toda tu atención ahí, así que lo he usado para extraer un objeto de otra parte —continuó sin darle importancia a lo que sostenía.

—Entiendo.

Entonces levantó su segunda mano, colgando de sus dedos mi pulsera de comunicación.

—Vaya, estoy sorprendido. Tienes razón en que es más fácil de lo que uno podría esperar.

No había sentido nada. Por mucho que viese mi pulsera en su mano, mi cerebro se negaba a creer que era la mía hasta que no comprobase mi muñeca desnuda. Lo era. La mujer también me sonrió, devolviéndome mi pulsera en el proceso.

—Muchas gracias por la clase magistral.

—Ha sido un placer… —dejó la frase sin terminar.

—Harlan, me llamo Harlan.

Ella asintió y me ofreció su mano, en un gesto de cortesía que ya parecía impropio tras haber estado tan cerca el uno del otro.

—Yo me llamo Clara.

Cuando nuestras manos se unieron, sentí una especie de conexión que hizo que un escalofrío recorriese toda mi columna vertebral. «¿Qué había sido eso?», pensé extrañado. Me miré la mano un poco confundido.

—Ha sido un placer conocerte, Harlan. Quizás nos veamos en algún momento en el futuro. Yo solo te recomiendo que vayas más atento al tomar las esquinas, no me gustaría que te chocaras contra otra mujer como yo.

Solté una pequeña carcajada, mientras trataba de deducir a qué se refería exactamente con ese comentario. Entonces, cuando Clara ya se había girado y se alejaba caminando, dije:

—Buen intento, pero sigues teniendo algo que me pertenece.

La mujer chascó la lengua.

—Vaya, y yo que pensaba que iba a ser capaz de quedarme con un recuerdo.

Sin darse la vuelta, me lanzó el audífono por encima de su cabeza. Entonces sí, desapareció de mi vista con la misma velocidad con la que había surgido minutos atrás.

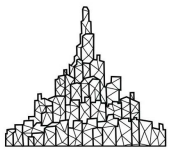
No me moví del sitio durante un rato. Disfruté del recuerdo cada vez más efímero e irreal de lo que acababa de vivir. Esa mujer era muy interesante, me había cautivado, no solo con su belleza, sino también con la seguridad que tenía al hablar. Sonreí una vez más al rememorar su rostro. Ese día había mejorado de manera muy inesperada.

Me llevé la mano al pecho, en ese gesto tan automatizado que tenía, y cada uno de los músculos de mi cuerpo se tensaron en un movimiento involuntario. Volví a palpar mi torso y un escalofrío erizó cada centímetro de mi piel.

Alcé el rostro, en una mezcla de estupefacción y molestia por lo que había ocurrido, pero

sobre todo extrema curiosidad por saber más sobre esa Clara. A fin de cuentas, me había engañado, había sido capaz de mentirme en la cara sin que yo me diese cuenta, algo que no me sucedía desde hacía décadas.

Todo lo ocurrido estaba preparado. Yo había sido el verdadero objetivo desde el principio. Robarle el reloj a ese hombre solo sirvió como excusa para, como ella había dicho, romper mi distancia de intimidad. Sabía cómo iba a reaccionar y que, al estar tan cerca de mí, sería capaz de extraerme la posesión más importante de mi vida, de quitarme el amuleto hexagonal que mis padres me legaron.



26. Usurpación

12/04/2154, 12:30

En el último día no había dejado de pensar en Clara. Con cada dato nuevo que descubría más interesante me parecía una mujer que unas horas atrás era completamente desconocida para mí. Solo había necesitado su nombre y rostro para que, a través de un contacto en la aduana de la estación de Marte, pudiese encontrar su identidad. Sorprendentemente, no me había mentido con su nombre.

Clara tenía 24 años, había nacido el 25 de febrero de 2130. Era huérfana. Ese evento ocurrió en su octavo cumpleaños, cuando fue a celebrar el día con sus padres. A pesar del poco tiempo que tenían, viviendo en una de las ciudades más densas de Europa, se pusieron sus mejores galas e hicieron el esfuerzo de ir a un restaurante. Desgraciadamente, a la salida de la cena un vagabundo les confrontó con una navaja en la mano. Les obligó a que le hicieran una transferencia con todo el tiempo que tuviesen en sus AVA. El hombre, al ver que solo le enviaron 30 UT, lo que ni siquiera daba para detener el envejecimiento celular durante un año, les dijo que no le engañaran, que alguien con esa ropa y yendo a cenar a restaurantes no podía tener solo medio año de vida almacenado. Los padres de Clara solo pudieron reafirmar su triste realidad entre sollozos, pero no fue suficiente para evitar que al hombre armado se le fuera de las manos la situación y acabase despidiéndose con dos cortes sucios. Para cuando llegó la ayuda médica, ya era tarde, sus padres murieron en el transcurso de unos pocos minutos, mientras Clara lloraba abrazada a ellos.

Los siguientes años los pasó de una casa de acogida a otra, con una ira contenida que siempre resultaba en que tuviese que buscar otro hogar temporal. Al cumplir los catorce años prefirió probar suerte por su cuenta y pasó a vivir en la calle ganándose la vida por sí misma. Desde entonces no se tenía ningún registro suyo. No había sido detenida ninguna vez, tampoco había asistido a un centro de formación reglado ni nada parecido.

Aunque estaba claro que no se había quedado quieta. Ya solo el transporte a Marte costaba varias veces la cantidad por la que murieron sus padres. Las apariencias demostraban que no le iba mal en la vida, por mucho que su labor no fuese la más socialmente aceptada.

Fuese como fuera, tenía claro que iba a volver a ver a esa mujer. Primero y más importante, debía recuperar mi amuleto hexagonal. Y en segundo lugar, necesitaba saber más sobre ella, mi curiosidad innata me lo suplicaba.

Me apoyé en la barandilla que daba al pequeño lago del parque mientras me imaginaba cómo sería ese hipotético segundo encuentro. Debía darme prisa, según había visto en la documentación de entrada en la colonia de Marte, tenía un billete de salida para esa misma tarde.

A lo lejos del paseo que rodeaba la masa de agua una pareja se acercaba hacia mí sosegadamente. Traté de vaciar mi mente para estar despejado para el encuentro, aunque fui

incapaz de eliminar la imagen borrosa del rostro de Clara.

La figura del hombre y la mujer se hicieron más nítidos al acortar la distancia. Reconocí en ellos los mismos rasgos de las personas con quienes había hablado unos días atrás desde la Tierra, en la sede de Aeon.

—Bienvenido a Marte, Harlan —me dijo Zack.

—No te haces una idea de lo feliz que nos hace tu presencia aquí —añadió Vanesa.

—Es un placer tener por fin la oportunidad de visitar Marte.

La pareja se paró momentáneamente, pero no tardaron en retomar el paso. Yo les seguí.

—¿Es seguro este encuentro aquí?

—Sí, no hay nada de lo que preocuparse. Uno de nuestros hombres te ha seguido desde que ayer te reuniste con Noel Kums y no hay ningún indicio que nos haga pensar que te están siguiendo.

Asentí satisfecho.

—¿Cómo fue la reunión? —continuó Vanesa.

—Como estaba previsto. Noel no tiene sospechas sobre lo ocurrido.

—Ese ególatra… —masculló Zack—. Piensa que este planeta sigue siendo su empresa en la que cuenta con un poder autocrático, donde su opinión y voluntad son la ley. Marte se merece ser un estado independiente de la Tierra, no tiene sentido que terráqueos a millones de kilómetros de distancia nos gobiernen, pero está claro que Noel no se merece estar al frente de esta futura nación.

—No nos malinterpretes —trató de suavizar Vanesa—, Noel ha hecho un gran trabajo, no hay nadie que discuta que sin él ahora mismo esta vida no existiría —dijo señalando los árboles entre los que caminábamos—, al igual que tampoco podríamos respirar este aire fresco que poco tiene que envidiar al terráqueo. Pero uno debe saber cuándo ha terminado su tiempo, y el de Noel ya ha llegado a su fin.

—Estoy de acuerdo —dije—. Cuando se independice de la Tierra necesitará a alguien al frente que realmente vele por el bienestar de Marte, no por el suyo propio. Y, al igual que vosotros, pienso que Noel Kums no es esa persona, su figura ha sido la de fundador, no la de presidente. Estos son dos cargos muy diferenciados que a muchos les cuesta aceptar. Marte podría alcanzar el nivel de la Tierra en varias décadas, pero para ello debe tener a la gente correcta al frente.

—Así es.

Aunque la respuesta fue de Vanesa, ambos secundaron la opinión con la misma expresión.

—La última vez que hablamos —comenzó Zack notablemente más rígido— nos dijiste que una vez que estuvieses aquí nos dirías cómo eliminaríamos a Noel.

Mantuve el silencio durante varios pasos, creando una atmósfera de tensión en la que yo me sentía muy cómodo, manteniendo la influencia en esa conversación.

—Noel Kums es consciente de que existe una oposición liderada por vosotros que no opina que él sea la persona idónea para los convulsos tiempos que vienen, y también que estáis dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de evitar que se convierta en presidente, incluyendo el deshaceros de él. Yo le hice ver que si llegaseis al extremo de matarle, lo haríais de la forma menos sospechosa posible, con algún tipo de veneno prácticamente inidentificable con el que no solo no os podrían relacionar con el suceso, sino que para empezar no se vería como un asesinato, sino como una extraña pero natural muerte. De esta forma, le convencí para que se instalara una modificación corporal que le impidiese morir a causa de cualquier veneno.

—¡¿Qué?! Pero si eso solo nos sirve para complicarnos más la situación —interrumpió Zack, el más impulsivo de los dos.

—La semana pasada Noel Kums —continué, haciendo caso omiso a la intromisión—, se instaló esta compleja modificación corporal, encargada de la filtración de cualquier sustancia ingerida sólida, líquida, gaseosa o introducida por vía intravenosa. Al contrario de lo que supones, Zack, ahora es mucho más fácil que antes acabar con su vida de una forma completamente inadvertida. A fin de cuentas, tiene una modificación de mi empresa que está conectada a su sistema respiratorio, cardiovascular y digestivo. En estos momentos es muy sencillo acabar con su vida de una multitud de formas.

El rostro de ambos se iluminó, sorprendidos por la genialidad de la idea. Llevé la mano al bolsillo de mi chaqueta y saqué un pequeño objeto cuadrado con un botón en el centro.

—Este dispositivo está sincronizado con la modificación de Noel Kums. Al apretar el botón se envía una señal que bloquea el transporte de oxígeno a su cerebro durante el tiempo suficiente para causar una hipoxia cerebral que resultará en su irremediable muerte. Ahora bien, debido a la naturaleza de la modificación corporal, el sensor receptor que tiene instalado es de muy bajo alcance, así que el activador debe estar a un máximo de veinte metros de Noel.

Los dos atendían a mis palabras como si se tratase de los alumnos más aplicados de la clase. Vanesa cogió el activador con cierto nerviosismo y se lo guardó con sumo cuidado, con miedo de que al pulsar el botón accidentalmente echase todo el plan a perder.

—¿Sabes cuándo será el mejor momento para activarlo? ¿Cuándo podremos acercarnos a él sin causar sospechas?

—El día en el que pronuncie el discurso donde proponga la independencia de Marte. La retransmisión será en directo, la forma idónea de minimizar las sospechas, ya que todo el mundo verá cómo sucede, sin nadie a su alrededor.

—¿Cuándo tendrá lugar este comunicado? —preguntó Vanesa adelantándose a su compañero.

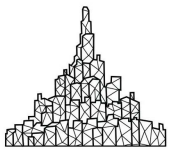
—Aún no tiene fecha. Os mandaré la información necesaria en cuanto la tenga a mi disposición.

Vanesa asintió con cierto nerviosismo. Zack, por otro lado, tenía la vista perdida, con una clara expresión de duda en su rostro.

—¿Y estás seguro de que tras su muerte no se podrá deducir que la causa no es natural? Es decir, ¿no podrían asociar el fallecimiento con la modificación corporal que se instaló unas semanas atrás? Aunque ese hecho no nos enlazase directamente a nosotros, sí que afectaría a Aeon.

No esperaba que fuesen a deducir ese posible inconveniente del plan. Estaban tan desesperados que suponía que cualquier solución que cayese sobre sus manos la aceptarían sin siquiera pararse a pensar. Me había equivocado.

—Será imposible asociar su muerte con esta modificación corporal. Y, aunque coincida con que recientemente se la ha instalado, no habrá más que esa suposición causal. De todas formas, no tenéis que preocuparos de nada. Vosotros solo presionad ese botón en el momento justo, yo me encargaré del resto.



27. Invitación

12/04/2154, 18:00

Aunque fuese completamente legal lo que estaba haciendo y no se tratase de la primera vez, se sentía como algo erróneo. Sentado en el interior de una cafetería enfrentada a uno de los hoteles más importantes de Tharsis, presencié cómo Clara salió a la calle marciana y se subió a un taxi. A los pocos segundos, este alzó el vuelo en dirección norte.

Disfruté del café que calentaba mi garganta mientras contemplaba el ir y venir del resto de ciudadanos de la capital de Marte. Personas con vidas llenas de oportunidades en su futuro al encontrarse en la nueva cuna de la humanidad. En el tiempo que estuve en esa cafetería me vi en la obligación de pedirme dos de los deliciosos *canelle* que preparaban en el establecimiento, más por glotonería mía que por motivos prácticos.

Setenta y tres minutos después de que el taxi de Clara desapareciese de mi vista, un coche de policía aterrizó en la puerta del mismo hotel. Me tomé ese indicativo como el momento de actuar. Pagué al camarero artificial que me atendía y crucé la calle. Clara salía del vehículo ayudada por un agente. En cuanto me vio su expresión de confusión se tornó en sorpresa, y no tardó mucho en cambiar a una profunda molestia.

—Te podrías haber ahorrado el paseo. No hacía falta que me escoltaras desde la estación espacial para traerme al mismo sitio del que he salido hace una hora.

—Lo sé, te estaba observando desde esa cafetería. Pero de esta forma estás más impresionada.

Clara demostró su contrariedad poniendo los ojos en blanco, aunque sabía que una parte de ella disfrutaba sentirse retada.

—Muchas gracias, agente, ya me encargo yo a partir de ahora.

La mujer uniformada asintió y se subió al vehículo, dejándonos a solas con el resto del bullicio de la entrada al hotel.

—¿Quién eres?

—Lo sabes perfectamente.

—Sé que eres Harlan Olerson, el presidente de Aeon Technologies, la empresa que manufactura los AVA que todo el mundo tiene instalados en su cabeza y muchas otras modificaciones corporales. Pero eso no explica que puedas usar a la policía de una colonia que visitas por primera vez para favores personales.

—¿Favores personales? Ha ocurrido un delito, los agentes estaban haciendo su trabajo.

—¿Dónde está la denuncia? ¿Y el procedimiento habitual?

Clara no apartaba su mirada de mí ni un segundo, no dejándose amedrentar por mi presencia ni mi demostración de poder.

—Digamos que tengo influencias en muchas partes.

—¿Incluso para juntarte con Noel Kums?

Dijo esa frase con la intención de equilibrar el balance de información que cada uno poseía sobre el otro, pero desde el momento en el que desapareció su factor sorpresa, ya había perdido en esa batalla.

—¿Me puedes devolver ya mi colgante?

Clara chascó la lengua, pero ni siquiera se esforzó en tratar de ocultar que me lo hubiese robado. Se subió el vestido hasta descubrir su muslo derecho y, presionando con varios dedos el músculo, activó una modificación corporal que despegó un cuadrado de su piel.

—Vaya, veo que eres clienta nuestra.

—Sí, este pequeño compartimento es muy útil en mi profesión. Aunque no sé si repetiré con vuestros servicios, por ahora no estoy muy satisfecha con el trato del presidente de la empresa.

Mientras hablaba sacó del pequeño espacio que se había creado en su muslo el amuleto hexagonal. Seguía atada a la misma cadena que siempre pendía de mi cuello.

—Es un uso muy inteligente, no te lo voy a negar.

—¿Ya estás contento? —preguntó resignada cuando dejó caer la pieza metálica en la palma de mi mano.

—Todavía no, quiero invitarte a cenar.

Los ojos de Clara se abrieron de par en par, aunque no tardó en mostrar la seguridad que tan bien la acompañaba.

—Eres la primera persona que me quiere invitar a cenar después de que le haya robado.

—Eso es porque es la primera vez que me robas. Además, no puedo permitir perderte como clienta de Aeon Technologies.

En su rostro se dibujó una pequeña sonrisa que fue incapaz de reprimir. Sin responder a mi invitación, echó a andar, estaba claro que sabía dónde quería esa cena.

Aunque el coste fuese a ser muy elevado, no me importó su elección. Un restaurante en la cúpula del palacio presidencial, un lugar bastante curioso para ubicar un establecimiento de ese tipo, pero dadas las vistas, entendible. Desde el lugar más alto de Tharsis hasta la fecha, podías disfrutar de toda la grandeza de ese planeta que había renacido del polvo que unas décadas atrás lo cubría. En la lejanía se veía el final de la ciudad, donde los edificios se tornaban en campos completamente vacíos, para luego transformarse en inmensos bosques artificiales. Gracias a la menor gravedad en comparación a la Tierra y el uso de unas semillas modificadas, en Marte la mayoría de especies crecían en una décima parte del tiempo que requerían en el planeta génesis. Eso resultó en una transformación completa en unos pocos años de una superficie yerma a campos repletos de vegetación y colores que daban vida a esa panorámica.

En muy poco tiempo perdí el supuesto control de esa cita con Clara. No solo eligió el restaurante, sino también qué cenaríamos y encaminó la conversación por donde quiso. Supuse que no sería muy habitual en su vida sentarse con alguien como yo pudiendo hablar con total sinceridad de quién era y qué hacía. Conversamos sobre cómo había llegado a mi situación actual, cuál era mi día a día o curiosidades que pocos sabían del funcionamiento interno de Aeon. En los momentos en los que pude, yo la interrogué a ella de igual forma, tratando de saber más de una mujer que me fascinaba. Con cada dato nuevo que conocía sobre ella, más ganas tenía de seguir compartiendo mi tiempo con ella.

De todas formas, cuando el postre llegó a la mesa afronté el segundo motivo por el que había propuesto esa cena.

—¿Quién te ha contratado para que robaras mi colgante?

La expresión de Clara se endureció, aunque no se llegó a poner del todo a la defensiva. Ya sabía que era una pregunta que tarde o temprano surgiría.

—No lo sé.

—¿Cómo no puedes saber quién te ha contratado? Es la persona que te va a pagar.

—Hoy en día, la mayoría de cargos que acepto son de una asociación clandestina que opera en absoluto anonimato. Ni yo sé quién es la persona que me contrató, ni ellos saben la identidad de la persona que aceptó el encargo.

Apreté la mandíbula poco convencido ante su respuesta. Debía de haber algo más, pero no sería fácil que me diese un hilo del que poder tirar.

—¿Y no sabes nada más sobre el contratante? Cualquier dato que me pueda servir para conocer su identidad, o al menos algo detrás de sus motivaciones.

—Lo único que sé es que, sea quien fuera, estaba dispuesto a pagar una gran cantidad por ese colgante. Ni siquiera sé cuál es su uso o por qué lo quería mi contratante. Pero está claro que otra persona me sustituirá para obtenerlo. Puede que te hayas librado de mí, pero habrá más.

Yo asentí. Eso era algo que había aceptado desde el momento en el que me arrebató el amuleto hexagonal. Seguía sin saber su uso, pero estaba claro que tenía una gran importancia.

—No te daba yo por las que se rinden tan fácilmente.

Clara soltó una breve risa y se acercó por encima de la mesa.

—No me gusta robar a quienes me caen bien.

—¿Así es como lo llamarías? ¿Que te caigo bien?

La línea de su rostro se ensanchó, formando un trazo curvo que hizo que me quedase embobado en la imagen que tenía a dos palmos de mi rostro. Una distancia que, antes de que pudiese darme cuenta, se acortó a cero. No sabría decir si fui yo, poseído por mis instintos más primarios, o fue Clara quien dio el paso final, pero ese beso removió cosas en mi interior que solo habían ocurrido una vez en toda mi vida, y era ya un recuerdo tan lejano que dudaba si acaso era cierto.

Saboreé cada uno de esos segundos hasta que, igual de rápido que había comenzado, la unión se rompió, devolviéndonos a ambos a nuestros sitios con un rubor en las mejillas que no podíamos esconder y una conexión en la mirada que no había surgido hasta ese momento.

No dijimos nada, no hacía falta, ambos sabíamos que ese beso nos sabía a muy poco. Nos levantamos de la mesa y pagué mientras Clara se dirigió a la plataforma exterior donde ya nos esperaba un taxi. Fuimos capaces de aguantar nuestras ganas hasta subirnos al coche, donde nos dejamos llevar en los asientos traseros. Agradecí que en Marte no hubiese ni un solo vehículo tripulado por humanos. Nuestras lenguas se dijeron lo que ya no teníamos que comunicar con palabras. Con las manos palpé un cuerpo que quería estudiar hasta el mínimo detalle y nuestra respiración entrecortada demostraba que nuestros impulsos habían tomado el control.

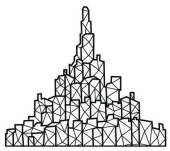
Cuando el taxi nos dejó en la puerta de mi hotel, en un trayecto que duró un par de minutos, salimos con unas pintas cuestionables. Corrimos hacia el ascensor, como si tuviésemos prisa por que el mundo se fuese a acabar de un momento a otro y no fuésemos a ser capaces de terminar de consumar la muestra que habíamos tenido del otro.

En el ascensor continuamos la sucesión apresurada y cada vez menos calculada de besos, roces y choques. Cuando las puertas se abrieron y entramos en mi habitación me di cuenta de que, sorprendentemente, nos habíamos contenido hasta ese momento. En el instante en el que nos quedamos a solas en mi suite dejamos de comportarnos como dos humanos civilizados y fluimos con una pasión que no era propia de dos personas que se acaban de conocer.

Esa noche no dejamos ni una de las estancias de la suite sin usar. Cuando nuestras contiendas carnales llegaban a un inevitable final, marcado por aullidos y movimientos arrítmicos, descansábamos en los brazos del otro hasta que las caricias volvían a reactivar la necesidad por el cuerpo ajeno.

El resto de días se sucedieron con un devenir muy similar. Normalmente detestaba la rutina, el tener un día calcado al anterior, pero en este caso firmaría para que fuese así hasta el final de mi tiempo. En jornadas que parecían durar mucho más que simples veinticuatro horas, éramos incapaces de separarnos el uno del otro. Ya fuese dejando que nuestros cuerpos conociesen cada centímetro del otro, haciendo una lista interminable de preguntas mientras recuperábamos el aliento tras habernos dejado poseer por nuestros insaciables impulsos sexuales, o cuando salíamos del hotel para respirar aire que no estuviese lleno de la evaporación de nuestro sudor. En cada una de las horas que compartimos en esas vacaciones completamente improvisadas agradecimos que nuestros caminos se hubiesen cruzado.

Desgraciadamente, siete días después de que diera comienzo ese retiro, los mecanismos de mi plan que ya estaban en movimiento dieron sus frutos. Una notificación de Noel me informó que dos días después haría su presentación, anunciando al mundo que Marte se merecía ser un planeta independiente de la Tierra. Y antes de que eso tuviese lugar, debía preparar una última pieza esencial en el tablero de juego.



28. Involucración

20/04/2154, 10:13

Dejé que el tintineo de la cucharilla golpeara los laterales del vaso que contenía mi café. Quedaban siete minutos para que el último de los jugadores de la partida entrase por la puerta del vestíbulo del hotel. Un hombre trajeado más acostumbrado a quedar en los despachos de los gobiernos más importantes que en el hotel al que me había desplazado, dirigido a quienes van a Marte con el espíritu lleno y sus AVA vacíos.

Una de esas personas se sentó a mi lado, a pesar de que la barra de la cafetería estaba completamente vacía. Tocó un par de veces la pantalla que tenía delante de él y a los pocos segundos una máquina transportadora le sirvió un café igual de humeante que el mío.

—¿No cree que es una pena que se esté perdiendo el servicio humano? —preguntó de sopetón, sin siquiera hacer contacto visual.

Yo estaba dispuesto a exprimir al máximo cada situación, y esa no iba a ser diferente. Las apariencias, como de costumbre, eran engañosas. Por mucho que me encontrase en un hotel enfocado a gente con bajo poder adquisitivo y ese hombre aparentase tener veintipocos años, parecía más interesante que la mayoría. Si lo pensaba, yo me podía encontrar en la misma situación que él.

—Totalmente de acuerdo. Entiendo que es un coste muy grande tener dependientes humanos cuando una de estas máquinas se paga a sí misma en diez meses de trabajo. Pero hoy en día, solo algunos lugares de muy alto coste mantienen el equipo humano, en el resto de sitios ha desaparecido por completo.

—Cuando toda la gente rema en una dirección, suele ser buena idea ir al contrario. Me apuesto lo que quiera a que en el futuro surgirá algún tipo de establecimiento con plantilla humana enfocado a todo tipo de AVA, no solo a los de más tiempo. Será algo tan «innovador» —dijo entrecomillando la palabra—, que arrasará con la competencia.

Me quedé reflexionando sobre esa idea. Tenía razón, sería una gran oportunidad de negocio, traer algo antiguo e instaurarlo como innovador, en muchas ocasiones así funcionaba el mercado.

—¿Qué le trae por aquí? —le pregunté queriendo saber más sobre la persona que se escondía detrás de ese rostro apacible.

—Es una pregunta difícil de responder en mi caso. Se podría decir que soy un explorador.

—¿Explorador espacial?

—No, definitivamente un explorador espacial no, soy más bien un explorador cobarde. —Le dediqué una mueca de estupor ante esa respuesta tan inesperada—. Verá, un explorador espacial es aquel que pone su vida en riesgo con el propósito de descubrir un nuevo mundo, establecer una estación para generaciones venideras o ayudar a prosperar una colonia establecida. En mi caso, soy la persona que va cuando todo eso ya ha ocurrido. Cuando se trata de un mundo que ha

dejado de ser hostil, pero todavía es una civilización en ciernes.

Solté una risa que no pude contener.

—En ese caso, me temo que yo también soy un explorador cobarde.

El desconocido me dedicó una amplia sonrisa que provocó que algo en mi interior se retorciera. Una extraña sensación que desapareció cuando le di un sorbo al café.

—¿Y busca algo en específico con estas exploraciones?

El hombre se quedó pensativo, dedicando una reflexión profunda a mi cuestión. Cuando pasó medio minuto no parecía que fuese a ser capaz de responder, así que reformulé mi pregunta.

—Es decir, ¿qué le hizo salir a explorar en primer lugar?

—Hace tanto tiempo de eso que ya ni estoy seguro. Ahora que me paro a pensarlo, llevo más tiempo en esta fase de exploración que en mi antigua vida. —Pronunció esas últimas dos palabras con un tono de tristeza tan profundo que, por mucha curiosidad que tuviese, me aguanté las ganas de seguir inquiriendo en su otra vida—. Creo que busco una verdad que hace mucho tiempo dejé de creer que existe —respondió por fin a mi pregunta inicial, como si hubiese encontrado la inspiración en el sorbo que había tomado—, pero aun así, es tal mi inercia que no puedo detenerme. O, más bien, tengo miedo de hacerlo.

Observé con más intriga a ese hombre. ¿Quién era? Algo en su frase resonaba en lo más profundo de mí, como si hubiese puesto en palabras una sensación que yo mismo compartía desde un tiempo a esta parte. La tranquilidad de su expresión, la afabilidad de su sonrisa, junto a la claridad de sus palabras y la despreocupación de su tono, conformaban un hombre del que necesitaba saber más.

—¿Y usted? ¿Qué le trae por Marte? ¿Viene a explotar todas las oportunidades que ofrece esta nueva tierra habitada? —dijo interrumpiendo mis cavilaciones.

—Pues, irónicamente, vengo a evitar que otros acaben explotando esta tierra habitada.

A pesar de lo ambiguo de mis palabras, el desconocido me dedicó una mueca de asentimiento, dándome a entender que sabía a qué me refería. Fui a indagar más sobre ese hombre cuando por el rabillo del ojo vi que el motivo de mi presencia en ese hotel había llegado. Solté un pequeño bufido de molestia y me puse en pie.

—Sintiéndolo mucho, debo irme. Ha sido un placer conocerle…

—Kristen Laine, me llamo Kristen Laine —contestó aceptando mi mano.

—Malcolm Hicks, un placer.

Los dos aferramos con fuerza nuestras manos y bloqueamos la vista en la mirada del otro. Hubo una conexión extraña, casi familiar. Cuando le solté y me alejé de aquel hombre, no tenía del todo claro qué había ocurrido. Lo único que sabía con certeza era que ambos sabíamos que el otro había mentido al decir su nombre.

Tratando de quitarme ese singular evento de la cabeza, me acerqué al hombre trajeado que se había sentado en una butaca en el otro extremo del vestíbulo.

—Un placer por fin conocerle en persona, señor Landers —dije sentándome a su lado.

—Buenos días, señor Olerson. —El funcionario de la FET me dedicó una mirada en la que no ocultó la desconfianza que tenía sobre ese encuentro—. He oído que estos días se ha estado moviendo por Tharsis.

—Así es.

—Estaré encantado de saber cómo van los preparativos de la operación que se le encargó.

Apreté la mandíbula, suprimiendo la molestia que me producían sus palabras. No apreciaba la condescendencia ni su soberbia, pero no dejé que mi ego se interpusiese en el objetivo que

pretendía conseguir.

—El 11 de abril me reuní con Noel Kums. Como estaba previsto, se sometió a una compleja operación en nuestro centro. Actualmente cuenta con una modificación corporal capaz de interceptar cualquier veneno, pero también es susceptible de caer bajo mi control. Ese poder se lo he cedido a Vanesa Frye y Zack Timmons, los cabecillas del grupo opositor dentro del movimiento independentista marciano. Usarán un dispositivo para acabar con la vida del colonizador, estando lo suficientemente cerca como para que se les pueda detener *in situ*.

—¿Cuándo ocurrirá?

—Mañana. El señor Kums dará un comunicado a todos los habitantes de Marte y la Tierra, anunciando su propuesta de independencia. En esa misma retransmisión los insurgentes matarán a Noel y…

—Nosotros detendremos a esos criminales por asesinato —dijo Ryan Landers—. De este modo nos desharemos de la mayor amenaza hacia la FET de un solo ataque, sin siquiera parecer involucrados en el conflicto. Podremos elegir a un gobernante de Marte más afín a nuestras necesidades y nadie desde la Tierra se verá afectado por los ideales nacionalistas de los marcianos.

Se quedó callado, saboreando esas palabras en su boca.

Había despreciado a ese hombre desde el inicio. Como el resto de directivos de la Federación de Estados Terráqueos, su egolatría trataba continuamente de alcanzar récords trascendentales en la historia de la humanidad.

Ese sentimiento era mutuo, yo nunca le había caído en gracia. De no ser por hilos que había movido en el último momento, ese plan habría fracasado antes siquiera de comenzar. Siendo el jefe del departamento de colonias de la FET, esa situación dependía principalmente de él. Necesité usar todas mis influencias para persuadirle de que dejara la resolución del conflicto en mis manos.

—No se lo voy a negar, señor Olerson, nunca he tenido fe en usted. No pensaba que fuese capaz de solventar el conflicto satisfactoriamente. Me alegra saber que ha demostrado mi error. La única duda que me queda en todo esto es cuál es su posición en la disputa, ¿qué pinta un aeternum como usted en todo esto?

—Noel Kums quiere crear en Marte una extensión de su empresa, quiere gobernar esta tierra llena de potencial con su opinión incuestionable, creando un estado autocrático. Los insurgentes quieren evitarlo, pero no tienen las herramientas ni la experiencia para hacerlo. Actualmente tienen un mismo objetivo que los une, derrocar a un enemigo común, una vez desaparezca, lucharán entre ellos para, irónicamente, reemplazar a la figura que quieren eliminar. Mi intención es evitar todo esto y ayudar a que una tercera parte sirva de árbitro en el conflicto y le dé a Marte la oportunidad que merece para crear una nueva sociedad.

—Estoy de acuerdo, justo esa es la intención de la FET. Pero no me queda claro por qué alguien como usted, que lo tiene absolutamente todo, querría verse involucrado en algo así.

Mi expresión permaneció impasible, pero por dentro me reí ante su comentario. «¿Lo tenía absolutamente todo?», pensé. La mente de ese hombre no era capaz de concebir lo realmente minúscula que era mi situación actual en comparación con dónde quería llegar. Los siglos de trabajo que todavía me quedaban para alcanzar un punto que, siendo realista, seguramente nunca obtendría.

No respondí nada de eso, preferí tomar una vía menos pretenciosa y más humorística.

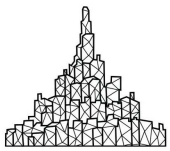
—Usted mismo lo ha dicho, soy un aeternum, tengo tiempo de sobra, en algo tendré que gastarlo. —Mi respuesta no pareció convencerle, ya que frunció el ceño y tensó la musculatura de su cuerpo como un ciervo que se pone alerta ante el crujido de una rama en las cercanías.

—En el periodo de unos pocos días se ha reunido con el señor Kums, asegurándole que pretendía ayudarle a cumplir su objetivo. Luego ha hecho lo mismo con el señor Timmons y la señora Frye, afirmando que el pretexto para acercarse a Noel Kums no era más que para poder ayudarles a ellos, con quienes realmente tenía sus intereses alineados. Por último, ahora viene a mí y dice que incluso el acercamiento a los insurgentes era solo para controlarles y, una vez más, asegura que sus intereses están alineados con los de la FET. ¿No ve usted cierta ironía en la situación? ¿Cómo puedo estar seguro de que no va a ir ahora a una cuarta parte interesada a contarle lo mismo que me ha dicho a mí, pero en este caso añadiendo a la FET como un implicado más al que va a engañar?

No me sorprendió ese razonamiento tan perspicaz por su parte. Tenía razón, era una deducción completamente válida y yo ya había contado con ella. Me eché hacia delante en mi asiento, acortando la distancia que nos separaba, y hablé con la mayor sencillez que pude imprimir en mis palabras.

—Es muy simple, no hay ninguna parte más involucrada en el conflicto que pueda suponer una amenaza para la FET.

«Y eso era algo que estaba a punto de cambiar» añadí en mi cabeza.



29. Aclaración

20/04/2154, 19:00

El transcurso de esa cena había sido un contraste absoluto con la semana anterior. No había ningún roce cariñoso de nuestras manos, un acercamiento lascivo debajo de la mesa o incesantes intercambios de preguntas y respuestas entre los dos. Disfrutábamos del silencio, la mirada del otro y la comida que nos servían. Y, aunque desde fuera pudiese parecer que éramos un matrimonio ya estancado en el pasar del tiempo, que compartíamos tiempo con el otro más por rutina y obligación que por placer, no era nada más lejos de la realidad. No hablábamos porque no era necesario, teníamos tal punto de complicidad que nuestros gestos transmitían más que nuestras palabras.

Los músculos de las sienes de Clara se tensaron en una pequeña contracción. Supe que iba a hablar.

—¿Ya sabes cuándo vas a volver a la Tierra?

—Todavía no, mañana lo sabré.

Esa pregunta no había sido más que un pretexto para romper el silencio en el que nos habíamos acomodado.

—Nunca he vivido algo parecido a lo de esta última semana.

—Yo tampoco, Clara.

Era la primera vez que sentía algo tan profundo e intenso como lo que habían provocado esas últimas 192 horas desde que Clara y yo fuimos a cenar por primera vez.

—Sé que no es algo de lo que hayamos hablado, sobre qué pasará una vez que volvamos a la Tierra —aclaró, a pesar de que ya supiese a qué se refería—. Pero tarde o temprano lo tendremos que hacer.

Tomé un bocado de comida y reflexioné en silencio. Antes de que pudiera formar una respuesta sólida en mi mente, ella continuó.

—El tiempo, por mucho que vaya en contra de las apariencias, no es algo que me interese. Pero sí que hay dos cosas que me gustaría saber antes siquiera de plantear continuar con esto.

Levanté la ceja en señal de sorpresa, parecía que ella le había dado más vueltas al tema que yo. En cuanto a su atracción por el tiempo, la riqueza o el poder, era cierto. En un inicio me preocupó, pero no tardé en darme cuenta de que su interés estaba en mí, no en la cifra que marcaba mi AVA.

—Esta mañana he visto que has quedado con Ryan Landers, el jefe del departamento de colonias de la FET. Mi pregunta es, ¿qué estás haciendo realmente en Marte?

—¿A partir de ahora tendré que suponer que me vas a seguir a todas partes?

Clara suavizó su expresión.

—Si son individuos tan interesantes, no te puedo asegurar que no lo vaya a hacer.

—En ese caso, lo tendrás que hacer siempre. Aunque para el resto de ocasiones no tiene que ser a un centenar de metros detrás de mí, lo puedes hacer a mi lado.

Clara esbozó una pequeña sonrisa de agradecimiento, pero no tardó en endurecer su postura.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estás involucrado en la posible independencia de la colonia? ¿Tiempo, poder, influencia?

Me recosté sobre mi asiento, dejando los cubiertos en la mesa. Traté de ver las intenciones detrás de esa pregunta, dilucidar si se me escapaba algo. Pero, al igual que en la primera ocasión en la que nos encontramos, solo me topé con un muro infranqueable con el que se protegía.

Mi única opción era obrar de la única forma que sabía, diciendo la verdad.

—Lo que estoy haciendo en Marte es tratar de beneficiar a la humanidad lo máximo posible.

Clara desvió su mirada de mí, ostensiblemente decepcionada.

—Está bien, no tienes…

—Es la cuarta vez que me hacen esta pregunta en la última semana —la interrumpí—, y, aunque soy incapaz de mentir, las primeras tres veces he jugado con una cierta ambigüedad a mi favor. En esta ocasión es la única vez que he respondido con la absoluta realidad. El motivo principal por el que estoy en Marte es por el bien de la humanidad. —Clara mostró una mueca de duda al ver la seriedad con la que hablaba, pero siguió mirándome con cierto recelo—.

»Yo morí hace cuarenta y cuatro años, el día que acabó la Guerra de Supremacía. Ese día murió mi *yo*, dejó de existir mi ego. Durante los siguientes diez meses el resto de mi cuerpo estuvo en un limbo entre la vida y la muerte, dudando cada una de las horas que estaba despierto si merecía la pena seguir alargando ese sufrimiento. Para cuando salí del búnker que me refugió y regresé finalmente a la vida, lo hice solo por un motivo, el bien de la humanidad. Me iba a asegurar de que la humanidad sobreviviese a su propia estupidez, impediría con todo lo que estuviese en mi mano que la especie humana acabase consigo misma. Desde ese día, todo lo que he hecho y haré para el resto de mis tiempos, hasta que mi vida finalmente llegue a su fin, será por el bien de la humanidad, sin importar lo que tenga que sacrificar en el camino. Clara, si finalmente decides seguir conmigo, esto es algo que deberás tener en cuenta desde este mismo instante. Siempre habrá algo que estará por delante de ti en mi escala de prioridades, y nunca va a cambiar.

La mujer con la que compartía mesa me observaba con la fascinación de quien contempla a un animal en peligro de extinción, a una criatura única con la que nunca pensaba encontrarse en ese camino.

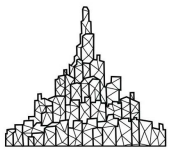
—Lo tendré en cuenta —respondió sin mayor contemplación—. Lo segundo que me gustaría saber es si estarías dispuesto a donar tiempo a casas de acogida.

Esa contestación me pilló tan desprevenido que mi reacción fue echarme a reír. Clara no tardó en unirse.

—Por supuesto —dije cuando la respiración entrecortada me permitió responder.

Ambos volvimos a adoptar la postura de calma y complacencia que habíamos tenido el resto de la semana. El camarero artificial retiró nuestros platos y nos sirvió el postre. Al ver a ese humanoide de metal pensé en el hombre con el que dialogué esa mañana antes de hablar con el funcionario de la FET. Desde luego, en ese viaje a Marte había conocido a mucha gente interesante.

—Si ya has solventado todas tus dudas, ahora es mi turno. Has dicho que Ryan Landers te parece un hombre interesante. Clara, me gustaría contar con tu ayuda para mañana.



30. Árbitro

21/04/2154, 16:00

—Mi nombre es Noel Kums y hoy no me dirijo solo a los ciudadanos de Marte, sino a toda la especie humana.

Ser el único espectador en ese auditorio del Palacio Presidencial era una sensación extraña, como si fuese un evento honorífico centrado en mi persona, lo cual no era así. Por mucho que el actual dirigente de esa colonia no tuviese ni idea de lo que estaba a punto de suceder, tenía razón en que ese evento le incumbía a toda la humanidad. A fin de cuentas, el resultado de mi plan tendría efecto en cada humano vivo y en las generaciones venideras.

—Para quienes no me conozcan, he sido el principal precursor de la terraformación y colonización del antiguo planeta rojo, ese astro vecino a la Tierra que ahora mismo es su réplica en menor tamaño. Mi objetivo desde pequeño siempre fue convertir a los humanos en multiplanetarios, siendo ese el mayor seguro para evitar la extinción de nuestra especie. Han sido décadas de trabajo, la cooperación de millares de personas y la inversión de millones de Unidades de Tiempo… Pero en el 2122 se consiguió. Sin embargo, este discurso no es para hablar de proezas pasadas que ya conocemos, es para tratar la importancia de que este logro no sea un cúmulo de esfuerzo desaprovechado.

»En este mismo instante la sede principal de la Federación de Estados Terráqueos se encuentra a más de sesenta millones de kilómetros de donde yo estoy, en Tharsis, la capital de Marte. A pesar de la enorme distancia que nos separa, donde ni siquiera respiramos el aire de la misma atmósfera, el gobierno de este planeta depende de los hombres y mujeres que habitan ese lugar. La gran mayoría de ellos ni siquiera han puesto un pie en nuestro suelo, mucho menos tendrán la capacidad, o más bien la intención, de velar por nuestros intereses. Los tiempos en los que con un vuelo de diez horas podías estar en cualquier parte habitada por los humanos hace mucho que se dejaron atrás, ahora toca hacer lo propio con la forma de gobierno. Carece de sentido que la gestión y dirección de un territorio venga dado por personas cuyos intereses no tienen nada que ver con sus habitantes y que, en su mayoría, desconocen incluso la situación real de este lugar.

»Por este motivo quiero anunciar el comienzo del proceso de independencia de Marte, por el cual este planeta dejará de ser una colonia de la Tierra para convertirse en una nación de derecho propio, donde sean los propios habitantes del planeta los que se encarguen de dirigir su futuro. Este proceso será lento y tendrá muchas trabas por parte de los gobernantes terráqueos, pues no está en sus intereses que tenga lugar. Es por eso por lo que en estos meses convulsos que se sucederán es necesaria la máxima unidad dentro del planeta. Es imprescindible que todos los marcianos estemos…

Noel se quedó completamente petrificado, con el rostro pálido. Si estuviese viendo la

retransmisión como el resto de la audiencia, pensaría que la imagen se había congelado. Pero no era así, las funciones motoras que normalmente el señor Kums podía controlar habían sido bloqueadas. Debía de ser una sensación muy frustrante, ser incapaz de que tu cuerpo responda a tus propias órdenes.

Era mi turno para continuar el comunicado. Me acerqué mi dispositivo de comunicación a la boca, el cual estaba conectado con la retransmisión, y hablé.

—Me dirijo a los espectadores viendo este mensaje en cualquier parte de los mundos habitados. No se trata de ningún problema en la emisión del programa, Noel Kums realmente se ha quedado congelado. Como bien ha dicho, su labor en la transformación de Marte para convertirlo en el lugar pacífico y habitable que es hoy ha sido imprescindible. No es un desacierto proclamar que sin la existencia del señor Kums, este planeta no sería lo que es hoy en día.

»Dicho esto, asumir que por estos mismos motivos Noel Kums es la figura idónea para decidir el futuro del cuarto planeta del Sistema Solar sería ingenuo y arriesgado. El fundador de Marte sigue pensando que este territorio es su empresa, la pequeña colonia que creó décadas atrás y de la que posee el control absoluto de sus habitantes y demarcación. Pero no es así. La fase de colonización ya ha finalizado, ahora es el turno del periodo de gobernación. Y, como no estamos en el siglo XX, gobernación democrática.

Tomé una pausa y desvié la mirada de Noel Kums, quien seguía inmóvil sobre el escenario, la única parte iluminada del pequeño auditorio.

—No solo yo pienso así, un grupo bastante notable de marcianos opina igual, llegando incluso a tomar acción en sus propias manos. Os estoy hablando de los segundos jugadores de esta partida, los líderes del movimiento insurgente en Marte, Vanesa Frye y Zack Timmons.

Como si mi mirada fuese la de un dios omnipotente, el palco que observaba se iluminó, mostrando la figura de dos personas que trataban de salir por una puerta bloqueada. Viéndose con el foco de la atención, se quedaron paralizados como un animal al que iluminas en mitad de una carretera sumergida en la noche más oscura.

—Estas dos personas son culpables, en parte, del estado actual de Noel Kums. Han accionado un botón que debía provocar la muerte del actual dirigente de la colonia marciana. Lo que en realidad ha ocurrido es que sus funciones motoras se han bloqueado, pero su salud e integridad física sigue intacta. Yo no seré quien juzgue las intenciones de estos dos opositores, Marte se ha convertido en su hogar y quieren evitar que el señor Kums lo mantenga como su patio de recreo. Desgraciadamente, de haberse deshecho de su competencia y tomado su puesto, lo más probable es que hubiesen encaminado a este planeta por un sendero similar. Por mucho que sus intenciones sean buenas, sus incentivos no están alineados con los habitantes de Marte, son unos dirigentes sin la experiencia y destreza necesaria para gobernar una joven nación.

»Una vez más, no soy el único que piensa así, y es en este punto donde entra el tercer jugador de la partida.

Las luces del auditorio se mantuvieron como estaban, pero la retransmisión, que podía ver proyectada en mi antebrazo, pasó a mostrar la barra de un bar y a dos personas que intercambiaban una enérgica conversación. Sonreí al ver a Clara hablar con un hombre. Mi expresión se ensanchó al comprobar que la muñeca de esa persona estaba desnuda, sin la pulsera de comunicación que Clara debía de haberle quitado unos minutos atrás, la cual seguramente estaría ardiendo a notificaciones.

—Este hombre es Ryan Landers, el jefe del departamento de colonias de la FET. Se trata de

una figura que supuestamente está aquí para mediar y arbitrar en el conflicto, beneficiando al pueblo. El problema es que al pueblo al que beneficia es al terráqueo, no al marciano, llevándose su organización y él una gran cantidad de tiempo por el esfuerzo de su labor.

»La FET, como bien indica su nombre, es una organización con demasiado poder que vela únicamente por los intereses de la Tierra. A Noel Kums no le falta razón al expresar que carece de sentido que el gobierno de un territorio se encuentre a millones de kilómetros de distancia de este. Una prueba de ello es el operativo que estaban llevando a cabo en estos mismos momentos. El señor Landers estaba al corriente de la intención de acabar con la vida del señor Kums y, al contrario de tratar de evitarlo, lo ha instigado, ya que su intención era, después del asesinato, detener a los líderes insurgentes para así quitarse a las dos principales fuerzas marcianas de una. De esta forma podría asentar a un gobernante colonial en Marte que sirviese como marioneta para las órdenes de la FET. No tenéis por qué aceptar mis palabras por sí solas, aquí mismo podéis ver a un grupo de policías marcianos que demuestran lo que digo.

La transmisión cambió a la imagen de los agentes que esperaban pacientes a las puertas del auditorio. Aguardaban, sin saber a qué, la orden de quien confirmase que Noel Kums había sido asesinado.

—Este escuadrón de policías lleva esperando a las puertas del lugar donde ocurre esta grabación desde antes que nada insólito ocurriese, ya que quien les ha contactado, el señor Landers, sabía con anterioridad que aquí tendría lugar un crimen.

Callé durante unos segundos, tomando aire para la parte final del discurso. En el auditorio, Noel Kums seguía congelado sobre el escenario, como un prototipo en exposición de un nuevo modelo de androide hiperrealista. En la esquina superior, Vanesa y Zack también estaban quietos, siendo unos espectadores más del pequeño show que había montado.

Mandé una orden por mi pulsera de comunicación y la transmisión sufrió el último cambio de plano. Una luz proveniente del techo iluminó mi localización exacta y mi cara apareció en la emisión que los millones de espectadores recibían.

—Todo esto lo sabía porque yo me he encargado de preparar minuciosamente lo ocurrido. Mi nombre es Harlan Olerson, y la mayoría de los espectadores me conoceréis como el presidente de Aeon Technologies. Sin embargo, mi presencia aquí no tiene nada que ver con mi posición como empresario, hoy no soy más que un ciudadano preocupado por el futuro de su especie. Mi único interés es evitar un posible conflicto que, alargado en el tiempo, pueda escalar a un conflicto interplanetario.

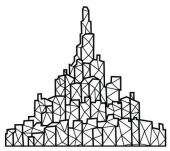
»Yo nací en el 2090, y en estos últimos 64 años la humanidad ha sufrido muchos cambios. La Tierra hace ya muchas décadas que dejó de ser el único mundo habitado. Y, una vez establecida una colonia, se le debería dar la libertad de prosperar sin ser lastrada por los fines egoístas del planeta génesis, quienes solo querrán extraer recursos y riquezas de ese nuevo mundo.

»En este caso, yo me he tomado la libertad de orquestar todo esto para evitar justo ese suceso, pero no pretendo que esto se tome como una costumbre del modo recomendable para operar. A partir de ahora es necesaria la creación de una organización que tenga miras más allá de los intereses de la Tierra, una institución que se encargue de velar por la evolución y prosperidad de los nuevos mundos habitados que ya han surgido en el Sistema Solar, al igual que los que nacerán por el resto de la Vía Láctea dentro de poco. Un organismo que además administre las relaciones entre estos nuevos mundos y la Tierra, al igual que la FET lo hace entre las naciones del planeta génesis.

Me puse en pie para darle mayor peso a las palabras que estaba a punto de decir, el clímax de

mi discurso y del plan que llevaba meses en preparación. Levanté la mirada hacia el lugar donde se encontraba la cámara que me enfocaba y dije:

—Es por esto que propongo la creación de una Federación de Mundos Extraterráqueos, la creación de la FEMEX.



31. Nacimiento

13/09/2197, 15:00

Las vistas desde la aeronave te quitaban el aliento. Seguía sin creerme que eso fuese real, que lo que unas décadas atrás era una simple idea en mi mente se estuviese convirtiendo en un hecho. Me encontraba en el centro de Volitur, encima de una enorme masa de agua cercada por dieciocho ciudades con forma hexagonal que creaban el sector Exterior del país. A pesar de ser solo una suposición, desde el inicio intuí que ese primer sector sería el más complicado. Habíamos tenido que combatir todo tipo de problemas, desde los más básicos sobre cómo conseguir que una ciudad de millones de toneladas de peso pudiese flotar en el agua, hasta la prevención de desastres naturales en caso de fuertes tormentas o incluso tsunamis.

Se había tardado setenta años en la creación de ese anillo hexagonal completo, terminando cuatro años atrás, pero esa fase no dejaba de ser un paso inicial del proyecto. Me giré hacia las ciudades al norte del sector, donde varias plataformas rompían la simetría interna. Era el esqueleto de las primeras ciudades del sector Medio.

El tiempo de mi día se iba principalmente en supervisar Volitur, no solo la construcción del resto del futuro país, sino también a los miles de ciudadanos que ya vivían allí. Había costado mucho esfuerzo e inversión romper la fase inicial donde hay tan poca gente que a los potenciales interesados les echa para atrás mudarse a un lugar desierto. Poco a poco las ciudades iban tomando vida, creando una pequeña subcultura resultante de las características de sus habitantes, la localización de la ciudad o el tipo de construcciones que llenaban sus barrios.

El resto del tiempo lo seguía invirtiendo en Aeon Technologies. Rai Saburo, el fundador y presidente de Daifu Inc., quien se convirtió en un gran amigo, murió tres años atrás. Por muchas décadas que hubiesen pasado desde el día que nos conocimos, cumplió su promesa. Daifu, junto a toda su tecnología e invenciones en el campo de los recubrimientos corporales, formaba ya parte de la empresa que fundó mi padre. Fusionar dos megacorporaciones en una sola entidad no fue tarea sencilla, pero había merecido la pena.

Aeon era ya la empresa más importante de la historia de la humanidad, con tres sectores que por sí solos ya superaban la riqueza de muchas naciones: las modificaciones corporales, el motivo por el que mi padre la fundó en su momento; el AVA, el dispositivo que más de un noventa y seis por ciento de los humanos tenían instalado en sus cabezas; y el recubrimiento corporal, la última adición. La tercera de las tres secciones era la que más curiosidad me causaba en esos momentos. El trabajo que Rai y su empresa hicieron en este campo era sorprendente, pero unido a la tecnología con la que ya contábamos en Aeon, estábamos seguros de avanzar todavía más. Nuestra intención era conseguir un recubrimiento con mayor resistencia incluso que el de grafeno, la integridad de la futura nación de Volitur dependía de ello.

Desde el comienzo del diseño de esa nación flotante una preocupación me asediaba: ¿cómo se

protegería la infraestructura? Las juntas que mantenían unidas las diferentes ciudades del país eran resistentes, pero la malicia humana no conocía límites. El hecho de que cualquiera pudiese sumergirse y alcanzar la estructura que mantenía unido al país era un gran riesgo. Durante su construcción contábamos con continua vigilancia, pero una vez terminasen las obras, debíamos dejar algo más permanente e infranqueable. Mi esperanza era que la solución estuviese en la tecnología que Rai Saburo nos había dejado.

Y por si la creación de un país y la fusión de dos megacorporaciones no fuese suficiente, las últimas décadas había tenido otro foco de atención: la formación de la FEMEX. Mi intención fue solo producir la chispa que condujera al surgimiento de tan necesaria organización. Desafortunadamente, había estado más involucrado de lo que en un principio calculé. Tras mi operativo en Marte, quedó mucho trabajo para obligar a la FET a ceder parte de su poder fuera de la atmósfera del planeta génesis. Pero tras la unión de los habitantes de Marte, la Luna y el resto de pequeñas colonias en el Sistema Solar, logramos poner en movimiento los engranajes que culminaron con la creación final de la organización. Ahora solo quedaba esperar a que dicha institución cumpliese su objetivo, el de mediar entre las colonias que no dejaban de surgir fuera de mundos ya habitados.

Observé una vez más la inmensa piscina en la que se había convertido esa parte del océano Atlántico. No fueron pocos los que me llamaron loco al embarcarme en tal proyecto, sobre todo en el momento en el que la humanidad ya se había extendido por todo el Sistema Solar y no tardaría mucho más en hacerlo fuera de este. Sabía las oportunidades que existían más allá de la atmósfera de la Tierra, pero ese planeta me había visto germinar y madurar, no podía permitirme fundar ese lugar en ningún otro sitio.

Una pantalla holográfica apareció encima de mi muñeca, mostrando una notificación. Siete palabras que formaban un mensaje escueto pero directo:

Tu mujer está de parto. Ven ya.

En una orden rápida el piloto automático de la aeronave descendió en picado, dirección a Origur, la primera ciudad que se construyó en Volitur y la que vería el nacimiento de mi primera hija.

Esas prisas no tendrían lugar si después de cuarenta años de casados supiera cómo quitarle algunas de las ideas estúpidas que Clara tenía, una misión condenada al fracaso. En vez de seguir el procedimiento habitual, donde se induce el parto con una metodología indolora y sin ningún tipo de peligro, ni para el bebé ni la madre, mi querida esposa se obstinó en tener un parto natural, una práctica casi ilegal en muchos países. Quería que fuese su cuerpo el que dictase cuándo y cómo tendría lugar el nacimiento de su primera hija.

Cuando llegué al hospital mi prisa fue detenida por la normalidad de para quien las urgencias médicas son su día a día. Tratando de reducir mi apuro, me acompañaron a la sala contigua donde Clara estaba dando a luz. Por mucho que insistí en entrar, me lo negaron rotundamente. Demasiado peligroso era ya el procedimiento para el cual el personal médico había sido entrenado específicamente en esta ocasión como para meter a un marido que estorbase.

Acepté la orden. También agradecí el trato natural que me dieron, algo que cada vez podía disfrutar en menos lugares. La mayoría no me trataba como un humano, sino como el presidente de Aeon Technologies o el hijo de los inventores del AVA.

El parto de Clara se alargó varias horas. Agradecí no poder sentir miedo, ya que por mucho que me hubiesen asegurado repetidamente que era algo esperable en los partos naturales, no acababa de aceptarlo, sobre todo al ver el gesto de dolor que cada pocos intervalos cruzaba el

rostro de mi mujer.

Finalmente, a las 22:53 de la noche, Ava Olerson vio la luz artificial de la sala esterilizada en la que ocurrió todo. Un cuerpo humano diminuto, rojizo y hecho una bola. El enfermero se encargó de limpiarla mientras el resto del equipo médico seguía con Clara, terminando un procedimiento con el que yo estaba muy poco familiarizado.

El enfermero salió de la sala y a los pocos segundos cruzó la puerta que me separaba del ajetreo de los pasillos.

—Señor Olerson, le presento a su hija.

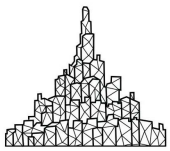
Me entregó al pequeño paquete envuelto en una sábana en la que se había convertido Ava. La agarré con la mayor delicadeza que pude y la acerqué a mi pecho. Los llantos con los que salió al mundo ya habían cesado y me miraba con una desorientación obvia. El enfermero se fue sin la mínima preocupación de que acabase de dejar a ese recién nacido con un humano inexperto en el tema.

Sin saber cómo reaccionar, la mecí con suavidad mientras me acerqué al cristal.

—Mira, ves a esa persona de ahí —dije, sin saber por qué, con una voz más aguda de lo normal—. Pues es tu mamá, y es la persona que más te quiere en el mundo. Yo, por mucho que lo intente, nunca estaré a su nivel, pues yo siempre tendré el corazón dividido. —Los ojos de Ava se habían quedado fijos en mis labios, atenta al movimiento de las líneas que formaban—. Dividido por una promesa que hice demasiado tiempo atrás, una promesa que ahora es más bien una maldición. Mi obligación de evitar que la estupidez humana sea capaz de aniquilar a su propia especie.

El bebé que sostenía entre los brazos soltó un sonido que no sabría cómo describir, pero lo acepté como respuesta con una gran sonrisa.

Parte 5:
Expiración



32. Favor

02/05/2514, 16:00

Mis ojos iban de una a otra de las diferentes pantallas proyectadas encima del escritorio, turnando mi atención en la información que acaparaba mi interés.

—*Señor, disculpe que le moleste.*

La voz del señor Creasey, mi jefe de seguridad, me pilló desprevenido. Era una de las pocas fuentes de interrupciones que permitía en mi trabajo.

—*¿Qué ocurre?* —dije con cierto tono de alarma, no era muy habitual que me interrumpiese de esa forma.

—*Se trata de Sal Carson, ha venido a verle. Tiene una apariencia… preocupante.*

Fruncí el ceño ante su comentario comedido. En su lenguaje comedido, preocupante correspondía a un estado de alarma.

—*Hazle subir.*

Me levanté del asiento y me acerqué a los ventanales que iluminaban el despacho. Se percibía en los áticos de los edificios colindantes que un nuevo verano se aproximaba a Volitur. A pesar de encontrarme en el centro del país y a gran altura, estaba rodeado de verdor. La mayoría de las azoteas de mis vecinos mostraban una variedad y exuberancia vegetal propia de la selva más densa. En una aglomeración de metal y cristal como era esa ciudad flotante, cualquier recoveco con espesura se agradecía.

Ver esa imagen tan característica de Volitur provocó que surgiera la reflexión de que ese lugar existía gracias a mí. Era un pensamiento que, al contrario de lo que muchos opinaban, no tenía con gran asiduidad. Decenas de miles de personas estuvieron involucradas a lo largo de más de quince décadas. Desde los operarios que controlaban la maquinaria, hasta los arquitectos que diseñaron los planos, pasando por el equipo de submarinistas que supervisó la fundación del país, quienes transportaron todos los materiales de otras partes de la Tierra o los encargados de que funcionara la pequeña ciudad en la que vivían los trabajadores en la construcción de esa nación. Pero, siendo francos y dejando de lado una humildad que nunca había ostentado, yo fui el principal impulsor de Volitur.

El sonido de la puerta del ascensor abriéndose me sacó de las elucubraciones en las que me había sumido.

—Perdona que venga sin avisar, Harlan —dijo Sal como bienvenida.

Sal Carson era un aeternum que conocía desde hacía varias décadas. Era uno de los pocos habitantes de Volitur que había nacido fuera del Sistema Solar. Normalmente la gente que crecía fuera de los orígenes de la humanidad no tenía un motivo para mudarse al país génesis. A Sal le motivó hacerlo una mezcla de curiosidad y masoquismo. Desde que le conocí me intrigó saber

más sobre su vida fuera del Sistema Solar. Aunque había extensa información sobre ello, mi propia hija llevaba varios siglos fuera, él era la persona más cercana que contaba con experiencias propias. Tras un par de conversaciones fortuitas no tardamos en formalizar nuestros encuentros hasta convertirnos en los buenos amigos que éramos entonces.

Por eso, encontrar a mi amigo en un estado tan «preocupante» me inquietó de inmediato.

—¿Qué ocurre?

Le invité a que se sentara y me acomodé en el otro lado del escritorio como un médico que da la bienvenida a su paciente.

—Créeme cuando te digo que soy el último que quiere estar aquí, pero eres la única opción que me queda. —Yo asentí, preocupado ante su disposición, pero también escéptico ante tal fatalismo—. Lo que te voy a contar es muy sensible. Te lo comparto porque confío plenamente en ti y porque, bueno, no tengo otra opción. —Las palabras se le agolpaban y era incapaz de detener el tamborileo de sus dedos sobre la rodilla—. Sin embargo, no te puedo decir todo. Hay algo que… tendrás que fiarte de mí cuando te digo que ahora mismo eres la única persona que me puede ayudar.

—Está bien, Sal. Haré todo lo que esté en mi mano.

Esbozó una sonrisa, mostrando un alivio que duró apenas unas milésimas de segundo. Se recolocó en su asiento y relató su situación.

—Hace unas semanas al llegar a casa me encontré una unidad con una grabación en su interior. Una persona había conseguido información delicada sobre mí y me quería extorsionar. Me pedía 600 Unidades de Tiempo a cambio de que sus amenazas desaparecieran. No es una cantidad de la que uno se pueda deshacer así como así, estamos hablando de diez años, pero si publicaba lo que tenía sobre mí… toda mi vida se acabaría… Negocié con él la forma de asegurarme de que cumplía su palabra y le pagué. Como podrás suponer, fue más inteligente que yo. No era la primera vez que hacía esto y previó cómo jugármela. En esta segunda ocasión me pidió 1000 UT. Le pagué por segunda vez. Ahora me pide 3000 UT. Como soy un aeternum esta persona se cree que tengo tiempo infinito, y no es así. Ya sabes que en los últimos años he tenido muchos problemas financieros, y no se me olvida el préstamo que me hiciste hace seis meses.

»El problema es que ya no le puedo pagar, pero tampoco puedo dejar que publique la información que tiene. No solo me afectaría a mí, también a toda mi familia. Sería el fin de todos nosotros. Y créeme, lo publicará. He investigado y no soy el primero al que ataca. No sé si recuerdas el caso Leandro de hace tres meses. —Clavó su vista en mí, esperando una respuesta. Asentí para que terminara su exposición—. Al parecer la fuente que publicó esa información es la misma que me está chantajeando. Ese aeternum se negó desde el inicio a ceder ante ellos y sufrió las consecuencias: sacaron a relucir sus trapos sucios y tuvo que huir a alguna colonia perdida de la Vía Láctea para evitar pasar el resto de la eternidad en criogenización.

»Harlan, no te estoy pidiendo tiempo, sé lo que ocurrirá cuando les pague las 3000 UT que ahora me piden. Lo que te estoy pidiendo es que…

Un nudo se formó en su garganta, incapaz de poner en palabras su petición.

—Que me encargue de que el problema desaparezca. Que me encargue de ellos.

Sal ensombreció su semblante.

—Sí… eso es justo lo que necesito. Si alguien puede hacerlo eres tú, el Fundador de Volitur. —Alzó el rostro con una resolución renovada—. Por favor, Harlan, eres mi última opción, necesito que me saques de este apuro.

Vacié el aire de mis pulmones en un hondo suspiro y me puse en pie. Permanecí callado

durante un tiempo, unos segundos que Sal debió de percibir como horas.

—Solo necesito saber una cosa, Sal. Piénsate bien la respuesta, ya que de ello dependerá que te ayude o no. —Al girarme vi a un Sal Carson empequeñecido. Nadie diría que ese hombre controlaba la importadora de madera más influyente del país. En ese asiento, encogido sobre sí mismo, parecía más un niño asustado que el presidente de tan importante empresa—. ¿La información con la que esta gente te está chantajeando está relacionada con la isla Paradiso?

El rostro ya blanquecino del hombre palideció todavía más, respondiendo a mi pregunta. Chasqueé la lengua molesto.

—¿Cómo… cómo sabes…?

—Lo siento, Sal. Me duele en el alma, pero no puedo ayudarte.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Cómo que no puedes ayudarme? —su voz temblaba a cada palabra, insuflada de una congoja que presagiaba que iba a estallar en lágrimas de un momento a otro. Sin embargo, en un instante, ese temor se convirtió en ira—. ¡¿Cómo que no puedes ayudarme?! Somos amigos desde hace más de setenta años. He estado a tu lado durante todo este tiempo. Conoces a mi familia como ninguna otra persona y siempre que me lo has pedido te he ayudado. Y ahora, que yo necesito un favor que me puede salvar la vida, ¿me dices qué no? ¿Cómo eres capaz…?

—¡Basta! —Mi voz retumbó en la sala hexagonal, elevándose hasta salir por el agujero que daba al jardín de la última planta de Ludelum—. Sal, sabes perfectamente lo que hiciste. Esto también es muy duro para mí. Y, aunque no lo creas, ya te estoy ayudando. Solo por el hecho de no ser yo quien haga pública esa información ya estoy violando mis principios. Por ti, y solo esta vez sin que sirva como precedente, soy capaz de hacerlo. Pero no me pidas que te ofrezca mi mano, ya me he manchado suficiente.

Sal se levantó de un brinco y se plantó delante de mí con los ojos encendidos de furia. Medía un palmo más que yo y su cuerpo estaba mejorado con decenas de modificaciones corporales que le daban un volumen mayor.

—No me seas hipócrita, Harlan. Hablas como si tú mismo no tuvieses trapos sucios. Todos los tenemos. Mira a tu alrededor. Es imposible que alguien llegue a tener un despacho con estas vistas sin dejar un rastro de cuellos pisados en su ascensión. Parece que te has acabado creyendo la historia que el departamento de relaciones públicas de Aeon creó para ti.

—Sal, el hipócrita eres tú. El hecho de que estemos tan lejos del suelo no nos convierte en dioses. Por mucho que nos llamen aeternums, no dejamos de ser humanos. No estamos por encima de nadie, la ley se debe aplicar igual a alguien con menos de 1 Unidad de Tiempo en el AVA que a una persona que tiene más de seis cifras.

»Me llamas hipócrita porque piensas que yo también tengo mierda en el armario. En ese caso, dime, ¿por qué de los dos es a ti a quien están chantajeando?

Conocía las consecuencias de pronunciar esa frase. No fue mi ego el que las emitió, sino mi integridad. En ese instante nuestra amistad se quebró con unas fracturas irreparables. Sal me dedicó una mueca de repugnancia y se dirigió al ascensor para abandonar mi despacho. Antes de que la puerta se cerrara, respondió a mi pregunta retórica.

—Porque al parecer a ti se te da mucho mejor que a mí esconder la mierda.

Me derrumbé sobre el asiento. Después de tantos siglos de existencia, seguía asombrándome al atestiguar lo compleja que era la naturaleza humana y lo puñetera que podía ser la vida.

Poco después una llamada de mi mujer me devolvió a la realidad.

—Dime, Clara.

—Acaba de llegar a la Luna, dice que vendrá a cenar mañana a Ludelum.

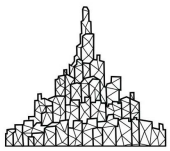
Quizás fuese por el ruido que seguía reverberando en mi cabeza tras la reciente discusión, pero era incapaz de deducir de qué estaba hablando.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Tu hija. Ava acaba de salir del viaje interestelar desde Teseo. Lo hablamos hace dos días, ¿no lo recuerdas?

—Ah, sí, perdona. Es que ahora tengo muchas cosas en la cabeza.

—Siempre tienes muchas cosas en la cabeza, Harlan —dijo sin un ápice de reproche en su voz —. Y, al parecer, no viene sola. La acompaña un hombre.



33. Consecuencias

03/05/2514, 20:15

El coche volador descendía hacia nosotros. Ese término, «coche volador», era demasiado simple, pero definía a la perfección al vehículo. Era un objeto atado a sus antiguos predecesores, un remanente al que solo se aferraban los terráqueos y algunas colonias del Sistema Solar. Cuando se quiso crear una máquina de uso cotidiano que volase, se miró a lo que ya se tenía, los coches, y se trató de darle la capacidad de que volase. Se lastraron a sí mismos desde el principio. Era como si el inventor del automóvil, en vez de usar un motor de combustión, le hubiese puesto ruedas a los caballos.

Si mirabas en cualquier otro de los mundos habitados, todos tenían versiones más avanzadas, adaptadas a la naturaleza de su colonia y liberándose de la historia que a nosotros nos costaba tanto soltar. Un ejemplo eran los aerodeslizadores, máquinas mucho más avanzadas que el coche volador que acababa de aterrizar en el jardín de Ludelum. Era irónico observar la ventaja tecnológica y social que colonias de unos pocos siglos de edad tenían respecto al planeta génesis. Cuando estas reflexiones surgían en mi cabeza, inevitablemente las acompañaba el pensamiento de si debería abandonar la Tierra de una vez por todas. Ese deseo se consumió rápidamente, al igual que en el resto de ocasiones.

Clara se dirigió al vehículo que destacaba entre el verdor de la terraza, yo seguí sus pasos. Cuando se abrió la puerta Ava Olerson, una de las fundadoras del planeta que tanto envidiaba y respetaba a partes iguales, salió enfundada en una ropa sencilla de tonos claros. Era curioso pensar que ella había seguido mis pasos al pie de la letra, fundando una nación de gran renombre. A mí me daban demasiado crédito porque Volitur estaba en el antiguo mundo, cuando realmente su trabajo tenía más mérito.

—Ava, ¿cómo ha ido el viaje? —la voz de Clara se perdió al fundirse en un abrazo con su hija.

—Tranquilo. Los viajes interestelares ya no tienen nada que ver con los del siglo XXIII o XXIV, ahora sencillamente son una ocasión para desconectar.

Se plantó delante de mí. Ambos sonreímos cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Papá.

Como respuesta la abracé con fuerza. La mayor desventaja de haber vivido más de cuarenta y dos décadas era que tenías una relatividad del tiempo artificial. Llevaba sin ver a mi hija más de diez años y, a pesar de que era un reencuentro emotivo, ninguno de los dos éramos capaces de darle el valor que realmente tenía.

Cuando nos separamos un hombre salió del coche volador. Vestía ropa con el estilo de Teseo, formada por líneas y texturas que en la Tierra solo se verían en desfiles de moda. Pero lo que más llamaba la atención era la mirada incisiva de sus ojos de un tono marrón muy profundo, casi

ámbar. Dada su actitud, parecía que fuese él quien nos daba la bienvenida a su casa.

—Papá, mamá, este es Kristen Laine. Es un buen amigo con el que ahora trabajo.

Clara le estrechó la mano y luego vino hacia mí.

—Ya conocía a tu padre, Ava.

—Así es —dije aceptando su mano—. Nos presentaste la última vez que fui a verte a Teseo.

—¿Viniste a verme? Visitaste Teseo, sencillamente dio la casualidad de que yo estaba allí —corrigió Ava con una sonrisa igual de perspicaz que siempre.

Pasamos al interior de Ludelum y subimos al pequeño comedor que el servicio automatizado de la casa había preparado.

—¿Hasta cuando os quedaréis por aquí? —pregunté cuando ya estábamos sentados.

—No estaremos mucho —dijo Ava—. Una semana. Esta es nuestra primera parada en unas cuantas obligaciones que tenemos que atender por el Sistema Solar. Aunque antes de regresar a Teseo seguramente volvamos aquí.

—¿Obligaciones? Está claro que eres como tu padre, incapaz de estarte quieta.

Ava se encogió de hombros al comentario de su madre, no queriendo ahondar en el tema.

—¿Y cómo van las cosas por Volitur y la Tierra?

—Igual de bien o de mal que siempre, depende de cómo lo quieras ver.

—Está claro que ya sé cómo lo ves tú.

—A veces me pregunto cómo los terráqueos no nos hemos extinguido —dije—. Nuevas naciones están en guerra. Europa occidental lleva un par de décadas en auge económico y ha empezado a imponer aranceles al comercio de Volitur, tratando de competir con nosotros. Por ejemplo, el precio de la madera en el país está por las nubes. Con la excusa de que es un recurso que no podemos obtener, los países terráqueos nos quieren sangrar por el simple motivo de ser el epicentro económico de la Tierra. Ahora mismo el mayor importador de madera del país es Marte. ¡Marte! Menudo despropósito. —Solté un suspiro, dándome cuenta de que me había dejado llevar demasiado rápido por las emociones—. Como te decía, las cosas están igual que siempre.

—¿Y tú por Teseo? ¿Cómo va todo por allí? —intervino Clara—. ¿Cómo está yendo tu vuelta a la política del planeta?

Ava frunció el ceño, importunada porque surgiese ese tema tan pronto en la noche.

—¿Acaso aquí importa la política de Teseo?

—Si con aquí te refieres a la Tierra, no, desde luego que no. Los terráqueos seguimos igual de egocéntricos que siempre, pensando que el resto de mundos no están más que habitados por monos con trajes espaciales. Si te refieres a Ludelum, por muchas décadas que pasen, nunca dejarás de ser nuestra hija.

—Vuestra hija… —dijo Ava con cierto resquemor, pero inmediatamente cambió su expresión por una inalterada—. No sabría cómo resumir las consecuencias de una decisión que nunca quise tomar. Hasta ahora está siendo todo lo que esperaba, las razones justas por las que no quería volver. Ya estoy demasiado vieja como para participar en este juego de influencias, pero alguien tiene que actuar contra el ryuno.

—Es justo lo que ya hacías después de la muerte de Terence, ¿no?

Ava, esperando que la conversación fuese por ahí, ni se inmutó al escuchar el nombre de su difunto marido.

—Sí. Pero pagar investigaciones para alternativas al ryuno, indagaciones sobre posibles efectos secundarios de la materia pseudointeligente o ayudas a las víctimas no era suficiente. El

movimiento de los integristas cada vez está tomando más y más fuerza. Si no surgía una figura igual de relevante en el lado opuesto que sirviese como contrapeso, tenía miedo de en qué se podía convertir nuestro planeta.

—¿Y quieres ser tú esa figura? —dijo Clara.

—Para nada. Cuando dejé la política hace un siglo lo hice definitivamente. He tratado de fomentar la unión en la oposición a los integristas, pero en los últimos años los que secundan el uso del ryuno han conseguido fragmentar la política. Y, si no existiese el Partido Liberacionista que me vi obligada a fundar, ya habrían llegado demasiado lejos.

—Con los integristas, ¿te refieres a Lacroix Saburo? —dije interrumpiendo el diálogo de Clara y Ava.

El rostro de mi hija se tensó de inmediato, como si hubiese tocado una tecla oculta que activaba su instinto de supervivencia. Antes de que Ava pudiese responder, Kristen intervino, hablando por primera vez en esa cena:

—Lo que dice Ava es cierto, ahora mismo es necesaria la unión en la parte opuesta a los integristas, pero también hace falta apoyo. A ti mismo, Harlan, te beneficiaría una menor influencia del ryuno. —Fruncí el ceño ante una afirmación tan directa, pero esperé a que ese hombre desarrollase su respuesta—. El ryuno actualmente cubre una utilidad esencial en el planeta. Principalmente defensiva a nivel militar, pero también práctica dentro del día a día de sus habitantes. Si el ryuno desapareciese de la noche a la mañana, todas estas funciones quedarían vacantes, creando la oportunidad ideal para planetas con los que actualmente tenemos ciertos roces, como Zelo.

»Si realmente queremos que el ryuno desaparezca, o al menos que se disminuya su influencia, es necesario que se ofrezca un sustituto. A mí no se me ocurre mejor opción que Aeon Technologies para suplir esa necesidad.

Torcí levemente la comisura de mis labios, estaba claro por qué Ava tenía a ese hombre en su equipo.

—Yo soy el mayor interesado en que eso ocurra. Teseo se nos ha resistido durante siglos, nunca hemos sido capaces de introducirnos en el mercado con éxito. Pero mientras que en el planeta haya un doscientos por ciento de impuestos de importación en cualquier tipo de biotecnología es imposible que nos expandamos a ese mercado. Y créeme, lo hemos intentado.

—Por eso mismo temo que deba volver a la política, porque desde fuera los cambios siempre quedan incompletos.

—No seas ingenua, hija, desde dentro también, por lo menos este tipo de cambios. Para que una nación haga una transformación tan radical en su funcionamiento, debe ser como consecuencia de un evento igual de radical.

Ava bajó la mirada, alicaída por saber que tenía razón.

Miré a Clara, que llevaba un rato de la conversación callada, y me encontré con una expresión pálida de sorpresa. Sus ojos iluminados denotaban que estaba viendo algo en el DCP.

—¿Qué ocurre?

—¿No te ha llegado nada por el DCP?

—Ya sabes que siempre lo desactivo cuando termino de trabajar…

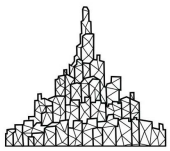
Mientras hablaba reactivaba mi dispositivo de comunicación. En cuanto se volvió a conectar una cascada de notificaciones demandaron mi atención. Activé el proyector holográfico de la sala y apareció una pantalla retransmitiendo las noticias. Los cuatro nos quedamos prendidos de la mujer que informaba de lo ocurrido.

—Hace poco más de treinta minutos, Sal Carson, un famoso aeternum conocido por…

—Ayer Sal estuvo aquí, ¿no? —preguntó Clara preocupada mientras mostraban un *collage* de imágenes de mi amigo—. ¿Qué quería?

Yo no llegué a responder, ya que la reportera anunció el golpe final de la noticia.

—Ha muerto tras precipitarse ciento diez metros desde la terraza de su casa. Investigadores de la Comisaría Estatal de Volitur están registrando en estos momentos su apartamento. Por ahora no han encontrado ningún indicio de lucha o forcejeo. Todo apunta a que se trata de un suicidio, siendo el primer aeternum que se suicida en Volitur en las últimas tres décadas y media.



34. Consulta

04/05/2514, 09:30

El aire rociado del agua salada del océano golpeaba mi cara. Los vehículos acuáticos de la actualidad estaban diseñados para que, aunque fuesen descapotables, ni una sola gota se introdujese en el interior del coche. Yo mandé modificar el mío expresamente para que eso no fuera así. Le daba más intensidad a la experiencia de conducir sobre el océano.

Miré de soslayo a Kristen, que tenía la vista fija en la silueta de Volitur que recorríamos. Debió de sentir el peso de mi mirada, ya que pasó su atención a mí. En su expresión percibí cómo interpretaba mis pensamientos sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

—Ninguno de los dos tenemos especial ilusión de que yo esté aquí —dijo al cabo de unos segundos—. Pero ambos lo hacemos por la misma persona.

Aún me preguntaba cómo Ava fue capaz de encasquetarme a ese hombre como si yo fuera un simple canguro. Mi hija seguía siendo una de las pocas personas que era capaz de manipularme con una facilidad apabullante.

Viendo que no respondía a su comentario, Kristen continuó:

—Si crees que he sido yo quien le ha pedido a Ava que me acercara a ti, te equivocas. No me quiero ni imaginar lo que debe de significar ser tú. Siempre a la defensiva ante cualquier foráneo que se intenta acercar a ti o a tu familia. Bien, yo no soy una de esas personas. Yo no pretendo aproximarme al Fundador para luego pedirte un favor o vender información sobre ti. A mí nunca me han gustado estos juegos. Como te he dicho, ni siquiera quiero estar aquí.

Fruncí el ceño ante una respuesta tan contundente. Ese hombre era cuando menos interesante.

—En ese caso, ¿por qué aceptaste el ofrecimiento de Ava de acompañarme?

—Para hacerle un favor. Aunque no lo dijera, soy consciente de que cuando propuso que te ayudara a investigar las circunstancias de tu difunto amigo no lo hacía porque necesitaras mi ayuda o porque yo me entretuviese, lo hacía para estar sola. —Una vez más, su contestación me dejó pensativo, sobre todo porque yo no había percibido esa motivación en su ofrecimiento. Como Kristen bien había dicho, suponía que era él quien se quería acercar a mí—. Desde unos días antes de llegar a la Tierra, Ava ha estado muy rara. Es como si algo que hay en Volitur le afectase como nunca antes nada lo había hecho. Supongo que necesita su espacio para sobrellevar lo que quiera que sea.

Asentí ante sus elucubraciones y viré levemente para dirigirnos de nuevo al país flotante. Permanecimos en silencio unos minutos hasta que, quien se había convertido en mi compañero de investigación, volvió a tomar la palabra.

—¿Por qué estamos yendo a Zigur? Tengo entendido que es la ciudad más problemática de Volitur.

—¿Un tesiano sabe tanto sobre Volitur?

—¿Quién ha dicho que sea un tesiano? —dijo con una media sonrisa en su cara, entretenido porque fuese capaz de pillarme desprevenido tantas veces.

Yo le devolví el gesto, divertido por tener a alguien tan interesante a mi lado.

—Necesito hablar con una amiga.

—¿Y no sería conveniente investigar primero la casa del fallecido?

—¿Para qué? Allí no encontraremos nada, ha sido un suicidio.

—¿Cómo estás tan seguro de que no es un asesinato encubierto? No es muy común que un aeternum se quite la vida.

Analicé la expresión de Kristen con detenimiento, determinando si debía confiar en él. Me encogí de hombros y, ya que me iba a acompañar durante ese día, al menos le podía poner al corriente para que pudiese ser de ayuda.

Mientras entrábamos en Zigur le relaté la conversación del día anterior, concluyendo con la reflexión que me llevaba a confirmar que era un suicidio.

—Los extorsionadores no tenían ningún motivo para matarle. Si Sal les pagaba, seguirían exprimiéndole, y si no les pagaba, publicarían lo que tuviesen en su contra para servir de ejemplo y tener mayor poder de negociación con su siguiente víctima. Sal hizo el único movimiento que tenía a su disposición. De esta manera, al menos se aseguraba de que su familia no se viese más afectada por la situación de lo que ya pueda estar.

—¿Y sabes qué información era?

—Sí, pero de nada sirve manchar la imagen de un muerto que ya no puede pagar por sus pecados.

Viré en uno de los callejones secundarios y aposté el vehículo junto a un pantalán destartalado. Kristen miró suspicaz a su alrededor.

—¿Estás seguro de que esta es una buena zona para dejar el coche acuático?

—No, pero es la única que hay. De todas formas, el vehículo tiene mecanismos de defensa propia.

—¿Por qué no hemos venido en aerodeslizador?

Sonreí ante el hecho de que usara ese término en vez de coche volador. Si realmente el hombre no era tesiano, estaba claro que se había adaptado muy bien al vocabulario propio del planeta.

—De vez en cuando me gusta navegar, no es bueno estar siempre elevado en el cielo.

Ascendimos a la zona residencial por una de las escaleras. A pesar de que había sustituido mi habitual toga blanca por ropas más discretas, varios ojos se clavaron en nosotros de inmediato. Era complicado pasar desapercibido en un lugar donde todos se controlaban entre ellos, especialmente cuando tenías mi rostro.

Con la cabeza alta, sin dejarnos amedrentar, caminamos hasta llegar a uno de los orfanatos de la ciudad. En mitad de una calle, como un oasis en medio de un desierto interminable, había un pequeño jardín vallado donde las miradas recelosas, los escupitajos y los malabares con navajas se sustituían por risas y gritos de niños. Dentro de ese refugio, una mujer de mediana edad adecentaba unos hierbajos mientras no perdía de vista a los niños.

—Sigo sin saber cómo lo haces —dije cuando me planté delante de ella.

La mujer alzó el mentón para ver quién le hablaba.

—A estas alturas yo tampoco lo tengo claro.

Rodeamos la valla y me fundí en un abrazo con esa mujer.

—Kristen, esta es Martha Hallman, la encargada de este orfanato con el que colaboro.

Kristen fue a estrecharle la mano cuando Martha la apartó y le dio otro fuerte estrujón entre sus brazos.

—Dime, Harlan, ¿qué haces aquí? Normalmente vienes en otoño. ¿No me digas que por fin has decidido jubilarte y ahora tienes tiempo para visitar a tu mejor amiga?

—Jubilarme, pero si yo ya me jubilé hace siglos —dije entre carcajadas. Entonces ensombrecí el gesto—. He venido porque necesito información.

Alzó las cejas y asintió. Se quitó los guantes que llevaba y nos indicó que la acompañáramos a su despacho.

—Bien, tú dirás, Harlan, ¿qué necesitas? —dijo cuando se sentó en el sillón que reinaba en un despacho colmado de estanterías abarrotadas.

—¿Has escuchado lo del aeternum que se suicidó anoche?

—¿Escuchado? Si ya es noticia cuando un aeternum muere, cuando se suicida ni te cuento. Hoy en Zigur lo están celebrando como si fuera una fiesta nacional. ¿Era amigo tuyo?

Yo asentí con el rostro circunspecto, tratando de distanciar mi implicación emocional.

—Se suicidó porque una organización criminal le extorsionaba.

—¿Extorsión? ¿A un aeternum? Esto sí que no se escucha todos los días.

—Eres la persona que conozco que más sabe de los Inagawa y el resto de los clanes, ¿crees que ellos pueden estar detrás de esto?

Martha se balanceó en su asiento, pensativa. Segundos después negó con la cabeza.

—No. Te puedo asegurar que ningún clan está detrás de esto. Ni siquiera tengo que preguntarlo.

—¿Cómo estás tan segura?

—La única razón por la que los clanes de Volitur siguen existiendo es porque son inteligentes. Bueno, porque al menos lo son a este respecto. Solo se meten con gente que esté por debajo de ellos, con personas que ostentan un poder menor, nunca con aeternums.

»Los clanes son como unas ratas molestas. Entran en tu casa y te roban, te mordisquean los muebles y se te cagan en las esquinas. Son desagradables y engorrosas, quieres que desaparezcan. Actúas contra ellas, pero son simples medidas preventivas a las que esos malditos roedores siempre se adaptan.

»Sin embargo, si fuesen lobos, la situación sería muy diferente. En ese caso, en cualquier momento podrían saltar por tu ventana y atacarte, te podrían devorar al salir descuidado de tu casa o, peor aún, podrían acabar con tu familia. De ser así, tu respuesta sería mucho más radical, harías todo lo que estuviese en tu poder para exterminar a esas alimañas de manera definitiva.

»Los clanes son suficientemente inteligentes como para actuar siempre como ratas. Extorsionan, roban y asesinan, sí, pero solo a la gente del sector Exterior. Atacar a los aeternums sería ponerse una diana en la espalda y un cartel en el que pidiesen ser ejecutados. Así que esto debe de ser otra gente, te puedo asegurar que ni los Inagawa ni ningún otro clan está involucrado. Además, como de costumbre, están demasiado ocupados enfrentándose entre ellos.

Suspiré aliviado. Agradecía una respuesta tan rotunda que me evitase implicarme con esas «familias».

—¿Han vuelto a aumentar las tensiones entre clanes?

—Sí. No sé qué ha sido esta vez, si alguien ha pisado territorio que no le tocaba o uno le ha escupido a quien no debía. Pero la tensión entre los Inagawa y los Kimura es cada vez más preocupante.

»Antes me preguntabas que cómo lo hacía, que cómo tenía un orfanato así en una ciudad

como esta. Lo que te puedo decir es que si alguien no evita que esos dos clanes lleguen a las armas, dentro de no mucho este lugar dejará de existir. Y, como siempre, serán los niños los principales afectados.

Como si esa frase fuese una señal preparada, la puerta se abrió y una niña entró corriendo en el despacho.

—¡Mamá, Stephan no…!

En cuanto la niña vio las miradas de Kristen y la mía observándola con atención se quedó petrificada bajo el umbral de la entrada.

—¿Cuántas veces te he dicho que no entres en mi despacho si la puerta está cerrada? —dijo Martha con un tono de reproche muy poco intimidatorio, incapaz de esconder el amor que debía de sentir por esa niña.

Me levanté de mi asiento y me agaché para ponerme a su altura, no debía de llegar a los ocho años.

—¿Cómo te llamas?

La niña miró dubitativa a Martha y, ante su asentimiento de cabeza, clavó sus ojos en mí con osadía.

—Me llamo Lala. —Frunció el ceño con rabia y se humedeció los labios—. No, Lala no. Me llamo La… ra. Me llamo Lara —añadió con una erre que se quedaba a mitad entre ese sonido y el de una de.

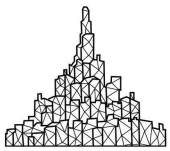
Le sonreí y le ofrecí mi mano.

—Yo me llamo Harlan, es un placer conocerte.

La niña, divertida por que la tratasen como a una adulta, me la estrechó con ímpetu.

—Venga, Lara, déjanos terminar —dijo Martha con tono autoritario—. Ya eres mayorcita para arreglar las discusiones con Stephan tú sola.

Lara se enfurruñó pero no añadió nada más. Se dio la vuelta y abandonó el despacho. Fui a cerrar la puerta cuando una notificación apareció en mi DCP. Por algún motivo extraño, sentí una premonición que me indicaba que un nuevo problema había surgido. Desgraciadamente, no tardé mucho en confirmar mi corazonada. Yulia, la administradora de Ludelum, me avisaba de que acababan de entrar a robar en mi despacho.



35. Realidad

04/05/2514, 10:30

El coche volador que nos recogió en Zigur descendió sobre la terraza de una de las seis torres inferiores de Ludelum. Nos apresuramos en pasar al interior del edificio, donde Yulia nos esperaba.

—¿Qué ha sucedido?

La administradora de Ludelum me observó con el rostro aún descompuesto por lo ocurrido.

—Sigo sin saber cómo ha podido pasar, en los cuarenta y tres años que llevo de servicio nunca ha sucedido algo así. De repente se ha cortado la energía de la torre principal. Por algún motivo, el generador de emergencia no se ha conectado de inmediato. Hemos permanecido sin electricidad durante dos minutos. Cuando ha vuelto, he subido *ipso facto* al despacho, ha sido entonces cuando me he encontrado con el agujero.

—¿Agujero? ¿Qué agujero?

—La caja fuerte de su despacho, señor Olerson, se la han llevado.

Miré a Yulia alarmado, incapaz de concebir que eso fuese posible.

—¿Dónde está el señor Creasey? ¿Por qué eres tú quien me cuenta todo esto y no mi jefe de seguridad?

—No le puedo contactar ni tampoco sé dónde se encuentra, está desaparecido.

Chasqueé la lengua, dolido por lo que ese hecho señalaba. Dejé a Yulia a un lado y me dirigí al ascensor. Kristen vino detrás. Cuando alcanzamos el despacho nos encontramos con la misma sala bañada por la luz del sol de siempre, con la excepción de un boquete en el suelo que rompía la simetría del habitáculo. Los ladrones arrancaron las baldosas y el mecanismo que escondía la localización de mi caja fuerte. El hecho de que solo hubiese un agujero determinaba que conocían la ubicación exacta. Me agaché para observar con mayor detenimiento lo ocurrido. El orificio tenía forma cuadrada, con una anchura un poco mayor que la caja. El cemento que antes la aprisionaba ahora tenía marcas de haber soportado altas temperaturas. Debían de haber usado un cuchillo de energía de alta intensidad o una herramienta similar para cortar las uniones laterales. Por último, fijé la vista en el fondo de la abertura. El suelo estaba resquebrajado irregularmente, como si alguien hubiese tirado de él con fuerza. Seguramente ese había sido el proceder. Una vez eliminados los agarres laterales, varios drones de gran potencia podrían arrancar de cuajo la caja fuerte y llevársela volando. Era la única forma que justificaba cómo unos ladrones podían llevarse ese objeto pesado en poco más de dos minutos.

—¿Qué tenías en la caja fuerte? —dijo Kristen lanzando la pregunta que seguramente llevaba varios minutos rumiando en su cabeza.

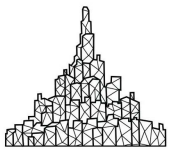
Me puse de pie y recorrí el despacho con la vista en busca de algo más de información. Fue

entonces cuando vi sobre el escritorio una unidad de información que no me pertenecía. Esa era la última pista que necesitaba para confirmar quiénes eran los responsables de lo ocurrido. La conecté al proyector holográfico y en mitad del habitáculo apareció una tercera persona. La grabación se hizo a contraluz, impidiendo que se le pudiese reconocer y dotando la imagen de cierto aire sombrío.

—Nunca pensé que me dirigiría a ti directamente, pero está claro que la vida está llena de sorpresas. Harlan Olerson. —En cuanto pronunció mi nombre, la grabación se sustituyó por imágenes mías tomadas en ruedas de prensa y otros eventos. Eran similares a las que mostraron la noche anterior ante la noticia de la muerte de Sal—. El hombre de blanco. Un humano lleno de pureza y luz, querido por todos y odiado solo por los envidiosos. Alguien que ha llegado a lo más alto en la vida en todos los ámbitos posibles. La persona que no soló fundó el país más influyente del mundo, sino también quien originó la creación de la FEMEX y quien preside desde hace siglos una de las empresas más relevantes de la historia. Una persona que además nunca ha estado envuelta en escándalos de ningún tipo. Alguien demasiado perfecto para ser real, un ser con una vida más propia de un dios que de un humano. Alguien que de todas las artes que controla, la que más ha perfeccionado es la de embaucar.

»Harlan Olerson, yo sé quién se esconde detrás de esa máscara de pureza, filantropía y genialidad. Y no solo tengo conocimiento de ello, ahora también tengo pruebas. Si quieres evitar que la humanidad entera conozca la realidad que hay detrás del Fundador, deberás hacer una de tus donaciones desinteresadas a la siguiente cuenta vacía de la red temporal. La cantidad es de 60.000 Unidades de Tiempo, un milenio de vida. Una cifra que para la gran mayoría de simples mortales, muchas naciones o incluso planetas enteros, es un sueño, pero que estoy seguro de que para ti no será más que una molestia con la que asegurarte que tu actuación se prolonga unas décadas más.

»Tienes veinticuatro horas para realizar la transferencia. Una vez hecha, recibirás instrucciones para recuperar tu caja fuerte y su contenido. En caso de que te niegues a cooperar, toda la humanidad conocerá el secreto que tan bien has ocultado durante tantos siglos.



36. Poder

04/05/2514, 10:45

La proyección holográfica se desvaneció y el tinte de los ventanales desapareció, volviendo a dotar a la sala de su luz habitual.

—Qué decepción —dije apoyándome sobre el escritorio. Kristen me observó perplejo, yo sencillamente seguí pensando en voz alta—. En mi despacho entran personas de plena confianza y pocas excepciones más, y la existencia de la ubicación de esa caja fuerte era sabida por tan solo cuatro individuos: mi mujer; Yulia, la administradora de Ludelum; el señor Creasey, el jefe de seguridad; y yo mismo. Clara tiene mejores cosas que hacer que extorsionarme y, viendo que Yulia sigue aquí y su preocupación era sincera, parece que por fin han podido comprarle. Tras diez años de servicio lo inevitable ha ocurrido, han sobornado a mi jefe de seguridad. Qué decepción.

Solté un suspiro, abrumado ante la idea de tener que repetir una vez más el proceso de contratación para el sustituto del señor Creasey.

—¿Acaso no has visto la grabación? —dijo Kristen estupefacto ante mi reacción—. Esa persona, sea quien sea, pretende hundirte en lo más profundo y, al parecer, tiene los medios para hacerlo. ¿Cómo estás tan tranquilo?

—Claro que he visto la grabación, a la vez que tú. Por eso no estoy preocupado.

Kristen mantuvo su expresión de desconcierto, yo me conecté al ordenador central que controlaba los dispositivos del despacho. Las ventanas se volvieron a oscurecer, en esta ocasión se llenaron de multitud de hologramas. Un total de siete pantallas que mostraban diferentes imágenes estáticas

—¿Qué es esto? —dijo Kristen tratando de darle un sentido a lo que ocurría.

—Una pequeña flota de búsqueda.

Los siete drones que retransmitían esas imágenes alzaron el vuelo. Observamos su visión desde la comodidad de la sala. Kristen seguía con una expresión de confusión y desasosiego. Decidí mitigar parte de su desorientación.

—Cada dron tiene directrices de visitar una de las siete localizaciones conocidas que tengo de mi antiguo jefe de seguridad: su propio domicilio, la casa de su expareja, la de su hermana, la de sus padres, el restaurante que frecuenta un par de ocasiones a la semana, el club de ajedrez al que está apuntado y la casa de su antiguo cliente, que según la información que tengo es un muy buen amigo suyo. Teniendo en cuenta que el robo ha ocurrido hace menos de una hora y que él debía de estar presente aquí, mi hipótesis es que ahora está oculto en alguna de estas siete localizaciones.

—¿Y por qué tienes tan claro que no ha salido ya del país?

—El señor Creasey conoce mi poder. Sabe que ahora mismo podría detener todo el tráfico

aéreo y emitir una orden de busca y captura en su nombre. La única opción que tiene de salir airoso de esta situación es desapareciendo durante unas semanas.

Kristen asintió, receloso ante la confianza en mis palabras. Permanecimos callados, observando la retransmisión del vuelo de los drones. Los que tenían sus objetivos más cercanos llegaron a las localizaciones pertinentes y mostraron el interior de varias casas. Analizaron a los integrantes de los domicilios y escanearon las estructuras en busca de habitaciones secretas o personas ocultas. Una vez confirmado que el fugitivo no se encontraba ahí, permanecían vigilantes ante cualquier posible cambio. No hubo indicios prometedores hasta que llegó el quinto dron a su objetivo, el club de ajedrez. En el sótano del local una segunda sala estaba bloqueada detrás de una estantería. Si accedías a esa habitación como una persona normal verías un almacén, sin rastro de un segundo habitáculo oculto. Pero en la visión del dron, que veía el interior de las estructuras, eran irrelevantes ese tipo de estratagemas. El dron entró en el local y en el suelo perforó un agujero del tamaño de su perímetro. Cuando el bloque de suelo cayó, el robot descendió.

Dejé las otras seis retransmisiones en segundo plano y amplié esa, de modo que tomase el centro del despacho. La visión nos mostraba un pequeño habitáculo con un catre en una esquina, una estantería llena de suministros y un cubo destinado a usarse como váter. En el centro, un hombre miraba al dron, cegado por el contraste de luz que repentinamente inundaba su madriguera.

—¿Creasey, acaso no has estado suficiente tiempo conmigo como para saber que este ardid tuyo estaba condenado al fracaso desde el inicio?

En el escondite de mi antiguo jefe de seguridad se proyectaba una versión holográfica de mi persona, similar a lo que ocurría cuando dos personas tenían una conversación holográfica. La imagen que mostraba el dron del señor Creasey era la de alguien resignado, un hombre impotente al que solo le queda aceptar su destino.

—Quiero que agendes una reunión con la persona que te contrató. Me lo debes por tu traición.

Creasey se derrumbó sobre el catre, con una expresión alicaída.

—No puedo hacer eso. Fue la persona que me contrató quien se acercó a mí. Nunca he contactado yo con él, siempre ha sido iniciativa suya.

—¿Y las personas que te han ayudado en el robo de mi caja fuerte?

—No he tenido ayuda humana, solo cuatro drones.

—¿Has sido tú quien ha derretido las uniones laterales? —El señor Creasey asintió avergonzado—. ¿Cuánto te pagaron?

—1000 Unidades de Tiempo.

—Vaya, esperaba un precio mayor por tu parte. Necesito que me envíes los detalles de la transacción.

—¿Transacción? ¿Y de qué servirá?

—¿Cuántas veces pretendes subestimarme? Soy el presidente de Aeon Technologies, cualquier cuenta es trazable.

—Señor Olerson, no estamos hablando de novatos. Será imposible que rastrees el origen de la cuenta que realizó el pago. Sea quien sea esta organización, se ha tomado las molestias necesarias para asegurarse de que sean ilocalizables.

—Envíamela —contesté tajante.

El señor Creasey se sobresaltó ante mi respuesta categórica, pero rápidamente asintió en señal de sumisión. Enseguida me llegó un mensaje a mi DCP.

—Bien, eso es todo.

Iba a cortar la transmisión cuando el hombre se puso en pie, confuso.

—¿Ya está? ¿Piensas dejarme libre sin consecuencia alguna?

—¿Consecuencias? ¿Acaso es necesario que remarque lo obvio? —La expresión del señor Creasey me hizo ver que sí era necesario—. Por supuesto que hay consecuencias, toda acción las tiene. Las consecuencias de este error es que nunca más nadie de Volitur te contratará. Tu vida en este país se ha terminado para siempre. Ya me he encargado de que ningún habitante de esta nación ose contratarte. Señor Creasey, tu vida como la conocías hasta ahora ha acabado para siempre. Deberás abandonar tu país, a tu familia y a tus amigos, estás desterrado de Volitur. Ese es el precio a pagar por tu traición.

Antes de que pudiese responderme, corté la conexión.

—¿Cómo es posible que te puedas asegurar de que nunca nadie más en este país le va a contratar? —dijo Kristen en cuanto retorné mi atención al lugar en el que me encontraba.

—Ahora mismo lo acabo de hacer. No me tengo que molestar en avisar a nadie, con que él mismo piense que su vida aquí se ha acabado es suficiente. La efectividad de una amenaza reside en su credibilidad. Y si algo tengo, es credibilidad.

—Una credibilidad impostada, ¿no crees? —dijo con cierto atrevimiento—. Te jactas continuamente de tus valores, pero tú mismo has admitido que vas a usar los recursos privados y confidenciales de Aeon Technologies para uso propio. Eso es completamente ilegal, no puedes indagar en la red temporal de esa manera solo porque seas el presidente de Aeon.

Me reí ante esa ocurrencia. Kristen no estaba siendo de mucha asistencia para la investigación, principalmente porque no necesitaba de ayuda, pero sí que la hacía más interactiva y entretenida. Tener un espectador que comentaba cada uno de mis movimientos dotaba de cierta gracia a los eventos.

—La gente piensa que Aeon Technologies es el propietario de la red temporal, pero nada más lejos de la realidad. Por mucho que mis padres creasen el sistema temporal, ellos nunca fueron sus propietarios, nunca nadie lo ha sido. La red temporal es un sistema descentralizado, ninguna persona, organización o gobierno ha tenido poder sobre ella, y nunca lo tendrá, es el único motivo por el que se ha convertido en el sistema económico más longevo de la historia, ya con 426 años en activo.

»Aeon Technologies no es más que una empresa de hardware que crea los AVA, un dispositivo que permite acceder a dicha red temporal. Pero hay decenas de otras empresas que han creado sus versiones de AVA. Lo que yo he hecho para encontrar al culpable lo puede hacer cualquiera, lo único que se necesita son conocimientos, algo que afortunadamente tengo.

—¿Has hecho? ¿Ya conoces la identidad de la persona que está detrás de este ataque?

—Sí —dije observando el nombre que mi DCP proyectaba en mi visión—. La persona que sobornó a mi antiguo jefe de seguridad y que presuntamente tiene mi caja fuerte y su contenido se llama Erico Jones.

El rostro de Kristen palideció, pero solo por unos instantes, como si él mismo hubiese reprimido su reacción natural para disimularla adoptando una más comedida. Finalmente rompió el silencio que nos rodeaba.

—¿Y ahora qué?

—Ahora visito a este tal Erico Jones para recuperar mis pertenencias.

—¿A qué te refieres? Si solo tienes un nombre.

—Un nombre es todo lo que necesito.

Kristen mantuvo su expresión de desconcierto. Entonces reprimí una sonrisa, por fin entendía lo que me había confundido tanto de ese hombre. A ratos parecía dos personas completamente diferentes. En algunas ocasiones alguien astuto que era capaz de pillarme desprevenido incluso a mí. En otras, sin embargo, parecía uno más, un individuo incapaz de seguir el ritmo de mi cabeza. Pero había ido demasiado lejos, ya sabía qué estaba haciendo. Me ponía a prueba. Por un motivo que no llegaba a entender, Kristen se hacía el ingenuo para tentarme y sacarme más información. Hacía mucho tiempo que alguien no me retaba de esa manera.

La segunda incógnita que permanecía indescifrable era la familiaridad de su nombre. Ya tuve esa sensación cuando años atrás Ava me presentó a ese hombre en Teseo. Era un nombre único, que aun así sabía que ya había escuchado con anterioridad. Pero habían pasado tantos años desde el día en el que lo hice que mi mente era incapaz de hallar su origen. Resignado ante la incógnita, devolví la atención al presente. Sin mostrar un cambio en mi actitud, le seguí el juego al hombre en el que mi hija tanto confiaba.

Proyecté varios hologramas en las cristaleras del despacho. Era una ficha completa de Erico Jones. Contenía toda la información que existía de ese hombre. Desde datos generales como su fecha y lugar de nacimiento, domicilio actual e identidad de sus progenitores, hasta información mucho más específica: desde todos sus conocidos asociados, ordenados por relevancia y cercanía, también con sus respectivas fichas, hasta datos tan ordinarios como trabajos que presentó en la escuela cuando tenía doce años o una cronología de los lugares en los que había estado a lo largo de su vida.

—¿Cómo… cómo es posible que tengas tanta información con solo un nombre?

—Kristen, mira dónde estás, mira por la ventana. Te encuentras en el punto más alto del país más influyente de la humanidad. Esta es la cúspide del poder, y esto que ves es solo una demostración de dicho poder. Un nombre es todo lo que necesito. Con un nombre puedo hacer que alguien muera, o que incluso desaparezca de la existencia, hacer que no queden registros de su vida. O puedo conseguir lo contrario, solo necesito un nombre para hacer que alguien sea detenido en horas y aparezca en todos los telediarios de la nación con cargos por haber abusado de treinta menores o cualquier otro delito que yo quiera imponer. Esto es lo que significa tener poder.

Kristen, al contrario de lo que habría esperado, no mostró espanto, ni tampoco codicia. Me miró con genuina curiosidad.

—¿Y qué se siente al ser la persona que trabaja en este despacho, la persona que «toca el cielo»?

Reí ante el juego de palabras que había hecho con relación al nombre de Ludelum. Definitivamente, ese hombre era mucho más de lo que dejaba ver.

—Terror —dije apretando los puños con fuerza—. Puro terror. Me causa terror que el mundo funcione así y no haya posibilidad de cambiarlo. Siempre he intentado usar este poder de forma muy comedida, solo en causas en las que yo creo, morales y justificadas, pero sé que esto realmente no es justo. Tengo terror de lo que otra persona podría hacer en mi posición, pero sobre todo siento terror de que yo me acabe convirtiendo en esa otra persona. Afortunadamente, hasta ahora no ha pasado. Y, después de tantos siglos aquí, dudo que algún día acabe ocurriendo.

—¿Y por qué crees que nunca ha pasado?

—Porque yo nunca quise tener este poder. Normalmente es la gente que lo ambiciona y quien está dispuesta a sacrificar todo, incluyendo su propia integridad, la que llega a esta altura. El sistema está construido de esta forma. Pero mi única motivación durante todos estos años para

llegar a ostentar este poder ha sido evitar que fuese otra persona la que estuviera aquí.

Kristen, ante mi sorpresa, soltó una risa agria.

—Estoy empezando a creer que tú mismo te has acabado creyendo la imagen que se vende de ti, del Fundador. Puede que tus intenciones fueran buenas en un principio, pero es imposible permanecer tanto tiempo en el poder y mantener tus manos limpias de sangre.

Asentí ante su comentario juicioso.

—Acepto y respeto tu opinión, Kristen.

El amigo de mi hija frunció el ceño, molesto por mi condescendencia. Incapaz de dejar la conversación así, lanzó su último ataque.

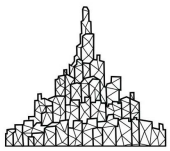
—Si realmente estás tan limpio, ¿por qué tienes tanto interés en recuperar esa caja fuerte? Está claro que en su interior están las pruebas de toda la sangre que manchan tus manos. Esa es la corroboración que Erico Jones usa para extorsionarte. Puede que con tu poder vayas a recuperar esas pruebas. Está claro que entre el resto de aeternums y tú hay una gran diferencia. Tu amigo Sal Carson se suicidó como única solución a una situación que tú has resuelto en una única mañana. Pero que la verdad que tienen de ti no salga a la luz no hará que sea menos cierta. En esa caja fuerte reside la muestra de que es imposible que alguien llegue a la cúspide manteniendo su integridad.

Sonreí por la suspicacia de ese hombre, estaba claro que mi hija sabía elegir de quién rodearse. Como respuesta, los hologramas desaparecieron y las ventanas se esclarecieron. Me acerqué a una de ellas y esta se deslizó, dejando una apertura a una caída de decenas de metros hasta el siguiente nivel de la torre principal de Ludelum. De inmediato, un coche volador llenó ese espacio.

—Ha sido un placer que me acompañes en esta mañana de indagaciones, pero me temo que la visita a Erico Jones la debo hacer yo solo. No dejas de ser un visitante de otro planeta, es mejor que no te involucres en una disputa que puede acabar con sangre en mis manos.

Kristen chasqueó la lengua ante mi respuesta, pero fue incapaz de esconder una mueca de regocijo ante mi comentario.

La puerta del coche volador se cerró y el vehículo descendió hacia la densidad de edificios de Volitur, dirección a la casa del hombre que había conseguido hacerme jaque en una partida que dentro de muy poco acabaría.



37. Amigos

04/05/2514, 11:30

Me bajé del coche volador y este se elevó en el cielo para permanecer a la espera de nuevas órdenes. Miré a mi alrededor. El domicilio de Erico Jones era un apartamento acomodado en el sector Medio. Una terraza amplia daba al océano, otorgando una gran vista gracias a que ningún edificio obstaculizaba la visión. Forcé la puerta usando la potencia de una de mis modificaciones y accedí a la casa. Unas escaleras daban al piso superior en el que se escuchaba una ducha. Sin prisa por zanjar el asunto, me senté en uno de los sillones y esperé a que mi huésped reparara en mi existencia.

Al echar un vistazo al salón corroboré parte de la información que había obtenido en Ludelum. Su pasión por la historia se traducía en estanterías colmadas de libros de siglos de antigüedad. Objetos que alguien que no vivió esa época tendría más por coleccionismo que por la utilidad del conocimiento que escondían. Su suspicacia y preocupación por el anonimato se veía reflejada en la multitud de sistemas de seguridad que tenía instalados en la casa: desde sensores de temperatura hasta inhibidores neuronales remotos. Todos desactivados porque Erico se encontraba en el hogar, un gran error. Y su extraña obsesión por el concepto del tiempo se apreciaba en el expositor que tenía en una de las esquinas. Una vitrina de cuatro alturas colmada por relojes de todos los tipos. Desde cronógrafos del segundo milenio a relojes de arena que parecían verdaderas obras de arte de orfebrería. Yo nunca había entendido a quienes coleccionaban esos objetos. No dejaban de ser una simplificación de un concepto abstracto que a nosotros los humanos nos consumía. El tiempo no se podía reducir a la simpleza del transcurso de los segundos.

Después de diez minutos el grifo se cerró y unos pasos indicaron movimiento hasta las escaleras. Unas piernas seguidas de un torso aparecieron en mi campo de visión.

—Buenos días, señor Jones.

El hombre se sobresaltó, casi resbalando por los escalones. Al ver el origen de la voz, palideció todavía más retrocediendo hasta apoyar la espalda en la pared.

—¿Qué… qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Podemos saltarnos las preguntas estúpidas. Será mejor que…

En un movimiento que no vi venir, la expresión de sorpresa de Erico desapareció y en una zancada agarró el objeto que escondía en una de las estanterías. Antes de que pudiera reaccionar, me encañonaba a cuatro metros de distancia con una pistola.

—No sé cómo has llegado aquí, pero es irrelevante. Has cometido un gran error al venir desarmado.

No había rastro de la inseguridad de sus primeras frases. Esa velocidad para adaptarse a situaciones de peligro era propia de quien había sido capaz de ponerme en jaque.

—Por favor, no hagas el ridículo. No vas a utilizar tu arma. Y en caso de que lo hagas, ya supondrás que tengo un sensor biométrico. En cuanto mi organismo se altere lo más mínimo, este edificio estará rodeado de servicio médico de máxima urgencia.

—Vosotros los aeternums siempre os creéis más listos que el resto con vuestros trucos y juguetes. ¿De qué servirá que venga todo ese servicio médico si te disparo al corazón? Matar al gran Harlan Olerson —dijo como si estuviese leyendo el titular de una noticia—. Sería una proeza que no me importaría ostentar.

Analicé la mirada de ese hombre. Hablaba en serio, no había ni un rastro de duda en su actitud. Me sorprendía, poca gente mantenía la compostura de esa forma ante mí. Pero no me servía con sospechas, quería comprobar de qué era capaz. Me levanté en un movimiento violento y provoqué que un estallido retumbase en el salón. Bajé la mirada y me encontré con un agujero en mi camisa. Pasé el dedo por el orificio, había golpeado en el centro de mi corazón, pero el recubrimiento de carbino impedía que rompiera la más mínima capa de mi piel.

Esta vez sí, Erico Jones me observó confuso, alternando su mirada entre el cañón de la pistola y mi torso en el que no había ni una sola gota de sangre. La bala en el suelo, abollada en su punta, era de perforación. La munición más potente, e ilegal, que existía en la Tierra. Capaz de atravesar cualquier tipo de recubrimiento corporal conocido. Afortunadamente, la existencia del carbino seguía siendo un secreto.

—Ahora que hemos terminado las presentaciones, vayamos al tema que nos incumbe —dije guardándome la bala en el bolsillo.

Erico me miró desafiante. Una vez más, se había recompuesto de la sorpresa con una rapidez apabullante.

—Es posible que no pueda matarte gracias a la tecnología que lleves encima, pero tú tampoco me puedes matar a mí. Cuando decidí atacarte sabía que tendría sus riesgos e instalé varias medidas preventivas. Una de ellas fue asegurarme de que, en caso de que muera, se publicaría toda la información inculpatoria que tengo sobre ti. Así que, como no hayas venido a pagarme las 60.000 Unidades de Tiempo, no sé qué es lo que pretendes hacer.

—Ya puedes dejar de fingir, Erico, sé que no has podido abrir la caja fuerte. Sé que no tienes ninguna prueba en mi contra.

El hombre que tenía enfrente de mí se tensó y frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? ¿Realmente piensas que tengo la capacidad de robar una caja fuerte de la última planta de Ludelum en dos minutos pero soy incapaz de abrirla en más de una hora?

—No necesito saber de qué medios dispones. Sé que no has abierto la caja fuerte porque, de conocer su contenido real, no tendrías la seguridad con la que ahora me hablas. —La confianza de Erico comenzó a resquebrajarse. Di el golpe final—. Si de verdad hubieses abierto la caja fuerte habrías visto que dentro no guardo ningún trapo sucio. No hay documentos que me incriminan en tramas de malversación, ni imágenes que muestren cómo maltrato a niños ni información sobre la red de trata de blancas que financia mis actividades. No hay nada de esos datos porque no existen, porque realmente yo no tengo trapos sucios.

»Sé que es seductora la idea demagógica de que la gente que está en el poder no es más que un grupo de seres corruptos y pérfidos, humanos poseídos por el mismísimo diablo capaces de llevar a cabo actividades que para el resto de personas serían verdaderas brutalidades. Pero no es así. Por lo menos no todos somos así.

—Mientes —escupió Erico tratando de aferrarse a una realidad que cada vez parecía más

difusa—. No pienso caer en tus juegos mentales. Sé el contenido de la caja fuerte porque la he abierto, y sé lo que ocultas. Tengo información que sería capaz de hundirte en lo más profundo…

Cansado de su farol, eché a andar hacia el interior del apartamento. El dron que tenía apostado en el exterior del edificio me mostraba que la caja fuerte estaba en la última de las habitaciones. Erico me gritó para detenerme. Al ver el nulo efecto de sus amenazas, las aderezó con más disparos. Finalmente llegué a una sala amplia con varias pantallas y proyectores holográficos. En el centro una caja fuerte cúbica tenía varios cables conectados. Los cables llevaban a uno de los proyectores. En la pantalla una barra de progreso indicaba que al programa le quedaba aproximadamente 620.394 años para descodificar la contraseña.

Me agaché y observé que también había tratado de abrirla por medio de fuerza bruta, utilizando todo tipo de herramientas que descansaban en una de las esquinas. El carbino del que estaba hecha la superficie no tenía ni una sola muesca. Activé la pantalla e introduje la contraseña de trece dígitos. Un pitido confirmó que la combinación era correcta y, tras escucharse un clic metálico, la compuerta se entreabrió. Me incorporé y dejé que Erico viera su contenido, quien ya se había rendido a pararme los pies.

Dubitativo me miró a mí y a la caja fuerte. Al comprobar que me quedaba inmóvil, abrió la puerta y analizó su interior. Con cuidado metió la mano y sacó un objeto alargado. Era un prisma transparente que encerraba un cuchillo con más de cuatro siglos de antigüedad. Esa era la prueba de que Kristen tenía parte de razón, no había llegado al lugar en el que me encontraba sin mancharme las manos de sangre, esa era la prueba de que con solo nueve años maté a quien quiso ser mi madre adoptiva.

Perplejo ante lo inesperado de su contenido, Erico continuó vaciando la caja fuerte. Sacó el colgante que Kat me dio durante la Guerra de Supremacía. También estaba contenido dentro de un cubo transparente que permitía ver un antiguo mechero corroído por el tiempo, con una notable abolladura en el centro causada por una bala. En tercer lugar extrajo el auricular que evitó que me volviera loco durante mis diez meses en el búnker, el mismo auricular que Rai Saburo, el fundador de Daifu Inc., rechazó cuando se lo ofrecí como obsequio. El último objeto fue el amuleto que me había acompañado durante toda mi vida, el único recuerdo que seguía teniendo de mis padres. Una figura de metal formada por seis hexágonos que formaban un hexágono mayor.

—Ya te lo he dicho, el contenido que esperabas encontrar no está ahí, no existe. Esa caja fuerte lo único que atesora son recuerdos preciados, recuerdos que solo tienen importancia para mí.

Erico tiró el amuleto hexagonal al suelo y salió de la habitación. Me quedé extrañado ante esa reacción tan infantil. Seguía sin ser capaz de prever el siguiente paso de ese hombre.

Recogí los cuatro objetos que yacían en el suelo y volví al salón, donde Erico Jones me esperaba sentado en el sofá.

—Que esa caja fuerte no tenga nada de utilidad no significa que realmente estés limpio. Sé que eso es imposible. Lo que está claro es que es obvio cómo has sido capaz de aguantar tantos siglos en la cúspide.

La palabra siglos la pronunció con un odio casi irracional, manchando la frase de la repugnancia de quien habla con un enemigo mortal.

—¿Qué pretendes con todo esto? Está claro que la motivación económica es la principal, pero hay algo más. Podrías hacer lo mismo contra adinerados del sector Interior y tendrías una mayor seguridad de éxito. ¿Por qué arriesgarte a ir contra los aeternums?

—¡¿Que por qué?! —estalló indignado—. Porque este sistema está corrompido. Vivís en vuestras cúspides de cristal mientras que el resto de ciudadanos nos morimos de hambre en las ciudades del exterior. ¿Realmente tú de entre todos piensas darme una lección de moralidad?

—¿Morirte de hambre en las ciudades del exterior? —dije mirando a mi alrededor—. Si realmente quieres tener el papel de Robin Hood, se te ha olvidado cumplir la parte en la que le das el tiempo a los menos afortunados.

Erico soltó un resoplido de suficiencia.

—¿Quién ha dicho que yo quiera ayudar a los que están más abajo? Aquí cada uno se ayuda a sí mismo. Yo lo que quiero es cargarme a los que están arriba del todo. —Una sonrisa de malicia se dibujó en su rostro—. Se podría decir que lo llevo en la sangre. —Fruncí el ceño ante ese comentario tan repentino. Erico disfrutó del hecho de que no supiese de qué estaba hablando—. Sobre todo contra ti, llevo en la sangre mi enemistad contra ti. A fin de cuentas, tu padre asesinó a mi antepasado. —Entonces por fin hizo clic. Jones era un apellido demasiado común como para que hubiese caído antes en ese hecho que ya resultaba tan obvio—. El apellido del fundador de la AVF se ha ido pasando de uno a otro durante generaciones. De entre los miles de descendientes, muchos han perdido el apellido, pero no ha sido mi caso. Yo tengo su sangre y, de todos los herederos, sin duda soy quien más suerte ha tenido.

—¿Por qué?

Ya me dejé llevar ante lo que parecía ser los delirios de quien se cree el elegido por el simple hecho de ser descendiente de un antiguo terrorista y asesino, pero la seguridad en sus palabras me atraía a indagar más.

—Tengo la corazonada de que seré yo, el descendiente de undécima generación, quien por fin vea el sueño de Ethan Jones cumplido.

Bajé la mirada, decepcionado. Definitivamente ese hombre se dejaba llevar demasiado por los delirios de grandeza de quien murió cuando yo solo tenía dos años. Molesto por ese sabor agridulce, me dirigí a la puerta de la terraza.

—Solo me queda darte la enhorabuena. Aunque todo lo que has hecho no ha servido para nada, hacía tiempo que alguien no se acercaba tanto a mí. Desafortunadamente, tu intento de atacarme solo servirá para que pierdas todo. La policía estará aquí en un minuto, ya se encargarán ellos de arrestarte por los delitos de robo, allanamiento de morada, extorsión y algún otro. Me aseguraré de que no sean comedidos en la sentencia.

Fui a salir a la terraza cuando Erico me respondió con su ya habitual tono impregnado de certeza y seguridad, como si le hubiese amenazado con una simple pistola de agua.

—Yo no estaría tan seguro. Está claro que me tendré que buscar una nueva ocupación, ya has desvelado mi identidad. Pero no me preocupa, con mi trabajo actual he desarrollado unas habilidades muy demandadas. Quién sabe, quizás hasta me meta en política, está claro que tengo las aptitudes necesarias para tener éxito en ese sector.

Me detuve con la mano en la ranura de la puerta. La convicción en ese hombre que inicialmente resultaba sugestiva comenzaba a cansarme. Varios coches voladores con los colores de la Comisaría Estatal de Volitur se acercaban al edificio desde la lejanía. Me giré para ver la expresión de Erico. No había ni un rastro de duda. O bien estaba completamente loco, o de verdad había algo que se me escapaba.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba, parece que el Fundador no lo sabe todo —dijo con sincera sorpresa.

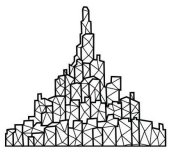
—¿Para quién trabajas?

Mi voz autoritaria descolocó a Erico, ya me había cansado de ese juego.

—No trabajo para nadie, se podría decir que soy un emprendedor solitario. Pero sí que es cierto que tengo amigos poderosos. —Fui a demandar que hablase sin rodeos de una vez cuando añadió la frase final, un conjunto de tres palabras que nunca habría esperado escuchar de la boca de una persona viva—. *Inmortalitas mors vitae*.

La sangre se me heló y dejé de controlar la expresividad de mi rostro. Llevaba desde los nueve años sin sentir miedo, era una emoción que fisiológicamente era incapaz de experimentar. Sin embargo, ese día percibí un atisbo del sentimiento que para mí no era más que un recuerdo lejano.

Sin decir nada, salí a la terraza y me subí en el coche suspendido en el aire. Abandoné el apartamento de Erico Jones antes de que la policía llegase, ajeno a todo lo que ocurría a mi alrededor. Mi atención se había quedado congelada en esa frase. Una frase que parecía inverosímil. Una frase que indicaba que, por muy imposible que pareciese, esa organización había resistido durante los últimos cuatro siglos. Y no solo había resistido, se había hecho mucho más fuerte de lo que fueron cuando mis padres se enfrentaron a ellos.



38. Contención

10/05/2514, 11:45

Pasé mis dedos por el dibujo que desde hacía unos días adornaba mi antebrazo izquierdo. Esa era la única marca visible que tenía mi cuerpo. La marca que simbolizaba la importancia que esa figura tenía.

Hice presión sobre el trazado y unos pequeños imanes se desactivaron, separando el emblema del resto de mi piel y revelando la modificación corporal que escondía.

Había estado demasiado cerca, no había faltado mucho para que perdiese el único amuleto que me conectaba a mis padres. Después de más de cuarenta y dos décadas seguía sin saber cuál era su real importancia o utilidad, pero tenía claro que era esencial. Cogí el objeto metálico que descansaba sobre el escritorio y lo introduje en la cavidad artificial que ahora tenía en mi brazo. De esa forma me aseguraba que nunca más la perdería.

La luz encima del ascensor me indicó que alguien subía hasta mi despacho. Presioné la modificación corporal y momentos después mi antebrazo recuperó la apariencia de un hombre normal. Extendí la manga de mi camisa a la vez que Ava y Kristen aparecían.

—Ya nos vamos, papá.

Hablaba como si hubiésemos pasado toda la semana juntos, haciendo actividades propias de un padre y una hija cercanos, cuando realmente era la primera vez que nos veíamos desde la cena de bienvenida. Ya nos separaban demasiadas décadas de distancia como para realmente sentir nuestra relación paternofilial, por mucho que mantuviésemos el protocolo.

—¿A dónde viajáis ahora?

—Nuestra siguiente parada es Marte.

Asentí complacido y salí de mi escritorio para abrazar a Ava.

—Kristen ya me puso al día de lo ocurrido. Me alegra saber que pudiste solucionar lo del robo de tu caja fuerte. Espero que su presencia no haya sido un incordio muy grande —dijo mirándole de soslayo.

—Para nada, todo lo contrario, fue un placer que me acompañara en mis pesquisas. Fue cuando menos estimulante. —Nos estrechamos la mano y añadí—. Si en algún momento vuelves por Volitur o necesitas algo, estaré encantado de hacer lo que esté en mi poder.

—Todo un honor viniendo de tu parte, Harlan.

—Por cierto, ¿a qué se debe el gentío en la planta baja de la torre principal? —dijo Ava con curiosidad.

—Son los candidatos para sustituir al señor Creasey, mi jefe de seguridad.

Ava se encogió de hombros y asintió. Sin decir nada más, ambos volvieron al ascensor y salieron de mi despacho. Una vez más, mi hija desapareció de mi vida sin mayor consideración. Me habría gustado darle el peso necesario a ese hecho tan importante, pero la cabeza la seguía

teniendo en otro lado, en el final de mi conversación con Erico Jones, en esas malditas tres palabras en latín.

Su predicción se había cumplido. Solo necesitó cuatro días para salir de la comisaría sin ningún cargo a su nombre. Un equipo de abogados que nunca antes había visto apareció de la nada, pero estaba seguro de que eso no era lo único que sucedió, también se movieron influencias por detrás de bambalinas, influencias que llegaban a lo más profundo del cuerpo policial de Volitur y su sistema de justicia.

Esa era la prueba final que me faltaba para confirmar que la advertencia de Erico no era fruto de la locura, era la confirmación de que esa organización nunca se llegó a erradicar. Este hecho conllevaba unas consecuencias terroríficas. Si realmente llevaban todo ese tiempo existiendo en la sombra, significaba que se habían vuelto unos maestros en la ocultación y el disimulo. Las raíces de dicha organización debían de ser profundas y numerosas, escondidas en el peor lugar posible, a vista de todos. Esa era la única forma en la que podían haber permanecido al margen de la sociedad durante todos estos siglos.

O quizás era yo quien había ignorado su presencia tanto tiempo. Ellos debieron de contratar a Clara tres siglos atrás en Marte para robarme el amuleto hexagonal. En su momento nunca llegué a encontrar el origen del encargo, ni tampoco trataron de extraer esa reliquia de nuevo. Curiosamente, Erico había desestimado el objeto con rapidez al sacarlo de la caja fuerte, pero eso solo daba más fuerza a su justificación de no formar parte directa de la organización.

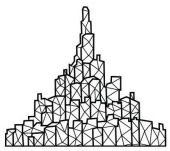
Por mucho que mi padre matase a su fundador, la Asociación por la Vida Finita seguía más viva y relevante que nunca, y las implicaciones que ello tenía eran obvias y dolorosas: se avecinaba una época de gran oscuridad para la humanidad, quizás mayor que la que asoló durante la Guerra de Supremacía y en las décadas posteriores.

Yo me había preparado para ese momento durante toda mi vida. Sin embargo, ahora que me encontraba de frente con la amenaza real, temía no estar a la altura. Debía tomar medidas de contención si quería asegurarme de que nunca más le sucediera a la humanidad algo similar al gran holocausto nuclear. No podía dejar que la estupidez humana fuera capaz de llevar a cabo tal destrucción en su propia especie una vez más. Quién sabe, quizás incluso tendría que morir para poder derrotar a la AVF.

Sin pensármelo dos veces, me conecté a mi DCP y llamé al contacto al que había contemplado durante horas en los últimos días. Tras varios segundos, una voz me respondió desde el otro lado:

—Oficinas de Life Ent., ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Harlan Olerson. Me gustaría reservar una cita para crear una copia de seguridad de mi conciencia.



Epílogo

09/11/2546, 01:10

Como el resto de veces que Lara conectaba mi conciencia, surgió el mundo a mi alrededor. La primera vez que lo experimenté me sobresaltó sentir ese contraste tan radical de estímulos. Pasabas de la oscuridad absoluta, donde no veías, escuchabas, olías, ni sentías, a experimentar la realidad como cualquier humano de carne y hueso. Esta vez no sentí ese contraste, después de los cientos de veces que Lara me había activado, ya lo veía rutinario. Sin embargo, sí que aprecié la disparidad con esa primera ocasión. A fin de cuentas, esta sería la última vez que una persona me conectaría.

—Es el 9 de noviembre de 2546, la una y diez de la madrugada, tiempo universal. No sé a qué hora corresponde en horario local, ya que sigo sin acostumbrarme a la extraña forma de medición del tiempo en este satélite.

—Así que al final has elegido este día para matarme. Curiosa elección.

Lara me fulminó con la mirada, escondiendo su tristeza en una ira impostada.

—Como mucho se podría considerar un suicidio asistido. Suficientes crímenes tengo a mi espalda como para que me añadas tú más, así de gratis.

Cerré los ojos y dejé que el aire de la montaña en la que nos encontrábamos atravesase mi cuerpo etéreo como un niño que trata de cazar la niebla que se posa en el camino.

—Feliz cumpleaños, abuelo —dijo Lara al cabo de unos minutos.

La miré con un orgullo egoísta e injustificado, pues yo no era ni un ápice de responsable de la mujer en la que se había convertido. En ese momento, por primera vez desde que me quedé en un simple holograma, maldije no tener un cuerpo físico para poder abrazarla.

—456 años, es una cifra bonita con la que morir. ¿No crees?

—Tú y tus malditos simbolismos —respondió con una media sonrisa.

—En este caso es cosa tuya, yo carezco de la capacidad de conectarme a voluntad propia. Pero agradezco que me hayas dado este último regalo.

—¿Y te gusta el lugar? Según me han dicho los locales, es el pico más alto de Nix.

—¿Has escalado hasta aquí?

—Por supuesto que no, no me tomaría tantas molestias para «matarte» —dijo con voz aguda —. La nave está ahí.

Me giré para encontrarme con el cacharro que Lara alquiló tres semanas atrás, cuando llegamos a esa colonia, la quinta desde que salimos de la Tierra hacía ya diez meses. Viendo el estado de la máquina me sorprendía que Lara no hubiese muerto estrellada antes que yo.

Entonces giré en derredor y me colmé de la vista de ese lugar. Aunque en vida visité gran variedad de colonias fuera y dentro del Sistema Solar, no me cansaba de admirar la variedad de paisajes con los que uno podía deleitarse a lo largo de la Vía Láctea. A Nix lo llamaban el

planeta negro por una razón muy obvia. A causa de su gran actividad geotérmica y la alta concentración de silicio, la mayor parte de la superficie estaba formada por enormes extensiones de obsidiana, una roca volcánica que dotaba a ese paraje una vista sin igual. Las montañas se sucedían unas tras otras, creando una serie de reflejos cuyos efectos ópticos culminaban la panorámica de la que disfrutábamos.

—Te voy a hacer caso —dijo Lara de repente.

—En el tiempo que llevamos juntos te he dado una gran cantidad de consejos sabios que tú has ignorado. Exactamente, ¿en qué me vas a hacer caso?

Lara ignoró el humor irónico al que ya tan acostumbrada estaba.

—En dejar de buscar a Kay —sentenció con un gran suspiro—. Él ya es mayor para tomar sus propias decisiones. Si quiere pasarse una eternidad anhelando un sistema perfecto que nunca obtendrá, allá él. Yo no soy nadie para decirle qué hacer con su vida.

Me alegró escuchar esa respuesta. Habría sido triste que la condena autoimpuesta que Kay sufría se extendiese hacia Lara, gastando su vida en buscar al primero para acabar con su sufrimiento.

—Cuando mi abuelo experimentó con Kay Olerson y consiguió convertirle en un humano inmortal, creó al primer aeternum de la historia, un hombre que viviría *ad eternum*. Me parece lícito que si él así lo ha elegido, sea mi padre quien sea el único aeternum de la historia. Una persona que nació para no morir. Alguien condenado por sí mismo a la inmortalidad.

Ambos nos sumimos en una nueva calma. Los dos tratábamos de retrasar unos minutos un final que sabíamos inevitable. Esta vez fui yo quien rompió el silencio.

—¿Y qué harás a partir de ahora con tu vida?

—Lo único que puedo hacer, vivirla. El no saber qué será de mi vida es lo que hace que den ganas de experimentarla, ¿no crees? —Solté una suave carcajada, Lara no me dejaría de sorprender hasta el último momento. Entonces su expresión cambió—. Harlan, desde hace unos meses he querido hacerte una pregunta. Supongo que esta es mi última oportunidad. Cuando volvimos a Volitur me explicaste por qué seguías «vivo», cuál era tu objetivo en todo esto. Me dijiste que, tras atestiguar el holocausto nuclear del final de la Guerra de Supremacía, juraste que evitarías que la humanidad se autodestruyese a sí misma una vez más.

—Así es —dije suponiendo a dónde quería ir a parar.

—Esa es la razón por la que hiciste una copia de seguridad de tu conciencia, para asegurarte de que la AVF no erradicaba a un gran porcentaje de la población. Sin embargo, aunque tu ayuda fue imprescindible para derrotarlos y, de no haber estado ahí, la AVF o Ava Harlan habrían ejecutado su plan, te arriesgaste demasiado, ¿no crees? Siento que no hiciste todo lo que estaba en tu mano para detenerlos antes.

Sonreí ante su perspicacia. Tratar ese tema me parecía idóneo para terminar mi existencia.

—Es normal que tengas esa percepción, Lara, ya que es así. —Mi nieta fue incapaz de reprimir una mueca de sorpresa—. Durante mi existencia, cada vez que tomaba una decisión importante lo hacía considerando los efectos que tendría para mi propósito. Cuando a principios de este siglo descubrí que la amenaza de la AVF no solo seguía siendo real, sino que era mucho más preocupante que nunca, tomé medidas preventivas. Dada mi influencia en la humanidad y siendo hijo de Kay Olerson sabía que sería uno de los primeros objetivos de los que se encargarían. Por eso creé la copia de seguridad de mi conciencia. Para que si la AVF acababa conmigo, yo nunca abandonase realmente la partida.

»Pero cuando me asesinaron no solo dejé de tener un cuerpo, mi estado de conciencia también cambió. Es difícil de poner en palabras un concepto tan complejo, pero ya no soy humano, dejé de serlo cuando Blake Muller me arrebató mi último aliento. Yo pensaba que si me quedaba solo como una conciencia no cambiaría mucho mi percepción de la realidad, pero al morir trascendí a otro plano, al igual que mis propósitos iniciales. Una vez hecho a la idea de lo ocurrido, me di cuenta de que mi misión en la tierra ya había acabado. La promesa que me hice a mí mismo dejó de tener valor cuando dejé de respirar.

»De todas formas, como tú misma dices, al final he acabado siendo una pieza significativa en el desarrollo final de los eventos. Trascender la vida no significó que me volviese indiferente a los hechos que acaecían en el mundo. Lo que sucediese a la humanidad me seguía afectando ya que de algún modo seguía existiendo, pero lo realmente importante era que afectaba a los seres queridos que dejé al morir. Por eso te he ayudado durante estos años. Porque, a pesar de que nuestra relación se ha desarrollado una vez muerto, has sido alguien muy importante para mí. Digamos que me sentía más responsable por tu bienestar que por el hecho de cumplir una promesa que salvaguarda a una humanidad a la que ya no pertenezco.

»Es más, durante estos años que he experimentado como un simple holograma he llegado a entender el punto de vista de la AVF o el plan de mi madre. No estoy de acuerdo con sus métodos, ni tampoco pienso que los resultados de sus acciones habrían resultado en el mundo que ellos buscaban, pero sus intenciones siempre fueron genuinas. A su modo, ellos querían ayudar a la humanidad, purificarla de sus imperfecciones.

Lara permaneció callada ante mi soliloquio. Por su expresión intuía que no había comprendido enteramente mi explicación. Yo no pretendía que lo hiciera. Era muy difícil entender el significado de mis palabras estando vivo, y todavía más si uno tenía menos de cuatro décadas. Conociendo a mi nieta, sabía que esa era una conversación que revisitaría en el futuro en multitud de ocasiones, revelando interpretaciones subyacentes cada vez.

Me puse en pie y me estiré, como si estuviese a punto de comenzar una maratón.

—Lo que está claro es que mi existencia por fin ha dejado de tener sentido. Ha llegado el momento de que me apagues. —Lara salió de su obnubilación y volvió al momento presente—. Eres consciente de que no sabré cuándo me matarás, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Perfectamente puedes apagarme y, dentro de un siglo o dos, volver a conectarme, que para mí todo este tiempo pensaré que estaré muerto. Bueno, no pensaré nada, ya que los muertos no piensan.

—Sí, también lo he considerado alguna vez.

—Y sabes que si haces eso me decepcionarás, ¿no?

—¿Es que acaso no te he decepcionado ya suficiente en los últimos años? —acompañó su comentario mordaz con una media sonrisa. Después su rostro se ensombreció—. Harlan, cuando ahora te apague será la última vez que lo haga, porque después de hacerlo desintegraré tu unidad de información con este ryuno.

—¡¿Llevas ryuno?!

En la palma de su mano izquierda, la única que tenía, correteaba una pequeña mancha negra con tonos azulados y rojizos.

—Por supuesto. Pero es solo un poco, lo suficiente para una emergencia. O para matar a mi abuelo.

Asentí, agradecido por haber podido disfrutar de mi nieta en la segunda vida que había tenido.

Mucho más breve que la primera, pero sin duda igual de entretenida.

También estaba agradecido por mi vida en general, una llena de dificultades que la habían convertido en una vida extraordinaria. Me crio una mujer que me robó de mi madre, alguien que plantó en lo más profundo de mi ser la curiosidad y la necesidad de encontrar la verdad en todo mi alrededor. Una mujer que yo mismo asesiné con solo nueve años, contaminado por el extremismo que ella me había inculcado e influido por el entorno violento y cruel propio de una guerra. Viví toda mi adolescencia entre campos de batalla, misiones y mercenarios, hasta que en el culmen de mi felicidad me arrebataron a la mujer que amaba y el mundo llegó a uno de los puntos más bajos en su historia. Estuve diez meses escondido en un búnker tras un genocidio nuclear que eliminó al diez por ciento de la humanidad. Cuando salí, no era la misma persona que entró, era alguien que estaba en su segunda vida, una vida en la que haría todo lo posible por evitar que la especie humana llegase a tal extremismo en un futuro en el que yo existiese. Todo lo que he hecho desde ese momento ha estado motivado por esa simple promesa. Llegar a lo más alto de Aeon Technologies, convertirme en un aeternum, fundar Volitur, provocar la creación de la FEMEX, mediar en conflictos bélicos, avanzar la tecnología y el conocimiento humano, crear una conciencia de mí mismo, e incluso morir, todo lo había hecho con el principal propósito de evitar la autodestrucción de la humanidad. Y, aunque había sido una vida llena de disciplina, dedicación y sufrimiento, había sido una vida de la que me sentía orgulloso.

Yo había conseguido mi objetivo. Había impedido que unos pocos impusieran sus ideas radicales sobre la humanidad y mataran a miles de millones de inocentes en el transcurso. Pero que la especie humana siguiese subsistiendo significaba que su estúpida naturaleza de autodestrucción también seguía vigente. Sin embargo, en el futuro que le esperase le tocaba al resto de humanos evitar su propia aniquilación, mi reloj de arena estaba a punto de exhalar su último suspiro.

Miré a mi alrededor una última vez y centré mi atención en mi nieta favorita.

—Bien, ha llegado el momento. Lara Hallman, te concedo el honor. Yo, Harlan Olerson, quiero terminar con mi vida definitivamente. Quiero morir.

Lara apretó la mandíbula, tratando de contener las emociones que se agolpaban por salir. Respiró con profundidad y se preparó para decirme su última frase, los últimos sonidos que escucharía antes de morir a la edad de 456 años.

—Harlan Olerson, ¿estás preparado para morir?

Sin poder evitarlo, en mi rostro se formó una sonrisa amplia, propia de mi padre. Clavé mi mirada en Lara y pronuncié mis últimas palabras.

—Por supuesto, nací para ello.

Antes de que te vayas

Me gustaría saber qué te ha parecido *Aeternum: Fundación*.

Conocer tu opinión me sirve para mejorar en futuras novelas y también ayudas a que otros lectores descubran mis creaciones en Amazon.

Puedes dejar una review escaneando el código QR o haciendo click aquí: https://www.kiannoren.com/review-aeternum-fundacion/

¿Te vienes a Atlas?

La saga de *Aeternum* ha llegado a su fin, pero a mí aún me quedan muchas historias por contar. **¿Me acompañas a la siguiente?**

X Freeman lo ha perdido todo. Desterrado de su país por un crimen que no cometió, traicionado por el sistema al que sirvió y sin un hogar al que regresar, su única opción es huir a Atlas. En la ciudad futurista más despiadada del mundo, nadie le dará comida, nadie le dirá qué hacer. Nadie vendrá a salvarle.

Su única oportunidad de redención llega de la mano de un antiguo enemigo que ahora le ofrece una salida: resolver un misterio que sacude los cimientos de la metrópolis a cambio de devolverle la vida que le arrebataron.

Pero en Atlas, nada es gratis. Para encontrar respuestas, deberá sumergirse en una sociedad donde la lealtad se compra, la traición se paga con sangre y los débiles son purgados.

A medida que se adentra en la investigación, X descubre que el caso es mucho más grande de lo que imaginaba. Cada pista lo ata más a la ciudad que odia y, para escapar, primero deberá convertirse en alguien que el sistema no pueda ignorar. Su vida —y la de todos en Atlas— depende de ello.

Jaula de Neón es el primer volumen de esta nueva vibrante saga. Puedes adentrarte ahora mismo en las calles de Atlas escaneando el código QR o yendo a: https://www.kiannoren.com/jauladeneon/